



DIENSAMI

INTOS



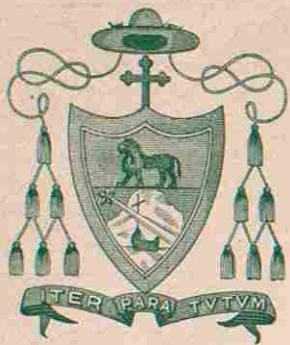
BT613

D3

1852

C. 1

006775



1080021014

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

HE



BIBLIOTECA CLÁSICA DE RELIGION.



PENSAMIENTOS

ACERCA DE LAS GRANDEZAS

DE LA SANTISIMA VIRGEN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PENSAMIENTOS

DEL

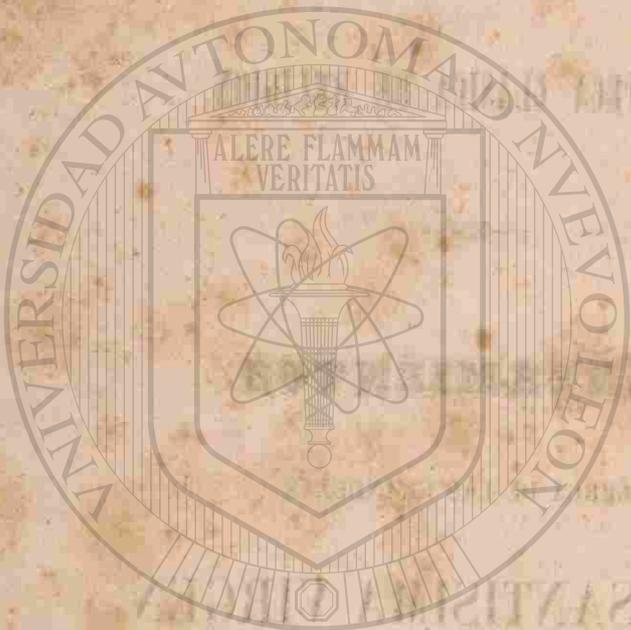
P. LUIS FRANCISCO D'ARGENTAN

acerca de

LAS GRANDEZAS

de la

SANTÍSIMA VÍRGEN.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SEGUNDA EDICION.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez



MADRID : 1852.

Establecimiento tipográfico-literario de D. NICOLÁS DE CASTRO PALOMINO,
calle Ancha de san Bernardo, número 75.

45373

BT613

D3

1852



FONDO MATERNO
VALVERDE Y TELLEZ

42322

ADVERTENCIA.

El P. Luis Francisco d'Argentan, Provincial de su orden de capuchinos en Normandía, era un sabio de singular ingenio, que en su obra intitulada *Conferencias teológicas y espirituales acerca de las grandezas de la Santísima Virgen*, dejó una rica mina. Yo por afecto á la Reina de los querubines saqué de ella el oro que pude encontrar, afanándome por depurarlo.

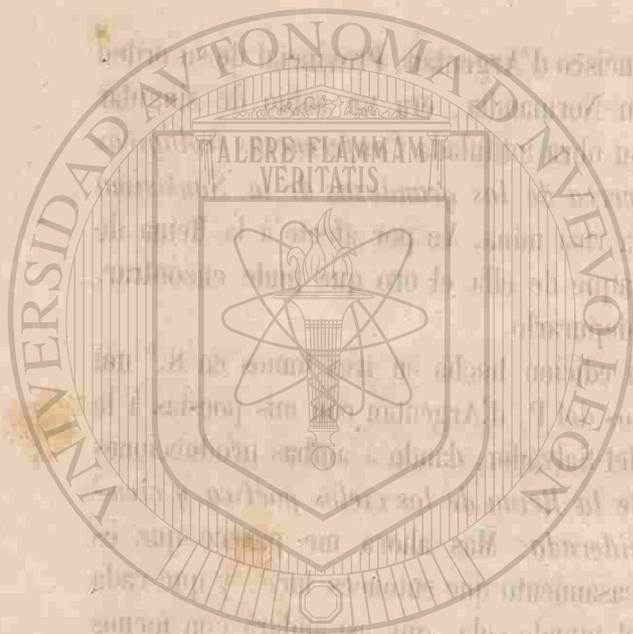
En la primera edicion hecha en tres tomos en 8.º uní estos Pensamientos del P. d'Argentan con mis poesias á la augusta Madre del Salvador, dando á ambas producciones juntas el titulo de *la Reina de los cielos poética y científicamente considerada*. Mas ahora me parece que es mejor anular el casamiento que entonces hice, y que cada obra corra por el mundo sola, que así andará con menos ataduras, adelantándose esta á presentarse de nuevo entre las personas piadosas, que dichosamente han levantado en sus corazones á la embelesadora Princesa del empireo un bellissimo templo, en que se quema noche y dia el puro y fragante incienso del amor.

Juan Manuel de Berriozábal,

Marqués de Casajara.

003775

ADVERTENCIA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPÍTULO PRIMERO.

Considerémos los magníficos diseños del supremo Hacedor sobre María. Ahora no trata como cuando comenzaron su vuelo los siglos de fabricar un mundo, que es una casa para morada del hombre. Propónese construir para mansion de su infinita Majestad un augusto palacio, que sea la mas hermosa fábrica de sus manos, y por su escelencia se aventaje á este grande universo tanto quanto el mismo Señor que ha de habitarlo es mas digno que el hombre, su hechura y su vasallo, para quien con una sola palabra hizo que de los abismos de la nada se levantára la tierra inmensurable.

En la creacion de esta Señora de los querubines se interesan sobremanera las tres divinas Personas de la inefable Trinidad. El Padre anhela tener una hija que le dé muchos hijos adoptivos, de los cuales se forme familia numerosa. El Hijo que tiene Padre, pero no madre segun su generacion eterna, quiere tenerla segun su humano nacimiento digna de él y de la alteza de su destino. El Espíritu Santo, única persona estéril dentro de Dios, desea una esposa, á quien deba en cierto modo esa misteriosa fecundidad, cuyo dulce fruto es el divino Jesus. Por último, la adorable Trinidad quiere tener un templo bellísimo entre los hombres. Tal es su admirable designio en la predeterminacion de la Reina de los cielos.

En honra de misterio tan profundo acostumbran muchas almas devotas saludarla con esta espresiva jaculatoria :

*Ave, Filia Dei Patris,
Ave, Mater Dei Filii,
Ave, Sponsa Spiritus Sancti,
Ave, Templum totius Trinitatis.*

Dios te salve, Hija de Dios Padre, Dios te salve, Madre de Dios Hijo, Dios te salve, Esposa del Espiritu Santo, Dios te salve, Templo de toda la Trinidad.

María es el templo, es propiamente el mundo de la Santísima Trinidad, segun la frase de San Bernardo : *Eam tanquam specialissimum mundum Deus sibi creavit.* Antes que él habia escrito San Cipriano : « Leo y concibo que María es un mundo espiritual y en gran manera admirable, siendo su tierra firme una humildad profunda, su dilatado mar una caridad inmensa, su cielo una contemplacion sublime, su sol una cabal inteligencia de las cosas divinas, su luna la hermosura y la pureza, su estrella matutina el resplandor de una santidad perfecta, sus luceros y demás astros las maravillas de las virtudes mas encumbradas. »

Volvamos á San Bernardo, el cual en menos palabras dice mas en su cuarto sermón sobre la salve. « No hay virtud, así se espresa este sol de la Iglesia, ó Reina del cielo, que no resplandezca en tí, y tú sola posees en todo su grandor cuantas virtudes se hallan repartidas en la muchedumbre de los Santos : *Quidquid singuli habuere sancti, tu sola possedisti.* »

Bien puedo ahora añadir que sin embargo de pertenecer al género de las criaturas humanas, parece de tan privilegiada condicion que en ella es gracia cuanto se llama naturaleza en las otras. Tiene cuerpo como las otras, pero es obra de la gracia, no habiendo logrado este fruto de bendicion sus ancianos y estériles padres sino por especial privilegio de aquella. Tiene alma como las otras; pero es tan pura, santa y limpia de toda imperfeccion que en ella jamás se ha visto pecado alguno ni original, ni actual, y ni aun la mas imperceptible mancilla: *Et macula non est in te.* (Cant. 4). Tiene pasiones

como las otras; pero tan lejos están de todas las flaquezas de las otras, que en ella han servido solamente para la ejecucion de los nobilísimos designios de la gracia; mas bien habian de llamarse virtudes animadas, porque en ellas no habia ni sombra de aquella corrupcion de la naturaleza que á las otras inclina hácia la tierra, pues estaban abrasadas en un fuego divino que las levantaba á los cielos, y á las cuales el sabio denomina vapor de la virtud de Dios : *Vapor virtutis Dei.* (Sap. 7. v. 25).

Y para decirlo todo en una palabra, la escelencia y perfeccion de esta magnífica obra maestra de la mano del Altísimo es tal que siendo obra de la gracia, siguió únicamente los impulsos de la gracia, recibiendo de ella sus movimientos como una emanacion de la claridad del Omnipotente. Y el Señor que la ha hecho tan grande y preparado para sí mismo, tambien quiso ser el principio inmediato de su sér y la causa de todas sus operaciones. ¿A quién no asombran tan escelsas maravillas? Hé aquí pues lo que se trataba en la singular predestinacion de la Reparadora de nuestro linaje, la cual es un mundo de gracias espresamente hecho para tabernáculo de las tres Personas de la adorable Trinidad.

¡Oh María! ¡Cuán inefables son vuestras grandezas! ¡Cuán incomprendibles! Fuisteis hecha de propósito por la mano de Dios para tabernáculo suyo. Vuestro único Hijo que habita en el seno augusto de su Padre, desciende á la tierra ocultando, no empero deponiendo su majestad divina, y viene á hospedarse en vuestras virginales entrañas sin juzgarlas indignas de su alteza infinita. Las delicias que goza en el seno de su Padre, bñanle en inmortal alegría; pero las que gustó en el vuestro, le enamoraron y transportaron de suerte que le hicieron entrar en dulcísimo éstasis y caer en vuestros brazos desfallecido de amor.

Prerogativa singular de la inmaculada Virgen fué haberla el Señor predestinado á la gloria antes que á las demás criaturas angélicas y humanas. Esta es la primer ventaja que lleva á todos los seres creados. ¡Quién imaginará la abundancia ó el precio de las riquezas divinas, que en ella derramaria

aquella primera efusion de las bondades del Escelso! Figuraos un torrente hinchado hasta el extremo con estraordinarias avenidas de aguas, é impaciente por romper sus diques para dilatarse corriendo y desahogar su cauce represado: aunque esta comparacion sea demasiado baja para significar la abundancia de las infinitas riquezas que la Divinidad atesora; no obstante, ¿quién será el primero que reciba la primera efusion, ó si de este modo es licito espresarse, el primer derrame impetuoso de aquel torrente cuando se rompa en la predestinacion de los Santos?

Venid, Virgen sublime, venid: vos sois la primera digna de recibirle, y vos seréis la primer persona predestinada á la gloria; vuestra plenitud será mayor que la de todas las demás criaturas bienaventuradas, pues solo vos teneis sobre todas suficiente capacidad para recibir y encerrar en vuestro seno la grandeza de la majestad del Todopoderoso, al cual no pudo comprender la estension de los cielos: *Quem cæli capere non poterant, tuo gremio contulisti.* ¡Oh Virgen! ¡Oh la primera y la mas bella obra de la divina predestinacion! ¡Oh cuán copiosa fuente de alegría es para vuestros fieles siervos el veros levantada á tan escelsa cumbre! Los predestinados debieran tener fijos en vos los corazones y los ojos para contemplaros, admiraros y amaros, porque á la cabeza de todos ellos sois la primera que levantaiis el vuelo á la region de perdurable gloria.

Lo que á Maria ensalza sobre todos los bienaventurados y le dá una preeminencia exclusivamente suya, es el haber sido predestinada de un modo tan privilegiado y admirable que entra en cierta manera á dividir todas las cosas con el Eterno Padre y con su Hijo en la obra sublime de la predestinacion de los Santos. Ella por su único Hijo y en él es uno de los principios que concurren á la predestinacion de los elegidos; pues como es imposible que Jesucristo lleve á cabo la predestinacion de un solo hombre sin el concurso de su Eterno Padre, porque sin él no seria Dios; así es igualmente imposible el que la lleve á cabo sin el concurso de su Madre, porque sin ella no seria hombre.

Por esta causa todos los elegidos están como encadenados con la Madre del Salvador y se asegura con sobrado fundamento que es señal evidente de la predestinacion de un alma el que tenga con ella una union íntima y fuerte, una tendencia de corazon que suavemente la incline á serle devota, á servirla y amarla. De aquí las imponderables obligaciones que tenemos para con el Padre, el Hijo y la Virgen madre de la divina gracia que manejan el interesantísimo negocio de nuestra eternidad. ¿Por ventura hemos sondeado este abismo? No, aun no hemos penetrado esta verdad sublime; á nadie es dado descubrir su misteriosa profundidad sino en las mansiones de la luz eterna. No harémos mas que columbrarla á lo lejos hasta que la vision beatifica nos descubra todas las verdades en su principio, que es Dios.

¿Y dónde está la encendida gratitud, que debemos á esta Madre de nuestro Salvador y de nuestra salvacion? ¿Cómo no la miramos con el mas respetuoso acatamiento? ¿Cómo no ponemos el mayor empeño en complacerla, formándonos á ejemplo suyo en la virtud? ¿Cómo no la honramos, servimos y amamos con respetuosa devocion llena de celo y ternura? ¿Nó es un deber nuestro el que su amor crezca incesantemente en nuestros corazones, y que nuestro mayor deseo sea morir con su nombre dulcísimo en los labios, y exhalar en sus manos el alma á fin de que la presente á Dios como un fruto maduro para la gloria, merced á su poderosa intercesion?

Mal juzgamos de las cosas de Dios con las débiles luces de nuestra decaida razon. Sabemos que la predestinacion es un decreto libre de la divina voluntad, que manifiesta en ella infinito amor á las almas predestinadas, pues las conduce á la eterna posesion del bien infinito; y de estos antecedentes inferimos que todo deba ser felicidades en la predestinacion de los elegidos, siendo esta el efecto de un amor infinito, cuyo único deseo es colmar de bienes al objeto amado. Y semejante juicio nos parece muy justo.

Y no obstante, lo contrario pasa á nuestra vista; pues si hay adversidades, comunmente aquejan á los buenos, es decir, á los elegidos, mientras á los reprobados adula la fortuna, ha-

lagándolos muellemente la abundancia de las satisfacciones humanas. Mas nos engaña nuestra ignorancia, haciéndonos juzgar por apariencias. El engaño consiste en que reputamos desgracia lo que en realidad es con respecto á los justos grandísima ventura, pues las cruces son el mas seguro camino de la salvacion. Y nosotros llamamos fortuna y prosperidades lo que realmente es miseria espantosa respecto á los enemigos de Dios, pues quien no tenga parte en la cruz, tampoco la tendrá en la gloria. Pero no se piensa ni se habla así en el mundo: manifieste semejantes sentimientos quien quiera pasar por loco; y quien quiera perder tiempo esfuércese en persuadirlos á los obcecados partidarios de vanidades.

Cierto es que la necia sabiduría de los mundanos usa de lenguaje muy diverso; pero ¿merece crédito? Si somos cristianos, ¿cómo no tenemos oídos para escuchar lo que San Pablo nos dice, que aquellos á quienes Dios ha predestinado deben ser conformes á la imágen de su Hijo? El oráculo de la fe nos lo asegura: no es permitido dudarlo. Es innegable que nadie puede estar predestinado á ser hijo adoptivo de Dios si con aquel modelo no tiene semejanza: él es el único original de los predestinados: los demás son copias; estudiemos aquel original y en él veremos verdades claras como el sol, que nos harán maravillarnos de nuestra pasmosa ignorancia.

Al decirnos la *Escritura* que Jesucristo fué predestinado á ser hijo de Dios, ¿querrá tal vez darnos á entender que tendría toda suerte de bienes, honores y prosperidades temporales? Creemos que su predestinacion lleva consigo el señorío de toda especie de bienes, tanto los temporales y corpóreos como los espirituales y eternos; porque si así no fuese, la predestinacion no sería el efecto de un amor infinito. Preciso es pues considerar todo lo que el Eterno Padre le ha dado como bienes y ventajas de un precio inestimable. Veamos ahora á qué le ha predestinado.

¿Acaso á los honores? No, pues fué despreciado, y hecho objeto de oprobio, de vergüenza y de toda suerte de abyecciones; esto es lo que no tiene por sí mismo, sino lo que le dá su predestinacion; luego semejantes ignominias son bienes

dignos del infinito amor que Dios le manifiesta predestinándole á ser su hijo, por mas que nuestra ignorancia nos los haga ver como males, por mas que la naturaleza rehuse admitir esta doctrina, teniéndola por loca. Quéjese empero, grite y se desespere; á pesar suyo subsistirá eternamente la verdad divina; las humillaciones son las señales y los efectos de la predestinacion de los hijos de Dios y no los honores ni la gloria vanísima del mundo.

¿Le habrá predestinado á las riquezas, á las dignidades, y al poderío? No, sino á la pobreza, á la dependencia y á la privacion de todas las comodidades. Es evidente que todas estas cosas se las dá el mismo amor infinito, que le ha predestinado á ser hijo de Dios; por consiguiente se ha de confesar que son bienes inestimables; pues es imposible que no sea un bien todo aquello que dá un amor infinito al objeto amado. Luego es indudable que se engaña la sabiduría del mundo apellidándolos males. ¡Cuán sublime doctrina! ¿Cómo comprenderá la prudencia de la carne una filosofía tan opuesta á los sentidos y á la naturaleza? Pero quien nos la enseña es la verdad misma.

En una palabra, Jesucristo no fué predestinado á gozar placeres, sino á ser una victima sumergida en abismos de tribulaciones, no á la inmortalidad, pues la posee por sí mismo, sino á ser capaz de morir; no á tener la inmensidad, pues le es inseparable, sino á hacerse pequeño y á ser como anodado: y toda alma predestinada debe esperar que la divina Providencia la trate del mismo modo y juzgarse tanto mas afortunada y mas segura de su predestinacion, cuanto mas rica se vea de esta especie de bienes que la locura del mundo llama calamidades.

Asentado este indudable principio, si se pregunta qué ventajas sacó la Virgen-Reina de haber sido predestinada á ser madre de Dios, responderemos que la de tener mas conformidad con la predestinacion de su único Hijo, participando mucho mas que ninguna otra criatura de las penalidades de su vida mortal, siendo despues de Jesucristo la mas humilde, la mas pobre, la mas atribulada, la mas despreciada y anonadada

á los ojos del mundo; pues amándola en extremo, debe haberle prodigado con mucha mas largueza que á ninguna otra criatura las riquezas de tribulacion, que recibió de su Eterno Padre en virtud del decreto de su divina predestinacion.

María es una pobre doncella, nacida en verdad de padres nobilísimos, pues entre sus abuelos cuenta crecido número de príncipes, reyes y patriarcas; no obstante es mujer de un pobre carpintero, obligada á comer con el trabajo de sus manos; es madre de un inocente crucificado, á quien para confusion suya vió ajusticiar por inhumanos verdugos y sufrir muerte infame y dolorosa entre dos foragidos ladrones, y en presencia de muchos pueblos venidos á Jerusalén desde lejanas tierras con motivo de la celebridad de la pascua, los cuales habian de estender la noticia de aquella infamia por la redondez del orbe.

¿Y es esta la gloria que en esta vida os proporciona vuestra admirable predestinacion, ó Esposa del Espiritu Santo? ¿La dignidad de madre de Dios no os dá mas privilegio que el ser la mas afligida y la mas desgraciada de las madres, segun los juicios humanos? ¿Cuánto se elevan sobre nuestro entendimiento los consejos del Altísimo! A juicio del mundo debia la Madre de Dios esceder tanto en riquezas, gloria y poderio á todas las majestades de la tierra, cuanto se encumbran estas sobre el mas ínfimo del pueblo; pero el mundo está ciego, y lo que llama grandezas, lo mira el Señor como bajezas indignas de sí y de su Madre querida; y lo que él llama pequeñez y miseria, mira el Todopoderoso como verdadera grandeza solamente digna de él y de sus escogidos.

CAPÍTULO II.

San Pedro Damian dice que Dios sacó el santísimo nombre de María del tesoro de su Divinidad espresamente para darlo á su querida Madre: *Statim de thesauro Divinitatis Mariæ nomen evolvitur* (Damian. Serm. 11 de Anunc.). Y con esto dá á entender que las tres Personas de la adorable Trinidad tuvieron parte en su imposicion: el Padre contribuyó dándole su Hijo, puesto que Ruperto Abad no teme decir que el Hijo es el nombre del Padre, siendo una palabra que espresa completamente su esencia y perfecciones. Ahora bien, si el Verbo espresa al Padre, espresa tambien á la Madre, pues es la misma persona quien dá al uno el nombre de padre y á la otra el de madre, y establece entre ella y Dios un parentesco real y verdadero; lo que propiamente significa el nombre de María, en sentir de S. Ambrosio, quien asegura que María quiere decir: Dios es de mi familia ó de mi parentela: *Speciale Mariæ hoc nomen inveni quod significat, Deus ex genere meo*. No vemos de cuál raiz de las lenguas hebrea, griega ó latina haya sacado S. Ambrosio esta interpretacion; pero su autoridad nos basta para recibirla. ¿Y quién sino la Madre del hermoso amor puede llevar un nombre de tan augusto significado?

¡Oh gloria! ¡Oh soberana escelencia del nombre de María! Si se pregunta cuál es su origen, se nos responde que se sacó como preciosa joya de los tesoros de la Divinidad. Dióse á la Madre de la vida por todas las Personas divinas como prenda de la íntima alianza que ansiaban hacer con ella. ¿Pues quién no confesará que solo á ella toca llevarlo propiamente? Las

á los ojos del mundo; pues amándola en extremo, debe haberle prodigado con mucha mas largueza que á ninguna otra criatura las riquezas de tribulacion, que recibió de su Eterno Padre en virtud del decreto de su divina predestinacion.

María es una pobre doncella, nacida en verdad de padres nobilísimos, pues entre sus abuelos cuenta crecido número de príncipes, reyes y patriarcas; no obstante es mujer de un pobre carpintero, obligada á comer con el trabajo de sus manos; es madre de un inocente crucificado, á quien para confusion suya vió ajusticiar por inhumanos verdugos y sufrir muerte infame y dolorosa entre dos foragidos ladrones, y en presencia de muchos pueblos venidos á Jerusalén desde lejanas tierras con motivo de la celebridad de la pascua, los cuales habian de estender la noticia de aquella infamia por la redondez del orbe.

¿Y es esta la gloria que en esta vida os proporciona vuestra admirable predestinacion, ó Esposa del Espiritu Santo? ¿La dignidad de madre de Dios no os dá mas privilegio que el ser la mas affigida y la mas desgraciada de las madres, segun los juicios humanos? ¿Cuánto se elevan sobre nuestro entendimiento los consejos del Altísimo! A juicio del mundo debia la Madre de Dios esceder tanto en riquezas, gloria y poderio á todas las majestades de la tierra, cuanto se encumbran estas sobre el mas ínfimo del pueblo; pero el mundo está ciego, y lo que llama grandezas, lo mira el Señor como bajezas indignas de sí y de su Madre querida; y lo que él llama pequeñez y miseria, mira el Todopoderoso como verdadera grandeza solamente digna de él y de sus escogidos.

CAPÍTULO II.

San Pedro Damian dice que Dios sacó el santísimo nombre de María del tesoro de su Divinidad espresamente para darlo á su querida Madre: *Statim de thesauro Divinitatis Mariæ nomen evolvitur* (Damian. Serm. 11 de Anunc.). Y con esto dá á entender que las tres Personas de la adorable Trinidad tuvieron parte en su imposicion: el Padre contribuyó dándole su Hijo, puesto que Ruperto Abad no teme decir que el Hijo es el nombre del Padre, siendo una palabra que espresa completamente su esencia y perfecciones. Ahora bien, si el Verbo espresa al Padre, espresa tambien á la Madre, pues es la misma persona quien dá al uno el nombre de padre y á la otra el de madre, y establece entre ella y Dios un parentesco real y verdadero; lo que propiamente significa el nombre de María, en sentir de S. Ambrosio, quien asegura que María quiere decir: Dios es de mi familia ó de mi parentela: *Speciale Mariæ hoc nomen inveni quod significat, Deus ex genere meo*. No vemos de cuál raiz de las lenguas hebrea, griega ó latina haya sacado S. Ambrosio esta interpretacion; pero su autoridad nos basta para recibirla. ¿Y quién sino la Madre del hermoso amor puede llevar un nombre de tan augusto significado?

¡Oh gloria! ¡Oh soberana escelencia del nombre de María! Si se pregunta cuál es su origen, se nos responde que se sacó como preciosa joya de los tesoros de la Divinidad. Dióse á la Madre de la vida por todas las Personas divinas como prenda de la íntima alianza que ansiaban hacer con ella. ¿Pues quién no confesará que solo á ella toca llevarlo propiamente? Las

que por privilegio lo tienen, deben guardarse mucho de deshonrarlo; guárdense de hacer cosa alguna indigna del nombre que llevan, pues como escribía S. Bernardo al Papa Eugenio, muy acre y fundadamente se puede reconvenir á los que heredando un nombre esclarecido lo deshonran con una conducta desarreglada. Aficiónense mas particularmente á la devocion y servicio de la Reina de todos los Santos; puesto que en el mero hecho de llevar su nombre hacen pública declaracion de pertenecerle, y si no cumplen con los deberes de fieles servidoras, será para ellas continua reprobacion de su infidelidad el nombre sacratísimo que se les dió en la pila del bautismo. Amen á Jesucristo tierna y respetuosamente, ya que llevan el celestial nombre de su Madre dulcísima.

¡Oh María! esclama S. Anselmo transportado de alegría y admiracion: ¿cuál sería nuestra pobreza si el Padre de las misericordias no os hubiese sacado de sus tesoros para daros á nosotros? ¡Oh dicha! ¡Oh esperanza! Siento que mi corazón quiere amaros, que mi boca anhela alabaros, que mi entendimiento ansia contemplaros, que mi lengua desea pedirlos y que mi alma suspira por ser toda vuestra: recibidla, sostenedla, defendedla, conservadla, que en vuestras manos no podrá perecer.

Investigando S. Anselmo y S. Pedro Crisólogo cuál fuese la significacion del nombre de María, hallaron que en el original siríaco y hebraico quería decir señora, ó reina soberana, ó dominadora; y á la verdad que ella por do quiera domina como soberana en los cielos, en la tierra, y hasta en el infierno. Entremos por un momento en cada una de estas tres partes de su imperio para observar en ellas su absoluto dominio.

Si subimos al cielo, veremos que no lo pueblan sino reyes y reinas, no admitiéndose á nadie en aquella region de bienaventuranza sino para ponerle en las sienes una corona de gloria, segun estas palabras del Evangelio: «Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde la creacion del mundo.» Y estas otras: «No temais, pequeña

grey, porque vuestro Padre se ha complacido en daros un reino.» ¡Cómo ponderar la amabilidad de tal Padre! ¡Cómo describir la magnificencia de aquel divino Glorificador, que hace reyes escelsos á todos sus vasallos! *Solus Deus de servis suis decrevit facere reges.*

Pero si todos los bienaventurados son otros tantos reyes y reinas que verdaderamente poseen el imperio de Dios, es cierto que solo á la Madre de misericordia se ha dado ser la soberana y la absoluta reina de esa esplendorosa muchedumbre de inmortales monarcas. Ni temamos que esta asercion defraude el mas mínimo grado de gloria á la suprema grandeza de Dios, pues cuando llamamos soberana á María, nuestro ánimo no es hacerla independiente de Dios, lo cual sería blasfemia. Ni un ápice pierde la gloria de su unigénito Hijo por haberla levantado él mismo á la mas escelsa cumbre de su imperio; al modo que Salomon nada perdió de su poderio por sentar á su madre Bersabé á la derecha de su trono. No es por consiguiente una disminucion sino ampliacion de la grandeza de Jesucristo el que á su digna Madre sea estensiva.

La Iglesia, fiel intérprete de las intenciones de su divino Esposo, cantando á voz en grito sus alabanzas, llámala reina de los ángeles, reina de los patriarcas, reina de los profetas, reina de los apóstoles, reina de los mártires, reina de los confesores, reina de las vírgenes y reina de todos los Santos. Si lo es como lo publica la Iglesia, infalible órgano del Espíritu Santo, ¿no tendrá María derecho de mandar en todos ellos? ¿No están obligados á rendirle la obediencia y homenajes que tales súbditos deben á su augusta soberana? Dichosa el alma á quien toma bajo su proteccion, porque sea cual fuere la angustia en que nos halleemos sumergidos, puede muy bien mandar que nos saque de semejante abismo á cualquiera de los Santos innumerables ó de los querubines que mira prosternados al rededor de su trono.

Ella fué quien envió á S. Juan Evangelista á instruir en el misterio de la Santísima Trinidad al taumaturgo obispo de Neocesarea, como en su vida lo refiere S. Gregorio Niseno.

Ella quien envió al mártir S. Mercurio á dar muerte á Juliano apóstata, cuando este monstruo se proponia arruinar la Iglesia, como lo asegura el santo doctor de Nacianzo. Ella quien envió á los ángeles á ahuyentar de Roma aquella terrible peste, que la infestaba en el pontificado de Gregorio el Grande, los cuales en accion de gracias de tan señalado beneficio, hicieron resonar los aires con cánticos de alegría, siendo los primeros que entonaron la magnífica antifona que desde entonces canta la Iglesia en su júbilo pascual: *Regina caeli, letare, alleluja: quia quem meruisti portare, alleluja: resurrexit sicut dixit, alleluja*. Y Sigonio afirma que viendo S. Gregorio envainar la espada vengadora al ángel esterminador, en medio de aquella angélica armonía, añadió el último versículo: *Ora pro nobis Deum, alleluja*.

Volvamos ahora del cielo á la tierra, y veremos que María ejerce sobre ella su dominio soberano de una manera admirable. Hablando S. Cirilo de Alejandria en el concilio de Efeso, puso en boca de la Señora las siguientes palabras: *Per me reges regnant*. Por mi reinan los reyes; y esta aplicacion del sagrado Testamento que literalmente se entiende de la divina Sabiduría, fué aplaudida por todos los Padres del Concilio. O reyes de la tierra, cuán dichosos seriais si conocieseis á fondo esta verdad, y si por un sentimiento de justa gratitud pusieseis á sus piés vuestros reinos, vuestras coronas y personas, como S. Estéban de Hungría, que la proclamó reina absoluta de sus estados, declarándose su primer vasallo.

Si podemos decir que reina cual soberana en el imperio que Jesucristo tiene en el cielo, ¿no lo diremos con respecto á la tierra? ¿Pues en qué rincon del orbe católico no se la honra mas que á todos los otros Santos? ¿Cuántas Iglesias consagradas al culto divino bajo su advocacion! ¿Cuántas capillas, oratorios y cofradías! ¿Cuántas órdenes religiosas, que hacen especial profesion de consagrarse á su servicio!

Si bajamos en espíritu hasta el infierno, veremos que su dominio se estiende aun á aquellas mazmorras de dolor; por lo cual S. Bernardino de Sena le atribuye estas palabras del Eclesiástico: *Gyrum caeli circuiui sola, et profundum abyssi*

penetravi. Yo sola he dado vuelta á los cielos y he penetrado hasta el fondo de los abismos.

Ni se diga que en el infierno no se vén mas que rigores de justicia y que jamás se ha oido llamar á la Reina de las virgenes madre de la justicia, sino siempre madre de misericordia, madre de la divina gracia; y que así no es creible que haya rigores en su dominio. Observemos cuál fué la sentencia que Dios pronunció en el paraíso cuando la rebelion del hombre: le condenó á la muerte, y aunque tal pena parezca rigorosa, fué igualmente fulminada contra la mujer, á quien en la sentencia se le añadieron los dolores del parto; pero la serpiente, ó el diablo enmascarado bajo su figura, que siendo la primera causa del mal, era tambien el mas culpable, fué castigado con mayor severidad. ¿Seria que se le precipitase en el infierno? No, porque ya para entonces estaba ardiendo en aquel océano de fuego por el pecado de su propia soberbia; pero la malicia que le indujo á seducir á nuestros primeros padres, merecia un suplicio en cierto modo mas cruel que el mismo infierno.

¿Cuál será este suplicio? El de llevar todo el peso del odio de la Mujer fuerte y poderosa: *Inimicitias ponam inter te, et mulierem*: el estar privado de la vision de Dios y verse hecho blanco de su aborrecimiento es lo esencial de su condenacion; mas el verse privado de la dulce compasion de la Madre de misericordia y hecho objeto de su eterna indignacion, es el colmo de su infierno; porque su soberbia siente el verse abatida á los piés de la humildísima Virgen mas que el estar agobiada bajo el peso del justiciero brazo del Omnipotente. Le son intolerables los tormentos que ella le hace padecer; primeramente porque en sus virginales entrañas se efectuó el misterio de la Encarnacion, por el cual nuestra naturaleza se encumbró al infinito sobre la de los ángeles en la persona de Jesucristo.

En segundo lugar, porque ella es quien se opone á todos los designios de los demonios, frustrando sus asechanzas en orden á una infinidad de almas devotas suyas, á quienes toma bajo su proteccion; confundiendo todas las herejías que ellos

suscitan para arruinar la Iglesia, cuya madre es. En una palabra, su odio y sus justas venganzas contra el infierno son universales cuanto á los tiempos y á los lugares y contra todas sus malélicas empresas. Piensa S. Buenaventura que estos odios mortales se hallan espesados en el nombre de María, que él interpreta un mar amargo. Dice que así como Faraon fué sumergido con sus huestes en el mar rojo, así todas las hordas infernales sucumben al pié del muro de poderosa protección con que la Reina de las virtudes rodea y ampara á los hombres; y de esta suerte ejerce su formidable dominio sobre el abismo.

Entre cuantos hayan recurrido al nombre de María, no se hallará uno que no haya experimentado lo que con tanto fervor de espíritu escribió S. Efren, á saber, que ella es verdaderamente la estrella del cielo que nos ilumina en nuestras tinieblas. ¿Cuántas veces en efecto el solo nombre de María nos ha hecho acordarnos de Dios y volver á la senda de nuestros deberes? Que ella es verdaderamente la ciudad de refugio en que pueden salvarse los que se vén perseguidos de muerte. ¿Y cuántas veces combatida con ímpetu nuestra alma por las tentaciones del demonio no ha hallado su reposo y seguridad en la invocación del nombre de María? Que ella es la verdadera arca de la alianza y el verdadero propiciatorio. ¿Y cuántas veces no nos ha alcanzado la paz con Dios, haciéndonosle propicio con su poderosa intercesión cuando mas irritado le teníamos con nuestras culpas? Que ella es verdaderamente el alivio de los enfermos y el consuelo de los afligidos. Sería preciso escribir innumerables volúmenes si se tratase de referir los millones de ejemplos de los que viéndose como abismados en un mar de tristeza y de dolor han arribado á puerto de salud con la invocación del dulcísimo nombre de María. ¿Veríamos sin cesar correr pueblos enteros á los santuarios que llevan el nombre de María, si la experiencia no les hubiera enseñado que cuantos la invocan hallan alivio y remedio para todas las dolencias humanas?

Aquel divino nombre habia de ser una fuente de salud, estando todo lleno del Salvador. Quien dice María dice la

Madre del Salvador del mundo; y quien dice la Madre del Salvador, dice un tesoro que encierra las infinitas riquezas del Padre de las misericordias: él le envia á la tierra para universal remedio de los males que nos agovian; pero quiere que le recibamos inmediatamente de la Consoladora de los afligidos, habiéndole confiado con este fin tan soberano depósito. ¿Queréis saber qué abundancia de virtudes encierra su nombre? Considerad el tesoro de celestiales riquezas, que encerró Dios en su castísimo seno. El nombre de María participa sobremanera de la dulzura del divino Verbo; ni hay en el cielo maná mas delicioso, si supiésemos gustarlo y saborearnos con él.

S. Estéban, rey de Hungría, jamás lo pronunciaba sin la mas profunda veneración; llamábala las mas veces la gran Señora, y todos sus pueblos á ejemplo suyo la llamaban la gran Señora; y siempre que oían el nombre de María, inclinaban respetuosamente la cabeza para tributarle todo el honor posible. Si habeis leído la *Vida* de S. Erman, escrita por Surio, habréis observado el singular efecto que producía en él. Postrábase para pronunciarlo y permanecía en tal postura tanto tiempo que habiéndolo observado un amigo suyo y rogándole que le dijese en confianza qué era lo que allí hacia, le respondió: «Estoy cogiendo dulces frutos del nombre de María con indecible regocijo, pues me parece que todas las flores de la tierra y los aromas de los perfumes mas delicados se han reunido aquí para deleite mio, mientras una virtud desconocida se exhala de aquel augusto nombre, cuando lo pronuncio, bañándome en celestial consuelo y alegría; aquí descanso de todos mis trabajos, aquí me alivio de todas mis dolencias, y quisiera permanecer siempre en esta postura para seguir gustando tan exquisita suavidad».

Un gran siervo de la Reina de los serafines dice que los verdaderos cristianos nunca han separado el nombre de Jesus del de María, y que unos los llevan impresos en sus corazones con los caracteres del amor, otros los tienen continuamente en la lengua no cesando de repetirlos y cantar sus alabanzas, otros los llevan escritos ó pintados por su fervo-

rosa devoción, y otros los manifiestan en sus manos copiando en sí su santidad, y que este último modo de honrarlos es la corona y perfección de todos los demás.

¿Quién de nosotros, viendo las adorables personas de Jesús y de su Madre, no se arrojaría á sus piés para besarlos y abrazarlos y derramar su corazón en su presencia? Es cierto que estamos privados de tanta dicha; pero consolémonos tomando sus nombres en vez de sus personas, grabándolos en nuestra memoria, imprimiéndolos en nuestros corazones, pronunciándolos muchas veces con el mas profundo respeto, gustando su dulzura y diciendo enternecidos: ¡Oh Jesús y María! ¿por qué no os vemos? ¡Oh Jesús y María, bellezas hechizadoras, á cuya sola vista estáticos los cielos se abrasan en amor! ¿Hasta cuándo estaremos privados de vuestra deliciosa presencia?

CAPÍTULO III.

Admirable es la conducta que observó la divina Providencia con S. Joaquin y Santa Ana, padres de la Reina del cielo. Ella es quien humilla y exalta, quien mortifica y vivifica, quien empobrece y enriquece, y que parece quitarlo todo á las almas á quienes quiere dar con mayor profusión. Humilló á S. Joaquin y Santa Ana, haciéndoles sufrir por espacio de veinte años, segun S. Gerónimo, y de cuarenta segun otros, el oprobio de la esterilidad en su matrimonio, que era un estado de humillación en el pueblo de Israel y que regularmente

acarreaba desprecios, además de la tristeza y aflicciones personales que le eran inseparables; y despues de esta larga prueba de paciencia los coronó de gloria con la fecundidad mas honrosa que hayan visto los siglos, si se exceptúa la de su inclita Hija.

Para probar su virtud hizo que ambos naciesen estériles, conservándolos en tal estado casi hasta la decrepitud, y cuando todo parecia desesperado, y ya habian perdido la lisonjera idea de revivir en su posteridad les dió aquella preciosa Hija, de la cual habia de nacer la verdadera vida de los mortales, haciendo con tan maravillosa dádiva que jamás muriesen en la memoria de los hombres, y que todas las generaciones los bendijesen por el fruto de su seno.

Ahora bien, si la gloria de su hija proviene del ser madre del Hijo de Dios, como dice el Evangelio, que ha hecho su panegirico con estas pocas palabras: *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*; y si santo Tomás nos asegura que midiendo sus grandezas por esta dignidad, se halla una especie de infinidad, ¿no debemos discurrir en la misma forma afirmando que la gloria de Joaquin y Ana consiste en ser padres de la Santísima Virgen, pues por ella tienen la dicha de contar entre sus hijos al Hijo de Dios, y por él en cierto modo pueden mirar á todos los cristianos como su gloriosa posteridad? ¡Ah que si por esta parte medimos su grandeza, veremos que se eleva sobremánera!

¿Pero cómo dispuso Dios aquella tierra estéril para que produjera un fruto tan perfecto? Primeramente viéndose ellos estériles en cuanto á los hijos, se propusieron hacerse fecundísimos en buenas obras; empleaban su vida en ayunos, oraciones y limosnas, muy distantes de la odiosa y sórdida avaricia de aquellos que viéndose privados de hijos que les hereden, se desviven por acumular riquezas, ya porque no pudiendo poner en los hijos su corazón, lo ponen en sus bienes, ya porque no esperando otro apoyo en su vejez, se imaginan hallarlo en sus tesoros. Ciegos que no siguen el consejo del Evangelio, que nos exhorta á que distribuyendo las riquezas á los pobres, nos hagamos con amigos en el cielo, á fin de que nos reciban en

rosa devocion, y otros los manifiestan en sus manos copiando en sí su santidad, y que este último modo de honrarlos es la corona y perfeccion de todos los demás.

¿Quién de nosotros, viendo las adorables personas de Jesus y de su Madre, no se arrojaría á sus piés para besarlos y abrazarlos y derramar su corazon en su presencia? Es cierto que estamos privados de tanta dicha; pero consolémonos tomando sus nombres en vez de sus personas, grabándolos en nuestra memoria, imprimiéndolos en nuestros corazones, pronunciándolos muchas veces con el mas profundo respeto, gustando su dulzura y diciendo enternecidos: ¡Oh Jesus y María! ¿por qué no os vemos? ¡Oh Jesus y María, bellezas hechizadoras, á cuya sola vista estáticos los cielos se abrasan en amor! ¿Hasta cuándo estaremos privados de vuestra deliciosa presencia?

CAPÍTULO III.

Admirable es la conducta que observó la divina Providencia con S. Joaquin y Santa Ana, padres de la Reina del cielo. Ella es quien humilla y exalta, quien mortifica y vivifica, quien empobrece y enriquece, y que parece quitarlo todo á las almas á quienes quiere dar con mayor profusion. Humilló á S. Joaquin y Santa Ana, haciéndoles sufrir por espacio de veinte años, segun S. Gerónimo, y de cuarenta segun otros, el oprobio de la esterilidad en su matrimonio, que era un estado de humillacion en el pueblo de Israel y que regularmente

acarreaba desprecios, además de la tristeza y aflicciones personales que le eran inseparables; y despues de esta larga prueba de paciencia los coronó de gloria con la fecundidad mas honrosa que hayan visto los siglos, si se esceptúa la de su inclita Hija.

Para probar su virtud hizo que ambos naciesen estériles, conservándolos en tal estado casi hasta la decrepitud, y cuando todo parecia desesperado, y ya habian perdido la lisonjera idea de revivir en su posteridad les dió aquella preciosa Hija, de la cual habia de nacer la verdadera vida de los mortales, haciendo con tan maravillosa dádiva que jamás muriesen en la memoria de los hombres, y que todas las generaciones los bendijesen por el fruto de su seno.

Ahora bien, si la gloria de su hija proviene del ser madre del Hijo de Dios, como dice el Evangelio, que ha hecho su panegirico con estas pocas palabras: *De qua natus est Jesus, qui vocatur Christus*; y si santo Tomás nos asegura que midiendo sus grandezas por esta dignidad, se halla una especie de infinidad, ¿no debemos discurrir en la misma forma afirmando que la gloria de Joaquin y Ana consiste en ser padres de la Santísima Virgen, pues por ella tienen la dicha de contar entre sus hijos al Hijo de Dios, y por él en cierto modo pueden mirar á todos los cristianos como su gloriosa posteridad? ¡Ah que si por esta parte medimos su grandeza, veremos que se eleva sobremánera!

¿Pero cómo dispuso Dios aquella tierra estéril para que produjera un fruto tan perfecto? Primeramente viéndose ellos estériles en cuanto á los hijos, se propusieron hacerse fecundísimos en buenas obras; empleaban su vida en ayunos, oraciones y limosnas, muy distantes de la odiosa y sórdida avaricia de aquellos que viéndose privados de hijos que les hereden, se desviven por acumular riquezas, ya porque no pudiendo poner en los hijos su corazon, lo ponen en sus bienes, ya porque no esperando otro apoyo en su vejez, se imaginan hallarlo en sus tesoros. Ciegos que no siguen el consejo del Evangelio, que nos exhorta á que distribuyendo las riquezas á los pobres, nos hagamos con amigos en el cielo, á fin de que nos reciban en

los tabernáculos eternos cuando nos hallemos sin amparo y sin hogar.

En segundo lugar, considerándose como árboles secos hasta en su raíz, procuraban regar su esterilidad con la abundancia de sus lágrimas, bien persuadidos que las que brotan de un corazón contrito y humillado son á manera de una lluvia del cielo que fecundiza la tierra donde cae : por esto los compara S. Juan Damasceno á dos tortolillas inconsolables que amándose tierna y fielmente no pueden consentir en que las separe larga distancia. Santa Ana lloraba en su jardín y S. Joaquin en el monte, y sus lágrimas que procedían de una misma fuente, subían juntas al cielo á presentarse de consumo delante de Dios.

Considerando aquellas aguas S. Vicente Ferrer, creyó ver lo que está escrito en el *Génesis*, «que el Espíritu de Dios volaba ó era llevado sobre las aguas». Entiende por el espíritu de Dios al arcángel S. Gabriel, espíritu enviado por Dios y llevado sobre las aguas cuando los consoló asegurándoles que eran oídas sus oraciones y que se cumplirían sus deseos. ¡Qué poderío el de las lágrimas, pues hacen bajar del cielo á los ángeles, los cuales hallan sus delicias en el dolor y las sombras de un corazón afligido! ¡Cuán admirable es su elevación, pues tienen alas para subir hasta el trono del Altísimo que jamás las repulsa! ¡Cuán prodigiosa su virtud, pues siempre obtienen cuanto desean! ¡Ay de nosotros que hacemos los mayores esfuerzos para no tener nunca que llorar!

Parece que en vano nos dice el Evangelio : «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.» El mundo piensa de un modo muy diverso : los que buscan la felicidad como lo hace la mayor parte de los mundanos, huyen de las lágrimas y no quisieran más que reír y divertirse; y no porque en ellos se haya secado la fuente del llanto, puesto que las calamidades humanas suministran suficiente motivo para llorar; sus lágrimas empero solo sirven para hacerlos más desventurados. Otras hay que hacen felices y se convierten en alegría : vienen del cielo, son un regalo de Dios; y quien conociera su valor antepondría una sola lágrima de esta espe-

cie á todos los goces de la tierra. Fingieron los antiguos idólatras que su Venus, madre de la deshonestidad, había nacido de las aguas del mar; y si con esto querían decir que está siempre sumergida en tempestuoso piélago de amarguras, lejos de ser una fábula, es una de las verdades más comprobadas por la experiencia : pero decir que María, madre de la pureza, ha nacido del rocío del cielo, entendiéndose por este rocío las copiosas lágrimas de sus padres, es otra verdad no menos comprobada aunque infinitamente más dulce y halagüeña; pues si Joaquin y Ana no hubiesen derramado tantas y tan perseverantes lágrimas, no tendrían la gloria de haber dado en su hija á Dios una madre y al universo el principio de todo bien.

No parece sino que la divina Providencia hubiese esperado que su avanzada edad como el invierno de su vida helara sus venas, estinguendo los sentimientos de amor que inspira la naturaleza para animarlos con las purísimas llamas del amor divino. Las mujeres de la ley antigua deseaban tener hijos, porque todas aspiraban á ser madres de la Madre del prometido Mesías : *Mulieres veteris testamenti ad Mariam tendebant*. Y tan piadoso anhelo corregía en gran manera el defecto de la natural concupiscencia. ¿Y se dudaría de que S. Joaquin y Santa Ana, á quienes el arcángel Gabriel reveló que alcanzarían tan soberana dicha, sintiesen abrasado su corazón en el más ardiente deseo de dar al mundo la Madre del Reparador del género humano?

Este piadoso deseo no tenía más origen que su inmaculada caridad. Su único blanco era la gloria de Dios; no miraban sino á la salud del mundo; no atendían sino á aquella fuente inexhausta de gracias, que había de convertir tantos millones de pecadores y coronar á innumerable multitud de ellos en el cielo. Santa Brígida nos enseña que la misma Señora ha revelado que sus padres no tuvieron la más mínima sensación de placer al producirla, sino que elevadas sus almas en sublime contemplación de las maravillas que iba á obrar la infinita misericordia por medio de la encarnación del Verbo, tenían el espíritu todo embebido en solo Dios, y el corazón abrasado única-

mente en su celestial amor. Y en verdad, ¿quién no confesará que de esta suerte debia ser concebida una madre de Dios, la cual permaneciendo virgen habia de dar al mundo á un Hombre Dios por obra del Espíritu Santo?

María fué el delicioso fruto de las virtudes de estos santísimos esposos. ¡Cuán magnífico espectáculo ofrecería á los ojos de Dios el conjunto de las eminentes cualidades, que hermo-seaba aquellas grandes almas! ¡Cuán asombroso el prodigio de la fecundidad, que les comunicáran haciéndoles producir á la Madre de un Dios cuando la naturaleza era en ellos impotente!

La religion estaba tan arraigada en sus corazones, que todo su contento fué estar al pié de los altares; y habiendo dividido en tres partes sus bienes, para el templo destinaron la principal. Sus oraciones eran continuas, y sus sacrificios tan frecuentes que muchos han creído que S. Joaquin fuese sacerdote.

La humildad, que es cimiento de todas las virtudes, acompañaba su religion, y fué la que conservó la dulzura y la paz en su alma cuando con grave injuria le arrojó del templo un indiscreto sacerdote en ocasión de haberse presentado á ofrecer al divino altar sus dones: ella quien ejerciendo igual dominio en Ana, le hizo dar gracias á Dios por la afrenta que recibia en la persona de su esposo.

La soledad, el silencio, la oracion y la íntima union con Dios hacian que ambos tuviesen el espíritu muy lejos del mundo y estasiado en el santuario de la Divinidad. Ana oraba en su huerto. Joaquin en su desierto oraba sobre el monte á ejemplo de Moises, que despues de hablar familiarmente con Dios bajó del Sinai con el rostro tan brillante y encendido que le fué preciso cubrirse con un velo para que el pueblo le mirase sin quedar ofuscado por tantos resplandores. Por lo cual juzgó S. Metodio que era muy creíble que Moises hubiese penetrado los secretos divinos y tuviese un conocimiento claro del misterio de la Encarnacion; pues manifestaba al pueblo una imagen suya en aquella gloria divina escondida bajo un velo; y por consecuencia debia haber visto las grandezas de la Madre del Salvador. ¿Y quién nos arrancaría la piadosa creencia de que

Dios comunicase en su oracion igual conocimiento á S. Joaquin con quien la Madre del Salvador tenia relaciones infinitamente mas estrechas?

El ayuno y la limosna se juntaron como en su centro en las almas de S. Joaquin y santa Ana: el ayuno con sus rigores y sus vigiliass, sus vestidos pobres y austeros y demás prácticas de penitencia: la limosna con sus profusiones para alivio de los menesterosos y consuelo de los afligidos, y demás obras buenas en que los ejercitaba su caridad para con el prójimo, pues á este fin habian destinado la tercera parte de sus bienes. Y así no hay por que maravillarnos de que habiéndose unido en sus almas estas dos virtudes tan fecundas en obras buenas, les hayan dado aquella admirable fecundidad que produjo á la Madre de Dios.

La hospitalidad era una de las prácticas mas familiares á los antiguos patriarcas, y una de las que mas les merecian las bendiciones del cielo: ella principalmente fué en sentir de S. Ambrosio la que hizo nacer á Isaac de la vejez de Abraham y de la esterilidad de su esposa Sara. ¿Pero quién ejercitó la hospitalidad tan noblemente como S. Joaquin y santa Ana? Su casa fué albergue de peregrinos y forasteros y de cuantos se veian privados de todo auxilio humano. He aquí por qué merecieron como Abraham recibir á los ángeles del cielo. Pero cuando el mismo Hijo de Dios quiso hacerse peregrino en la tierra ¿no tuvieron la suprema dicha de hospedarle en su casa de Nazaret que los reyes de la tierra desearian poseer, y mas particularmente en el precioso tabernáculo que le habian preparado? ¡Oh Dios, qué inmenso raudal de alegría cuando al fin de los siglos oigan que á ellos en particular se les dirigen aquellas amorosas palabras: *Hospes eram, et collegistis me*: yo era peregrino y vosotros me recibisteis en vuestra casa!

CAPÍTULO IV.

No hay duda en que los sagrados libros en ningun lugar dicen con términos espresos que la Emperatriz del universo haya sido preservada ó contaminada en su concepcion por el pecado original; así que los testimonios que puedan sacarse de la Escritura no concluirán sino por consecuencias necesarias y por las esplicaciones, que les dán los Santos Padres.

Los que se empeñaron en contradecir tan justa y piadosa creencia, citaban aquel testo en que se afirma que todos los hombres mueren en Adan. Pero no advirtieron que de esta regla general es necesario sacar una consecuencia contraria. Veámosla. Es ley comun que los hijos de Adan se contaminen en su concepcion con el pecado del primer padre; luego la Restauradora del perdido mundo no está comprendida en ella. ¿Por qué? Por ser privilegio de la Madre de Dios el no estar sometida casi á ninguna de las leyes estensivas á todos los hijos de Adan. Por ejemplo, es ley comun el que las mujeres conciban á sus hijos por la via ordinaria; y la Madre de Jesus no está comprendida en esta ley, pues concibió á su hijo por obra del Espíritu Santo. Es ley comun que las madres cesen de ser vírgenes al adquirir el titulo de madres; y la de Jesus no está comprendida en esta ley, pues es una madre virgen, que lejos de perder nada de su virginal integridad la ha perfeccionado engendrando al Hijo de Dios. Es ley general que las madres paran con dolor; y la Madre de Jesus no está comprendida en esta ley, pues Santo Tomás dice que sintió una indecible alegría cuando dió á luz á su divino Infante. Es ley comun que los cuerpos humanos se reduzcan á polvo despues de su muerte; y la Madre de Jesus no está comprendida en

esta ley, pues habiendo muerto á semejanza de su Hijo, resucitó como él al tercero dia, y los cielos la recibieron en triunfo cuando subió á sentarse en el mas encumbrado trono de la gloria.

¿Cuántas leyes generales no vemos que comprenden á todos los hijos de Adan y de las cuales está esceptuada, sin que puedan mostrarse en la Escritura palabras espresas que nos manifiesten esta exencion? Sin embargo, cualquier verdadero católico si llegára á dudar de ella, sentiria una terrible desazon en su conciencia. ¿Por qué pues no se le niega ninguno de esos privilegios, que la dispensan de la ley comun? Sin duda porque son inmunidades graciosas debidas á la incomparable dignidad de madre de Dios; y no pareceria decente que estuviese sometida á estas leyes. Sentado este principio, lo mas debido y lo mas conveniente á la dignidad de una Madre de Dios era una inocencia perfectísima; pues el que su alma estuviese inficionada por el pecado, seria mucho mas indecoroso que el que su cuerpo devorasen gusanos. ¿Nó es mas indecoroso decir que fué concebida en la maldicion del pecado original, que el decir que concibió á su Hijo por la via ordinaria de las otras madres que es cosa inocente? ¿Nó es mas indecoroso decir que su alma santa no siempre fué virgen por haber incurrido en el pecado original, que el decir que su cuerpo no quedó virgen así antes como despues de su parto divino? Confesemos que si hay alguna ley general, de la cual debió eximirse su dignidad de Madre de Dios, fué la del pecado original.

Vemos en la sagrada Escritura á la reina Esther temblar y desmayarse y casi morir de espanto á los piés del trono de Asuero, que habia pronunciado decreto de muerte contra la nacion á que ella pertenecia. Parece que esta ley general habia de envolverla en la desgracia de todos los judíos; pero advertimos que el rey baja de su trono á sostenerla, á ponerle en las sienes la corona y acariciarla con dulcísimas palabras de consuelo. ¿Qué teneis, hermana mia? ¿Por qué es ese temor, amada mia? No temais, no moriréis, porque esta ley que se ha hecho para todos no se ha hecho para vos: *Non enim pro te, sed pro omnibus hæc lex constituta est.* ¿Y será posible

que Asuero tenga mayor poderío y bondad para eximir á la princesa, á quien ama, de una ley general que condena á muerte á todos los judíos, que Jesucristo para exceptuar á su Madre de la ley general de los hijos de Adán? No es posible: ama á ella sola mas que á todo el resto de las criaturas. ¿Cómo pues habia de tratarla con semejante rigor? No, no podia mirarla como objeto de su cólera en su concepcion como al resto de los hijos de Adán.

Otra de las razones aparentes con que se ha querido deramar alguna sombra en los resplandores de la inmaculada Concepcion de Maria, es aquella sentencia de S. Pablo, que asegura haber muerto el divino Salvador por todos los hombres, á fin de que los que viven no vivan ya para sí mismos sino para aquel que murió por ellos; deduciendo de aquí los que torcidamente entienden este paso, que habiendo muerto Jesucristo por todos, tambien la Mujer vestida del sol tuvo necesidad de redencion. Es cierto que ninguna criatura ha tenido tanta parte en el beneficio de la pasion y muerte de Jesucristo como Maria; ni alguna otra fué rescatada con su sangre de una manera tan noble; ninguna se ha reconocido tan obligada á vivir únicamente para él, y ningun otra se dedicó á su servicio con tan admirable fidelidad. Pero engaño es deducir de aquí que hubiese muerto por el pecado; pues de estos antecedentes se infiere lo contrario por rigurosa lógica. Maria tuvo mayor parte que todas las demás criaturas en la gracia de la redencion; luego esta gracia no solamente la libró del pecado, como lo hace con todas las demás, sino que la preservó de él, lo cual es favor especialísimo. Su Hijo la rescató de un modo mas noble que á todas las demás; luego no solo lo hizo librándola de la esclavitud del demonio, sino preservándola de la desgracia de ser ni por un momento cautiva de Satanás. Jesucristo la salvó de una manera mas excelente que á todo el resto de los hijos de Adán: luego no lo hizo permitiendo que se perdiese en el naufragio universal del mundo, sino haciendo flotar esta arca de salvacion sobre las aguas del comun diluvio. Si así no fuese ¿cuál seria su privilegio sobre los demás hombres?

Visto ya que en la Escritura no hay nada que favorezca á los que en otro tiempo suscitaron disputas para poner en duda la inmaculada Concepcion de la Reina del cielo; pasemos á observar un testo, que contribuye á poner mas en claro el privilegio de Maria. Está escrito en el principio del Génesis que Dios dijo á la antigua serpiente seductora de nuestros primeros padres, ó mas bien al demonio que habia tomado aquella figura: «Yo suscitaré enemistades entre tí y la mujer: tú le pondrás asechanzas, y ella te quebrantará la cerviz.» En este lugar de la divina Escritura no está claramente espresado que la Virgen, espejo de inocencia, haya sido preservada del pecado original en su Concepcion; pero lo está de un modo oscuro, del modo con que las verdades del Nuevo Testamento están encerradas en las Escrituras del antiguo, que son figurativas. Ahora bien, ¿á quién toca descubrir las y darlas á conocer á toda luz? A los Doctores y á los Padres de la Iglesia debemos atenernos para penetrar su verdadero sentido. Pues oigamos á S. Ambrosio, á S. Gregorio, á S. Agustin, á S. Epifanio, á Ruperto Abad y á otros muchos que dicen á una voz que esta mujer es la gloriosísima Virgen: que la cerviz de la serpiente que ella quebranta, es el pecado original, el cual entra primero como la cabeza de la serpiente es la primera que penetra por donde quiera que se dirija. Hé aquí segun la interpretacion de los Santos Padres el verdadero sentido que el Espiritu Santo tenia encubierto en la oscuridad de aquellas palabras, el cual enseña con bastante claridad que la Virgen triunfó del pecado original en su inmaculada Concepcion.

Pero no es este el único lugar en que la Escritura se declara en favor de tan dulce misterio. En el Salmo ochenta y cuatro leemos las siguientes palabras: *Señor, vos habeis bendecido vuestra tierra* (aquella tierra viviente, de la cual fuisteis formado en vuestra segunda generacion, como dice el profeta Isaias), y habeis alejado el cautiverio de Jacob. No se dice en este lugar que Dios libró á Maria del cautiverio, sino que la preservó.

Del capítulo octavo de los Proverbios tomó la Iglesia

aquellas palabras, que aplica á la Virgen santuario de Dios : «El Señor me ha poseído desde el principio de sus caminos, antes que se hubiese hecho nada, desde el principio.» Cuando el Criador quiso comunicarse á sus criaturas, comenzó por mirar á Jesucristo como á la mas noble de sus obras fuera de si, y luego á su divina Madre. Aun no existía Adán ni Eva, ni habia pecado original ; pues el primer Adán no fué criado mas que para dar con el tiempo la vida al segundo, que es Jesucristo, y á la segunda Eva que es María : y ellos ya estaban concebidos y vestidos de inocencia y de santidad en los eternos decretos de Dios, y lo que concibió en la eternidad, lo ejecutó en medio de los tiempos.

En este lugar debemos apropiarnos la profesion de fe del real Profeta : «Yo os confesaré, Señor, con todo mi corazón en el concilio de los justos y en su congregación.» Estamos obligados á recibir con sumisa docilidad y respeto las decisiones de los Concilios como oráculos emanados del cielo, pues el Espíritu Santo es quien los congrega, los ilumina, y nos habla por su boca. El primer Concilio de la Iglesia celebrado por los Apóstoles, el cual debe servir de modelo á todos los otros, pronunció en esta forma sus decisiones : «Ha parecido bien al Espíritu Santo y á nosotros etc.» Así los verdaderos Concilios de la Iglesia deben usar del mismo lenguaje. Nos cumple pues escucharlos como órganos del Espíritu Santo con profundo respeto é identificarnos en un todo con sus sentimientos.

Los que se han dedicado al sagrado estudio de los cánones, saben cuán honoríficamente hablan de la Señora de nuestros corazones todos los Concilios ora generales, ora nacionales, despues del Concilio general primero de Efeso, habido el año cuatrocientos treinta y uno. Este la llama inmaculada, es decir, siempre limpia de toda mancha de pecado, como lo interpreta el antiguo Sofronio citado por S. Jerónimo : *Ideo inmaculata, quia in nullo corrupta.* (S. Hieron. Serm. de Assumpt.) Es cierto que no dice espresamente que fué inmaculada en su Concepcion; pero el decir que jamás la tiznó mancha alguna, ¿no es escluir de una vez tanto la del pecado original como la del actual?

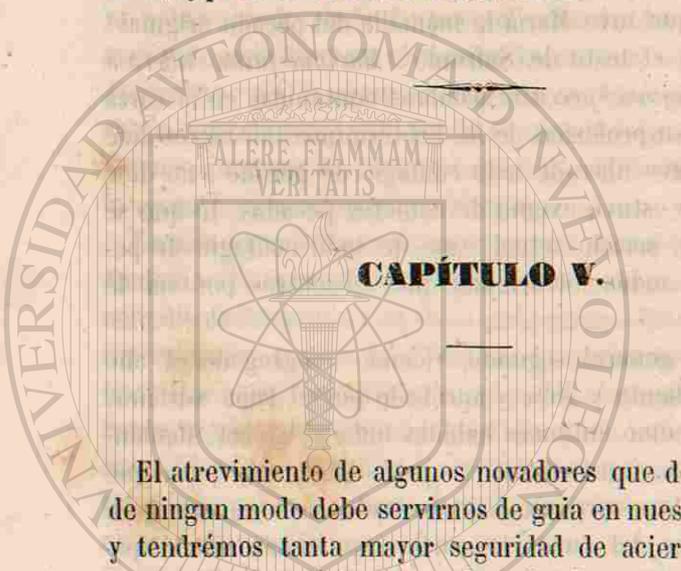
El sexto Concilio general celebrado en Constantinopla el año seiscientos ochenta recibió con universal aplauso la carta del gran Sofronio, patriarca de Jerusalén, en la cual llama á la Virgen «inmaculada, santa de cuerpo y alma, libre de todo contagio de pecado.» ¿Y los Padres de aquel venerable Concilio habrian aprobado estas palabras, si se hubiera creído en la Iglesia que tuvo María la mancha del pecado original? Medítese bien el testo de Sofronio : *Mariam fuisse liberam ab omni contagione peccati*: palabras contenidas en la carta en que hacia su profesion de fe. En términos tan claros dice que María estuvo libre de todo contagio de pecado : no dice solamente que estuvo exenta de cometer pecados, lo que se entenderia del pecado actual, sino de todo contagio de pecado, lo cual indica el original que se contrae por via de contagio.

El Concilio general segundo Niceno, congregado el año setecientos ochenta y siete y aprobado por el Papa Adriano, habla de ella como entonces hablaba toda la Iglesia, llamándola «santísima, inmaculada, irrepreensible y mas pura que toda la naturaleza corpórea é intelectual,» esto es, mas pura que los ángeles del cielo, los cuales jamás han sido culpables del mas mínimo pecado ni actual, ni original. Si el Concilio se contentó con hablar en general, sin decir que fuese inmaculada hasta en su Concepcion, fué porque en aquellos tiempos no se ventilaba esta cuestion, y se hubiera tenido por irreverencia aun la sospecha de que María hubiese sido afeada por el mas mínimo pecado actual ú original.

El Concilio general de Costanza aprobó las revelaciones de Santa Brígida, que están llenas de testimonios formales en favor de la inmaculada Concepcion de María.

Pasemos en silencio los muchos Concilios nacionales que han manifestado su piadosa inclinacion á creer sin mancha la Concepcion de María, dándole, como en todos tiempos le ha dado la Iglesia, el bellissimo dictado de inmaculada y mas pura que los ángeles; y oigamos á los Padres del Concilio de Trento en el decreto en que se hablaba del pecado original, oigámosles declarar que no era su intento comprender en él

á la bienaventurada é inmaculada Madre de Dios: *Declarat hæc Sancta Synodus non esse suæ intentionis comprehendere in hoc decreto, ubi de peccato originali agitur, Beatam, et Immaculatam Dei Genitricem.* No habiendo pues querido comprenderla el sagrado Concilio en la ley general del pecado, ¿quién se atreverá á atribuirselo?



CAPÍTULO V.

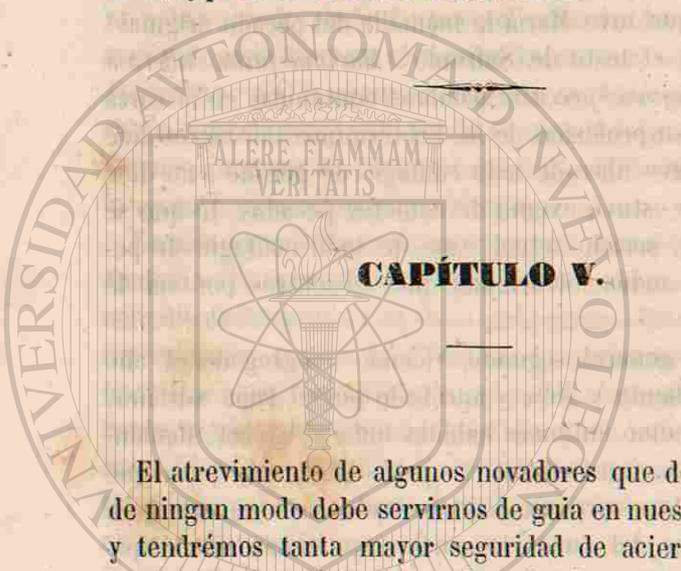
El atrevimiento de algunos novadores que de todo dudan, de ningún modo debe servirnos de guía en nuestras opiniones; y tendremos tanta mayor seguridad de acierto cuanto mas nos acerquemos á la fuente de todas las verdades cristianas, que es Jesucristo. El agua mas inmediata á su manantial es siempre mas pura y mas saludable que aquella que ya vá lejos: así las verdades cristianas son siempre mas seguras cuando se sacan de los Apóstoles y de los antiguos Padres de la Iglesia, habiendo mucho menos lugar á la sospecha de que estén corrompidas.

Poseemos las Liturgias, es decir, las misas de Santiago y de S. Marcos Evangelista, que se hallan al principio de la Biblioteca de los Padres. El primero llama á la Virgen María *santisima, gloriosisima, inmaculada* y de ningún modo comprendida en la esfera de los hombres pecadores. Y S. Marcos la llama asimismo *santisima, inmaculada, y bendita siempre Virgen Maria madre de Dios.* Ahora bien, ¿le hubieran dado el glorioso titulo de inmaculada si hubiesen creído que su Concepcion fué manchada por el pecado original?

Esta verdad ha ido pasando de los Apóstoles á los Santos inmediatos á su tiempo. San Hipólito obispo y mártir, que vivia por los años doscientos veinte, en su célebre oracion del fin del mundo llama á la Virgen Maria «santa é inmaculada.» Orígenes que no distaba mucho de aquel tiempo, la llama «santa é inmaculada Madre del Santo Inmaculado.» ¿Nó parece que quiere hacer un paralelo entre la pureza del Hijo y la inocencia de la Madre á fin de que ni remotamente pueda nadie imaginar pecado ni en la Madre ni en el Hijo? Si no bastan estos dos testimonios para probar cuál era la creencia del tercer siglo; oigamos al taumaturgo de Neocesarea S. Gregorio, y nos dirá: «Que un ángel, que no tiene cuerpo, fué enviado á una vírgen pura é inmaculada. El que jamás fué culpable fué enviado á la que es sin mancha y sin corrupcion de pecado.» El gran obispo de Cartago S. Cipriano dice: «Que la Santisima Virgen convenia con el resto de los mortales en la naturaleza y no en la culpa.» No podian estos antiguos Padres espresarse con mas claridad al asegurar que no contrajo el pecado original como el resto de los hombres. ¡Avergüén-cense los ignorantes que se atrevieron á sostener que tal doctrina fué desconocida en los primeros tiempos del cristianismo! Lo que está demostrado es que no ha sido impugnada hasta el siglo décimo cuarto.

Doctores aun mas ilustres y en mayor número sostuvieron en el siglo cuarto la Concepcion inmaculada de Maria. San Epifanio, obispo de Salamina, que vivia por los años trescientos setenta, dice hablando con la Señora: «Sois llena de gracia, ó bienaventurada Virgen, y despues de Dios os aventajais á todas las criaturas: desde vuestro ingreso en el mundo fuisteis mas bella que los querubines y que los serafines.» ¿Y se aventajaria la Hermosa de Nazaret á aquellas nobles inteligencias que no pecaron ni por un instante, si en el momento de su Concepcion la hubiese mancillado el pecado original? San Ambrosio que floreció por aquel mismo tiempo, escribia aquellas palabras que despues se pusieron en el oficio de la Concepcion: «Hé aquí una Virgen, en la cual no se ha hallado ni el nudo del pecado original, ni la corteza de la

á la bienaventurada é inmaculada Madre de Dios: *Declarat hæc Sancta Synodus non esse suæ intentionis comprehendere in hoc decreto, ubi de peccato originali agitur, Beatam, et Immaculatam Dei Genitricem.* No habiendo pues querido comprenderla el sagrado Concilio en la ley general del pecado, ¿quién se atreverá á atribuirselo?



CAPÍTULO V.

El atrevimiento de algunos novadores que de todo dudan, de ningún modo debe servirnos de guía en nuestras opiniones; y tendremos tanta mayor seguridad de acierto cuanto mas nos acerquemos á la fuente de todas las verdades cristianas, que es Jesucristo. El agua mas inmediata á su manantial es siempre mas pura y mas saludable que aquella que ya vá lejos: así las verdades cristianas son siempre mas seguras cuando se sacan de los Apóstoles y de los antiguos Padres de la Iglesia, habiendo mucho menos lugar á la sospecha de que estén corrompidas.

Poseemos las Liturgias, es decir, las misas de Santiago y de S. Marcos Evangelista, que se hallan al principio de la Biblioteca de los Padres. El primero llama á la Virgen María *santisima, gloriosisima, inmaculada* y de ningún modo comprendida en la esfera de los hombres pecadores. Y S. Marcos la llama asimismo *santisima, inmaculada, y bendita siempre Virgen Maria madre de Dios.* Ahora bien, ¿le hubieran dado el glorioso título de inmaculada si hubiesen creído que su Concepcion fué manchada por el pecado original?

Esta verdad ha ido pasando de los Apóstoles á los Santos inmediatos á su tiempo. San Hipólito obispo y mártir, que vivia por los años doscientos veinte, en su célebre oracion del fin del mundo llama á la Virgen Maria «santa é inmaculada.» Orígenes que no distaba mucho de aquel tiempo, la llama «santa é inmaculada Madre del Santo Inmaculado.» ¿Nó parece que quiere hacer un paralelo entre la pureza del Hijo y la inocencia de la Madre á fin de que ni remotamente pueda nadie imaginar pecado ni en la Madre ni en el Hijo? Si no bastan estos dos testimonios para probar cuál era la creencia del tercer siglo; oigamos al taumaturgo de Neocesarea S. Gregorio, y nos dirá: «Que un ángel, que no tiene cuerpo, fué enviado á una vírgen pura é inmaculada. El que jamás fué culpable fué enviado á la que es sin mancha y sin corrupcion de pecado.» El gran obispo de Cartago S. Cipriano dice: «Que la Santisima Virgen convenia con el resto de los mortales en la naturaleza y no en la culpa.» No podian estos antiguos Padres espresarse con mas claridad al asegurar que no contrajo el pecado original como el resto de los hombres. ¡Avergüén-cense los ignorantes que se atrevieron á sostener que tal doctrina fué desconocida en los primeros tiempos del cristianismo! Lo que está demostrado es que no ha sido impugnada hasta el siglo décimo cuarto.

Doctores aun mas ilustres y en mayor número sostuvieron en el siglo cuarto la Concepcion inmaculada de Maria. San Epifanio, obispo de Salamina, que vivia por los años trescientos setenta, dice hablando con la Señora: «Sois llena de gracia, ó bienaventurada Virgen, y despues de Dios os aventajais á todas las criaturas: desde vuestro ingreso en el mundo fuisteis mas bella que los querubines y que los serafines.» ¿Y se aventajaria la Hermosa de Nazaret á aquellas nobles inteligencias que no pecaron ni por un instante, si en el momento de su Concepcion la hubiese mancillado el pecado original? San Ambrosio que floreció por aquel mismo tiempo, escribia aquellas palabras que despues se pusieron en el oficio de la Concepcion: «Hé aquí una Virgen, en la cual no se ha hallado ni el nudo del pecado original, ni la corteza de la

culpa actual. San Gerónimo asegura esponiendo el Salmo setenta y siete que la *Santisima Virgen es una nube que jamás estuvo en las tinieblas, sino siempre en la luz*; quiere decir, siempre en la gracia, y jamás en el pecado. Así preconizaron la inmaculada Concepcion de María aquellas grandes lumbres del siglo cuarto.

Si pasamos al quinto, encontraremos desde el principio á San Agustín, águila de los doctores de la Iglesia: oigámosle disputando con el hereje Pelagio enemigo de la gracia de Jesucristo y que negaba el pecado original. Prueba convincentemente que todos los hijos de Adán se contaminan con la culpa de este en el mismo momento de su concepcion; pero exceptúa de ella en términos espesos á nuestra dulce Abogada por la honra que le ha cabido de ser madre de Dios: *Excepta Sancta Virgine Maria, de qua propter honorem Domini nullam prorsus, cum de peccatis agitur, volo habere questionem*. Y en otra parte disertando contra Juliano, establece esta máxima fundamental: «El no tener la debilidad de caer en el pecado actual, ni aun en el mas mínimo, es prueba evidente de que el alma jamás se ha manchado con el original.»

Ahora bien, es doctrina católica enseñada por los Apóstoles y definida como certísima por el Concilio de Trento que la Santísima Virgen jamás cayó en el mas mínimo pecado actual; luego es segurísimo que jamás fué mancillada por el original. Vemos pues la inmaculada Concepcion de María sostenida por el Águila de los doctores, y que no solo la apoya con su autoridad, sino que la prueba con la razon.

Consultemos en el mismo siglo á San Máximo, arzobispo de Turin; en el sexto á San Fulgencio, obispo de Ruspa, á San Eligio, obispo de Noyon; en el siglo séptimo al insigne arzobispo de Toledo San Ildefonso; en el octavo á San Juan Damasceno; en el noveno al santo y sapientísimo autor conocido por el Idiota; en el décimo á San Fulgencio, obispo de Chartres; y todos contestarán á una voz que han creído y ensalzado la Concepcion sin mancha de la Reina y Señora de los Santos.

En el siglo undécimo San Pedro Damian, San Anselmo, arzobispo de Cantorberi, Ibo de Chartres, San Bruno, fundador del orden de la Cartuja, todos confesaron y bendijeron la inmaculada Concepcion de María. Léanse sus obras y se verán las magníficas alabanzas, que tributan á tan soberano misterio.

En el duodécimo vinieron á reforzar el numeroso ejército de los sábios y santos defensores de la inmaculada Concepcion el abad Ruperto, Hugo de San Victor, Ricardo que vivia hácia el año de mil ciento treinta, el maestro de las sentencias Pedro Lombardo, Pedro de Blois, y tantos otros contemporáneos, que se hicieron ilustres por su sabiduría y santidad.

Aunque fuera cierto que San Bernardo y otros varios doctores hubiesen principiado á enseñar que la Santísima Virgen fué concebida en pecado original como el resto de los hombres, ¿qué fuerza tendria una opinion nueva, que no está de acuerdo con el sentir de todos los siglos pasados?

¿Mas por qué se ha de hacer tamaña injuria á estos célebres doctores, que como estrellas luminosas brillaron en el firmamento de la Iglesia? ¿Por qué imputar á varones esclarecidos por su santidad y doctrina y devotísimos de la Señora unos sentimientos tan indignos de la sublimidad de la Madre de Dios hasta creer que haya sido esclava del demonio, objeto de la ira divina, y manchada en su Concepcion por el pecado original? ¿Y fué tal por ventura su verdadera creencia? Vamos á verlo con la posible brevedad.

¿Nó es cierto que segun la máxima legal *testis varius, testis nullus*, nada se puede fundar en la deposicion de un testigo de cualquier calidad que sea, si afirma en pro y en contra? En semejante caso se hallan estos autores, cuyos testimonios unas veces son favorables y otras contrarios á la inmaculada Concepcion de María.

Con respecto á San Bernardo, cuya carta á los canónigos de Leon se ha citado en apoyo de la opinion contraria; no vacilamos en responder que no los reprendia porque creyesen inmaculada la Concepcion de María, sino por haberse adelantado á instituir su fiesta de propia autoridad, sin esperar

la de la Iglesia romana, cuyas órdenes debian seguir, muy lejos de prevenirlas. Pero aunque concedamos que San Bernardo en aquel ó en algun otro lugar se manifestase poco inclinado á la inmaculada Concepcion de María; es innegable que tambien habló clara y formalmente en favor de ella como en el cuarto sermón sobre los Cánticos, donde se leen las siguientes palabras: *Innocens fuisti ex originalibus, et actualibus peccatis, nemo ita præter te*; afirmando que solo ella estuvo libre de todo pecado original y actual. Y en la citada carta ciento setenta y cuatro leemos lo siguiente: «Dios me guarde de creer que la haya manchado ninguna especie de culpa.» Es pues indudable que el Astro de Claraval jamás se opuso á esta antigua creencia, esperando, como él mismo dice, las determinaciones de la Iglesia romana, á cuyo juicio sometia su carta, dispuesto á mudar de parecer por conformarse con ella. ¿Y quién dudaria que si hoy viviese y viera que vá creciendo de dia en dia en toda la Iglesia el fervoroso empeño de honrar la inmaculada Concepcion de la Reina del cielo, abrazaria el mismo partido de todo corazón?

Santo Tomás y San Buenaventura no han hecho mas que dejarnos en duda sobre su verdadero modo de pensar en este punto, porque como el gran San Bernardo hablaron en pro y en contra. Leemos en la *Suma* de Santo Tomás: (1) «Es verdad que la Santísima Virgen contrajo el pecado original, pero se libró de él antes de nacer.» Empero el mismo Santo dejó escrito en el opúsculo cuarto en que espone el Ave María: «María fué purísima cuanto á la mancha, porque no incurrió en el pecado original, ni en el mortal, ni en el venial.» Hé aquí un testimonio clarísimo en favor de la inmaculada Concepcion de Nuestra Señora. ¿Y cuándo podrá afirmarse que dice la verdad? ¿Cuándo la defiende ó cuando la combate? Está visto que el Santo Doctor buscaba la verdad y no estaba seguro de haberla hallado. ¿Es creible que si hubiese presenciado la

(1) Véase acerca de esto la disertacion del Cardenal Lambruschini sobre la inmaculada Concepcion, en la que prueba que el texto de Santo Tomás fué alterado de una manera contraria á las ideas del Santo Doctor.

magnífica pompa y el entusiasmo ardiente con que nuestra Madre la Iglesia celebra la fiesta de la inmaculada Concepcion, no se hubiese adherido al voto universal que la honra y ensalza como pura y sin mancha?

En órden á San Buenaventura, si alguna vez manifiesta sentimientos contrarios á la Concepcion inmaculada de María, es cierto que otras veces la defiende con tal brio y claridad que admira al paso que persuade. En el segundo sermón que compuso en elogio de esta divina Madre, dice que estuvo llena de gracia preveniente en su santificacion, esto es, de una gracia que la preservó del pecado original: *Gratia scilicet præservativa contra fæditatem originalis culpæ*. ¿Podia haberse expresado de un modo mas terminante ni mas favorable á la inmaculada Concepcion de María? Si dice lo contrario en alguna otra parte, el seráfico Doctor es un testigo que dice en pro y en contra: si ha habido quien le crea cuando dice en contra, vanagloriémonos de creerle cuando dice en pro, porque es mas conveniente á la dignidad de Madre de Dios, y no dudamos que siendo Buenaventura tan amante de la mayor honra y gloria de María, su mismo corazón le hiciese una dulce violencia á creerla inmaculada.

Démos un paso mas..... ¿Qué innumerable multitud de guerreros viene cubriendo las llanuras, los prados, los valles, los montes y los rios! Parece que mil soles se reflejan en sus brillantes espadas, su marcha es majestuosa, su mirada fulminante, irresistible su brazo: en el estruendo de sus trompas se asemejan á los soldados de Gedeon, en el valor á los de Josué. ¿Quiénes son? Los defensores de la inmaculada Concepcion de María en los últimos siglos. Cuéntelos el que se atreva á contar las estrellas. Refiera sus hazañas quien tenga para verlas mas ojos que rayos tiene el sol. ¿Qué memoria retendria los nombres de estos invictos guerreros? ¿Al menos dirémos los de sus capitanes? No, pues son innumerales y vienen de tropel, vienen formando legiones. Mirad reinos enteros, órdenes regulares todas ilustres en santidad y en ciencia, universidades famosas, innumerales Iglesias, y ante todas la Romana, que es la primera,

y las que levantan sus torres cerca del polo septentrional, y las que con los perfumes de sus incensarios embalsaman las regiones del mediodía, todas publican á voz en grito la incomparable pureza de María, en quien jamás hubo mancha de ningun pecado ni mortal, ni venial, ni original : todo clama la Concepcion inmaculada de la Virgen María. Se canta en las Iglesias su oficio, se celebra misa propia de este triunfante misterio, se guarda su fiesta; en los púlpitos se la predica inmaculada; y si aun hay alguno que en su corazon abrigue cualquier sentimiento contrario, preciso es que lo esconda cual lepra vergonzosa, y ya nadie se atreveria á publicarlo ni á defenderlo ni aun privadamente despues de las espresas prohibiciones de los sumos Pontifices.

El Padre Baltasar de Ries, capuchino, en el precioso libro que compuso sobre el privilegio de la inmaculada Concepcion de Maria, formó una especie de asombrosos catálogos de las universidades que se han obligado á defender este misterio, de los doctores que lo han enseñado de viva voz y confirmado con sus escritos, de las órdenes regulares que en sus capitulos generales han decretado que abracen y defiendan tan piadosa creencia todos sus religiosos, de las cofradias y congregaciones que se han erigido en todas partes, y de las muchisimas indulgencias concedidas por los Papas para estimular la devocion de los fieles á la inmaculada Concepcion de la Santisima Virgen. Quien desee enterarse á fondo de tan curiosos pormenores, busque y lea esta obra dignisima de la atencion y aprecio de los verdaderos devotos de la Señora.

Al peso de tantas y tan respetables autoridades añadirémos una razon concluyente. Si tuviésemos la desgracia de pensar de un modo poco honroso á la Concepcion de María, ¿qué reconvencciones tan justas y fulminantes no podria hacernos Jesucristo? ¿Por qué, nos diria, quereis hacerme aquella injuria que arrancaba lágrimas al profeta Jeremias : *Confusa est Mater vestra nimis?* Mirad la confusion de vuestra Madre, á quien ha corrompido el pecado y hecho esclava del demonio : si lo permitis, ó no podeis ó no quereis preservarla de

tamaña afrenta. Si no podeis ¿dónde está vuestra divina omnipotencia? Si no quereis ¿dónde está el amor de un hijo hácia la mejor y mas tierna y amable de todas las madres? Ni lo uno ni lo otro puede proferirse sin pronunciar una blasfemia horrible.

«Si no fuese omnipotente, nos contestaria Jesucristo, ¿la hubiera yo hecho una madre virgen? Y si no la amase sobre todas las cosas, ¿la hubiese yo tomado por madre? Si no podeis pues dudar ni de mi omnipotencia, ni de mi entrañable amor hácia mi Madre, ¿por qué dudaréis de que la haya preservado de toda especie de culpa? ¿Quién de vosotros teniendo á su arbitrio el formarse una madre tal cual la deseáre, quién de vosotros no se la formaria tan perfecta que la vista mas perspicaz no descubriese en ella el mas mínimo defecto? Y si vosotros tendriais aquel buen sentimiento con vuestra madre, ¿por qué dudais de que yo le haya tenido para con la mia? ¿Pensais ser mejores que yo? ¿Quereis que pese sobre mí una afrenta, un deshonor que ninguno de vosotros quisiera que pesase sobre sí?» ¡Ah! ¿Qué contestariamos á Jesucristo si por desdicha le diésemos motivo para que nos hiciese tan terribles y enérgicas reconvencciones!

CAPÍTULO VI.

Observemos que la divina Sabiduría no ha hecho sino un Hombre-Dios, y no una mujer Dios; y este Hombre-Dios será el único principio de la salvacion de los pecadores. Pero no conviene que esté solo; debe tener una compañera : ¿mas de dónde la ha de tomar? Dios la sacará del mismo Jesucristo

y las que levantan sus torres cerca del polo septentrional, y las que con los perfumes de sus incensarios embalsaman las regiones del mediodía, todas publican á voz en grito la incomparable pureza de María, en quien jamás hubo mancha de ningun pecado ni mortal, ni venial, ni original : todo clama la Concepcion inmaculada de la Virgen María. Se canta en las Iglesias su oficio, se celebra misa propia de este triunfante misterio, se guarda su fiesta; en los púlpitos se la predica inmaculada; y si aun hay alguno que en su corazon abrigue cualquier sentimiento contrario, preciso es que lo esconda cual lepra vergonzosa, y ya nadie se atreveria á publicarlo ni á defenderlo ni aun privadamente despues de las espresas prohibiciones de los sumos Pontifices.

El Padre Baltasar de Ries, capuchino, en el precioso libro que compuso sobre el privilegio de la inmaculada Concepcion de Maria, formó una especie de asombrosos catálogos de las universidades que se han obligado á defender este misterio, de los doctores que lo han enseñado de viva voz y confirmado con sus escritos, de las órdenes regulares que en sus capitulos generales han decretado que abracen y defiendan tan piadosa creencia todos sus religiosos, de las cofradias y congregaciones que se han erigido en todas partes, y de las muchisimas indulgencias concedidas por los Papas para estimular la devocion de los fieles á la inmaculada Concepcion de la Santisima Virgen. Quien desee enterarse á fondo de tan curiosos pormenores, busque y lea esta obra dignisima de la atencion y aprecio de los verdaderos devotos de la Señora.

Al peso de tantas y tan respetables autoridades añadirémos una razon concluyente. Si tuviésemos la desgracia de pensar de un modo poco honroso á la Concepcion de María, ¿qué reconvencciones tan justas y fulminantes no podria hacernos Jesucristo? ¿Por qué, nos diria, quereis hacerme aquella injuria que arrancaba lágrimas al profeta Jeremias : *Confusa est Mater vestra nimis?* Mirad la confusion de vuestra Madre, á quien ha corrompido el pecado y hecho esclava del demonio : si lo permitis, ó no podeis ó no quereis preservarla de

tamaña afrenta. Si no podeis ¿dónde está vuestra divina omnipotencia? Si no quereis ¿dónde está el amor de un hijo hácia la mejor y mas tierna y amable de todas las madres? Ni lo uno ni lo otro puede proferirse sin pronunciar una blasfemia horrible.

«Si no fuese omnipotente, nos contestaria Jesucristo, ¿la hubiera yo hecho una madre virgen? Y si no la amase sobre todas las cosas, ¿la hubiese yo tomado por madre? Si no podeis pues dudar ni de mi omnipotencia, ni de mi entrañable amor hácia mi Madre, ¿por qué dudaréis de que la haya preservado de toda especie de culpa? ¿Quién de vosotros teniendo á su arbitrio el formarse una madre tal cual la deseáre, quién de vosotros no se la formaria tan perfecta que la vista mas perspicaz no descubriese en ella el mas mínimo defecto? Y si vosotros tendriais aquel buen sentimiento con vuestra madre, ¿por qué dudais de que yo le haya tenido para con la mia? ¿Pensais ser mejores que yo? ¿Quereis que pese sobre mí una afrenta, un deshonor que ninguno de vosotros quisiera que pesase sobre sí?» ¡Ah! ¿Qué contestariamos á Jesucristo si por desdicha le diésemos motivo para que nos hiciese tan terribles y enérgicas reconvencciones!

CAPÍTULO VI.

Observemos que la divina Sabiduría no ha hecho sino un Hombre-Dios, y no una mujer Dios; y este Hombre-Dios será el único principio de la salvacion de los pecadores. Pero no conviene que esté solo; debe tener una compañera : ¿mas de dónde la ha de tomar? Dios la sacará del mismo Jesucristo

para que en cierto modo se verifique que ella no es otra cosa que él mismo. Desenvolvamos el sentido de tan misteriosa proposicion. Concebidos Jesus y María en el mismo seno, esto es, en el mismo eterno y divino decreto, inseparables, animados por el mismo espíritu, siendo uno mismo su corazón y destinados al mismo fin de la reparacion del mundo, ¡ah cuán íntimos é inefables serán los vinculos con que están enlazados! María es pues hermana de Jesus, esposa de Jesus y verdadera madre de Jesus. Decimos que es su hermana, porque él y ella fueron concebidos en el mismo vientre, si se nos tolera el atrevimiento de valernos de esta palabra hablando del eterno y divino decreto, por el cual fueron formados, cual si fuesen dos mellizos destinados la una para el otro, si es lícito asemejar lo humano con lo divino. Ella es en algun modo su esposa; porque los hijos del uno son tambien hijos de la otra, como él mismo lo declaró desde la cruz hablando de uno de sus mas amados hijos, y diciéndole: «mujer, hé ahí tu hijo; y al discípulo: hé ahí tu madre.» Por último, es artículo de fe que es verdaderamente su madre y que le produjo de su purísima sustancia. Nadie es capaz de idear vinculos mas estrechos, mas íntimos, mas admirables.

Con estos antecedentes debemos pensar de María con la misma grandeza que de Jesus. No en cuanto á la divinidad que Jesucristo posee porque es Dios, lo que no puede decirse de María; pero sí en orden á la pureza, á la inocencia y á la gracia, guardada la debida proporción. Si de Jesus se dice que es la misma inocencia y la pureza misma, ¿no debemos decir de María que su inocencia es tan perfecta que jamás fué violada por la impureza de ningun pecado? Si decimos de Jesus que es el tesoro inexhausto de todas las gracias; el ángel que Dios envió á María desde el cielo, ¿no la saludó llena de gracia? Si decimos que Jesus está infinitamente lejos de toda especie de pecado, ¿no debemos decir de María que es toda hermosa y sin mancha? *Tota pulchra es, et macula non est in te* (Cant. 4.). Si alguno afirmase que las tinieblas se han aproximado al sol hasta sentarse en su trono, ¿no se tendria por delirio ridiculo? ¿Y no seria chocar aun mas abiertamente

con el sentido comun el atreverse á indicar que el pecado, el cual es aun mas opuesto á Jesucristo que las tinieblas á la luz del sol, se haya aproximado á él hasta tomar asiento en su Madre, la cual es su trono, su gloria, su hermana, su esposa, y en cierta manera una misma cosa con él?

No es pues extraño que la piedad de los fieles se haya empuñado con tan extraordinario celo en coronar de gloria la inmaculada Concepcion de la que es su amparo y su consuelo. Regocijada la Iglesia al ver á sus hijos animados de tan laudables sentimientos hácia su divina Madre, los aprueba, autoriza y favorece en todo lo posible: solemniza pública y jubilosamente su fiesta, escita por do quiera á los ministros de la divina palabra á pronunciar en honra suya panegiricos brillantes: abre sus tesoros y derrama con largueza sus indulgencias plenarias con el fin de que el mundo entero estimulado con el atractivo de tanta copia de gracias espirituales no ponga limite alguno á su amor á María, honrando con un culto particular su inmaculada Concepcion como santa y canonizada en el mero hecho de celebrarse su fiesta.

Dijo San Vicente Ferrer en uno de sus sermones que la fiesta de la Concepcion primeramente la celebraron en los cielos los ángeles en el mismo instante en que fué concebida la Virgen Nuestra Señora; pues en el momento de la creacion de su alma la santificó la gracia, y la union de esta alma á su cuerpo bendito fué tan pura, perfecta é inmaculada que bañó en alegría el reino de los cielos.

Pero si se trata de averiguar en qué tiempo principió la Iglesia á celebrarla en la tierra, San Gregorio Nacianceno que vivia en el cuarto siglo y cuya autoridad es acatada en todo el mundo, asegura que ya se celebraba en la Iglesia griega antes de sus dias; de donde resulta que hace mas de mil cuatrocientos años que comenzó á celebrarse entre los orientales. Es cierto que la Iglesia latina no principió tan pronto; sin embargo hace mas de seiscientos años que se celebraba en Inglaterra, nacion en aquel tiempo católica y

ferviente. Decretóla el Concilio de Ossonio el año de mil doscientos veinte y dos; y San Anselmo, que al principio había estado dudoso acerca de la creencia de la inmaculada Concepcion, compuso despues un escelente opúsculo lleno de uncion y fuerza, manifestando que la había abrazado decididamente, y persuadiéndola con la mayor eficacia á los obispos de Inglaterra.

Algun tiempo despues principió á celebrarse en la Iglesia de Lyon, lo que dió motivo á la célebre carta de San Bernardo, en la cual ya hemos dicho que estaba muy lejos de oponerse á la creencia de la inmaculada Concepcion, y que lo único que desaprobaba era el celebrarse su fiesta en aquella famosa Iglesia de las Galias, sin esperar las órdenes de la Romana, que es la madre de todas las Iglesias.

En la sesion treinta y seis del Concilio de Basilea, que renueva la institucion de dicha fiesta, se asegura haberse observado en la Romana y en las otras Iglesias por antigua y laudable costumbre, y se manda que se celebre en todas las Iglesias y monasterios el dia ocho de Diciembre. Es opinion muy acreditada que la instituyó el Papa Sixto IV, el cual vivia hácia la mitad del siglo décimo quinto; pero el grande y piadoso Cardenal Baronio en sus notas al martirologio afirma y prueba con respetables testimonios que aquella fiesta se solemnizaba en muchas Iglesias mucho antes que el Pontífice Sixto IV la confirmase y autorizase el año mil cuatrocientos setenta y seis con un decreto, que debiera estar escrito con letras de oro y grabado en mármoles.

Deseoso este insigne Pontífice de que la fiesta de la inmaculada Concepcion se solemnizase en todo el orbe como una de las principales de la Iglesia, la enriqueció de tan singulares privilegios que quiso que si se llegase á fulminar entredicho contra alguna ciudad ó reino, quedára aquel suspenso el dia de esta fiesta y toda su octava, privilegio concedido únicamente á la octava de la inmaculada Concepcion y á la del Santísimo Sacramento, fiestas y octavas que parece tienen entre si la misma conexion que el Hijo con la Madre, á los cuales nunca se ha de separar.

¿Cómo triunfa la Iglesia con la gloria del Salvador y de su poderosa protectora María! ¿Cómo se regocijan las almas buenas que se abrasan en su amor! Solo para el infierno es un espectáculo, cuya vista le desespera, pues vemos que Lutero, cuyo espíritu poseía el demonio, gobernando su pestífera lengua y pluma envenenada, solia decir y escribir que ninguna fiesta de la Iglesia le horrorizaba tanto como las del Santísimo Sacramento y la de la Concepcion de la Virgen; y acaso con el fin de reparar las blasfemias de aquel impio ha inspirado Dios en estos últimos tiempos particular devocion á estas dos festividades á un número muy crecido de almas buenas, que acostumbran repetir con frecuencia entre dia y principalmente al dar gracias á Dios al fin de la comida: *Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen.*

De dos modos se esplica con nosotros el cielo, con milagros y con revelaciones: estas nos instruyen por los oidos y aquellos por los ojos, y siempre que nos habla de alguna de estas dos maneras, tenemos un testimonio cierto de la verdad. Todo consiste en averiguar si son verdaderas revelaciones y verdaderos milagros; pues no debemos creer fácilmente ni fiarnos de nosotros mismos; para esto la regla segura es la aprobacion de la Iglesia ó el testimonio de los santos Padres. Tenemos varias revelaciones ciertas, y muchos milagros auténticos, con los cuales nos manifiesta Dios que autoriza y aprueba la devocion de los fieles á la inmaculada Concepcion de la Señora del mundo.

¿Pero á quién lo ha revelado Dios? No estaria mal dicho que ya bastante lo ha revelado á toda la Iglesia, pues la reconoce por santa é inmaculada mandando celebrar su fiesta á todos sus hijos. Pero tenemos revelaciones mas particulares atestiguadas por varios Santos, los cuales aunque no gocen de tanta autoridad como toda la Iglesia para fundar nuestra creencia, sin embargo son tan dignos de fe que el no darles

crédito sería un insulto á la razon y una especie de temeridad.

San Anselmo, abad de un monasterio muy célebre de la Normandía y despues obispo de Cantorberi en Inglaterra, escribió una larga y hermosa carta á los obispos de aquel reino, de que era primado, exhortándolos á hacer celebrar en sus diócesis la fiesta de la inmaculada Concepcion, en la cual para animarlos y aficionarlos á esta devocion que habia tomado muy á pechos, refiere varios milagros y revelaciones, y entre otros este, que parece fué el primero que dió impulso á celebrarla en Inglaterra. Cuando Guillermo el Conquistador se disponia á ir á tomar posesion de aquel reino que legitimamente le pertenecia, y con injusticia se le disputaba, mandó á Eleno (otros le llaman Elpino), abad del Becio, á reconocer la armada y las fuerzas de tierra que tenian los enemigos. Se embarcó Elpino, y por disposicion divina se vió sorprendido por tan furiosa tempestad que ya era inminente su naufragio; en tal conflicto puso el abad su confianza en la celestial estrella del mar, como la llama el meliflúo San Bernardo; y se le apareció un ángel asegurándole que saldria bien de aquella borrasca, con tal que hiciese celebrar la fiesta de la inmaculada Concepcion todos los años el octavo dia de diciembre. Hizo al momento voto de hacerlo así, y al instante cesó la tempestad; por lo cual fiel á su promesa cumplió su voto primeramente en su monasterio y luego en todas las iglesias que dependian de él.

De esta suerte la Normandía, donde estaba situada su abadía, tributó tan afectuoso homenaje á la Consoladora de los afligidos antes que la Inglaterra. Y San Anselmo, que por aquel tiempo era prior de aquella misma abadía, y que hasta entonces habia estado dudoso acerca de la inmaculada Concepcion, oyendo este milagro y esta revelacion de boca de su abad, á quien tenia por un gran siervo de Dios, se dedicó con tal empeño á predicarla y establecer su creencia y hacer celebrar su fiesta en cuantos paises alcanzaba su voz y su influjo, que vió cumplidos sus piadosos deseos en toda la Inglaterra, cuando en recompensa de sus eminentes virtudes fué elevado

á la silla arzobispal de Cantorberi. He aqui la primera revelacion.

Aun es mas clara la que la misma Señora se dignó hacer á Santa Brígida, y se halla en el sexto libro de sus revelaciones: *Veritas est, quod ego concepta fui sine peccato originali*: Es cierto, le dijo, que yo fui concebida sin pecado original. La Iglesia examinó las revelaciones de esta Santa el año de mil trescientos setenta y siete en el pontificado de Gregorio undécimo por medio de una comision creada al efecto, compuesta de cinco cardenales, dos obispos y el maestro del sacro palacio, quedando aprobadas y recibidas como verdaderas; y despues las examinaron y aprobaron nuevamente los Papas Urbano sexto y Bonifacio noveno, y las recibió un Concilio general. Dejemos otras muchas revelaciones y vengamos á las pruebas visibles que son los milagros, limitándonos á algunos de pública autenticidad, que nos refieren autores muy fidedignos.

El célebre Doctor Juan Americo pronunciando un erudito discurso sobre la Concepcion en presencia de los Padres del Concilio de Trento, les dijo desde la cátedra de la verdad que sabia que Dios habia castigado á muchos predicadores por haber hablado contra la inmaculada Concepcion, á unos con graves enfermedades y á otros con la muerte.

Autores respetabilísimos refieren un ejemplo terrible ocurrido en la ciudad de Tolosa en tiempo del Papa Martino quinto. Un rector de aquella universidad se empeñó en probar que la Madre de nuestro divino Redentor fué concebida en pecado original. Tal escándalo produjo esto en toda la ciudad que escitando la animadversion universal, hubo de estar su vida en gran peligro. Pero lejos de desistir de su sacrilega empresa, obstinóse el rector, fué á Roma y pidió al Papa que le permitiese sostener su opinion delante de él, y se lo concedió el Papa. Señálase el dia y hora: muchos doctores acuden al lugar de la disputa á defender la causa de la Madre de Dios. Pasa la hora, se espera, y no parece: se envia á su casa á ver que le detiene: se le halla difunto y tendido en medio de su habitacion. ¡Qué sorpresa! ¿Habrá sido ahogado

ó asesinado? Mas en su cuerpo no hay señal alguna de herida ni de violencia : se abre pues el cadáver para reconocerlo, y se halla que ya no tiene corazon ni entrañas el cruel enemigo de aquella, que ha dado un corazon humano y entrañas de misericordia al Salvador del mundo.

No se perderá entre los hombres la memoria de Scoto, conocido por el doctor sutil é ilustre defensor de la inmaculada Concepcion. Refieren innumerables autores que siendo aun muy jóven le abrasaba la sed de la sabiduría ; pero su natural rudeza le habia quitado casi toda esperanza. Habiéndose encomendado á la que es trono de la sabiduría y antorcha de inestinguible luz, se le apareció la Señora en sueños y le prometió el don de ciencia con tal que lo emplease en defender su honra cuando se le presentara ocasion : no bien hubo abierto los ojos cuando para todas las ciencias se abrieron los de su entendimiento, corriendo por todas ellas á paso de gigante. Entró luego en la órden de San Francisco para ser uno de sus mayores astros. El año mil trescientos cuatro se reunieron en Paris por órden de la Santa Sede y en presencia de sus legados los mas célebres doctores de la Francia á decidir la famosa controversia de la inmaculada Concepcion. Yendo Scoto á aquella asamblea, y pasando por el patio de la universidad, se postró ante la imágen de María situada sobre la fachada de la baja capilla, y le hizo esta breve pero ardiente súplica : *Dignare me laudare te, Virgo sacrata, da mihi virtutem contra hostes tuos* : y la imágen que hasta entonces habia estado enteramente derecha, le inclinó la cabeza, quedando en la postura en que la han visto tantas generaciones, como para asegurarle de que le concedia la gracia suspirada. Animado Scoto con tan extraordinario milagro, repitió doscientos argumentos que habian podido inventar los doctores contrarios á la inmaculada Concepcion, y respondió á todos ellos con tanta energía y solidez que disipando innumerables tinieblas con torrentes de luces hizo triunfar en aquella magnífica asamblea y entre los merecidos aplausos de todos los concurrentes la Concepcion sin mancha de María. Desde entonces la universidad de Paris hizo voto de de-

fender la inmaculada Concepcion y celebrar todos los años su fiesta, y determinó no recibir en adelante á doctor alguno que no hubiese jurado observarlo inviolablemente.

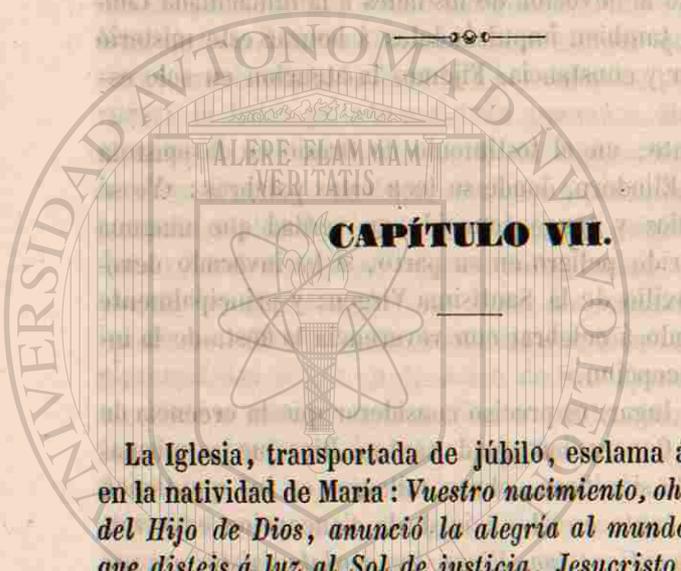
Pasemos en silencio un número extraordinario de milagros que se han visto y aun se vén todos los dias en el mundo cristiano, por cuyo medio nos habla Dios visiblemente, no solo aprobando la devocion de los fieles á la inmaculada Concepcion, sino tambien impulsándolos á honrar este misterio con mas fervor y constancia. Fijemos la atencion en solo estas dos cosas.

Primeramente, en el testimonio de Oresio en la epístola que escribe á Eliodoro, donde se leen estas palabras : «Yo sé delante de Dios y tengo conocido en verdad que ninguna mujer ha corrido peligro en su parto, si ha invocado devotamente el auxilio de la Santísima Virgen; y principalmente si se ha obligado á celebrar con reverencia la fiesta de la inmaculada Concepcion.»

En segundo lugar, es preciso considerar que la creencia de la inmaculada Concepcion agrada tanto á Dios que las mismas palabras que la significan, obran milagros en los que tienen fe. La Iglesia canta en el oficio de la Concepcion este versículo : *In Conceptione tua, Virgo, immaculata fuisti : ora pro nobis Patrem, cujus Filium peperisti*. Lo cual quiere decir : En vuestra Concepcion, ó Virgen, fuisteis inmaculada, rogad por nosotros al Padre, cuyo Hijo disteis á luz. Es indecible el número de las personas enfermas, afligidas, tentadas ó expuestas á cualquier otro peligro, que llevando consigo por devocion escrito este versículo, ó pronunciándolo con respeto, se han visto libres al momento de un modo maravilloso del mal que los afligia y yo mismo (1) he visto algunos ejemplos y oido referir otros varios. Habiéndose propuesto uno escribirlos, compuso un tomo muy voluminoso que intituló : *el Diamante*; pero omitió mas de los que dejó escritos. Tal vez algun crítico audaz tacharia de supersticiosa esta devo-

(1) El P. D'Argentan.

cion; mas le preguntariamos si se atreve á llamar supersticiosos á los que llevan consigo alguna medalla de Jesus, ó de María, ó el nombre de Jesus ú oraciones escritas; pues no estimamos todas estas cosas sino en cuanto nos representan á Jesucristo y á su Madre Santísima.



CAPÍTULO VII.

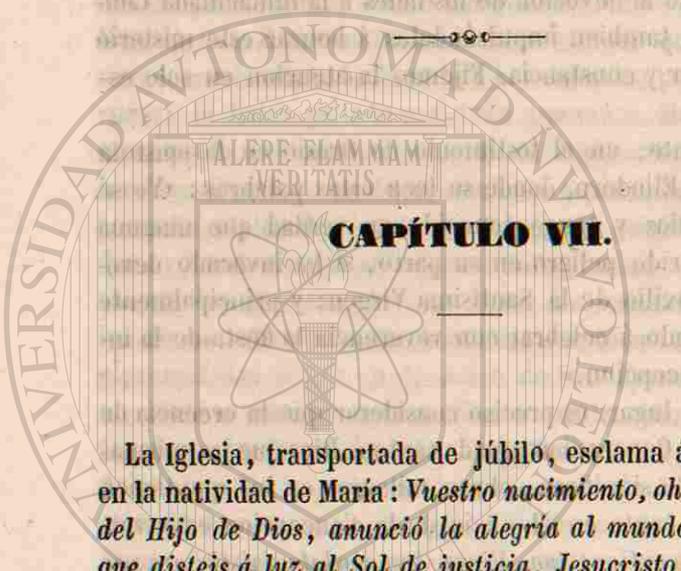
La Iglesia, transportada de júbilo, esclama á voz en grito en la natividad de María: *Vuestro nacimiento, oh Virgen Madre del Hijo de Dios, anunció la alegría al mundo entero, porque disteis á luz al Sol de justicia, Jesucristo nuestro Dios, el cual quitando la maldicion ha dado la bendicion, y confundiendo la muerte nos dió la vida eterna.* Dia feliz aquel en que apareció tan bella aurora. Huyó la noche; y huyeron las tinieblas, que á manera de un caos de confusion hacian tan deforme la faz del universo: al despuntar esta risueña aurora, recobró el mundo su primitiva hermosura, ó mas bien se vió revestido de belleza mayor que la perdida por el engaño de la serpiente; pues el Apóstol de las naciones así lo dá á entender diciendo «que redundó la gracia donde abundó el pecado.» Dichosos los siglos que han seguido al dia esplendoroso del nacimiento de la Santísima Virgen. ¡Mil veces mas dichosos los que hemos tenido la gloria de nacer despues de ella! ¡Oh Dios! ¿qué mas hicimos nosotros que todas aquellas generaciones que vivieron en aquellos siglos desdichados, en los cuales aun no habia aparecido esta aurora de salud y con-

suelo? Aquellas entraron en el mundo durante la noche del pecado; y nosotros en el dia de la gracia: aquellas caminaron con paso lánguido por sendas de tinieblas y de miseria; y nosotros vivimos en medio de la luz y de la abundancia de las consolaciones divinas: aquellas murieron en la esperanza; y nosotros gozamos de la suprema felicidad. ¡Oh Providencia amable! ¡Oh misericordia infinita la de Dios para nosotros! Todos los que vivieron en tiempo del antiguo Testamento, pedian ver el dia de la gracia y no lo alcanzaron á ver; y nosotros lo vemos sin haberlo pedido.

¿Nó podiamos haber nacido en aquellos tiempos, en aquellos lugares, en medio del paganismo ó del judaismo, incurriendo en las mismas desgracias? ¿Qué méritos han sido los nuestros para que el Autor de nuestras vidas nos haya destinado á nacer en dias de salud y en el seno de la ley de gracia? ¡Cuán amables son las disposiciones de la Providencia en favor nuestro! Ha enviado á Jesucristo y á su Madre Santísima delante de nosotros: los ha enviado al mundo como un nuevo Adán y una nueva Eva para quitarle la maldicion y desarraigar las espinas con que cubrió la superficie de la tierra el pecado del primer hombre, como si no hubiera querido que nosotros la habitásemos hasta tanto que la hubiese preparado para recibirnos, y no la juzgase bastante preparada para nosotros hasta enviar á su propio Hijo á llenarla de las luces de su sabiduria y enriquecerla con el inexhausto tesoro de sus gracias y merecimientos.

¡O Dios de bondad! ¡Cómo nos habeis puesto en medio de un océano de bienes, habiendo hecho nacer tantos millones de almas, que no valian menos que las nuestras, en tiempos y paises que no os conocian! ¿Y por qué con nosotros tan grande predileccion? ¡Quién no queda arrebatado al contemplar la intimidad que hoy tenemos con Jesus y María! Los conocemos, hablamos de ellos con frecuencia, conversamos familiarmente con ellos en la oracion, les hablamos, y ellos nos responden; les pedimos, y ellos condescienden con nuestras peticiones; metemos la mano en sus tesoros, y ellos nos lo agradecen; recibimos á Jesus hasta dentro de nuestras bo-

cion; mas le preguntariamos si se atreve á llamar supersticiosos á los que llevan consigo alguna medalla de Jesus, ó de María, ó el nombre de Jesus ú oraciones escritas; pues no estimamos todas estas cosas sino en cuanto nos representan á Jesucristo y á su Madre Santísima.



CAPÍTULO VII.

La Iglesia, transportada de júbilo, esclama á voz en grito en la natividad de María: *Vuestro nacimiento, oh Virgen Madre del Hijo de Dios, anunció la alegría al mundo entero, porque disteis á luz al Sol de justicia, Jesucristo nuestro Dios, el cual quitando la maldicion ha dado la bendicion, y confundiendo la muerte nos dió la vida eterna.* Dia feliz aquel en que apareció tan bella aurora. Huyó la noche; y huyeron las tinieblas, que á manera de un caos de confusion hacian tan deforme la faz del universo: al despuntar esta risueña aurora, recobró el mundo su primitiva hermosura, ó mas bien se vió revestido de belleza mayor que la perdida por el engaño de la serpiente; pues el Apóstol de las naciones así lo dá á entender diciendo «que redundó la gracia donde abundó el pecado.» Dichosos los siglos que han seguido al dia esplendoroso del nacimiento de la Santísima Virgen. ¡Mil veces mas dichosos los que hemos tenido la gloria de nacer despues de ella! ¡Oh Dios! ¿qué mas hicimos nosotros que todas aquellas generaciones que vivieron en aquellos siglos desdichados, en los cuales aun no habia aparecido esta aurora de salud y con-

suelo? Aquellas entraron en el mundo durante la noche del pecado; y nosotros en el dia de la gracia: aquellas caminaron con paso lánguido por sendas de tinieblas y de miseria; y nosotros vivimos en medio de la luz y de la abundancia de las consolaciones divinas: aquellas murieron en la esperanza; y nosotros gozamos de la suprema felicidad. ¡Oh Providencia amable! ¡Oh misericordia infinita la de Dios para nosotros! Todos los que vivieron en tiempo del antiguo Testamento, pedian ver el dia de la gracia y no lo alcanzaron á ver; y nosotros lo vemos sin haberlo pedido.

¿Nó podiamos haber nacido en aquellos tiempos, en aquellos lugares, en medio del paganismo ó del judaismo, incurriendo en las mismas desgracias? ¿Qué méritos han sido los nuestros para que el Autor de nuestras vidas nos haya destinado á nacer en dias de salud y en el seno de la ley de gracia? ¡Cuán amables son las disposiciones de la Providencia en favor nuestro! Ha enviado á Jesucristo y á su Madre Santísima delante de nosotros: los ha enviado al mundo como un nuevo Adán y una nueva Eva para quitarle la maldicion y desarraigar las espinas con que cubrió la superficie de la tierra el pecado del primer hombre, como si no hubiera querido que nosotros la habitásemos hasta tanto que la hubiese preparado para recibirnos, y no la juzgase bastante preparada para nosotros hasta enviar á su propio Hijo á llenarla de las luces de su sabiduria y enriquecerla con el inexhausto tesoro de sus gracias y merecimientos.

¡O Dios de bondad! ¡Cómo nos habeis puesto en medio de un océano de bienes, habiendo hecho nacer tantos millones de almas, que no valian menos que las nuestras, en tiempos y paises que no os conocian! ¿Y por qué con nosotros tan grande predileccion? ¡Quién no queda arrebatado al contemplar la intimidad que hoy tenemos con Jesus y María! Los conocemos, hablamos de ellos con frecuencia, conversamos familiarmente con ellos en la oracion, les hablamos, y ellos nos responden; les pedimos, y ellos condescienden con nuestras peticiones; metemos la mano en sus tesoros, y ellos nos lo agradecen; recibimos á Jesus hasta dentro de nuestras bo-

cas, entra él hasta en nuestros pechos, y el amor del Hijo y de la Madre embriaga nuestros corazones; y Jesus y María se regalan con ellos, y en ellos hallan todas sus delicias. ¡Oh Dios de amor! Si los siglos pasados hubiesen visto de lejos nuestra ventura, ¡cuánto la hubieran envidiado!

¡May ay! Horrorosa es nuestra ingratitud. Casi no nos acordamos de tanta dicha: ignorantes y estúpidos no sabemos gozar de nuestra fortuna: nos abate la tristeza, nos abate la pusilanimidad, nos abaten las mas pequeñas contrariedades de la vida presente, cuando debiéramos estar siempre respirando alegría y bañados en un mar de alborozo porque poseemos el supremo bien, por el cual suspiraban los siglos pasados. ¡Ingratos! Aun nos quejamos vilmente cuando toda nuestra vida debiera ser un himno incesante de accion de gracias, de bendicion y alabanza. Pero ya no será así, Aurora de la vida, dulzura del mundo, alegría del cielo. Os prometemos, Señora, que ya no será así. No serémos tan ingratos en adelante; y para ser fieles y agradecidos á Dios nos ponemos debajo de vuestro patrocinio, que es dulcísimo al par que poderoso.

San Juan Damasceno dice que todos los siglos se disputaban la gloria de que en medio de su curso se mostrase en el mundo la Madre de nuestro divino Salvador. ¿Y á qué siglo le cupo tan grande dicha? Segun el cómputo de Baronio, se contaban entonces mas de cincuenta siglos desde la creacion, pues acaeció en el año cinco mil ochenta y cuatro, quinientos sesenta y seis años despues del cautiverio de Babilonia, setecientos treinta y ocho despues de la fundacion de Roma, el año veinte y dos del imperio de Augusto, reinando el Idumeo Herodes en la Judea que habia usurpado con los artificios que empleó por conseguir el favor de Augusto. Este príncipe que era señor del mundo y disponia de los reinos á su arbitrio, consintió en que Herodes viniese á ser el tirano del único pueblo, que pasaba por la porcion escogida de Dios.

Este extranjero que debia el trono á la injusticia y á la violencia, estaba siempre temeroso de que el Dios de Israel se lo arrebatase de las manos; y sabiendo que los profetas habian prometido á aquel pueblo que le naceria un rey de la familia de David, el cual habia de sentarse en el trono de su padre y reinar por do quiera como soberano para libertarlo de la servidumbre haciéndolo el pueblo mas feliz de la tierra, no perdonaba medio alguno para contrariar las divinas disposiciones. Tanta era su insensatez. Tanto le habia cegado la pasion de reinar. Con tan siniestro intento se propuso esterminar á todos los descendientes de David, que pudieron descubrir sus crueles pesquisas. Salváronse sin embargo algunos pocos y entre estos San Joaquin y Santa Ana, que parecian gentes vulgares y sencillas, y dedicadas únicamente á los ejercicios de piedad y en cierta manera despreciables, porque siendo ya ancianos habian perdido la esperanza de tener hijos. Mas estos eran cabalmente los dos esposos que la Providencia escogió para que de ellos naciese la que vestiria de nuestra carne al deseado de las naciones, aquel hijo de David, que en efecto se habia de sentar en el trono de su padre como verdadero rey de Israel y monarca supremo de todos los monarcas, cual se verificó no carnal y materialmente como lo imaginaban los judíos, sino de una manera espiritual que es mas divina. Empéñese enhorabuena el mundo en hacer poco caso de lo espiritual, teniéndolo por quimera; no por eso dejará de ser verdad, como todos los sábios lo vén, lo comprenden y lo confiesan, que lo corpóreo y sensible no es mas que sombra que pasa, humo que se desvanece, corrupcion que perece y se reduce á la nada, y que lo espiritual es un ser incorruptible, mas palpable á las almas que lo corpóreo á los sentidos, y tan sólido que dura eternamente. Si de esta sublime filosofia estuviésemos bien penetrados, prefiriéramos el mas minimo bien espiritual á todos los bienes de la tierra.

Averiguado ya el año en que nació la Santísima Virgen, no cabe duda acerca del mes y dia; porque es sentimiento comun de la Iglesia que fué el de Setiembre, y vemos que en él celebra la fiesta de su natividad. En cuanto al dia, nos basta la

misma autoridad de nuestra madre la Iglesia, que celebra en el día octavo de dicho mes su gloriosa natividad.

El Evangelio no habla del nacimiento de María, pero no hay cosa que lo realce tanto como este silencio misterioso: no quiere hablarnos de ella como de una hija de los hombres y así nada nos dice de sus padres: no quiere hablarnos de ella como de una niña; y por tanto sepulta su infancia en el silencio: la única idea que de ella quiere darnos, para que de una ojeada admirémos su grandeza y celsitud es la de su divina maternidad. Solo esto considerémos en ella y dejemos todo lo demás; porque diciendo que es madre del Hijo de Dios, hemos dicho todo cuanto es. Empero aquí es preciso levantar el espíritu y contemplar con una especie de raptó la gloria que dá este carácter á su natividad.

No ha de juzgarse de las grandezas de la Santísima Virgen por las apariencias, pues estas no hacen ostensible la verdad, sino la vanidad: menester es que busquemos las verdades divinas en lo que no está al alcance de los sentidos; y para hallarlas leamos el Evangelio, que es el oráculo de ellas y veamos como nos pinta magnífica y pomposa su entrada en el mundo el día de su natividad. Confesemos que cuanto se ha dicho hasta ahora de la gloria de los conquistadores y de la magnificencia de los reyes mas poderosos es en cotejo suyo lo que un carbon parangonado con un diamante: ya se fije la vista en lo que la precede, ya en lo que la acompaña y rodea, ó bien en lo que la sigue, en todas partes hallará maravillas que arrebaten su admiracion.

¿Queremos ver lo que la precede? El Evangelio en el día de su natividad hace mencion de multitud de patriarcas, profetas y reyes que caminan delante de ella á manera de la guardia noble que abre paso al soberano cuando se muestra en público con la pompa y esplendor de la majestad. Oiremos nombrar á un Abraham, á un Isaac, á un Jacob, á un David, á un Salomon, á un Josafat, á un Osias, y á muchísimos otros reyes que fueron sus abuelos: hé aquí la magnífica

corte de sábios, de santos y régios personajes que lleva por delante. ¡Cuán grandioso espectáculo! Si consideramos lo que acompaña y rodea su persona, parece que todos los siglos pasados renacen para venir á escuadronarse en derredor de ella y formarle una espléndida corona.

Contando la sagrada Escritura todas las generaciones desde Abraham, ó mas bien desde Adán hasta ella, como que las llama de sus tumbas, las cita y quiere que estén presentes para que la glorifiquen con sus aclamaciones, formando una armonía universal; por lo cual dijo un grande Emperador que María era el panegirico de todos los siglos: y ella misma ha dicho en su cántico que todas las generaciones la llamarán bienaventurada: *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes.* Hé aquí lo que la acompaña. Jamás se ha visto una corte mas augusta ó mas numerosa.

Mayores prodigios descubriremos poniendo los ojos en lo que la sigue: allí aparecerá la majestad del mismo Dios; observaremos que el supremo Monarca del mundo, el propio Hijo de Dios se hizo de su comitiva, y aun no contento con esto, se puso bajo su dominio, porque él es su único hijo. Pero aun hay mas; pues con el Hijo de Dios entran á ser de la familia de María y á ponerse bajo su dominio todos los santos, todos los predestinados, todos los que componen la Iglesia triunfante y militante, toda esa innumerable muchedumbre de reyes de la eternidad que forman con Jesucristo un solo cuerpo místico. ¡Oh Dios! ¡Qué grandeza! ¡Qué magnificencia! ¡Qué majestad! ¡Qué asombro! Recorramos con una sola mirada este cuadro maravilloso. Contemplando lo que la precede, lo que la sigue, al entrar en el mundo la Reina de los cielos, sin duda que nuestra mente abismada en océanos de luz, se perderá en un éxtasi de admiracion. Los triunfos mas extraordinarios encarecidos en las historias sagradas y profanas, nada tienen que se aproxime al majestuoso aparato con que se presenta la Madre del Rey de reyes.

Dice la Sagrada Escritura que la Sabiduría fabricó para su propia habitacion un palacio magnífico: *Sapientia edificavit sibi domum*. ¿Qué deberémos entender por la sabiduría, sino al mismo Jesucristo á quien San Pablo llama en su primera epístola á los Corintios *Christum Dei sapientiam*? Y es máxima comun atribuir la sabiduría al Hijo como al Padre el poder y la bondad al Espíritu Santo. Decirnos por consiguiente que la Sabiduría se fabricó una casa para su propia persona, es decirnos que el Hijo de Dios fué el autor de su propia Madre. Pesemos bien la fuerza de estas palabras, que son otros tantos oráculos.

Fabricó la Sabiduría y fabricó un palacio, y lo fabricó para sí; enciérranse aquí muchas grandezas de la Madre de Dios en su nacimiento. En primer lugar, siendo la infinita Sabiduría quien tomó á su cargo la fábrica, no hay duda en que la hizo del modo mas perfecto; luego proporcionó la magnificencia y riqueza de la fábrica á la majestad del huésped para quien la hacia, porque jamás se fabricará una casa para hospedar á rústico aldeano como para alojamiento de poderoso monarca: de otra suerte no edificaria sábiamente el arquitecto, que si no es desacordado, debe fabricar con mas suntuosidad á medida del poder y opulencia del señor, para quien la destina. Imponderables consecuencias se deducen de este principio á gloria de Maria.

Considerémos qué hermoso palacio fabricó la divina Sabiduría para un esclavo, para un despreciable gusanillo de polvo, para el hombre pecador: mas á pesar de su miseria, volvamos la vista por una y otra parte, y contemplemos la grandeza, las riquezas y la hermosura del palacio de la naturaleza: hé aquí la casa que hizo la divina Sabiduría para hospedar al hombre. ¡Cuán augusto palacio! ¡Cuán grande! ¡Cuán ricamente adornado! Salia fuera de sí el real Profeta cuando contemplaba su pasmosa magnificencia: *Quam magnificata sunt opera tua, Domine, omnia in sapientia fecisti!* ¡Cuán magnificas son vuestras obras, ó gran Dios! Todo es bello, todo está dispuesto con admirable sabiduría! Pero ya que tan sábiamente llevais á cabo vuestros designios, habien-

do construido un palacio tan augusto para vuestros indignos siervos, ¿qué hareis para vos mismo? ¡Adonde nos arrebatara este sublime pensamiento! Preciso es formar el siguiente raciocinio. El universo es el palacio que la divina Sabiduría fabricó para el hombre pecador; el palacio que fabricó para sí es la Santísima Virgen: convengamos en que cuanto aventaja al hombre pecador en nobleza, dignidad y elevacion el soberano Huesped que ha de honrar con su presencia el palacio del virginal seno de Maria, tanto mas rico, grandioso y augusto que el universo será el palacio que destina para Huesped tan soberano, siendo esta una regla de justicia y prudencia y conforme á la recta razon. Ahora bien, ¿cuánto mas digno que el hombre pecador dirémos que es Jesucristo? No hay quien pueda espresar la infinita distancia, que media entre Jesucristo y esta misera carne de pecadores. ¡Ah! si nuestro entendimiento se agobia con el peso de tan altas verdades, ¿quedará tan helado nuestro corazon que no produzca ningun buen sentimiento?

Inseparable compañera del bien es la alegría; es imposible al hombre no alegrarse cuando recibe alguna buena nueva ó vé entrar la fortuna por las puertas de su casa. Y así un alma que conociera el cúmulo de bienes que consigo trajo la nati-vidad de la Santísima Virgen, no podria menos de enajenarse por el exceso de las divinas consolaciones que dilatarian su corazon, porque si el supremo bien del mundo es haber visto nacer entre nosotros á un Dios salvador; no hay duda que despues de este lo es ver el nacimiento de la Madre de aquel divino Jesus.

Principia á despuntar el día de la gracia, pues ya vemos su aurora, ya vemos el día de la gloria, porque el uno viene en pos del otro. Ya podemos esclamar con transportes de alegría: ¡Vemos abiertos los cielos y su entrada se nos franquea en el momento que dejemos la pesada carga de nuestros cuerpos! He aquí un motivo capaz de consolar é inundar de gozo el corazon mas desolado. El sábio y elocuente cardenal San Pedro Damian esclamaba transportado al considerar tamaño bien: «Alegraos, hermanos míos, en la nati-

vidad de María, como acostumbraís alegraros en la de vuestro Salvador, pues si él es el sol de justicia, ella es la aurora que le precede y le dá á luz sin lesion de su purísimo seno; si él es el verdadero paraiso de nuestras almas, ella es la puerta por do habemos de entrar: si él viene á satisfacer nuestras deudas y á rescatarnos con su sangre, ella le provee de esa misma sangre preciosa con que ha de redimirnos. Alegrémonos en el nacimiento de ambos, porque ambos son las soberanas fuentes de nuestra felicidad.»

Pero se preguntará por qué no saltan de alegría todas las ciudades en la fiesta de la natividad de Nuestra Señora. Y será fuerza responder que semejante falta no proviene de inadvertencia ó descuido por parte de nuestra madre la Iglesia, que hace todo lo posible para escitar en sus hijos esta alegría espiritual, pues clama y canta: «Vuestro nacimiento, ó Virgen Madre, anunció el regocijo á todo el universo.» ¡Mas ay dolor! Estúpido es el mundo cuando se trata de las cosas de Dios: está lastimosamente embriagado con las vanidades de los sentidos, haciendo inútiles esfuerzos para sacar de ellos alguna gota de pasajero consuelo, y no halla sino torrentes de amargura y miseria sin cuento. Solo despreciando el regalo y consolacion de los sentidos se puede gustar y saborearse con la del espíritu, y nosotros quisiéramos gozar de esta sin renunciar aquella.

CAPITULO VIII.

Creendo que su alma recibió la gracia en el mismo momento en que las otras enferman con la peste del pecado original, no es posible dudar de que este privilegio de la

Madre de Dios le haya proporcionado otro, á saber, el haberle anticipado el uso de la razon, á fin de que no fuese inferior á los ángeles, los cuales tuvieron el uso de su libertad desde el primer instante de su creacion. Así lo afirma San Bernardino de Sena: (Tom. 1. Serm. 51 cap. 1). *Beata Virgo etiam dum erat in utero matris, habuit usum liberi arbitrii.* Si habiéndola predestinado Dios desde la eternidad, y hecho nacer en el tiempo con muchos milagros, para que fuese su madre, siempre la esceptuó de las leyes comunes, y la colmó de privilegios, concediéndole el uso de su libre albedrío desde el primer instante de su vida; ¿en qué lo emplearía sino en consagrarse á su Dios de una manera mas sublime y escelente que pudiera hacerlo el serafin mas encumbrado?

Es cierto que el Hacedor no le dió toda la perfeccion de su ser natural en un principio como á los ángeles, y quiso que fuese una débil niña como los otros hijos de Adán, mas ella no estaba en el seno de su madre ni como una criminal en la prision, ni como una muerta en la tumba, sino como una santa en su oratorio, donde contemplaba la gloria y los misterios de la Divinidad. Si dejaron escrito los santos Padres que encerrado Jonás en el vientre de la ballena, lo convirtió en una Iglesia, en la cual cantaba las alabanzas del Todopoderoso, porque á pesar de haberse mostrado rebelde á su divina voluntad, le conservaba la vida aun en las garras de la muerte; bien podremos decir y con mayor fundamento que estando María toda llena de gracia, haria un templo del seno de su madre, ofreciendo en él á su Dios el suavísimo incienso de su adoracion.

Si Juan Bautista estando encerrado en el vientre de su madre, ya desempeñaba el oficio de precursor, saltando de gozo á la presencia del infante Jesus, cuando la inmaculada Virgen que le llevaba, fué á visitar á Santa Isabel; creible es que siendo la Reina de los ángeles mas favorecida de Dios que San Juan Bautista, haya hecho el oficio de madre hasta en el vientre de Santa Ana, concibiendo á Jesus desde entonces espiritualmente en su corazon antes de concebirle en su castísimo seno. Ni se diga que el Altísimo negase á su

vidad de María, como acostumbráis alegraros en la de vuestro Salvador, pues si él es el sol de justicia, ella es la aurora que le precede y le dá á luz sin lesion de su purísimo seno; si él es el verdadero paraiso de nuestras almas, ella es la puerta por do habemos de entrar: si él viene á satisfacer nuestras deudas y á rescatarnos con su sangre, ella le provee de esa misma sangre preciosa con que ha de redimirnos. Alegrémonos en el nacimiento de ambos, porque ambos son las soberanas fuentes de nuestra felicidad.»

Pero se preguntará por qué no saltan de alegría todas las ciudades en la fiesta de la natividad de Nuestra Señora. Y será fuerza responder que semejante falta no proviene de inadvertencia ó descuido por parte de nuestra madre la Iglesia, que hace todo lo posible para escitar en sus hijos esta alegría espiritual, pues clama y canta: «Vuestro nacimiento, ó Virgen Madre, anunció el regocijo á todo el universo.» ¡Mas ay dolor! Estúpido es el mundo cuando se trata de las cosas de Dios: está lastimosamente embriagado con las vanidades de los sentidos, haciendo inútiles esfuerzos para sacar de ellos alguna gota de pasajero consuelo, y no halla sino torrentes de amargura y miseria sin cuento. Solo despreciando el regalo y consolacion de los sentidos se puede gustar y saborearse con la del espíritu, y nosotros quisiéramos gozar de esta sin renunciar aquella.

CAPITULO VIII.

Creendo que su alma recibió la gracia en el mismo momento en que las otras enferman con la peste del pecado original, no es posible dudar de que este privilegio de la

Madre de Dios le haya proporcionado otro, á saber, el haberle anticipado el uso de la razon, á fin de que no fuese inferior á los ángeles, los cuales tuvieron el uso de su libertad desde el primer instante de su creacion. Así lo afirma San Bernardino de Sena: (Tom. 1. Serm. 51 cap. 1). *Beata Virgo etiam dum erat in utero matris, habuit usum liberi arbitrii.* Si habiéndola predestinado Dios desde la eternidad, y hecho nacer en el tiempo con muchos milagros, para que fuese su madre, siempre la esceptuó de las leyes comunes, y la colmó de privilegios, concediéndole el uso de su libre albedrío desde el primer instante de su vida; ¿en qué lo emplearía sino en consagrarse á su Dios de una manera mas sublime y escelente que pudiera hacerlo el serafin mas encumbrado?

Es cierto que el Hacedor no le dió toda la perfeccion de su ser natural en un principio como á los ángeles, y quiso que fuese una débil niña como los otros hijos de Adán, mas ella no estaba en el seno de su madre ni como una criminal en la prision, ni como una muerta en la tumba, sino como una santa en su oratorio, donde contemplaba la gloria y los misterios de la Divinidad. Si dejaron escrito los santos Padres que encerrado Jonás en el vientre de la ballena, lo convirtió en una Iglesia, en la cual cantaba las alabanzas del Todopoderoso, porque á pesar de haberse mostrado rebelde á su divina voluntad, le conservaba la vida aun en las garras de la muerte; bien podremos decir y con mayor fundamento que estando María toda llena de gracia, haria un templo del seno de su madre, ofreciendo en él á su Dios el suavísimo incienso de su adoracion.

Si Juan Bautista estando encerrado en el vientre de su madre, ya desempeñaba el oficio de precursor, saltando de gozo á la presencia del infante Jesus, cuando la inmaculada Virgen que le llevaba, fué á visitar á Santa Isabel; creible es que siendo la Reina de los ángeles mas favorecida de Dios que San Juan Bautista, haya hecho el oficio de madre hasta en el vientre de Santa Ana, concibiendo á Jesus desde entonces espiritualmente en su corazon antes de concebirle en su castísimo seno. Ni se diga que el Altísimo negase á su

Madre privilegios que concedió á sus siervos. Y si la gracia comenzó á dedicarla de todo punto á Dios, antes que la naturaleza la diese al mundo; nadie se maraville de que á la edad de tres años haya ido á presentarse al templo y consagrarse á los altares, desprendiéndose de los brazos de sus padres con magnánimo esfuerzo, aunque estos eran un dechado de virtudes. Amaban sin duda á su hija única mas que á su propia vida; pero no ignoraban que de Dios la habían recibido solo como un depósito sagrado, que estaban obligados á devolvérsele cuando lo pidiera. María por su parte honraba y amaba á sus padres como vivas imágenes de Dios; pero sabiendo que el Hijo divino que saldría del seno de su eterno Padre para darse á nosotros, merecía que abandonase gustosa á su padre y á su madre por darse á él temprano, despues de haberles hecho gozar tres años las gracias de su infancia, corrió al templo á consagrar al Señor el resto de su vida.

Si alguno neciamente dudase de la presteza con que se consagró á Dios antes de cumplir los tres años; facilísimo sería confundirle con el testimonio y autoridad de los mas antiguos Padres de la Iglesia, como de San Evodio, sucesor de San Pedro en la cátedra de Antioquia, quien en aquella hermosa epístola que intituló *La Luz*, dice «que desde la edad de tres años fué presentada al templo, que allí pasó once en el santuario, y que despues los sacerdotes encomendaron á San José su custodia;» con el de San Epifanio, obispo de Salamina, con el de San Gregorio Niseno, con el de San Juan Damasceno, y tantos otros cuya autoridad no es de menor peso: y si todos estos testimonios no le satisfaciesen, bastaría para enmudecerle el juicio decisivo de la Iglesia. Al ver que regida por el Espíritu Santo celebra la festividad de la presentacion de Maria con tan solemne pompa; ¿podría ningun cristiano dudar de una verdad tan auténtica y constante? Ningun erudito ignora que el pontífice Paulo II mandó que la fiesta de la presentacion de Maria Santísima se celebrara con igual pompa que la de su asuncion.

¿Dónde vais, divina Maria, cuando apenas vuestras delicadísimas plantas tienen fuerza para sosteneros? Abandonais el dulce apoyo, la amorosa asistencia y las caricias de vuestros padres, sin los cuales no podeis vivir, ni ellos sin vos, porque sois su alma y su vida. ¿Qué vais á hacer en una edad tan tierna, pues aun no habeis cumplido tres años? ¿Cómo es posible que dejeis el regazo de una madre, que hace poco os alimentaba con sus pechos para abandonaros en manos de personas desconocidas, en quienes no hallaréis la ternura de vuestros padres?

A estas sentidas reconvenções responderia la Santísima Niña: «Oigo una voz que me habla al corazón y me dice: escucha, hija mia, mira y presta el oído, y olvidate de tu pueblo y de la casa de tu padre, y el Rey se complacerá en tu belleza. Aquel, cuyas infinitas perfecciones enamoran á los ángeles del cielo, me quiere toda para sí solo. ¿Cómo podré negarle mi corazón? Me previene, me llama, me arrebatá con su atractivo omnipotente; ¿y nó habré de seguirle? Mi amado es todo mio, y yo soy toda suya; bástame esto y todo lo demás nada importa.

— Pero siendo tan niña como sois, ¿dónde hallaréis los juguetes de la niñez, que son la única ocupacion de los primeros años? — Yo los hallaré con Dios: si es preciso jugar, reputaré por juguete el mundo, la naturaleza y todo lo creado.»

Llamamos juego de niños á las casillas, que suelen estos hacer con papel ó con cualquiera otra cosa insubsistente. Pues no se ocupan los mundanos en negocios de mas cuantía mientras viven olvidados de su eternidad. De este asunto importantísimo vá Maria á tratar con su Dios en la casa de la oracion.

Observemos lo que hace á su entrada en el templo. 1.º Se presenta al Señor como su criatura que debiéndole todo, se lo restituye todo; y él la recibe como á su madre para tomar de ella un nuevo ser y hacérsele deudor. 2.º Preséntase á él como su esclava; y él la recibe como á su soberana, queriendo sujetarse á su dominio y dependencia. 3.º Preséntase

á él como víctima del sacrificio matutino, consagrándole el principio de su vida; y él se dá á ella como víctima del sacrificio vespertino, dando por ella y por nosotros el fin de su vida al inmolarse en el Calvario. ¡Oh cuán dulce es tratar con Dios, pues siempre dá incomparablemente mas de lo que recibe!

La Santísima Virgen le ofrece su pequeñez, reconociéndose por su humilde sierva; y él la hace participe de su grandeza, levantándola sobre todos los seres creados: ella le ofrece su infancia, y él le dá su eternidad: ella le consagra su libertad obligándose á servirle perpetuamente, y él la hace reina de los hombres y de los ángeles, queriendo que todas las criaturas la sirvan y la honren.

San German, Patriarca de Constantinopla, describe su entrada en el templo con tanta elocuencia como piedad, diciendo «que no tuvo mucho esplendor á los ojos de los hombres, pero fué en extremo magnífica á los de Dios: que no solo la sirvieron de carroza triunfal y de acompañamiento todos sus parientes, sino que invisiblemente la acompañaron muchas legiones de ángeles: que la recibió el sacerdote que entonces servia en el templo, y que él veía á los ángeles sirviéndola en el templo y presentándole la comida con sus propias manos.»

No faltan hombres que embriagados, como dice San Pablo, con su propia sabiduría, no pudiendo ser sóbrios en sus juicios, al momento condenan todo lo que tiene algun viso de extraordinario. Tal vez alguno de estos diga que es bella idea poética y no mas el que los ángeles hayan acompañado y servido visiblemente á la Santísima Virgen en el templo. Oiga empero lo que Gregorio, arzobispo de Nicomedia, dejó escrito para los que de ello dudaren: «Vosotros que ois esta admirable y nueva manera de vivir de la Santísima Virgen en el templo, no lo dudeis, ni examineis con vuestra razon lo que no alcanzais á comprender. Veis que el Verbo divino habitó de un modo inefable en su purísimo seno; ¿y disputaréis sobre si eran ó no materiales los alimentos con que se mantenía? Veis que el Espíritu Santo obró en ella el mayor de sus

prodigios; ¿y dudareis de los servicios que los ángeles le hayan prestado? Preciso es no dudar de las grandezas de la Santísima Virgen cuando se le atribuyen prerogativas y privilegios convenientes á la dignidad de madre de Dios; son innegables: era menester que el templo de Dios estuviese adornado de toda suerte de bellezas: menester era que estuviese enriquecido de toda especie de bienes espirituales: menester era que fuese servido por los ángeles.» Y si los ángeles del cielo le sirvieron con reverencia, ¿dudaremos de que los sacerdotes y ministros del altar la mirasen con el mas profundo respeto? Por tanto se cree que habitó en el santuario, que era la parte mas sagrada del templo.

La Escritura y muchos santos doctores aseguran que vivian en el templo mujeres devotas, consagradas á su servicio, las cuales tenian en él su departamento y sus celdas de todo punto separadas de los hombres: Origenes, San Ambrosio y San Cirilo Alejandrino dicen que no eran admitidas las mujeres casadas sino solo las solteras y las viudas. En compañía de estas fué recibida María como un precioso don del cielo, despues que la admitió en el templo el sumo sacerdote. Empleábanse en orar á la puerta del tabernáculo, como está escrito en el Éxodo: en asistir á los sacrificios que se hacian todos los dias tarde y mañana, y en meditar día y noche la ley del Señor; y harto claro está que eran un bosquejo de las religiosas, que la divina Providencia queria establecer en la Iglesia cristiana. Se les entregaba á las niñas para que las instruyesen en la religion y las formasen en la piedad, como hoy se hace en los conventos; pero cuando la admirable Niña se confió á su custodia á la edad de tres años, no fué para aprender de ellas, sino para enseñarles, teniendo ella sola mas luz y gracia que toda la sinagoga.

San Gerónimo en una epistola á Eliodoro dice que sus ejercicios estaban regulados en la siguiente forma: desde prima hasta sesta, es decir, desde la aurora hasta promediarse la mañana, entregábase á la oracion; desde sesta

hasta nona, esto es el resto de la mañana hasta medio día, hacia alguna labor, conforme á su edad. Dice que las mas veces le preparaban y presentaban la comida los ángeles, y despues la instruian en la ley y en los profetas y en la doctrina del antiguo Testamento, y luego volvia á la oracion que duraba hasta venir la noche. Añade San Gerónimo que estas eran sus delicias y su pan cotidiano, que incesantemente hacíala crecer en el amor de su Dios: *Et sic semper melius in Dei amore proficiebat.*

No aseguramos como artículo de fe que se alimentase por ministerio de los ángeles, pues la Sagrada Escritura no habla de esto; pero lo afirmamos apoyados en graves autores, que lo refieren como una tradicion antiquísima; por lo cual á lo menos es de fe humana, cuya creencia no parecerá difícil. Sabemos que el pueblo de Israel fué por largo tiempo milagrosamente alimentado en el desierto; que el profeta Elías recibia la comida de manos de un ángel; que San Pablo, primer ermitaño, se mantuvo por muchísimo tiempo en su profunda soledad á espensas de la providencia del Padre celestial, que se valia de un cuervo para enviarle medio pan todos los días: que los ángeles alimentaban al abad Apolo, el cual vivia en el imperio de Teodosio el grande, dedicado á una contemplacion continua. Leemos otros ejemplos en las historias de los Padres del desierto; ¿y tendríamos dificultad en creer piadosamente que la Madre de Dios fuese mas favorecida que sus siervos?

Canisio refiere una tradicion aun mas particular, y es que habiendo perseverado en el continuo ejercicio de la oracion á la edad de doce años, hallándose un día encendida en mas ardiente fuego de amor divino, la prolongó hasta media noche, en cuyo punto oyó la voz del Padre celestial, que le dijo: *Paries Filium meum*: darás á luz á mi Hijo. Era esta una cosa por sí misma tan estupenda, que razon hubiera tenido para dudar; pero despues vió verificada su revelacion, dando á luz al Verbo encarnado en el portal de Belén á media noche y á la misma hora en que se le hizo la magnífica promesa. Sin embargo tuvo encerrada en su pecho esta re-

velacion hasta despues de la ascension de nuestro Salvador.

En el opúsculo que escribió San Buenaventura sobre la vida de Jesucristo, dice en el capítulo tercero que estando en el templo la Santísima Virgen pedia al Señor todos los días siete gracias particulares, creyéndolas importantísimas para la gloria divina y para su mayor perfeccion: 1.º amarle de todo corazón y cumplir exactamente el primer precepto de la ley: 2.º amar á todos sus prójimos como Dios deseaba que ella lo hiciese, igualmente que todo aquello que él amaba de la manera que le fuese mas agradable: 3.º tener siempre un extraordinario aborrecimiento á todo pecado por pequeño que pareciera, y á todo cuanto le desagradara: 4.º humildad profunda, perfecto desprendimiento del mundo, paciencia invencible, pureza angélica y todas las demás virtudes que podian hacerla mas grata á sus divinos ojos: 5.º la dicha de conocer y servir á aquella Virgen, de la cual habla Isaias, que concebiria y daria á luz al Hijo de Dios, no cesando de pedir ardientemente esta gracia hasta que por revelacion supo que seria ella misma; 6.º obedecer con la mayor puntualidad al sumo Pontífice, á los sacerdotes y á todas aquellas personas de quienes dependia: 7.º que tuviese piedad de su pueblo, conservase su templo y su religion, y enviase pronto al Mesias que há tanto tiempo habia prometido. Tales fueron sus ejercicios mientras estuvo en el templo de Jerusalem.

Pero escuchemos sobre todo lo que de ella nos dice el Espíritu Santo en el libro de los *Cantares* con aquellas palabras, que le dirige segun la mística interpretacion de los santos doctores: *Veni, columba mea, veni, unica mea, in foraminibus petrae*. La invita amorosamente como á su paloma, como á su única y amada esposa; invítala á poner su nido en los agujeros de la piedra, esto es, en su templo: y con aquellas tiernas espresiones de «su paloma y su única,» con las cuales la llama á la soledad, denota á qué queria que se aplicase.

Adviertan las almas que huyen del mundo para entregarse á Dios en la soledad, que á imitacion de María deben ser como la paloma, en la cual no se halla hiel ni malicia, siendo

toda ella un dechado de candor y dulzura. Por tanto llamándola Dios á la soledad, la denomina su paloma, dando á entender que la aparta del mundo y la pone en su casa para que estudie el candor y dulzura de la paloma. Diversa de la del mundo es la escuela del cielo. En aquella se estudian artificios : estúdiase en esta el candor y la dulzura, la inocencia y la rectitud. No hay cosa mas contraria al espíritu de Dios que el doblez y el fingimiento; porque el espíritu de Dios es todo verdad, y el artificio no es mas que mentira; por lo cual dice la Sagrada Escritura que es muerte la prudencia de la carne, es decir es una muerte el fraude y el artificio, porque estingue en nuestras almas el espíritu de Dios, y les quita aquella señal de predestinacion, que plugo á Jesucristo darnos en el Evangelio cuando por sí mismo juró que no entrarían en el reino de los cielos los que no se hiciesen como niños por el candor y sencillez de su alma.

Cuando en el salmo cuarenta y cuatro cantaba el Profeta : *Adducuntur Regi Virgines post eam* : parece que desde lejos veia la fiesta de la presentacion de la augusta Virgen, y se alegraba de que en tal dia abriese Dios las puertas de esta prision del mundo para que libertándose de su esclavitud muchas almas inocentes volasen á refugiarse en su casa, donde se hallarian en plena libertad de consagrarse á su servicio de una manera tan exclusiva como no podrian hacerlo en medio del torbellino del siglo. Para ponerles delante de los ojos un excelente modelo que imitar, hace Dios que las preceda nada menos que su Madre Santisima. ¿Quién no tendrá por soberana dicha seguir sus huellas? ¡Oh, cuántos millones de vírgenes han seguido á esta Reina de la virginidad consagrándose á Dios desde su infancia! Es ella una paloma, y cuantas la imitan deben tambien ser palomas en la dulzura y en la sencillez. Las palomas son avecillas sociables y al mismo tiempo solitarias, pues casi ningun comercio tienen con las demás aves; pero sin embargo son sociables, y todo su gusto es hallarse muchas reunidas en un mismo lugar.

CAPÍTULO IX.

Los ángeles no alcanzarían á bosquejarnos la beldad de María. Pero lo que á ningun otro era posible, se dignó hacerlo el Espíritu Santo, pintándola con aquellas palabras de los *Cantares* : *Tota pulchra es, amica mea, tota pulchra es* : toda sois hermosa, amiga mia, toda sois hermosa. Esta palabra *tota* significa segun Santo Tomás una especie de infinitad, porque no tiene limites. Y así decirnos que es toda bella, es enseñarnos que en su persona se encierra toda la belleza. La belleza es Dios. Establecido este principio, evidente por sí mismo, se deduce que tiene María sola mas belleza que todas juntas las otras criaturas; pues la mas hermosa de todas será sin duda aquella á quien mas se haya comunicado la infinita belleza de Dios-Padre, su unigénito Hijo; ¿y con quién mas que con la Santísima Virgen se ha unido tan entera y estrechamente esta infinita belleza, que es el Verbo? ¿No la prefirió y amó sobre todas, eligiéndola por su madre? ¿No fué á ella á quien dijo que le habia robado el corazon? ¡Oh María, oh Madre admirable! ¿Cuál será vuestra belleza que así ha llegado á encantar, encadenar y robar el corazon del Hijo del Altísimo? Vé infinitas bellezas en el seno de su divino Padre que le tienen absorto, que le tienen estático; pero igualmente vé en vos otras bellezas, que le atraen y convidan á lanzarse amoroso en vuestro seno.

¡Oh encantos! ¡Oh artificios del amor! El amor de Jesus es quien produce la belleza de María; y la belleza de María es quien cautiva el amor de Jesus : María no es bella á los ojos del Verbo sino porque la ama : la belleza que le dá amándola, iguala al amor que le tiene. Si viésemos la me-

toda ella un dechado de candor y dulzura. Por tanto llamándola Dios á la soledad, la denomina su paloma, dando á entender que la aparta del mundo y la pone en su casa para que estudie el candor y dulzura de la paloma. Diversa de la del mundo es la escuela del cielo. En aquella se estudian artificios : estúdiase en esta el candor y la dulzura, la inocencia y la rectitud. No hay cosa mas contraria al espíritu de Dios que el doblez y el fingimiento; porque el espíritu de Dios es todo verdad, y el artificio no es mas que mentira; por lo cual dice la Sagrada Escritura que es muerte la prudencia de la carne, es decir es una muerte el fraude y el artificio, porque estingue en nuestras almas el espíritu de Dios, y les quita aquella señal de predestinacion, que plugo á Jesucristo darnos en el Evangelio cuando por sí mismo juró que no entrarían en el reino de los cielos los que no se hiciesen como niños por el candor y sencillez de su alma.

Quando en el salmo cuarenta y cuatro cantaba el Profeta : *Adducunt Regi Virgines post eam* : parece que desde lejos veia la fiesta de la presentacion de la augusta Virgen, y se alegraba de que en tal dia abriese Dios las puertas de esta prision del mundo para que libertándose de su esclavitud muchas almas inocentes volasen á refugiarse en su casa, donde se hallarian en plena libertad de consagrarse á su servicio de una manera tan exclusiva como no podrian hacerlo en medio del torbellino del siglo. Para ponerles delante de los ojos un excelente modelo que imitar, hace Dios que las preceda nada menos que su Madre Santísima. ¿Quién no tendrá por soberana dicha seguir sus huellas? ¡Oh, cuántos millones de vírgenes han seguido á esta Reina de la virginidad consagrándose á Dios desde su infancia! Es ella una paloma, y cuantas la imitan deben tambien ser palomas en la dulzura y en la sencillez. Las palomas son avecillas sociables y al mismo tiempo solitarias, pues casi ningun comercio tienen con las demás aves; pero sin embargo son sociables, y todo su gusto es hallarse muchas reunidas en un mismo lugar.

CAPÍTULO IX.

Los ángeles no alcanzarían á bosquejarnos la beldad de María. Pero lo que á ningun otro era posible, se dignó hacerlo el Espíritu Santo, pintándola con aquellas palabras de los *Cantares* : *Tota pulchra es, amica mea, tota pulchra es* : toda sois hermosa, amiga mia, toda sois hermosa. Esta palabra *tota* significa segun Santo Tomás una especie de infinitud, porque no tiene limites. Y así decirnos que es toda bella, es enseñarnos que en su persona se encierra toda la belleza. La belleza es Dios. Establecido este principio, evidente por sí mismo, se deduce que tiene María sola mas belleza que todas juntas las otras criaturas; pues la mas hermosa de todas será sin duda aquella á quien mas se haya comunicado la infinita belleza de Dios-Padre, su unigénito Hijo; ¿y con quién mas que con la Santísima Virgen se ha unido tan entera y estrechamente esta infinita belleza, que es el Verbo? ¿No la prefirió y amó sobre todas, eligiéndola por su madre? ¿No fué á ella á quien dijo que le habia robado el corazon? ¡Oh María, oh Madre admirable! ¿Cuál será vuestra belleza que así ha llegado á encantar, encadenar y robar el corazon del Hijo del Altísimo? Vé infinitas bellezas en el seno de su divino Padre que le tienen absorto, que le tienen estático; pero igualmente vé en vos otras bellezas, que le atraen y convidan á lanzarse amoroso en vuestro seno.

¡Oh encantos! ¡Oh artificios del amor! El amor de Jesus es quien produce la belleza de María; y la belleza de María es quien cautiva el amor de Jesus : María no es bella á los ojos del Verbo sino porque la ama : la belleza que le dá amándola, iguala al amor que le tiene. Si viésemos la me-

dida del amor que le profesa, veríamos también la excelencia de la hermosura que le comunica. No puede esta ser la belleza infinita y esencial del Padre: pero al menos es toda la belleza conveniente á una madre de Dios, lo que hacia la admiracion de San Epifanio: *Solo Deo excepto, cunctis superior existis, formosior ipsis Cherubim, et Seraphim, et omni exercitu Angelorum.* (Epiph. Orat. de laud. Virg.) Sois, ó Maria, la primer belleza despues de Dios; y en comparacion de la vuestra no tienen sombra de hermosura los serafines, ni los querubines, ni todos los nueve coros de los ángeles. Los considero en vuestra presencia como á las estrellas del cielo, que pierden toda su luz cuando el sol aparece.

Decia Catalina de Sena que si con los ojos del cuerpo viésemos la belleza de un alma sin pecado y con solo el primer grado de gracia, quedariamos tan sorprendidos al reconocer cuánto sobrepujaba á todas las bellezas de la naturaleza corpórea, que no habria quien no quisiese morir por la conservacion de beldad tan hechicera. Ahora bien, si la última de las almas en el orden de la gracia tiene tanta belleza, tomando el vuelo desde aquí y remontándonos por otras tantas esferas cuantas son las almas santas que unas á otras se esceden en gracia y por consiguiente en belleza (pues la gracia y la belleza de un alma son una misma cosa) llegados á la centésima, veríamos que tiene cien veces mas gracia que la primera: pues aun seria nada tan asombrosa belleza. Y si continuásemos remontándonos hasta la milésima, y de allí á la que por el orden de superioridad tenga cien mil veces mas belleza que la primera: ¿qué admirable idea no formaríamos de tan sublime hermosura? Pues todavía es como nada todo esto, porque hay millones de millones de almas que se esceden unas á otras en gracia y hermosura. Pero lleguemos á la mas encumbrada y á la mas bella de todas, y despues de admirar su belleza y confesar la imposibilidad de comprenderla, digamos resueltamente que no es mas que una sombra de belleza comparada con la de Maria: bien podemos decirlo sin temor ni recelo, porque todos los Santos Padres claman á una voz que ella sola posee mas gracia y mas hermosura

que todos juntos los demás Santos y bienaventurados, que ya han subido y subirán al cielo hasta el último dia de los tiempos.

Es imposible ver la hermosura y no amarla, respondió Aristóteles á uno que le preguntó por qué se amaba la hermosura: «Pregunta es esta, amigo mio, propia únicamente de un ciego: cualquiera que tenga ojos para verla, no puede menos de tener corazon para amarla.» Refiérense cosas casi increíbles del imperio que la belleza de algunas criaturas ha ejercido en los corazones de los príncipes, haciéndoles emprender guerras y destruir monarquías aunque no eran mas que bellezas frágiles é imperfectas. ¡Pero cuántas almas generosas arrebatadas en la contemplacion de la belleza divina han emprendido inmortales guerras contra los vicios, contra el infierno, contra el mundo y contra sí mismas por hacerse agradables á sus ojos para gozarla en el dia de la eternidad! Arrebate pues nuestros corazones la hermosura de Maria. ¡Oh cuántos y cuán magnánimos pechos ha encendido en su amor! Léanse las vidas de los Santos: recórranse las historias de los héroes del cristianismo; y se verá que el amor de Maria ha sido en sus pechos un incendio voraz.

Si queremos entrever con alguna mas claridad la belleza de Maria, levantemos nuestro espíritu á la consideracion de la hermosura del último de los ángeles, y desde allí subamos á contemplar la del mas escelso serafin. ¡Qué vista recorrerá la inmensa gradacion que forman los ángeles, los arcángeles, las virtudes, los principados, las potestades, las dominaciones, los tronos, los querubines y serafines! ¡Qué lengua humana podria espresar la ventaja, que lleva el primero de los ángeles al último de los mismos! ¡Qué entendimiento comprenderia lo que dista de este, salvados los nueve coros, el serafin mas encumbrado! ¡Qué multitud tan admirable la de los espíritus de las nueve gerarquías! ¡Qué número tan prodigioso el de todas ellas! ¡Qué gloria! ¡Qué inmensidad! ¡Qué ejércitos de celestiales bellezas! Pues todas ellas son como nada ante la de Maria: todos ellos son siervos y vasallos. ¡Ella sola es la madre del Hacedor de los ángeles! Ella es la

Reina de aquellos nueve coros; y toda la hermosura de la naturaleza angélica no es más que leve sombra ante la inefable belleza de la Madre de Dios! Ningun sér creado puede comprenderla: el mundo todo la admira; y ella, despues de Dios, es quien tiene al cielo en éstasis eterno de amor y de asombro.

San Antonino refiere un suceso milagroso acaecido con un clérigo, que no es posible leer sin particular emocion. Era este devotísimo de nuestra celestial Madre, y pediale continuamente el amarla y conocerla mas y mas todos los dias: tan santo empeño produjo en él un ardiente deseo de verla, abrasándose y desmayándose al dulce impulso de su amor. ¡Oh Madre amable! exclamaba, concededme ver por un momento vuestra hermosura, que enamora á todo el cielo! Finalmente se le envió un ángel á que le dijera: «Sí, gozarás del favor que pides, verás la belleza de la Santísima Virgen; pero los ojos que la vieren una vez, ninguna otra cosa volverán á ver; quedarás ciego el resto de tu vida.» «¡Ah! respondió de lo íntimo de su corazón, consiento en ello con tal de verla por un solo momento.» Se le designa el dia: espera él con impaciencia aquel dichoso instante, pero resuelto á salvar uno de sus ojos teniéndolo cerrado mientras la estuviere mirando con el otro. Por fin se le aparece Maria, pero con tanta belleza y majestad que el ojo con que la mira queda totalmente ciego.

Cólmale empero esta vista de tan inefable consuelo que lejos de sentir la pérdida del ojo, principia á lamentarse de no haberla visto con el otro: «¡Infeliz, ay de mí! ¡Cuán gran locura fué conservar uno de mis ojos! ¡Ay! despues de haber visto tal hermosura, ¿podré ver cosa alguna que no me parezca fea? ¡Oh Madre de misericordia! tened piedad de mí, porque he sido tan cruel conmigo mismo que quise privarme de la mitad de vuestros favores? ¡Ah, vuelva yo á veros otra vez, pues será grande dicha el perder los dos ojos! ¡Qué dicha para mí no ver cosa alguna despues de vos en esta vida!» Tan ardiente y piadoso deseo agradó de tal suerte á la Reina de los ángeles que se le apareció por se-

gunda vez; pero lejos de privarle del otro ojo que ansiaba sacrificarle, le restituyó el perdido, y desde entonces no le sirvieron los ojos mas que para ver por donde quiera (como á él se le figuraba) la belleza de la Reina del cielo.

¡Oh si los mas apegados al mundo tuviesen los ojos abiertos á la verdad! Si los mas apasionados de las bellezas mortales hubiesen visto por un solo minuto la beldad de Maria! ¡Cuán pronto sentirian morir en sus corazones todo otro afecto, y cuán instantáneamente concebirian alto desprecio de todo lo que adoran! Son pocos los que han tenido el privilegio de verla con los ojos del cuerpo: ¿pero no podemos verla con los del alma siempre que nos apliquemos á contemplarla? Esta vista espiritual es tanto mas segura cuanto que está mejor fundada en la verdad: es mas consoladora, porque nos pinta su imágen en lo profundo del alma, donde podemos conservarla, sin peligro de padecer ilusiones. Si nos complacemos en tener en nuestra habitacion un retrato de nuestra celestial Abogada, ¿no sera justísimo que pongamos un santo empeño en llevar continuamente su imágen espiritual pintada en nuestros pensamientos é impresa en lo íntimo de nuestros corazones?

Pensar en ella desvanece toda tristeza é inunda el alma de consuelo con la plácida esperanza de ver su admirable belleza en la eternidad. Hablar muchas veces de ella y complacerse en publicar su gloria, en ponderar sus grandezas y en admirar su hermosura, ahuyenta de nosotros al espíritu inmundo, que no puede llevar en paciencia el honor que le tributamos. Però tomar un vivo interés por todo lo que mira á su honra, hacer todo lo posible por estenderla, amarla con ternura, con respeto y con ardor incesante, regocijarse y salir fuera de si por el gozo que causa lo que ella es, congratulándonos por su felicidad y ayudándole á dar gracias al Omnipotente que ha obrado en ella tantas maravillas; es ciertamente del mayor agrado y de la mayor gloria de Dios, que la hizo bellissima no solo para que fuese su madre, para poner en ella su corazón y hallar en contemplarla su mas dulce delicia, sino tambien para que ardiesen en su amor to-

das las almas que tienen la soberana dicha de ser esposas suyas; y por último es un medio seguro de merecer su particular protección, que jamás ha negado á sus verdaderos devotos: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.*

CAPÍTULO X.

Todo es admirable en la Madre de Dios, todo es privilegiado, todo es superior á cuanto pueda decirse del resto de las madres. Observa San Epifanio que hablando de Maria no hay quien no la haya llamado la virgen por excelencia: y cuando la llamamos la Madre de Dios que es el mas eminente de sus títulos, solemos añadir el nombre de virgen y decimos la virgen madre. La Iglesia la canta y preconiza por do quiera y á voz en grito la santa virgen de las vírgenes: *Sancta Virgo virginum*, por la misma razon que proclama á Jesucristo: *Rex regum; et Dominus dominantium*. Llámale rey de los reyes, queriendo dar á entender que es un rey tan elevado sobre toda dignidad real que en su cotejo los demás reyes no son ya reyes sino meros súbditos: él es señor de los señores, porque á su lado los otros señores no son ya señores, sino simples vasallos y siervos. Así Maria es la virgen de las vírgenes, porque á su lado las demás vírgenes son como vanas sombras. ¿Y por qué así? Porque su virginidad se aventaja incomparablemente á todas las demás, remontándose sobre la de los ángeles, é imitando la del mismo Dios.

Considerémosla á la cabeza de tantos millones de vírgenes como á ejemplo suyo se han consagrado al Esposo divino: *Adducentur Regi Virgines post eam*. En la antigua ley no

habia quien no estimase suma dicha el tener una prole numerosa; juzgábase oprobio el no tenerla, y aspirando todos á la fecundidad del matrimonio como á una gloria, como á una bendición, huían de la esterilidad que acompaña á la virginidad como de una especie de ignominia. ¿Quién de tanto abatimiento levantó á la virginidad? ¿Quién la hizo tan honorífica? ¿Quién la hace triunfar en esa multitud de vírgenes, que son uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia? ¿Nó es la purísima azucena de Nazaret? Origenes dice que Jesucristo fué la primicia de la virginidad de los hombres, y que la de las mujeres debe toda su gloria á la Santísima Virgen. No se ha visto cosa alguna que se concilie mas el respeto, aun de gente viciosa, cuanto la virginal pureza. Si se pregunta de dónde esto provenga, responderémos que es un destello de la gloria de aquella incomparable virginidad de la Madre de Dios que en ella resplandece. Si las otras tienen alguna gloria por ser vírgenes: ¿qué abundancia, ó mejor dicho, qué plenitud de gloria nó tendrá la Virgen de las vírgenes?

La constante voluntad de conservar siempre la pureza del cuerpo en que consiste la esencia de la virginidad segun Santo Tomás, era por excelencia la virtud de Maria. Antes que ella pudieron ser vírgenes los profetas Elías, Eliséo, Jeremías, Daniel. ¿Pero quién confirmó y fijó para siempre esta voluntad con un voto eterno? Antes de la Reina de las vírgenes era inaudito en el antiguo Testamento el voto de perpétua virginidad.

Muchos despues de ella han imitado su virginidad y aun su voto, ¿pero cuál otro lo ha observado con tanta perfeccion sin sentir nunca el mas mínimo movimiento de concupiscencia, como si su cuerpo fuera un espíritu puro? Ella fué la única que no habiendo pasado por el incendio del pecado original, no tuvo ni aun reliquia de aquel fuego maligno que aun despues del bautismo queda en los hijos de Adán, despidiendo centellas peligrosas, las cuales hacen que al menos se padezca tentaciones, aunque no se les preste consentimiento. Y así en los otros la virginidad, aunque siempre se

das las almas que tienen la soberana dicha de ser esposas suyas; y por último es un medio seguro de merecer su particular proteccion, que jamás ha negado á sus verdaderos devotos: *Qui elucidant me, vitam æternam habebunt.*

CAPÍTULO X.

Todo es admirable en la Madre de Dios, todo es privilegiado, todo es superior á quanto pueda decirse del resto de las madres. Observa San Epifanio que hablando de Maria no hay quien no la haya llamado la virgen por escelencia: y cuando la llamamos la Madre de Dios que es el mas eminente de sus titulos, solemos añadir el nombre de virgen y decimos la virgen madre. La Iglesia la canta y preconiza por do quiera y á voz en grito la santa virgen de las vírgenes: *Sancta Virgo virginum*, por la misma razon que proclama á Jesucristo: *Rex regum; et Dominus dominantium*. Llámale rey de los reyes, queriendo dar á entender que es un rey tan elevado sobre toda dignidad real que en su cotejo los demás reyes no son ya reyes sino meros súbditos: él es señor de los señores, porque á su lado los otros señores no son ya señores, sino simples vasallos y siervos. Así Maria es la virgen de las vírgenes, porque á su lado las demás vírgenes son como vanas sombras. ¿Y por qué así? Porque su virginidad se aventaja incomparablemente á todas las demás, remontándose sobre la de los ángeles, é imitando la del mismo Dios.

Considerémosla á la cabeza de tantos millones de vírgenes como á ejemplo suyo se han consagrado al Esposo divino: *Adducentur Regi Virgines post eam.* En la antigua ley no

habia quien no estimase suma dicha el tener una prole numerosa; juzgábase oprobio el no tenerla, y aspirando todos á la fecundidad del matrimonio como á una gloria, como á una bendicion, huian de la esterilidad que acompaña á la virginidad como de una especie de ignominia. ¿Quién de tanto abatimiento levantó á la virginidad? ¿Quién la hizo tan honorífica? ¿Quién la hace triunfar en esa multitud de vírgenes, que son uno de los mas bellos ornamentos de la Iglesia? ¿Nó es la purisima azucena de Nazaret? Origenes dice que Jesucristo fué la primicia de la virginidad de los hombres, y que la de las mujeres debe toda su gloria á la Santisima Virgen. No se ha visto cosa alguna que se concilie mas el respeto, aun de gente viciosa, quanto la virginal pureza. Si se pregunta de dónde esto provenga, responderémos que es un destello de la gloria de aquella incomparable virginidad de la Madre de Dios que en ella resplandece. Si las otras tienen alguna gloria por ser vírgenes: ¿qué abundancia, ó mejor dicho, qué plenitud de gloria nó tendrá la Virgen de las vírgenes?

La constante voluntad de conservar siempre la pureza del cuerpo en que consiste la esencia de la virginidad segun Santo Tomás, era por escelencia la virtud de Maria. Antes que ella pudieron ser vírgenes los profetas Elías, Eliséo, Jeremías, Daniel. ¿Pero quién confirmó y fijó para siempre esta voluntad con un voto eterno? Antes de la Reina de las vírgenes era inaudito en el antiguo Testamento el voto de perpétua virginidad.

Muchos despues de ella han imitado su virginidad y aun su voto, ¿pero cuál otro lo ha observado con tanta perfeccion sin sentir nunca el mas minimo movimiento de concupiscencia, como si su cuerpo fuera un espíritu puro? Ella fué la única que no habiendo pasado por el incendio del pecado original, no tuvo ni aun reliquia de aquel fuego maligno que aun despues del bautismo queda en los hijos de Adan, despidiendo centellas peligrosas, las cuales hacen que al menos se padezca tentaciones, aunque no se les preste consentimiento. Y así en los otros la virginidad, aunque siempre se

conserva inmaculada, no siempre permanece tranquila: tiene sus batallas inevitables y no siempre es segura su victoria. Solo la de María fué siempre inmaculada y pacífica como si no tuviese cuerpo.

Pero aun cuando supusiéramos que alguna otra por milagroso privilegio de la gracia se hubiera conservado pura y pacífica sin experimentar las rebeliones de la natural concupiscencia, ¿cuál otra será comparable á la de nuestra Reina en el privilegio inaudito, incomprendible al humano entendimiento y admirable á los ángeles de una virginidad unida á la maternidad? Es virgen y sin embargo es madre; es madre y esto no obstante es virgen; conserva una perfecta integridad, y sin embargo concibe un niño, le lleva en su seno, le dá á luz, le lacta con sus pechos, y es la mas pura de las vírgenes, ¿cuál otra se le puede comparar? La Iglesia en medio de su admiracion la llama *Virgo singularis*: Virgen singular, única, sin igual. ¡Oh, cuán cierto es que es incomparable y supera infinitamente á todas las demás vírgenes!

Ni la naturaleza ni la gracia produjeron otra virgen semejante; el universo no ha visto otra que se le parezca; nunca podrán comprender esta grande maravilla los hombres ni los ángeles. ¡Oh asombro de todos los seres! ¡Virgen de las vírgenes, madre de las madres, virgen en todo tiempo, antes del parto, en el parto y despues del parto! Virgen de todas maneras, virgen bajo todos sentidos, en el cuerpo, en el alma, en los ojos, en el corazon, en los pensamientos, en las palabras, en los afectos y en los sentimientos. Madre admirable, que por sí sola dá todo el ser á su Hijo, le alimenta con sus pechos que son fecundos y vírgenes al mismo tiempo, y es la única que alimenta al Mantenedor de todo el universo. Jamás acabariamos si libremente nos entregásemos á la consideracion de otros prodigios, que en esta admirable virginidad resplandecen. Pero basta lo dicho para concluir que la virginidad de María supera incomparablemente á la de todos los hijos de Adán.

En segundo lugar, se aventaja muchísimo á la de los ángeles: si los ángeles del cielo quisiesen competir en pureza con

su Reina, pudieran decir: «Nosotros somos vírgenes; y ella les respondería; Sí, vosotros sois vírgenes; pero lo sois por naturaleza, y yo lo soy por gracia; por tanto siendo sobrenatural mi virginidad, es mas escelente que la vuestra. Ellos dirían: nosotros estamos exentos de la mas mínima mancha de impureza; y ella respondería: Sí, pero este estado os es necesario y por lo mismo sin mérito; mientras yo estoy en él voluntaria y libremente, y por lo mismo con merecimiento. Ellos pudieran decir: nosotros no sentimos inclinacion á la impureza; mas ella respondería: No es maravilla, pues sois espíritus puros: ¿cómo podriais sentir los estímulos de un cuerpo de carne que no teneis? Pero yo compuesta de carne humana, no siento lo mismo que vosotros la mas mínima inclinacion á la carne por un continuo milagro de la gracia, que me tiene elevada sobre mi natural condicion.» Está pues demostrado que la virginidad de María lleva considerables ventajas á la de los ángeles. Y sin embargo ¿quién lo creyera? no acaba aquí su elevacion, y su pureza aun no ha hecho alarde de todos sus resplandores.

Consiste su mayor gloria en imitar la virginidad de Dios Padre, que siendo la misma pureza, es sin embargo tan fecunda que produce á su Verbo. Ahora bien, la pureza es tan virginal en María y tan fecunda que produce á un Dios, el cual es hijo único de una madre virgen. El Eterno Padre es al mismo tiempo padre y madre de su único Hijo, porque es padre virgen; y Nuestra Señora es al mismo tiempo padre y madre del mismo único Hijo, porque es una madre virgen. Jamás ha sido fecunda la virginidad para producir un hijo de su propia sustancia sino en ella y en el Eterno Padre. ¡Oh virginidad admirable! ¡Oh admirable union de la fecundidad con la virginidad!

María, seréis la madre del Hijo de Dios, daréis á luz al Salvador del mundo; pero para que seais madre, permaneced siempre virgen; para que seais madre de Dios, obligaos á la virginidad con voto eterno: *Quomodo fiet istud: quoniam*

virum non cognosco? ¡Ah Señor! ¿cómo quereis que yo sea madre quedando siempre virgen? ¿Empeñarse con voto á ser perpétuamente virgen no es renunciar para siempre á tener hijos? Si, es constituirse en voluntaria impotencia de tener hijos como hombres; pero es una excelente disposicion para tener un hijo como Dios, que no seria padre de su único hijo eternamente, si no fuese eternamente virgen; ni vos tampoco seriais madre de aquel mismo hijo, si no fueseis siempre virgen. ¡Oh cuán altos é incomprensibles al hombre son los caminos de Dios!

San Agustin en un sermon excelente sobre su natividad se inflama y todo él se transporta de celo, alegría y admiracion al ver tantas maravillas. ¿Quién, hermanos míos, esclama, quién puede mirar aquel sol divino, que en la nube del seno virginal de su Madre conserva los mismos resplandores de majestad de que está circundado en el seno de su Padre? ¿Quién puede contemplarlo sin quedar deslumbrado? ¿Qué mente podrá comprender cómo aquel concepto eterno del entendimiento del Padre sea el concepto temporal del seno de la Madre, y que en el uno y en el otro sea concebido con la virginidad? ¿Qué lengua hablará dignamente de este misterio? ¿Qué elocuencia será capaz de explicarlo? Y luego dirigiéndose á la Santísima Virgen, decidme, ó Madre admirable del Santo de los Santos: ¿cómo se formó entre los lirios de vuestra virginal pureza el precioso fruto de vuestro seno? Decidme: ¿cómo pudo ser que el que hizo todas las cosas y á vos misma os hizo, se ha hecho en vos y por vos, y que vuestro padre sea vuestro hijo? Decidme: ¿cómo sois al mismo tiempo su padre y su madre, conservando siempre tan perfecta virginidad con tan admirable fecundidad? ¿Cómo habeis merecido tan grande privilegio? ¿Qué habeis dado á Dios por él? ¿Qué intercesores habeis tenido? ¿Cómo os dispusisteis para tan alta dignidad? Decidme en fin ¿cómo llegasteis á alcanzarla? A todo lo cual le hace responder: *Oblatio mea est virginitatis promissio*. Me preguntais qué di al Eterno para alcanzar su único Hijo y ser su madre: le prometí con voto permanecer siempre virgen. *Oblatio mea est humilitas*

mea. Para ser elevada á la dignidad de madre de Dios me anonadé en su presencia, reputándome por indigna esclava suya. ¡Oh bella disposicion! ¡Oh conducta del Espiritu divino! Para ser madre se conserva siempre virgen, y para ser honrada con la dignidad de madre de Dios, concibe un inmenso desprecio de sí misma.

Estraordinario asombro seria el de los sacerdotes, que servian al templo cuando supieron que la Santísima Niña habia hecho voto de virginidad por toda la vida. Era esto inaudito en aquellos tiempos: el matrimonio estaba en gran estima, y muy despreciada la continencia: la fecundidad y la multitud de los hijos se miraba como una bendicion de Dios, y la esterilidad como un oprobio y como una especie de maldicion divina. Sorprendente novedad causaria ver á una jóven abrazar voluntariamente tal partido. Decidnos, hermosa Niña, ¿quién os ha hecho tomar semejante resolucion? ¿Quién os ha sugerido esta idea? ¿Quién os ha mostrado este ejemplo? ¿Quién os ha dado este consejo? ¿Quién os inspira esta manera de vida nunca vista hasta ahora?

Descubrian ellos tanta sabiduria en sus respuestas, tanta luz en su mente, tan nobles sentimientos en su corazon, tanta pureza en sus costumbres, tanta prudencia en su conducta, y un no sé qué de tan divino en su rostro que con sobrada razon juzgaron que necesariamente debia encerrar alguna cosa muy estraordinaria. Leian en el profeta Isaias aquel oráculo, en el cual prometiéndolo Dios el Mesías, dice en términos espresos que le concebiría y daría á luz una virgen: *Ecce Virgo concipiet et pariet filium*; y que su nombre seria Emanuel, esto es, Dios con nosotros. Esta profecía no puede ser falsa, pues es promesa y palabra divina; la cual aun no se ha cumplido, porque nunca se ha hablado de una virgen que haya engendrado, y aun no ha venido el Mesías. Mas hé aquí el tiempo indicado por los profetas. ¿Por ventura será esta aquella afortunada virgen, que se nos ha predicho y que debe producir la felicidad del mundo?

Es virgen de profesion, y por voto espreso, y nadie hasta ahora se ha dedicado á Dios de igual modo; se advierte en

ella un no sé qué tan extraordinario, y disposiciones tan divinas, que hasta ahora cosa semejante no se ha visto. ¿Por ventura será esta aquella que está destinada á ser madre del deseado de las naciones? ¿Será acaso esta la que nos dé á aquel Mesías tantas veces prometido, esperado y tan ardentemente suspirado desde el principio de los siglos? Decían los unos: tanto tiempo há que le esperamos y no viene: ¿quién creará que haya de venir en nuestros días mas bien que en los de nuestros hijos? Y replicaban otros: Estas promesas no siempre han de ser promesas. Menester es que se cumplan algun día, pues de otra suerte serian falsas y cuanto mas tiempo han tardado en cumplirse, tanta mayor probabilidad tenemos de que en verificarse no sean ya morosas. Verdad es, respondia otro; pero ¿quién creará que esta pobre niña está destinada á obrar aquel prodigio de los prodigios, que ha de pasmar al universo? ¿Nó pensais que para esto será mas idónea la princesa mas esclarecida del mundo? De ningún modo, replicaba otro; pues está escrito de la madre del Mesías que no solamente será virgen, sino que será pobre, pues debe darle á luz en un establo, y reclinarle entre bestias en un pesebre. En suma, no estaban tan ciegos que algo no viesen, y por otra parte no estaban suficientemente iluminados para descubrir la verdad: lo que les quedaba era un asombro y un respeto particular para con la admirable Hija de Joaquin. ¡Oh si hubiesen tenido las luces, que despues dió el Espíritu Santo á los Padres de la Iglesia, y ellos nos han comunicado acerca de la excelencia de su virginidad!

CAPÍTULO XI.

Gloria es del sol, rey de los astros, ser dueño de un tesoro inexhausto de luz, no solo para gozarla sino tambien para difundirla en la inmensidad del universo. Y bien podemos decir de María Santísima que siendo el sol de la virginidad, no tiene nada que envidiar á ese otro sol menguado en su presencia: posee tesoros de inocencia y de pureza, no tan solo para enriquecerse á sí misma mas que todos los ángeles del cielo, sino tambien para derramar su virtud sobre las almas aprisionadas en cuerpos de carne corruptible, pues inspira pureza á todo el que vuelve sus miradas á ella. San Ambrosio en el libro de *la Institucion de las virgenes* dice que tan abundante era en la Señora la gracia de la virginidad que no solamente la llenaba de hermosura, pureza y santidad, sino que solo su vista conferia el don de castidad á cuantos la visitaban.

Añade Santo Tomás que la belleza que suele arrojar centellas de fuego deshonesto, en María por el contrario exhalaba un espíritu de pudor y castidad, de tal manera que aunque fuese un milagro de belleza, sin embargo no hubo quien al mirarla no concibiese honestísimos sentimientos. Gerson observa lo mismo diciendo que su fisonomía era tan modesta, majestuosa y angelical, que en cuantos la miraban imprimia profundo respeto hácia su persona, y afecto muy subido á la castidad. ¿Cuántos y cuántas han experimentado que solo el pensar en ella, el mirar alguna de sus imágenes, el pronunciar su nombre ó recurrir á ella de cualquier otra manera disipa representaciones deshonestas y reprime los movimientos contrarios á la castidad?

Es memorable el ejemplo de Carlos octavo, rey de Francia,

cuando en el saqueo de una ciudad de Italia que abandonó á la ferocidad y rapiña de sus soldados, una jóven muy hermosa se arrojó á sus piés gritando : « ¡ Favor, ó rey, favor, misericordia ! ¡ Ah ! salvad mi honor, preservadme de los insultos de vuestros soldados. » La generosidad de aquel principe le hizo protegerla contra los otros ; pero no tuvo fortaleza para defenderla de sí mismo. ¡ Ay ! creia haber evitado un peligro y se vió empeñada en otro mayor ; pero era sierva de la Santísima Virgen. Cuando aquel principe estaba ya á punto de satisfacer su pasion, estendió ella las manos hácia una imágen de Maria y exclamó : « ¡ Oh rey ! por el amor de la Virgen de las vírgenes que nos ha dado un salvador, salvadme, perdonad á mi virginidad. » ¡ Milagroso poder de la virginidad de la Reina del cielo para extinguir las mas ardientes llamas de concupiscencia ! Su nombre, su memoria, su imágen convirtió en un momento los ardores de aquel principe jóven en tal aficion á la pureza que respetó á aquella virgen, la cual habia invocado á la Virgen de las vírgenes, alabó su virtud, le dió una considerable suma de dinero para reparar las ruinas que la guerra le habia causado, y por consideracion á ella amparó á toda su parentela. Este no es mas que un ejemplo ; pero las historias podrian suministrarnos una multitud de ejemplos, que nos hacen ver que la virginidad de Maria tiene poderosa virtud para inspirar sentimientos de castidad, y es lo primero en que resalta sobre todas las otras.

Triunfó en segundo lugar de infinidad de enemigos, que la han combatido, con una gloria que resplandecerá en todos los siglos. Gentiles, judios, herejes, todos conspiraron con el infierno haciendo los mayores esfuerzos por desterrar del mundo la creencia de que es virgen, ó al menos sostuvieron obstinadamente ser imposible que fuese madre y virgen. Pues á pesar de todos sus esfuerzos, esta firme creencia se halla tan bien establecida que los verdaderos cristianos estamos prontos á dar la vida por sostenerla.

¡ Cuántos milagros ha obrado la diestra del Altísimo en confirmacion de esta verdad ! Un religioso de Santo Domingo se vió molesto por una tentacion tan violenta contra la fe de

la pureza de Maria, que no pudiendo vencerla con sus raciocinios ni librarse de ella por medio de oraciones, buscó el auxilio de algun buen siervo de Dios. Era muy célebre por aquel tiempo la santidad de Fr. Egidio, uno de los primeros compañeros de San Francisco. Resolvió pues ir á verle. Entre tanto Dios reveló á Fr. Egidio la venida de aquel religioso y el motivo de su viaje ; y saliendo él de su celda corrió á su encuentro y saludándole sin esperar que le descubriese la causa de su inquietud, le previno diciéndole : Hermano mio, es virgen antes de su parto ; y golpeando el suelo con su báculo, hizo salir de él una blanca azucena de extraordinaria belleza. Dió otro golpe en el suelo, diciendo : Hermano mio, es virgen en su parto ; y apareció otra azucena aun mas hermosa que la primera. Golpeó por tercera vez diciendo : Hermano mio, es virgen despues de su parto ; y ambos religiosos vieron al instante levantarse otra azucena aun mas hermosa que las dos primeras : y dispóse al momento la tentacion.

Despues de haber admirado San Bernardo este prodigio de que una virgen sea madre y una madre sea virgen, de que la fecundidad y la virginidad se hayan encontrado y permanezcan unidas en una misma persona, esclama : ¿ Quién ha visto cosa semejante ? No tiene esto ejemplo ni hay quien lo imite. ¿ Quién lo hubiera pensado ? ¿ Quién hubiera podido figurárselo ? Ni la imaginacion de los hombres ni el pensamiento de los ángeles llega á tanto. ¿ Quién pudo persuadirlo al mundo y hacer que una verdad tan estupenda fuese recibida por donde quiera, como hoy lo es, sin contradiccion ? ¿ Pues quién pudo hacerlo creer á todo el universo con tanta fe, certidumbre y firmeza que una innumerable multitud prefirió la muerte y hubiera sufrido mil muertes antes que abandonar esta creencia ? *Elegerunt mille mortibus mori, quam ad momentum ab ista fide deficere* : palabras son estas de San Bernardo. ¡ Oh Dios, qué alegría para su corazón, y qué consuelo para los verdaderos siervos de la Santísima Virgen ver que son tantos los generosos defensores de su pureza ! ¡ Oh quién nos diera tanto celo y amor á esta Señora que viviésemos dispuestos á dar la vida por su honra !

No pasemos en silencio la tercer cosa, que hace aun mas admirable la escelencia de su virginidad. De cualquier manera que la considerémos, sea en su principio, sea en su fin, sea en su medio, siempre es incomparable, y aventaja tanto á toda otra virginidad quanto el cielo á la tierra.

Atendiendo á su principio, es la virginidad de una Madre de Dios y una pureza á Dios prometida con voto perpétuo: es un voto de virginidad que procede de un amor de Dios mas puro, mas ardiente y mas perfecto que el de todos los hombres y el de todos los ángeles juntos. Ninguna otra criatura seria capaz de una virginidad tan noble y escelente.

En quanto á su fin, es una flor de la cual nace un fruto admirable, el Hijo de Dios, aquel mismo á quien Dios-Padre produce con su virginal fecundidad y segunda vez reproduce por medio de la de su divina Madre. Está escrito que Dios-Padre lo ha hecho todo por él: *Omnia per ipsum facta sunt*. Quiere decir, que así como todas las obras de la naturaleza fueron hechas por el divino Verbo como procedente del seno de su Padre: así podemos decir que produciendo á él solo tambien produce todas las cosas en él y por él: hé aquí el fruto del seno virginal del Padre cuando produce á su único Hijo. Contemplad ahora al mismo Hijo producido del seno virginal de la Madre: cierto que todas las cosas fueron hechas por él, es decir, todas las obras de la gracia son obras del Verbo encarnado, que produce desde el seno de su divina Madre; ¿no podrémos por tanto decir en algun modo que produciendo á él solo, ella produce en él y por él todo el mundo sobrenatural de la gracia, toda la santidad de la Iglesia militante y triunfante? Levantad los ojos al cielo, estendedlos sobre toda la Iglesia, mirad esa multitud de santos y de santas, de perfecciones, de virtudes, de gracia y de gloria que viene á parar en Dios como en su término; hé aquí el fruto del seno virginal de la Madre al producir á su único Hijo, del cual todo esto depende. Hé aquí el fin donde se termina su virginidad. ¿Decid ahora si alguna otra puede parangonársele? ¿Qué colmo de alegría para un alma que la reverencia y ama, ver la gloria de su virginidad en

su principio y en su fin! Pero lo que acaba de manifestar su escelencia sobre toda otra virginidad, es el medio del cual Dios se valió para sublimarla sobre la de todas las criaturas, tanto las humanas como las angélicas, pues fué hacerla viva imágen de la suya, dándole fecundidad para producir á la misma persona divina que él produce, y esto con circunstancias que sobrepujan nuestra admiracion: pues en la virginidad de Dios un espíritu concibe y engendra á un espíritu; pero en la de María es una carne la que concibe y dá el sér humano á ese mismo Dios. Este adorable espíritu procede del entendimiento del Padre; pero en María sale del seno virginal de la Madre. La virginidad del Padre engendra á su igual; la de la Madre engendra un sér infinitamente superior á ella.

En todos los demás Santos el alma comunica al cuerpo la gloria; pero en la persona de la Reina de los querubines parece que el virginal cuerpo es quien hace al alma participante de su gloria. Lejos de nosotros decir que su alma no tenga su particular y altísima gloria independiente del cuerpo: lo que decimos es que su cuerpo dá á su alma un aumento de gloria: ¿pues cómo sin su cuerpo tendria la gloria de ser la virgen de las virgenes, y la Madre de Dios? ¿Por qué razon decimos que ha sido exaltada hasta el punto de tener una superioridad natural sobre Dios mismo, sino porque él es su verdadero Hijo? Ahora bien, teniendo los padres y las madres una jurisdiccion natural sobre sus hijos, y ocupando ella sola el lugar de padre y madre para con el Hijo de Dios segun su humanidad, ¿no parece que deberia tener dos veces mas poder y jurisdiccion sobre él que las otras madres sobre sus hijos? ¿Y tendria estas incomprendibles grandezas si no las recibiese de su castísimo cuerpo? ¡Oh virginidad de María, cuán admirable sois! ¡Oh pureza, cuán amable sois á las almas que os conocen y honran!

CAPITULO XII.

Seria violentar el sentido literal de la divina palabra tan clara en el Evangelio, si dudásemos que San José fué verdadero esposo de la Santísima Virgen, pues se lee en el primer capítulo de San Mateo, que le dijo el ángel: *Noli timere accipere Mariam conjugem tuam*; y en el segundo de San Lucas: *Ascendit Joseph Bethlhem, ut profiteretur cum Maria desponsata sibi uxore pregnante*: Fué José á Belen para ser inscrito segun el edicto de Augusto, con Maria su esposa, próxima al parto.

Era con fuerza de ley, antigua costumbre de los hebreos que las jóvenes que se educaban en el templo, dieran la mano pudorosa á un marido buscado por los sacerdotes ó por sus padres cuando llegaban á edad de casarse; por tanto los sacerdotes buscaron para la privilegiada Doncella un esposo que fuese en lo posible digno de su eminente santidad; y la divina Providencia que le tenia destinado á San José, declaró de una manera indudable sus designios sobre aquel justo, envidia de los mismos ángeles.

Pero despues de haberse consagrado á Dios con voto de virginidad, ¿cómo pudo Maria tomar por esposo á José? No dudeis, responde á esta dificultad Ugo de San Victor, no dudeis que su matrimonio con San José haya sido compatible con su voto: la razon es que gobernándose ella por las luces del Espíritu Santo que jamás le faltaban, sabia por revelacion que la alianza que contraia con aquel justo, nunca llegaria á nada terreno ni carnal, y que mas que sus cuerpos con el matrimonio enlazarian su virginidad con un voto comun: ¿pues en qué consiste la esencia de un verdadero matrimo-

nio sino en una sociedad legitima entre un hombre y una mujer, los cuales con mútuo consentimiento se dán uno á otro? Esta obligacion es la esencia del matrimonio, y cuanto sigue á este voluntario consentimiento y sirve á la natural produccion de los hijos, no es esencial al matrimonio, el cual sin nada de esto puede subsistir en toda su perfeccion.

Todos los teólogos convienen en que hay en el matrimonio tres clases de bienes, que constituyen su perfeccion: *fides, proles, sacramentum*: la fidelidad, los frutos y el sacramento. La fidelidad consiste en que ninguno de los esposos defraude al otro del bien que le pertenece, de modo que uno al otro pueda decir con verdad: os conservo fielmente el cuerpo de que sois dueño. Los frutos no son tan solo los hijos, habiendo muchos verdaderos matrimonios que no tienen prole por impotencia natural ó por voluntaria continencia hecha de comun acuerdo y aun acompañada del voto, de lo cual nos presenta multiplicados ejemplos la historia de los héroes del cristianismo; y lejos de que por este voto padezca mengua su matrimonio, su union se perfecciona y se sublima tanto quanto es mas espiritual, mas pura y santa. Los frutos son todas las demás ventajas consiguientes á una amistad íntima é indisoluble entre dos amigos muy cordiales, muy tiernos, muy generosos y francos, que elevan su mútuo cariño á una altura á que no llega ningun otro amor terreno. Finalmente, consiste el sacramento, como nos lo enseña San Pablo en que esta union de los casados representa la de Jesucristo con su Iglesia: *Sacramentum hoc magnum est; ego autem dico in Christo, et in Ecclesia.* (Ephes. 5.)

No preguntéis pues cómo se hallan bien avenidos el voto de virginidad, que hizo Maria desde sus mas tiernos años y el matrimonio que contrae con San José. Tiene hecho voto de permanecer siempre virgen, y sin embargo dá su cuerpo á un hombre, porque sabe que así lo dispone el Altísimo y que aquel varon justo será el incorruptible custodio de su pureza; de modo que no solamente no lo viola, sino que redobra, si se permite esta locucion, su magnánimo voto, haciendo entrar en sus sentimientos á su esposo San José, verificándose

al mismo tiempo dos admirables contratos, uno entre ellos y el otro con Dios; entre ellos un contrato matrimonial, por el cual dá la Reina de los ángeles su purísimo cuerpo á su esposo José, y este dá el suyo á la Reina de las vírgenes, que es como si se hubiesen hecho una donacion reciproca de dos cuerpos santos, de dos reliquias preciosas para recibirlas con sumo respeto y conservarlas con profunda veneracion; y entablan en el mismo instante otro contrato y alianza con Dios, mediante su voto de virginidad perpétua, por el cual contentándose con el dominio que tienen el uno sobre el otro, renuncian para siempre al uso de tal dominio, y á Dios prometen conservarle con el aroma de cándida pureza sus cuerpos y sus almas. ¿Vióse jamás matrimonio mas perfecto, mas grato á los ojos del Eterno, ni mas digno de la admiracion de los ángeles?

Debiendo ser Maria madre del Salvador, fué menester que fuese casada, pues aunque habia de serlo, no por el matrimonio como las demás mujeres, sino por obra sobrenatural del Espiritu Santo, era preciso dejar á cubierto su honor á los ojos de un mundo que ignoraba este misterio. ¿Qué juicio hubiera formado de una jóven soltera al verla en cinta ó alimentando á un niño con la leche de sus pechos? Mas viéndola casada no habia lugar á ningun juicio siniestro. De lo contrario corria inminente peligro no solo su buena reputacion, sino tambien su vida, pues en el capítulo veintidos del *Deuteronomio* se mandaba apedrear á la jóven que se prostituyese.

Exigialo tambien la gloria de su Hijo. La grandeza é importancia de su empresa que era la renovacion del mundo, requería una persona irreprochable. Si aun no hallándose en nuestro Redentor ni leve sombra de imperfeccion, ni cosa que denigrar en su familia, que descendía de los patriarcas y de los reyes de Judá, ni en sus costumbres, cuya inocencia ofuscaba los resplandores del sol, ni en su doctrina admirada de sus mismos enemigos, ni en sus obras que llevaban el

sello de la omnipotencia, fueron tantas las calumnias, las injurias, los desprecios y malos tratamientos; ¿qué seria si se hubiera podido echarle en cara la vergüenza de ser hijo de una mujer sin marido, aunque en realidad su generacion fuese tan milagrosa? Pero aun cuando no bastáran estas razones otras muchas se agolpan á porfia. 1.º Era menester que fuese entregada á la custodia de un hombre de angélica pureza, que fuera fiel testigo y escudo de su virginidad, para que viéndola con esposo, ningun otro hombre codiciára su mano. 2.º Era menester que tuviese un marido de su propia familia para que por la genealogía de José se viniese en conocimiento de la suya, no siendo costumbre de los hebreos formar genealogías de mujeres sino solo de hombres. 3.º Convenia que tuviese un superior, á quien obedecer respetuosamente para enseñar á las mujeres con cuánta sumision y humildad deben honrar á sus maridos. 4.º Era necesario que tuviese un esposo que la ayudase á llevar las fatigas y el peso de su familia, lo que es mas propio de hombres que de mujeres. Cuando tuvo que ir á Belen, por obedecer al edicto del César, cuando tuvo que huir á Egipto para salvar á Jesus de la persecucion de Herodes, cuando era indispensable hacer otros viajes á Jerusalén ú otros puntos, convino ciertamente que la Madre y el Hijo viajasen guiados y protegidos por un hombre como el patriarca José. 5.º Era menester que honrase y santificase los tres estados en que se hallan las de su sexo, celibato, matrimonio y viudez, y que á todas ellas se ofreciese un modelo bellissimo y perfecto. Dulce consuelo es para las hijas de Eva, sea cual fuere el estado en que la Providencia las haya puesto, el decir: « Mi Madre celestial tuvo el mismo estado que yo, y su vida me ha de servir de modelo. »

Estas razones se robustecen con otra de que hacen alto aprecio San Gerónimo y muchos otros padres, y es de San Ignacio mártir. « Quiso Dios, dice, que su Madre fuese casada para engañar al principe de las tinieblas, y ocultarle bajo el velo del matrimonio los misterios de la divinidad de su Hijo, de la muerte de un Dios y el de la virginidad de su Madre; y

asi la antigua serpiente alucinada por el velo del matrimonio y por el nacimiento de un niño, no conoció que aquel niño era Dios, ni que aquella madre fuese virgen, ni que la muerte de la victima del Calvario fuese el sacrificio de un Hombre-Dios por la redencion de sus hermanos.»

— Maria necesitaba un amigo íntimo, un depositario de los secretos de su corazon, un José, cuya alma fuese una misma cosa con la suya, para comunicar con ella los ardores de su celestial amor y tratar de los misterios que se obraban en la encarnacion del Verbo, en la reparacion de la gloria de Dios, y redencion del mundo. Los coloquios de las cosas de Dios son dulcísimos para las almas que le conocen, y cuanto mas le conocen, tanto mas hambrientas se hallan de hablar juntas sobre su amado. ¡Oh! ¿á qué lengua seria dable reproducir las conversaciones de Maria y de José? Cuando aquellas dos almas tan semejantes en gracia, en luz, y en gusto y sabor de Dios, se comunicaban cuanto recibieran de lo alto en sus contemplaciones, ¿no os parece que los ángeles del cielo estarian colgados de sus labios como aprendiendo de ellos altas verdades del misterio de la encarnacion? ¡Oh Maria! ¡Oh José! ¡Oh depositarios de los secretos del Hijo de Dios! ¡Ah! que no podamos adivinar lo que pasó en vuestras almas, lo que concibió vuestro entendimiento, lo que gustaron vuestros corazones, lo que profirió vuestra lengua! Mas ya que no seamos dignos de penetrar en tan divino santuario, al menos séanos permitido adorarlo, admirarlo, y amarlo deseando una estrechísima union con vuestros corazones, para no querer ni sentir nunca sino lo que ellos quisieron y sintieron, y amar á nuestro Salvador con el mismo fuego con que le amaron.

— Cuando considero á Jesus entre Maria y José, adoro este misterio y me imagino ver aquellos dos querubines que sobre el Arca del testamento estendian sus alas cubriendo el propiciatorio, que era la parte superior del arca, donde Dios se dignaba emitir sus oráculos y escuchar las oraciones de sus siervos. Uno de ellos tenia la figura de un jóven y el otro la de una jóven, segun observa Arias Montano, y situados uno

en frente de otro, ambos fijaban sus ojos en el propiciatorio, en el cual uno á otro se estaban siempre mirando como en un espejo, pues era de una plancha de oro finísimo y resplandeciente, que representaba cuanto se le ponía delante. Pero este no era mas que una figura de Jesucristo, que es el verdadero propiciatorio. ¿Pues qué son Maria y José unidos con el vínculo del matrimonio sino los dos querubines, que con sus alas cubren el propiciatorio? Ambos estienden los brazos y se dán la mano para proteger, sustentar, custodiar y servir á su querido Jesus: sus ojos están fijos solo en Jesus: sus corazones aman solo á Jesus; y sin mirarse directamente uno á otro, se ven siempre en Jesus como en el espejo de la divinidad, en el cual Dios-Padre se contempla eternamente á sí mismo y en el cual todos los bienaventurados se conocen y aman, como José y Maria se remiran en este espejo adorable amándose con un amor divino.

— ¡Oh esposos, cuya union es el purísimo amor de Jesucristo, no mirándose ni amándose sino en él y por él! ¡Oh dichosos querubines del Arca, cuyo oficio es tender las manos sobre el verdadero propiciatorio, contemplarlo y ver allí estáticos de asombro la divina Majestad anonadada por amor de los hombres! ¡Oh felices depositarios, cuya única solicitud es guardar mas que la propia vida aquel precioso tesoro! ¡Oh si todos los casados volviesen los ojos á este modelo esforzándose en imitarle en cuanto les fuera posible, amándose con un cariño no solo natural, sino sobrenatural, dándose uno á otro las manos para estenderlas de comun acuerdo sobre el propiciatorio, emprendiendo con firme y unánime resolucion los ejercicios de piedad como su principal y único negocio para procurarse mutuamente los bienes eternos en que está cifrada la amistad verdadera, y considerando á sus hijos como preciosos depósitos que el Señor les confia para que se los conserven cuidadosamente, preservándolos del contagio del vicio, y llenándolos desde la infancia del espíritu de Dios, á fin de restituírselos puros y santos en la eternidad! ¡Oh, si asi fuese, qué de gracias lloverian sobre ellos del trono de la misericordia!

Admirable es la institucion del matrimonio : Dios al establecerlo quiso que el hombre y la mujer se hiciesen una misma cosa, y que tan íntima y duradera fuese esta union que imitase la del alma con el cuerpo, de modo que nada sino la muerte fuera capaz de romperla : por lo qual es de rigorosa justicia que entre los casados sean todas las cosas comunes, los honores, las riquezas, los afectos, los sentimientos, la misma vida, los cuerpos y las almas, pues una misma y una sola cosa son el hombre y la mujer por el sacramento del matrimonio. *Erunt duo in carne una* : y en todo buen derecho pasan ambos por una sola y una misma persona. ¡Qué de consecuencias gloriosas para José pueden y deben sacarse de su matrimonio con la Reina del cielo! El Señor le elevó á la mayor gloria posible, haciéndole una misma cosa con su Madre por medio de ese indisoluble lazo.

Todos los títulos de honor son comunes entre el marido y la mujer, y de aquí es inmensa la honra que á San José resulta, siendo como suyas las prerogativas con que al Eterno plugo enriquecer á su esposa : *Quia omnia que sunt uxoris, sunt viri*. Ambos desde la eternidad fueron predestinados para concurrir al misterio de la Encarnacion y redencion del mundo : ambos sin el borron del pecado y llenos de gracias para llevar á cabo dignamente aquel magnifico designio : ambos descendientes de Reyes y Patriarcas : ambos consagrados á Dios con voto de virginidad : ambos honrados con el encargo nobilísimo de alimentar, custodiar y educar, desempeñando todos los oficios de verdaderos padres, al encarnado Verbo : María, despues de haberle producido de su propia sustancia, le mantuvo con la leche de sus virginales pechos : José le alimentaba con el trabajo de sus manos : poseian ambos aquel tesoro, le guardaban mas que su propia vida, le amaban con un mismo corazon, y esta gloria era comun á entrambos.

No solo los honores, tambien las riquezas son comunes entre los esposos ; así las inmensas riquezas de María son riquezas de José. Y para ponderar cuán rica fuese la Señora, basta considerar que el Padre Eterno le dió á su propio Hijo,

que es el tesoro que á él mismo le hace infinitamente rico ; y habiéndosele dado, ¿quién se atreverá á pensar que le negara alguna de las otras riquezas de que es dueño y señor?

¿Quereis ver cómo entrega Dios todos sus tesoros á María? Observad lo que hace con el tesoro de la naturaleza. La predestinó desde *ab eterno* con su Hijo, y luego sacó de la nada para ellos el resto de las criaturas, como quien les hacia un regalo. ¿Quién lo dice? La Iglesia regida por el Espíritu Santo pone en boca de la Señora estas palabras del capítulo veintiocho del *Eclesiástico* : *Ab initio, et ante sæcula creata sum* : manifestándonos que fué creada desde el principio y antes de los siglos ; mas esto no ha de entenderse en cuanto á la ejecucion ó existencia actual, pues no existió ni antes del mundo ni desde el principio del mundo, sino que en la intencion divina fué con su Hijo primera entre las criaturas. Ella por consiguiente fué el fin, por el qual crió el Eterno toda la naturaleza ; luego todo le pertenece de justicia segun la verdadera intencion divina.

Ni hay que admirarse de esto, pues si escribiendo San Pablo á los cristianos de Corinto, despues de haberles hecho una descripcion del mundo, de la vida, de la muerte, de las cosas presentes y futuras, les dice : *Omnia vestra sunt*, todo es vuestro, y vosotros sois de Jesucristo, y Jesucristo es de Dios su Padre ; ¿con cuánta mayor razon dirémos á la Esposa de José : *Omnia vestra sunt*, todo es vuestro, ó Soberana, ó dominadora de todos los seres criados ; el cielo y la tierra, los astros y los elementos, las plantas y los animales, los hombres y los ángeles, todo se hizo para vos, todo es vuestro, y vos sois únicamente de Jesus, y Jesus es de su Padre-Dios! Si el Señor dijo á Santa Teresa : «Sábete, hija, que si no hubiese criado el mundo por otra causa, hubiéralo criado solo por tí.» ¿Qué extraño es que digamos que crió el mundo y produjo toda la naturaleza por su Madre Santísima? Todo el mundo está bajo su dominio, todas las criaturas la acatan y obedecen, pregónanla bienaventurada todas las naciones ; y ved aquí como toda la naturaleza es su tesoro. Esta empero es la menor de sus riquezas.

El Señor le dá su gracia en mayor abundancia, y para hacérselo entender la santa Iglesia la llama en sus letanias Madre de la divina gracia: *Mater divinæ gratiæ*. Si respetuosamente consideramos lo que encierra el seno de María, veremos que es el Autor de la divina gracia, la inexhausta fuente de las gracias santificadoras del ángel y del hombre; y así salta á los ojos que está ella en plena posesion de todo el inmenso tesoro de las divinas gracias.

Es célebre aquella sentencia de San Gerónimo: *Cæteris per partes, Mariæ vero simul se tota infudit plenitudo gratiæ*. A los demás se dá por partes, pero en María se derrama entera la plenitud de la gracia. Es su propietaria, no como de una cosa de que ella misma sea origen, sino como de un bien recibido: es la depositaria de este bien general del mundo confiado á su fidelidad: es la distribuidora de este caudal precioso, pues segun el comun sentir de los Santos Padres no recibimos gracia alguna de Dios, sino mediante su poderosa intercesion.

En cuanto al tesoro de la gloria, es necesario medirlo con el compás de la gracia, pues no es otra cosa que la misma gracia en su fruto y en toda su madurez, siendo en las almas la medida de la gloria la gracia de que se vieron enriquecidas. Razon pues sobra para decir que así como Dios puso á María en posesion de todo el tesoro de su gracia, púsola igualmente en plena posesion de todo el tesoro de su gloria. Y esto sin duda quiso indicar el *Apocalipsis* describiéndonos la maravilla de una mujer vestida del sol. Cualquiera adivina lo que ese sol significa. Cualquiera vé que es la gloria de María.

Resumamos las riquezas de la Doncella de Nazaret: posee al mismo Hijo de Dios que es el tesoro esencial, necesario, infinito y eterno de Dios su Padre, el cual habiéndole hecho este inefable regalo, nada pudo negarle del resto de sus bienes: *Quomodo cum illo non omnia illi donavit?* Ella es pues la persona mas rica que haya formado la diestra del Escelso. ¿Y quién será digno de la mano de esta Princesa? Tanta dicha estaba reservada desde la eternidad al Patriarca José.

Dios quiso hacerle con este matrimonio mas rico que todos los Santos de la Iglesia triunfante y militante, no habiendo la mas minima duda en que son del esposo los bienes de la esposa.

Pero la principal y mas preciosa dote de su matrimonio es poseer el corazon de María. ¿Y quién dirá la abundancia de inestimables riquezas, que acumuló en aquel endiosado corazon la ternura del Dios de quien es hija, madre y esposa? Oigamos á San Bernardino de Sena acerca de la comunicacion, ó mejor dicho, indibisibilidad de bienes de los amantes corazones de San José y María: *Quia omnia quæ uxoris, sunt etiam viri, credo, quod Beatissima Virgo totum thesaurum cordis sui quem Joseph recipere poterat, illi liberalissime exhibebat*: Siendo justo que pertenezca al marido cuanto posee la mujer, creo firmemente que la Virgen Santísima comunicaba á José todos los tesoros de su corazon. Quanto mas nos engolfamos en este mar inmenso de las grandezas de José y de María, vemos salir nuevos torrentes de luz que ofuscan nuestra vista; no pueden resistirla los ojos, y es preciso cerrarlos y guardar profundísimo silencio para meditar en ellos con mayor recogimiento.

CAPÍTULO XIII.

Quien hubiese visto con los ojos de la carne lo que se obraba invisiblemente cuando el arcángel San Gabriel pronunció estas palabras: *Ave gratia plena, Dominus tecum*: confesaría que en el curso de los siglos no ha habido un día

El Señor le dá su gracia en mayor abundancia, y para hacérselo entender la santa Iglesia la llama en sus letanias Madre de la divina gracia: *Mater divinæ gratiæ*. Si respetuosamente consideramos lo que encierra el seno de María, veremos que es el Autor de la divina gracia, la inexhausta fuente de las gracias santificadoras del ángel y del hombre; y así salta á los ojos que está ella en plena posesion de todo el inmenso tesoro de las divinas gracias.

Es célebre aquella sentencia de San Gerónimo: *Cæteris per partes, Mariæ vero simul se tota infudit plenitudo gratiæ*. A los demás se dá por partes, pero en María se derrama entera la plenitud de la gracia. Es su propietaria, no como de una cosa de que ella misma sea origen, sino como de un bien recibido: es la depositaria de este bien general del mundo confiado á su fidelidad: es la distribuidora de este caudal precioso, pues segun el comun sentir de los Santos Padres no recibimos gracia alguna de Dios, sino mediante su poderosa intercesion.

En cuanto al tesoro de la gloria, es necesario medirlo con el compás de la gracia, pues no es otra cosa que la misma gracia en su fruto y en toda su madurez, siendo en las almas la medida de la gloria la gracia de que se vieron enriquecidas. Razon pues sobra para decir que así como Dios puso á María en posesion de todo el tesoro de su gracia, púsola igualmente en plena posesion de todo el tesoro de su gloria. Y esto sin duda quiso indicar el *Apocalipsis* describiéndonos la maravilla de una mujer vestida del sol. Cualquiera adivina lo que ese sol significa. Cualquiera vé que es la gloria de María.

Resumamos las riquezas de la Doncella de Nazaret: posee al mismo Hijo de Dios que es el tesoro esencial, necesario, infinito y eterno de Dios su Padre, el cual habiéndole hecho este inefable regalo, nada pudo negarle del resto de sus bienes: *Quomodo cum illo non omnia illi donavit?* Ella es pues la persona mas rica que haya formado la diestra del Escelso. ¿Y quién será digno de la mano de esta Princesa? Tanta dicha estaba reservada desde la eternidad al Patriarca José.

Dios quiso hacerle con este matrimonio mas rico que todos los Santos de la Iglesia triunfante y militante, no habiendo la mas minima duda en que son del esposo los bienes de la esposa.

Pero la principal y mas preciosa dote de su matrimonio es poseer el corazon de María. ¿Y quién dirá la abundancia de inestimables riquezas, que acumuló en aquel endiosado corazon la ternura del Dios de quien es hija, madre y esposa? Oigamos á San Bernardino de Sena acerca de la comunicacion, ó mejor dicho, indibisibilidad de bienes de los amantes corazones de San José y María: *Quia omnia quæ uxoris, sunt etiam viri, credo, quod Beatissima Virgo totum thesaurum cordis sui quem Joseph recipere poterat, illi liberalissime exhibebat*: Siendo justo que pertenezca al marido cuanto posee la mujer, creo firmemente que la Virgen Santísima comunicaba á José todos los tesoros de su corazon. Cuanto mas nos engolfamos en este mar inmenso de las grandezas de José y de María, vemos salir nuevos torrentes de luz que ofuscan nuestra vista; no pueden resistirla los ojos, y es preciso cerrarlos y guardar profundísimo silencio para meditar en ellos con mayor recogimiento.

CAPÍTULO XIII.

Quien hubiese visto con los ojos de la carne lo que se obraba invisiblemente cuando el arcángel San Gabriel pronunció estas palabras: *Ave gratia plena, Dominus tecum*: confesaria que en el curso de los siglos no ha habido un día

tan admirable y prodigioso, pues como era el de la magnífica entrada de la gracia en este mundo, de donde la habian desterrado desde un principio el pecado y el demonio, en comparacion suya es sombra vana el triunfal ingreso de un vencedor en la ciudad conquistada. Tres personas augustas la traian en triunfo: un ángel que la anunciaba, una virgen que la recibia y un Dios que la poseia: el ángel la traia en los labios, la Virgen la recibia en su seno, y en su corazon la llevaba el mismo Dios cual tesoro inexhausto.

Bajo la apariencia de un cuerpo humano y bajo la forma de un bellissimo jóven, entró el arcángel Gabriel en la habitacion de la Virgen, y hallóla sola y en oracion. Figuraos la sorpresa de una Virgen tan pura al verse sola con un jóven. Pero era un embajador del cielo, un representante de la Santísima Trinidad; y como los embajadores se rodean de magnífica pompa proporcionada á la grandeza del príncipe que los envia, este que venia de parte del soberano Monarca del universo, se revistió de tal belleza y majestad, que la augusta Doncella conoció que no era aquel un hombre de la tierra, sino un príncipe de la corte celestial, y escuchó al embajador del Altísimo como hubiese escuchado al mismo Dios.

Su coloquio con él fué purísimo y elevadísimo; penetrando sus ojos al través del cuerpo artificial que el ángel se habia formado como al través de un espejo, veian claramente la sustancia espiritual del ángel, como nos lo asegura San Atanasio, y así estaba cierta de que hablaba con un espíritu. No se turbó la Señora con la vista, sino con la palabra del ángel: el Evangelio se espresa de un modo terminante: *Turbata est in sermone ejus*; la palabra era quien la hacia temblar, y no la del ángel, sino la de Dios, el Verbo eterno, cuya majestad descubria en la embajada de Gabriel, anunciándola este que concebiria en sus entrañas al adorable Verbo: turbábanla su humildad y su pureza.

Por una parte su humildad profundísima es causa de su turbacion, pues se juzga la última y la mas indigna de las criaturas: asústase y tiembla al oír que será madre del que es el esplendor de la infinita gloria de Dios-Padre; porque nada

confunde al humilde tanto como la elevacion, así como para conturbar á un soberbio, tiene la humillacion una eficacia irresistible. ¡Oh Dios mio! ¡Cuán lejos estoy de ser verdaderamente humilde, pues me regocijo siempre que se me honra algun poco! Y una elevacion tan santa y tan divina estremece á la Madre de Dios.

Túrbala por otra parte su virginal pureza, que para siempre y con voto ha consagrado á su Dios: la estima mas que á su vida, y así al oír que será madre, tiembla por su virginidad. Ni basta para tranquilizarla decirle que será madre de Dios, pues si para serlo fuese preciso perder su preciosa virginidad, renunciaria aquella dignidad sublime. En vano le dice el ángel: «No temais, María, habeis hallado gracia delante del Señor, concebiréis y daréis á luz un hijo á quien llamaréis Jesus, y será el Hijo del Altísimo que ha de reinar eternamente:» que esta inmensa gloria de ser madre del Hijo del Altísimo no calma su turbacion, tiembla por su virginidad y replica al arcángel «¿cómo se hará esto, pues yo no tengo comercio con ningun hombre, ni quiero tenerlo nunca?» Y no se tranquiliza, ni dá su consentimiento hasta que el ángel le asegura que todo será obra del Espíritu Santo.

¡Oh vírgenes cristianas, que teneis á Jesus por vuestro único esposo, ó hijas de familia, ó virtuosas matronas, que mirais á Maria como el honor de vuestro sexo y empleais la ternura de vuestros corazones en amarla, teniéndola por madre, jamás perdais de vista este admirable ejemplo: su humildad y su pureza la hacen estremecer á la presencia de un ángel. ¿Cuál no seria la estimacion, que hiciese de estas virtudes? ¡Qué celo, qué amor, qué fidelidad la suya en conservarlas! Estas fueron segun San Bernardo las que en ella fijaron los ojos del Altísimo, mereciéndole la divina maternidad: *Virginilate placuit, humilitate concepit*.

Conoceremos la infinita importancia de este mensaje, si consideramos que no se trata de los intereses de un rey de la tierra y de todos sus vasallos, sino de todos los reyes del

orbe y de todos los vasallos que de ellos dependen, y no solo de los que viven en un siglo, sino de cuantos han existido y existirán desde la creacion del mundo hasta el último dia. El negocio pendiente no es un bien temporal, ó un honor pasajero, ó una vida perecedera, sino un bien ó un mal infinito, una honra, ó una infamia perpétua, y una vida ó una muerte eterna.

Los ángeles están sumamente interesados, pues el éxito venturoso de esta embajada hará que los hombres hermanados con ellos ocupen en el cielo las radiantes sillas, que dejaron vacías los querubines rebeldes. Dios mismo tiene en ella un interés vivísimo, pues de esta negociacion depende el que se repare su esterna gloria ingratemente ofendida por la criatura; el que se establezca una paz general y duradera entre el cielo y la tierra, entre el Hacedor y la humana naturaleza; el que estas partes beligerantes desde el principio del mundo, apagada la tea de su discordia, contraigan un matrimonio admirable que haga de ellas una misma persona, formando tan estrecha, tan fuerte y santa union que ni la vida ni la muerte puedan separarlas. A esta mision del ángel están vinculadas la dicha eterna de los hombres, el complemento de la felicidad de los espíritus celestiales y toda la gloria que Dios recibe de sus criaturas.

El cielo busca á Maria: el mensajero es un arcángel, y el mismo Rey de omnipotente majestad dirige esta inefable empresa: mientras él habla á su enviado, los tronos y las dominaciones han entrado en un éstasis de admiracion, y todas las inteligencias celestiales guardan silencio profundo y respetuoso.

Volad, Gabriel, atravesad el inmenso espacio que media entre los cielos y la tierra, llevad á la Virgen Maria las nuevas de nuestro consejo: la hallaréis en la pequeña ciudad de Nazaret; estrecho es el cerco de sus murallas; la casa donde habita es pequeña; suya es empero la grandeza del reino de los cielos: id á decirle que se ha decretado que ella será la madre del Hijo de Dios.

En el momento que el arcángel recibe comision tan hono-

rífica, inflamado de santo celo, pero temblando al peso de la grandeza del mandato, prepárase á ejecutarlo: se reviste de las apariencias de un cuerpo humano; se engalana con magnificencia, belleza, majestad y resplandores, y traspasa los cielos con vuelo rapidísimo y entra en la reducida habitacion de la Santísima Virgen.

No hizo á la Señora un largo discurso lleno de cumplimientos humanos, porque no debia hablarle sino de los arcanos de la Divinidad: no le hizo una amplia esposicion del misterio que le anunciaba (el cual despues de su cumplimiento tanto ha ejercitado la elocuencia de los Santos Padres) porque hablaba á la Madre de la divina sabiduria, á quien la Iglesia llama Virgen prudentísima, á la que entendia el lenguaje de Dios, que consiste en una sola palabra.

El Eterno habia compuesto la arenga de su embajador, y el arcángel que la recibiera con sumision humilde, la pronunció saludando á Maria con respeto profundo: *Ave gratia plena, Dominus tecum*. Nada añadió, nada mudó, y como no esponia sus propios pensamientos, no pronunció palabras de su invencion, sino las del Omnipotente que le enviaba y hablaba por su boca.

Tal es el origen del *Ave Maria*. Esta salutacion angélica es grande y admirable en demasia. Breve en las palabras, pero profundísima en su sentido é inteligencia, que encierra todos los secretos del misterio de la Encarnacion: de tan noble origen que la concibe el corazon de Dios, un ángel la publica y la recibe la Madre del mismo Dios: de tan poderosa virtud que hace temblar á los demonios, consuela á los ángeles santos y renueva en el corazon de la Virgen nuestra Señora el regocijo que le causó verse hecha madre de Dios. Es para la Iglesia tan gloriosa que leyéndola en el mismo Evangelio en que lee el *Padre nuestro* que es la oracion compuesta por el mismo Jesus, le profesa la misma estimacion y respeto, y repitiéndola continuamente, propónese imitar el sempiterno cántico que se canta en el cielo á la Majestad divina, repitiendo incesantemente Santo, Santo, Santo: *Incessabili voce proclamant, Sanctus, Sanctus, Sanctus*

Dominus. ¿Nó parece que la Iglesia militante responda con otro coro á la triunfante, cuando sin cesar repite: Ave María, Ave María, Ave María?

Sabemos cuando se verificó este asombroso misterio, pues principiaron á contarse los años desde el inmaculado parto del portalito de Belén, y la Iglesia cree que fué el veinticinco de Marzo, porque en tal día celebra la fiesta de la Anunciación. Dice San Atanasio que fué muy de mañana hacia la hora en que se cantan maitines, para que el día de la gracia principiase cuando comienza el de la naturaleza, y por ser aquella la hora en que nuestra alma suele estar mas tranquila y mejor dispuesta á hablar con Dios en la oración. Y San Bernardo repite que la Santísima Virgen estaba encerrada en su cuarto para no ser interrumpida en su oración, ó en la lectura de los libros santos que la ocupaba continuamente: *Ne orantis perturbaretur silentium.*

El arcángel Gabriel no llamó á la puerta para que se le abriese, sino que entró penetrando las paredes cual ángel vestido de sutil cuerpo y ágil como los espíritus; entró en silencio y con humildad, no habiendo venido á mandar sino á pedir el consentimiento de la divina Amante. ¿Y nó os parece maravilla el que la majestad de Dios le envíe uno de los primeros principes de la corte celestial á preguntarle si quiere consentir en el matrimonio de la naturaleza divina con la humana, que en su seno desea efectuar? ¡Ah! ¿Era preciso que para esto pidiese y esperase su consentimiento? Al modo que formó el cuerpo de la primera mujer, sacándola de una costilla del hombre, sin que este lo advirtiera, ¿nó podia hacer que la Virgen concibiese sin quererlo y aun sin advertirlo?

Lo podia; mas la infinita majestad del Escelso, no contenta con humillarse hasta nuestra humana naturaleza, quiso para ello requerir el consentimiento y como pedir licencia á su criatura. ¡Oh bondad! ¡Oh ejemplo de sumision maravillosa! ¿Nó bastaba, Señor, que hicieseis á María la honra de ele-

girla por vuestra madre? Exigis su consentimiento á fin de que siéndole libre, le sea meritoria la obra de vuestra misericordia infinita y de vuestra omnipotencia igualmente infinita. ¡Oh divina, inefable bondad! ¡Oh altísima honra! ¡Oh fortuna! ¡Oh gloria! ¡Oh mérito incomparable de la Doncella delicia de vuestros ojos! San Bernardino de Sena cree que mereció ella con solo este consentimiento de su voluntad mas que los hombres todos y todos los ángeles juntos con todo lo que hagan, digan ó piensen de mas santo en todos los días de su vida.

Parece que la Virgen no tenia necesidad de haber deliberado tanto para resolver sobre un negocio de tamaña importancia; oid sin embargo como le habla San Agustín; y San Bernardo, San Fulgencio, San Lorenzo Justiniano y otros muchos Padres le dirigen casi las mismas palabras animadas de sentimientos muy semejantes. «Responded, Virgen Santa, le dicen, dad vuestro consentimiento al ángel que os lo pide de parte de Dios, y que lo espera para llevárselo. Dad una respuesta favorable á la salud del género humano, que á vuestras plantas suspira embriagado con la hiel de su inmenso infortunio: decid una sola palabra; con una sola palabra podeis consolarle, ó Santísima Virgen, vos que sois la esperanza de todos los siglos: llegado es el tiempo: en vuestras manos está el consuelo de los afligidos: todos los ojos están vueltos y clavados en vos y os solicitan con sus lágrimas; misericordia se os pide de todos los ángulos del universo donde hay criaturas racionales, misericordia del limbo, de la tierra y hasta del cielo; á vos se clama con un mismo grito, se ruega con una misma vehemencia y se suspira con un mismo deseo; hablad, oráculo de salvación, responded á la demanda del embajador arcángel; dad el consentimiento que el cielo, la tierra, los ángeles y los hombres, las criaturas y el Criador os piden; decid una sola palabra y derramaréis por do quiera la salud y la alegría.

Mirad al Hijo único de Dios pronto á salir del seno de su Padre, esperando á la puerta de los cielos para entrar regocijado en vuestro seno virginal en el instante que hayais con-

sentido. Mirad á vuestro primer padre Adán, mirad á todos los Patriarcas de los siglos pasados y á los reyes que fueron vuestros abuelos, mirad á todos vuestros parientes, los hijos de nuestro primer padre que todos están desolados porque se les veda la entrada en el reino de la gloria, si vos no les abris la puerta con una respuesta favorable. Hablad pues, Virgen bendita, dad cuanto antes vuestro consentimiento al arcángel que está esperándolo para alegrarse con los ángeles y con los hombres; consentid en ser madre de Dios y á todos los haréis hijos de Dios.

¿Por qué os detenéis pensativa? ¿Reflexionais para deliberar, mientras todos los seres están suspensos esperando cuál será vuestra resolución? ¿Qué esperáis? ¿Qué teméis? ¿No habeis oído que no seréis madre sino por obra del Espíritu Santo, sin el mas leve menoscabo de vuestra virginal pureza? ¿Cómo teme la que ha hallado gracia delante del Señor? Decid una palabra, y Dios os dará su eterno Verbo, su único Hijo, de quien seréis amorosa madre.»

Consolaos, miseros mortales, desterrad la tristeza, enjugad vuestras lágrimas, saltad de gozo y embriagaos de alegría: derramad vuestros corazones cantando y repitiendo mil veces *Alleluja*: María ha dado su consentimiento, y vosotros tendréis un Salvador, tendréis un Hombre-Dios, tendréis todos la dicha de emparentaros con Dios que será vuestro hermano, tendréis la honra de ser sus hijos, y por fin tendréis la gloria de ser sus coherederos en el reino de su celestial Padre y poseedores de su gloria en la eternidad, y todo esto lo habeis adquirido por el consentimiento que acaba de dar María para ser madre de Dios. ¿Y con qué os manifestaremos, ó Madre, nuestra gratitud por lo infinito que os debemos? ¿Y nó pide rigurosa justicia que os seamos devotísimos por siempre y sin reserva, y que todo nuestro corazón y toda nuestra alma no viva, no aliente, no respire sino en vos y para vos?

Las palabras que dijo al ángel la Santísima Virgen fueron estas: *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum*: Hé aquí, Señor, vuestra humilde esclava, hágase en mí se-

gun vuestra palabra. Pronunciábalas arrodillada en tierra, con el corazón, las manos y los ojos levantados al cielo. ¡Oh respuesta maravillosa! ¡Oh poderosas palabras! ¡Oh profundidad de los misterios que encierran!

CAPÍTULO XIV.

Vé María un ángel que viene á saludarla de parte del soberano Monarca del universo, y la honra infinitamente llamándola llena de gracia, es decir, de belleza, de santidad y perfección hasta el punto de que enamorado el mismo Dios de su hermosura, quiere bajar á su seno y la elige por su madre, que es la mas alta dignidad á que le es dado levantarla; y ella desde tamaña altura se abisma en las profundidades de su humildad y responde al ángel: *Ecce ancilla Domini*: Yo no soy mas que una esclava del Señor. Quiso el soberbio querubín ser el primero en la casa de Dios semejante al Altísimo, y su ambición le hizo el último de los seres y el mas desemejante á Dios. La Santísima Virgen por el contrario responde á Gabriel que ella es la esclava, esto es, la última de la casa; y su humildad la eleva á ser la madre, es decir, la primera y tan semejante al Altísimo que la ha formado á su semejanza: *Merito facta est novissima prima, quæ cum prima esset, omnium se novissimam faciebat*, dice San Bernardo.

La Virgen añade luego: *Fiat*, que en nuestra boca significaría un deseo y una plegaria, pero en la suya parece que Dios haya querido que fuese una palabra de autoridad, de mandato, y de tan gran poderio que muchos Santos Padres,

sentido. Mirad á vuestro primer padre Adán, mirad á todos los Patriarcas de los siglos pasados y á los reyes que fueron vuestros abuelos, mirad á todos vuestros parientes, los hijos de nuestro primer padre que todos están desolados porque se les veda la entrada en el reino de la gloria, si vos no les abris la puerta con una respuesta favorable. Hablad pues, Virgen bendita, dad cuanto antes vuestro consentimiento al arcángel que está esperándolo para alegrarse con los ángeles y con los hombres; consentid en ser madre de Dios y á todos los haréis hijos de Dios.

¿Por qué os detenéis pensativa? ¿Reflexionais para deliberar, mientras todos los seres están suspensos esperando cuál será vuestra resolución? ¿Qué esperáis? ¿Qué teméis? ¿No habeis oído que no seréis madre sino por obra del Espíritu Santo, sin el mas leve menoscabo de vuestra virginal pureza? ¿Cómo teme la que ha hallado gracia delante del Señor? Decid una palabra, y Dios os dará su eterno Verbo, su único Hijo, de quien seréis amorosa madre.»

Consolaos, miseros mortales, desterrad la tristeza, enjugad vuestras lágrimas, saltad de gozo y embriagaos de alegría: derramad vuestros corazones cantando y repitiendo mil veces *Alleluja*: María ha dado su consentimiento, y vosotros tendréis un Salvador, tendréis un Hombre-Dios, tendréis todos la dicha de emparentaros con Dios que será vuestro hermano, tendréis la honra de ser sus hijos, y por fin tendréis la gloria de ser sus coherederos en el reino de su celestial Padre y poseedores de su gloria en la eternidad, y todo esto lo habeis adquirido por el consentimiento que acaba de dar María para ser madre de Dios. ¿Y con qué os manifestaremos, ó Madre, nuestra gratitud por lo infinito que os debemos? ¿Y nó pide rigurosa justicia que os seamos devotísimos por siempre y sin reserva, y que todo nuestro corazón y toda nuestra alma no viva, no aliente, no respire sino en vos y para vos?

Las palabras que dijo al ángel la Santísima Virgen fueron estas: *Ecce ancilla Domini; fiat mihi secundum verbum tuum*: Hé aquí, Señor, vuestra humilde esclava, hágase en mí se-

gun vuestra palabra. Pronunciábalas arrodillada en tierra, con el corazón, las manos y los ojos levantados al cielo. ¡Oh respuesta maravillosa! ¡Oh poderosas palabras! ¡Oh profundidad de los misterios que encierran!

CAPÍTULO XIV.

Vé María un ángel que viene á saludarla de parte del soberano Monarca del universo, y la honra infinitamente llamándola llena de gracia, es decir, de belleza, de santidad y perfección hasta el punto de que enamorado el mismo Dios de su hermosura, quiere bajar á su seno y la elige por su madre, que es la mas alta dignidad á que le es dado levantarla; y ella desde tamaña altura se abisma en las profundidades de su humildad y responde al ángel: *Ecce ancilla Domini*: Yo no soy mas que una esclava del Señor. Quiso el soberbio querubín ser el primero en la casa de Dios semejante al Altísimo, y su ambición le hizo el último de los seres y el mas desemejante á Dios. La Santísima Virgen por el contrario responde á Gabriel que ella es la esclava, esto es, la última de la casa; y su humildad la eleva á ser la madre, es decir, la primera y tan semejante al Altísimo que la ha formado á su semejanza: *Merito facta est novissima prima, quæ cum prima esset, omnium se novissimam faciebat*, dice San Bernardo.

La Virgen añade luego: *Fiat*, que en nuestra boca significaría un deseo y una plegaria, pero en la suya parece que Dios haya querido que fuese una palabra de autoridad, de mandato, y de tan gran poderío que muchos Santos Padres,

comparando el *Fiat* del Omnipotente en la creacion del mundo con el *Fiat* del misterio de la Encarnacion, opinan que este se ostentó mas poderoso que el otro, porque produjo efectos mas admirables.

1.º El *Fiat* de Dios solo dió el sér á las criaturas; y el de María dió el sér humano al mismo Dios: 2.º El de Dios sacó los mundos del seno de la nada; el de María al Hijo de Dios del seno de su eterno Padre: 3.º El de Dios nada añadió á su grandeza y perfecciones infinitas; el de María produjo en ella efectos maravillosos, pues en el instante que lo pronunció vióse hecha madre de Dios y enriquecida de las prerogativas consiguientes á tan escelsa dignidad: 4.º El de Dios le dió imperio sobre criaturas caducas; el de María le dió imperio sobre el mismo Dios, pues al pronunciar aquella poderosa palabra se hizo su madre y él se hizo su hijo, y por consecuencia su inferior temporalmente, habiendo ella adquirido derecho para mandarle.

¡Oh *Fiat* admirable! ¡Oh *Fiat* incomprendible! ¡Oh *Fiat* maravilloso de la Virgen madre! Tú pusiste atónita á toda la naturaleza, atropellaste sus leyes y violaste sus derechos con admirables privilegios y estupendos milagros. Una Virgen quedando virgen concibe en su seno un niño; forma por sí sola su cuerpo, que al punto se halla organizado y dispuesto á recibir el alma; es animado en el acto, y en el mismo instante aquella alma se vé llena de sabiduría, de gracia, y de todos los dones del cielo; en el mismo momento es dichosa por la clara vision de Dios, y en aquel mismo instante aquel alma y aquel cuerpo se unen á Dios, y la Santísima Virgen se halla en cinta de un hombre.

El gran San Dionisio Areopagita no temió estampar en su libro cuarto de los *Nombres divinos* estas palabras: *Audemus et illud pro veritate dicere, quod ipsemet Creator omnium extra se factus est.* Y para que no parezca demasiado que al mismo Dios hiciese entrar en éstasis el *Fiat* de una Doncella divinamente hechicero, el mismo Santo dá la razon y añade que fué obra de su amor: *Propter amatoriam suæ bonitatis magnitudinem.* ¡Pero qué amor! ¡Qué maravilla! ¡Qué otro

amor que el de María pudo hechizar y arrebatarse de tal suerte el corazón de su Dios! Con razon esclamaba San Bernardo: *O amoris vis! Quid violentius? Sic de Deo triumphat amor.*

El *Fiat* de la divina Madre hace un Dios salvador al Dios, que para con nosotros no tenia mas que el título de criador. Y aunque este ha sido siempre el mismo Dios, como criador se limitaba su omnipotencia á sacar criaturas de la nada; ahora como salvador hace mas, mucho mas, saca las almas inmortales de los abismos del pecado, y les dá un sér sobrenatural y divino con la gracia santificante, cuya mínima porcion vale mas que la natural existencia del universo. Antes no podía tener hermanos y ahora le envia su Padre, y la Santísima Virgen le recibe en sus entrañas para hacer hermanos suyos á todos los hombres: *Unicum ipsum, quem genuerat, mittit in mundum ut non esset unicus, sed fratres haberet adoptivos.* (August. tract. 2. in Jo.)

Mi Criador no hizo de mí sino una criatura; y si hubiese permanecido así, nunca llegaría al reino de la gloria, ni gozaría de mi Dios. Pero la Madre admirable con la divina fecundidad que ha recibido del Padre, me dá un Dios no solamente criador, sino tambien salvador; y él me dá un sér divino, me adopta por hijo de Dios y me confiere un derecho legítimo á la posesion de su eterno heredamiento. Vos, Padre celestial, me disteis un criador, sin él nada sería yo, y por lo mismo os debo amor ardiente, adoracion profunda. Pero vos, divina Madre, me habeis dado un Salvador, sin él era segura mi perdicion eterna, y por él me es dable esperar infinita misericordia, y por lo mismo os debo amor vehemente y devocion encendida.

Al dar esta Reina de misericordia su benigno consentimiento, viéronse vencidas y sobrepujadas todas las leyes de la naturaleza por las de la gracia, que en aquel momento obraba multitud de nuevos y asombrosos milagros. Una virgen es madre, un Dios es hombre; y un hombre es Dios: un eterno comienza á vivir, y un omnipotente es débil niño: no habla la eterna palabra: desaparecen todas las figuras del antiguo Testamento en presencia de una sola verdad; pero esta ver-

dad infinitamente esplendorosa y llena de gloria soberana está como en tinieblas y aun se ostenta menos que sus eclipsadas figuras : el sér de los séres parece anonadarse ; y por decirlo de una vez, se deifica en el seno de María nuestra abatida naturaleza, y la Esencia divina se reviste del toseco y doloroso sayo de los mortales. Hé aquí la consumacion de los mas altos misterios de la religion : hé aquí la ejecucion de los mas sublimes designios de Dios : hé aquí en suma la mayor maravilla de la gracia!...

¿Quién nos dirá ahora qué abundancia de gracias comunicó el Espíritu Santo á María para prepararla á ser madre del Hijo de Dios? Ni los ángeles ni los hombres juntos ; solo el Dios que cuenta el número de las estrellas, llamándolas á todas por su nombre. Y el atreverse á hablar de las espirituales riquezas de María, ¿no es lo mismo que pretender contar las gotas de agua, que contiene el inmensurable océano? En efecto, María es un mar espiritual de gracias, dice San Epifanio.

¿Qué idea ha de formarse de las riquezas espirituales, que son necesarias para ser digna madre de Dios? Si al Santo rey David parecía poquisimo haber acumulado montes de plata y oro para la construccion de un templo material, ¿qué deberémos pensar de los tesoros de la gracia, que Dios empleó en fabricar para sí mismo un templo vivo en la persona de la Virgen? Quiso fabricarse un palacio, que tanto superase en dignidad y perfeccion al templo que David ideaba, cuanto la verdad escede á la figura ; un palacio, en el cual Dios queria habitar personalmente por espacio de nueve meses, y lo que á todo esto sobrepaja, un palacio, que honrar queria igualmente que el seno de su Eterno Padre. Ahora bien, ¿quién, sino Dios, puede saber qué abundancia de riquezas de gracia fué menester para engalanar con magnificencia celestialmente suntuosa esta augusta morada de Dios? *Neque enim homini præparatur habitatio, sed Deo.*

No siendo ella rica por sí como el Eterno Padre, fué pre-

ciso que este la enriqueciese hasta igualarla en cierto modo consigo mismo, segun esta sentencia de San Bernardino de Sena : *Unde debuit elevari ad quandam cum Deo æqualitatem.* Y nadie repitiéndola tema ser eco de tan esclarecido Santo, pues tendrá la gloria de serlo del mismo Espíritu divino que se la habia dictado. Ni cabe en esto recelo de exageracion ó inexactitud, que fuera grave yerro en materias tan altas y delicadas, porque ningun cristiano se figura que haya perfecta igualdad entre Dios y la Virgen, y escribiendo San Bernardino que esta debió ser elevada por la gracia á cierta especie de igualdad con Dios para producir dignamente á su único Hijo, estuvo muy lejos de decir : *Ad perfectam cum Deo æqualitatem* : lo que hubiera sido una impiedad ; sino solamente : *Ad quandam cum Deo æqualitatem* ; modificacion que conserva el honor supremo de Dios en su incomparable grandeza, y ensalza la gloria de María al mayor grado posible de elevacion.

Síguese de este razonamiento de San Bernardino que recibió ella sola mas gracias que todo el resto de las criaturas juntas, mas que los nueve coros de los ángeles, mas que todos los Santos del cielo y de la tierra, y mas que todos los que existan hasta la consumacion de los siglos, y que ella sola es mas rica que todo el cielo junto, porque juntas todas las gracias de los ángeles y de los hombres no alcanzarían á darles esa especie de igualdad con Dios, que les hiciese capaces de producir á su único Hijo. Esto significa una especie de inmensidad de gracias inconcebible á nuestro entendimiento ; pero á quien de ello se maravilláre, se le podría preguntar : ¿te parece demasiado para una madre de Dios? Tener tal madre ¿será demasiada honra para el divino Verbo? Y el Padre Eterno enriqueciéndola con tan inmenso cúmulo de gracias, ¿le dá con ellas mas que con haberle dado á su único Hijo? ¿Quién le ha dado lo mas, nó le dará lo menos? Merece pues la Madre del Altísimo mas honra y homenaje que todos los Santos juntos, pues el Señor la ha honrado mucho mas que á todo el resto de sus criaturas. Estamos obligados á imitarle en honrarla, alabarla y respetarla mas que á todo el conjunto de los Santos. Tales son los sentimientos, tal es

la enseñanza, tal es la práctica constante é invariable de nuestra madre la santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana.

Para ayudar á nuestro flaco entendimiento á llevar el peso de las grandes verdades de que vamos á hablar, asentaremos ciertos principios, cuyas consecuencias son innegables. El primero es que habiendo sido la Santísima Virgen elegida por Dios con preferencia á todas las demás criaturas para ser su propia madre, sin duda le fué mas grata que todas las demás; y siendo la gracia la que nos hace aceptos á la Divinidad, debió ella haber recibido mas gracias que todas las otras criaturas. Pero como no hay hombre de mediano juicio que fácilmente no crea que Dios habrá dado á su Madre, cuando menos, la misma porcion de gracia que al primero de sus siervos; supongamos que la Señora no haya recibido al principio mas que una gracia igual á la de los primeros serafines.

El segundo principio que debemos tener por infalible, es que aumentó aquella primera gracia que recibiera, pues siendo viadora estaba obligada á correr por el camino de la perfeccion; y con cuánta velocidad lo haya hecho, puede verse en los innumerables panegíricos con que á porfia la han ensalzado los Santos Padres.

El tercer principio es que los hábitos de las virtudes, y en especial el de la caridad, se aumentan siempre con los actos: axioma célebre en todas las escuelas, recibido por todo el mundo y confirmado por la esperiencia.

En fin, establezco por cuarto y último principio que el aumento que los hábitos de las virtudes reciben de los actos, es mas ó menos considerable segun los actos son mas ó menos perfectos, de suerte que un alma que haga un acto de amor de Dios con toda la fuerza y estension del hábito que tenga de esta virtud, duplicará en su corazon la caridad y la gracia santificante.

Apliquemos ahora estos cuatro principios á la Santísima Virgen. 1.º Recibió desde su concepcion una gracia por lo menos igual á la del primer serafin. 2.º Jamás la tuvo ociosa, aumentándola continuamente hasta el último instante de su vida. 3.º La perfeccionó á proporcion de la intensidad y fuerza

de los actos de su amor divino. 4.º Jamás fué negligente ni tibia en su aplicacion á Dios, obrando siempre con toda la estension de su gracia, y con toda la eficacia de su amor, pues de lo contrario la que fué ensalzada á la dignidad de madre de Dios, y obligada á ser la mas perfecta de las criaturas, se hubiera hecho culpable de una imperfeccion que difícilmente se escusa en un cristiano.

Partiendo de estos fundamentos, con suponer que con la repeticion de sus actos de amor divino duplicaba María el capital de su gracia, tan solo cada hora, resulta aumentado en poquísimos dias de un modo incomprendible al entendimiento humano, como es muy fácil manifestarlo con demostracion matemática, y como lo han hecho varios de sus encomiadores. ¿Pues qué seria en meses? ¿Qué en años? ¿Qué en toda su vida? Esta duplicacion incesante del tesoro de su gracia, continuamente duplicado, es tan inconcebible por su inmensa grandeza que solo Dios es capaz de conocer su estension inmensurable; no debe empero causarnos mucha estrañeza tan maravillosa infinidad de gracias, si no olvidamos que por inmenso que sea este cúmulo de gracia, lo exige la dignidad de madre del Altísimo.

Leed á San Buenaventura, y os dirá que todas juntas las gracias de los otros Santos son con respecto á las gracias de la Santísima Virgen, lo que es un rio respecto del mar, y que así como este vá á perderse en aquel abismo, donde no parece mas que un hilo de agua en medio de aquel inconmensurable elemento, así todas las gracias de los Santos no son mas que gotas de agua comparadas al océano de sus gracias: *Omnia flumina intrant in mare dum omnia charismata gratiarum intrant in Mariam.* (Bonavent. in Specul. B. V.) San Epifanio atestigua que su gracia es inmensa: *Gratia Mariæ beatæ Virginis est inmensa.* (Epiph. de laud. Virgin.) San Juan Damasceno reconoce una diferencia infinita entre las gracias de la Madre de Dios y las de todos los Santos: *Matris Dei, et servorum Dei infinitum est discrimen.* Unánime es acerca de esto el dictámen de todos los doctores de la Iglesia.

CAPÍTULO XV.

La impiedad de Nestorio, el cual negaba que María fuese madre de Dios, quedó para siempre confundida con este raciocinio tan breve como sencillo y claro mas que la luz del mediodía: nuestro Señor Jesucristo es Dios, María es su madre, luego María es madre de Dios. Pero la divina Providencia quiso que la Señora triunfase de un modo magnífico y brillante. Reunida toda la Iglesia Católica en el célebre concilio general de Efeso, compuesto de doscientos Padres, iluminados por el Espíritu Santo, la proclamó Madre de Dios, declarando hereje y anatematizando como á tal á cualquiera que se atreviese á negarlo: *Sancta Maria Deipara scribatur: qui non sic sapit, hæreticus est nestorianus: mitte foras*: Este fué el grito universal del concilio; y Nestorio herido con el anatema de la excomunion, depuesto del obispado, degradado y arrojado, cubierto de maldicion y de oprobio, al espantoso desierto de Oasis, comenzó á padecer las penas del infierno por el diluvio de los males y miserias que le oprimieron, hasta pudrirsele aquella maldita lengua blasfemadora, que en su propia boca devoraron gusanos en venganza visible y milagroso castigo de las injurias proferidas contra la Madre de Dios.

Bellísimo era el espectáculo que ofrecia toda la ciudad de Efeso, mientras los Padres del concilio deliberaban sobre la causa de la Reina del cielo: celoso de su gloria estaba todo el pueblo en oracion, pidiendo al Dios de las justicias que protegiera la causa de su Madre; y en el momento que se esparció la feliz nueva de que habia sido declarada verdadera madre de Dios, y que así debian llamarla todos los cristianos,

retumbaron los aires con gritos de alegría, se iluminaron todas las calles y ardieron con festivos fuegos, en tanto que los ciudadanos corrian con incensarios en la mano á recibir á los Padres del concilio á las puertas del templo, á congratularse con ellos y darles gracias por el solemne triunfo de María, acompañándolos con santa y jubilosa algazara á cantar el magnífico himno de gracias, con que la Iglesia se muestra agradecida al Todopoderoso siempre que este la corona del suspirado laurel de la victoria.

Para que el triunfo de María fuese perpétuo en los siglos, y universal en toda la redondez de la tierra, los Padres del concilio añadieron al *Ave Maria* estas palabras, que todos los dias debemos repetir con indecible consuelo de nuestras almas: *Sancta Maria, Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus nunc et in hora mortis nostræ. Amen.* Santa María, madre de Dios, ruega, etc.

En esta oracion es llamada madre de Dios é invocada bajo este mismo titulo infinitas veces cada dia por millones de cristianos de toda edad y sexo, y lo será hasta el fin de los siglos, siendo este el fruto que sacó el heresiarca Nestorio de sus necias invectivas contra la Madre de nuestro Redentor.

Vanos son los esfuerzos de todos sus enemigos por menoscabar su gloria y disminuir su devocion. Esta se aumenta siempre que es combatida, se robustece siempre que se trabaja por enflaquecerla, se dilata siempre que se intenta estrecharla; y donde quiera que el Hijo tiene verdaderos adoradores, no faltan á la Madre fervorosos devotos que se dejarían arrancar el corazon antes que permitir que se les despojase del inefable tesoro de su amor, de esa devocion, fuente de purísimos consuelos, égida salvadora, rio de gracias innumerables, y prenda segurísima de bienaventuranza eterna.

María por su divina maternidad participa realmente de la misma gloria de Dios Padre en lo que mas le honra, porque

ella puede decir al mismo Hijo de Dios Padre : *Ego hodie genui te* : Yo te he producido de mi sustancia. No es por cierto la mas alta gloria de Dios ser autor y rey del universo; aunque hubiese creado cien millones de mundos, menos glorioso le seria que el producir un Hijo omnipotente y eterno. Lo mismo ha de decirse de la Santisima Virgen : aunque hubiese creado cien millones de mundos mas bellos y magnificos que este universo, no tendria por ello tanta gloria como por haber producido un hijo que es verdadero Dios.

Añádese á esto otra maravilla, que admirablemente realza sus grandezas. Asi como Dios Padre no puede ser el padre de su único Hijo sin que sea al mismo tiempo el principio del Espiritu Santo, y no puede ser el principio de esta tercer Persona divina, sino en union de su único Hijo, mas claro, como el Espiritu Santo procede del Padre y del Hijo, resulta de esta procedencia que llevando la Santisima Virgen en sus entrañas al Hijo, lleva en ellas el principio del Espiritu Santo. Puede decir con toda verdad : El que yo produzco en mi seno de mi sustancia, produce al Espiritu Santo de su propia sustancia divina. No soy madre del Espiritu Santo, pero soy madre del que es principio del Espiritu Santo. ¡Ah! ¿Quién duda que este sublime parentesco me dá derecho para poseerle de una manera, que no le ha poseido ni le poseerá nunca ninguna otra criatura? ¿En vano me dijo el ángel saludándome como á madre de Dios : *Spiritus Sanctus superveniet in te*, vendrá á tí el Espiritu Santo juntamente con tu Hijo?

Un autor ingenioso observa que Dios hubiese honrado á María, haciéndola madre de un personaje ilustre, y mucho mas si la hubiese hecho madre de un príncipe, de un rey ó de un emperador, y aun mas, mucho mas dándole por hijo á un ángel, todavía mas, dándole por hijo á un arcángel, y muchísimo mas, dándole por hijo al primer serafín : todas las madres del mundo la habrian contemplado con admiracion como sumamente encumbrada sobre ellas. ¿Pero qué viene á ser todo esto comparado con la inefable dignidad de madre de Dios? Cuanto el mismo Dios se eleva sobre los monarcas

del mundo y los ángeles del cielo, es decir infinitamente, otro tanto se eleva la Santisima Virgen sobre todas las madres; y aun cuando fuese madre de todos los reyes que han reinado y reinarán en el mundo, y al mismo tiempo de todos los ángeles del cielo, esta muchedumbre de maternidades, aunque parezca que siendo cada una de por si honorífica, y hallándose todas reunidas en una sola persona, le habian de dar una especie de inmensidad de gloria; sin embargo, serian en realidad muy poca cosa en comparacion de la augusta gloria de ser madre del Hijo de Dios.

Así la Escritura resume todas las alabanzas de María en estas breves palabras : *Maria, de qua natus est Jesus, qui vocatur Christus* : Es la madre de Jesus, es la madre de Dios. Por mas esfuerzos que haga la elocuencia de los hombres no dirá nada mas grandioso ni sublime acerca de las altísimas escelencias y dignidad de esta Reina del universo. San Anselmo espresó enérgicamente la elevacion de este insondable pensamiento en tan corta cláusula : *Mira res! in sublime contempler Mariam creatam : omnis natura est à Deo orta, et omnis natura Dei ex Virgine.*

Las tres Personas de la augusta Trinidad han contribuido á dar á María el glorioso titulo de Madre de Dios. El Padre la ha hecho partícipe de su paternidad, el Hijo le ha dado su propia persona, el Espiritu Santo al tomarla por esposa le ha comunicado su divina fecundidad. Veamos y admirémos ahora como ella manifiesta su encendida gratitud á cada una de estas Personas divinas.

Al Padre eterno le dá por vasallo y siervo á su mismo Hijo eterno y omnipotente como él, infinito y sabio igualmente que él. ¿Pues qué mayor grandeza podemos imaginar en Dios que el tener soberano imperio sobre un Dios, que en todo le es igual? Antes de que María le hiciese hombre en sus purísimas entrañas era el eterno Verbo en todo igual al Padre; pero desde su encarnacion le es inferior en cuanto hombre y por consiguiente le debe la sumision y obediencia, que no le debia cuando solo era su igual. Sin embargo, este nuevo súbdito que dá al Padre la Virgen de Nazaret, es al

mismo tiempo un Dios, y es un hombre inseparable de la Divinidad; por lo cual arrebató de asombro el imperio, que por María alcanza el Eterno Padre sobre la adorable persona de nuestro Salvador.

En cuanto al Verbo divino, le dá en la encarnacion un nuevo sér que no tenia antes de ella. Ni se diga que lejos de honrarle con semejante dádiva, mas bien le humilla y abate. Así sería si él no levantase su humanidad santísima hasta la gloria de su divinidad, uniéndola íntima é indisolublemente con esta, para obrar por medio de ella los mayores prodigios de su omnipotencia y de su amor infinito. ¿Nó se inmoló por ella para reparar la injuria, que hizo el pecado de los hombres á su divino Padre? ¿Nó fué ella quien en todo rigor satisfizo á la irritada justicia del Eterno? Sin su adorable humanidad ¿cómo hubiera libertado al género humano de la tiranía de los demonios? María fué quien le puso en estado de padecer y morir por la gloria de su Padre.

Ella quien para provecho nuestro le hizo capaz de merecer: ella quien de infinitamente rico le hizo pobre por nuestro amor, para que siendo capaz de ser enriquecido, nos hiciese partícipes de las riquezas adquiridas con su pobreza, como dice el Apóstol.

María le puso en estado de glorificar á su Padre exteriormente ó fuera de la Divinidad. El Padre es el principio de toda la gloria interior y esencial del Hijo, y el Hijo hecho hombre es recíprocamente el principio de toda la gloria exterior y accidental del Padre, siendo imposible que criatura alguna le agrade y le tribute honor y gloria, sino por Jesucristo Salvador del mundo. El mismo nos lo declaró en el Evangelio diciendo: «Nadie tiene entrada con mi Padre sino por mí.»

En cuanto al Espíritu Santo, es cierto que recibe ella de él por su divina operacion la fecundidad necesaria para concebir una Persona divina; pero tambien lo es que por ella recibe el Espíritu Santo la misma divina fecundidad para producir la misma Persona divina. Él es estéril en la Divinidad, y es de las tres Personas divinas la única que no pro-

duce á otra; pero es tan fecundo por la Santísima Virgen, fuera de la adorable Trinidad, que concurre realmente con ella á la produccion de una Persona divina que es el Verbo encarnado, aunque sea de diverso modo que la Virgen, porque él contribuye con su virtud espiritual y divina, y ella dando realmente su humana sustancia y una porcion preciosa de su carne.

Además, es indudable que el Espíritu Santo haciendo que María sea Madre del Verbo encarnado le dá autoridad y legitima jurisdiccion sobre su Dios en cuanto es su hijo, pero tambien es positivo que María dá al Espíritu Santo cierta autoridad sobre el mismo Hijo, que no tenia en su Divinidad. Ni se entienda que esta es solo una autoridad de origen, siendo el principio de su sér humano, y no habiéndole producido su divina Madre sino por obra del Espíritu Santo: es tambien una autoridad de poder y jurisdiccion, y por tanto tiene derecho de mandarle á predicar el Evangelio á los pobres, como él mismo nos lo hace saber por San Lucas: *Spiritus Domini super me evangelizare pauperibus missit me.* (Luc. 4. v. 18).

Hé aqui como la Virgen-madre retribuye y glorifica á las tres Personas de la adorable Trinidad, por lo infinito que la ensalzan con la inmarcesible lauréola de madre de Dios. Empero si algun tanto mas nos engolfamos en la consideracion de sus grandezas, hallaremos que todos los resplandores de su gloria reflejan sobre nosotros, colmándonos de tanto honor, tanto consuelo, tanta felicidad y abundancia de celestiales bendiciones, que pasma el ver como todos los hombres no tenemos para con ella los mas ardorosos sentimientos de gratitud y respeto, de ternura y amor.

En efecto, ¿qué ha recibido la Virgen-madre que no sea para nosotros? Si el Eterno Padre le comunica su paternidad divina para que sea madre del mismo Hijo, ¿nó es para darnosle á nosotros? ¡Pero ah! ¡De cuánto precio no es esta dádiva! Darnos á un Dios-hombre, ¿nó es mas que cuanto el Hacedor nos dió en la creacion del mundo, y mas que cuanto pueda darnos con toda su creadora omnipotencia?

Porque todo esto vale sin duda mucho menos que el Hombre-Dios, que de ella hemos recibido. Y nuestros corazones deberian derretirse de amor y de ternura al considerar que á cada uno de nosotros nos le dá muy particularmente; y á la verdad, ¿cuántas veces nó le recibimos en la santísima Comunión? ¿Gozariamos de esa inefable delicia, de ese bien sobrehumano, de ese manjar de los santos, si María no le hubiese dado el cuerpo y sangre con que sácia nuestra sed y nuestra hambre cuantas veces queremos? Aun cuando fuera este el único bien, que debiésemos á la pródiga munificencia de la Reina del cielo, ¿qué tesoros de gratitud bastarian para corresponder á tamaño beneficio?

Aun hay mas. Si el Hijo le dá su propia persona ¿á qué fin la recibe ella sino para dárnosla á nosotros? Si ella le viste de un cuerpo humano, que forma de su propia sustancia; si le hace capaz de padecer y de morir, de merecer y saber por esperiencia propia la amargura de la tribulación y la agudeza del dolor, ¿todo esto nó se hizo por nosotros? ¡Oh Madre de misericordia! ¿Cómo será posible comprender cuanto os debe el humano linaje por haberle dado un Salvador tan piadoso, cuya carne es carne vuestra, cuya sangre es sangre vuestra? A mi en particular me le dais, y ¡oh qué de veces regalais mi paladar y corazon mezquino con ese pan eucarístico formado en vuestras dulces entrañas! ¿Pero adonde está mi gratitud?

¿Para quién, finalmente, es el fruto bendito de esa divina y prodigiosa fecundidad, que le comunica el Espíritu Santo? ¿Nó es para nosotros? La Iglesia Católica canta en el simbolo de la fe con júbilo universal de sus verdaderos hijos: *Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cælis et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine*. Sí, por nosotros los hombres y por nuestra salud bajó de los cielos y se encarnó por obra del Espíritu Santo en el seno de María: sí, por nosotros hombres pecadores y pequeñísimos gusanos de la tierra concibió María al Verbo eterno: por nosotros le vistió de una carne mortal: por nosotros le dió á luz en un establo, y nos le dió á nosotros. ¡Ah, si

llegásemos á entender la magnitud de los beneficios que nos ha dispensado la Madre del divino Jesus, nuestros corazones se desharian consumidos con la suavísima llama de su amor como la blanda cera con el fuego!

CAPÍTULO XVI.

Exurgens Maria. No solo se levantó María para caminar sobre la tierra, sino que se elevó en espíritu sobre sí misma para volar á los cielos y entrar en los consejos divinos acerca del inefable misterio de la Encarnación obrado en su castísimo seno, cuyos infinitos arcanos es indudable que penetrase estando llena del Verbo, que encierra los tesoros de la sabiduría de Dios. Sabia por tanto que el primer designio de su encarnación, según después nos lo enseñaron los teólogos, era destruir al monstruo del pecado original, que infectaba la humana naturaleza. Levántase pues á poner en ejecución tan grandioso designio, y llevando escondido en sus entrañas el remedio del mundo, váse á aplicarlo al niño Juan Bautista.

¡Oh misterio! ¡cuántas maravillas nos descubre el encuentro de Jesus y Juan! Ambos niños, ambos encerrados en el seno de sus madres; pero el uno en el gremio de una madre vieja y estéril, la cual es imagen de la ley antigua que no producía la gracia, sino la prometía y aguardaba; el otro en el de una madre joven y virgen; pero fecunda, que es imagen de la nueva ley fecunda en santidad, y rica y abundantísima en gracias. La joven vá en busca de la anciana, porque la verdad sale al encuentro de la figura, el don viene

Porque todo esto vale sin duda mucho menos que el Hombre-Dios, que de ella hemos recibido. Y nuestros corazones deberian derretirse de amor y de ternura al considerar que á cada uno de nosotros nos le dá muy particularmente; y á la verdad, ¿cuántas veces nó le recibimos en la santísima Comunión? ¿Gozariamos de esa inefable delicia, de ese bien sobrehumano, de ese manjar de los santos, si Maria no le hubiese dado el cuerpo y sangre con que sácia nuestra sed y nuestra hambre cuantas veces queremos? Aun cuando fuera este el único bien, que debiésemos á la pródiga munificencia de la Reina del cielo, ¿qué tesoros de gratitud bastarian para corresponder á tamaño beneficio?

Aun hay mas. Si el Hijo le dá su propia persona ¿á qué fin la recibe ella sino para dárnosla á nosotros? Si ella le viste de un cuerpo humano, que forma de su propia sustancia; si le hace capaz de padecer y de morir, de merecer y saber por esperiencia propia la amargura de la tribulación y la agudeza del dolor, ¿todo esto nó se hizo por nosotros? ¡Oh Madre de misericordia! ¿Cómo será posible comprender cuanto os debe el humano linaje por haberle dado un Salvador tan piadoso, cuya carne es carne vuestra, cuya sangre es sangre vuestra? A mi en particular me le dais, y ¡oh qué de veces regalais mi paladar y corazon mezquino con ese pan eucarístico formado en vuestras dulces entrañas! ¿Pero adonde está mi gratitud?

¿Para quién, finalmente, es el fruto bendito de esa divina y prodigiosa fecundidad, que le comunica el Espiritu Santo? ¿Nó es para nosotros? La Iglesia Católica canta en el simbolo de la fe con júbilo universal de sus verdaderos hijos: *Propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cælis et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine*. Sí, por nosotros los hombres y por nuestra salud bajó de los cielos y se encarnó por obra del Espiritu Santo en el seno de Maria: sí, por nosotros hombres pecadores y pequeñísimos gusanos de la tierra concibió Maria al Verbo eterno: por nosotros le vistió de una carne mortal: por nosotros le dió á luz en un establo, y nos le dió á nosotros. ¡Ah, si

llegásemos á entender la magnitud de los beneficios que nos ha dispensado la Madre del divino Jesus, nuestros corazones se desharian consumidos con la suavísima llama de su amor como la blanda cera con el fuego!

CAPÍTULO XVI.

Exurgens Maria. No solo se levantó Maria para caminar sobre la tierra, sino que se elevó en espíritu sobre sí misma para volar á los cielos y entrar en los consejos divinos acerca del inefable misterio de la Encarnación obrado en su castísimo seno, cuyos infinitos arcanos es indudable que penetrase estando llena del Verbo, que encierra los tesoros de la sabiduría de Dios. Sabia por tanto que el primer designio de su encarnación, segun despues nos lo enseñaron los teólogos, era destruir al mónstruo del pecado original, que infectaba la humana naturaleza. Levántase pues á poner en ejecución tan grandioso designio, y llevando escondido en sus entrañas el remedio del mundo, váse á aplicarlo al niño Juan Bautista.

¡Oh misterio! ¡cuántas maravillas nos descubre el encuentro de Jesus y Juan! Ambos niños, ambos encerrados en el seno de sus madres; pero el uno en el gremio de una madre vieja y estéril, la cual es imágen de la ley antigua que no producía la gracia, sino la prometía y aguardaba; el otro en el de una madre jóven y virgen; pero fecunda, que es imágen de la nueva ley fecunda en santidad, y rica y abundantísima en gracias. La jóven vá en busca de la anciana, porque la verdad sale al encuentro de la figura, el don viene

á unirse á las promesas, y las riquezas de la gracia del segundo Adán se derraman sobre las miserias del primero, y la Santísima Virgen sabedora de esta primera intencion del encarnado Verbo, se levanta con la mayor premura á poner por obra tan misericordioso designio.

No ignoraba que el divino Verbo al salir del seno de su Padre trayendo al mundo el fuego de su amor, se habia escondido en sus virginales entrañas para que ella fuese la primera que transformase en una caridad pura y divina segun le enérgica frase de San Buenaventura: pero á la manera que el fuego material no sufre estar encerrado, y si queremos represarlo, se abre paso, rompiendo cuanto le sirve de cárcel y hasta montes y rocas despedazaria antes que perder su nativa libertad; así el fuego de la caridad no sufriendo estar encerrado en la prision del endiosado seno de Maria, la hace dejar su casa y correr á la montaña: *Exurgens abiit in montana cum festinatione*, la encamina presurosa á convertir en volcan de fuego santo la casa de su prima Isabel.

Habiale dicho el ángel de la anunciacion que el Espiritu Santo sobrevendria en ella: *Spiritus Sanctus superveniet in te*. Estaba pues llena del Verbo divino igualmente que del Espiritu Santo, con la diferencia de que al Verbo le tenia como encadenado con los lazos de su virginal carne, que le hacian esperar nueve meses para salir y descubrirse al mundo; pero no estando de esa suerte el Espiritu Santo, impúlsala impetuosamente á llevarle á casa de Isabel para derramarse en el alma del niño Juan Bautista. En efecto, este se vió repentinamente lleno del Espiritu Santo hallándose todavia en el seno de su madre, como nos lo dice la Escritura: *Spiritu Sancto replebitur adhuc in utero matris suæ*. (Luc. 2. v. 15).

Abiit in montana. Sin detenernos en el sentido literal de la historia, ¿quién nó descubre el misterio escondido bajo el simbolo de aquellas montañas? Encaminase á ellas en el momento que es hecha madre del Salvador, y como la redencion se ha de consumir sobre un monte, llevando consigo al verdadero Isaac que ha de ser la victima del sacrificio, para ir

á la ciudad de Hebron donde está la casa de Zacarias, pasa por Jerusalén y sube al Calvario, anticipando la dolorosa oblation del fruto de sus entrañas, porque sabe que él quiere anticipar á su querido precursor el beneficio de la redencion.

¿Nó es muy natural que pasando por los montes que á Jerusalén circundan, subiese al del Calvario? ¿Y qué pensais considerando sobre aquel monte á Maria en cinta del Salvador? ¿Nó veis la primera cruz en que quiso inmolarse á los ojos de su Padre á fin de rescatar anticipadamente al que en calidad de precursor habia de ir delante y mostrarle con el dedo como á Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo? Aquí pues comienza el triunfo de Jesucristo sobre el pecado y sobre el demonio, que desde el principio habiase lisonjeado de afirmar su victoria sobre el monte del Testamento: *Sedebo in monte Testamenti*. (Is. 14, v. 15).

Cum festinatione: caminó con mucha prisa, porque nada es capaz de detener á un alma que se deja llevar por su Dios adonde quiera la impela con los movimientos de su gracia, pues la gracia del Espiritu Santo no sabe lo que es tardanza.

Anduvo presurosamente, porque no queria cansarse, pues nada cansa mas en los caminos de Dios que el andar con lentitud, y por el contrario, no hay cosa que dé mas agilidad que correr con el mayor esfuerzo. Maria corre afanosa, porque debe seguir las huellas del divino Gigante de la eternidad, que ha emprendido su carrera desde lo mas alto de los cielos para venir á socorrernos en nuestras miserias, y viajando dentro de sus entrañas, hacerla caminar á su paso de gigante. ¡Oh cuán feliz es el alma que verdaderamente lleva á Dios en su corazon, pues tambien él la lleva dentro de su corazon, por lo cual ella no se fatiga caminando á su paso de gigante, y siguiéndole do quiera que la arrebaté con sus santas inspiraciones y con el impetu de su amor!

¡Oh Dios! ¡cuán dulce y cuán suave es la voz de la Santísima Virgen! ¡Mas plácida y melodiosa que la angélica armonía de los cielos! ¡Cuán sublime es el tono de su cántico!

¡Sin duda es mas elevado que el de los serafines! Le oi en el silencio de mi oracion como un cántico de alabanza, de triunfo y de alegría; de alabanza por los inestimables beneficios de que el Señor la ha colmado, de triunfo por su victoria sobre la culpa y el demonio; de alegría por la que sintió viendo la abundancia de celestiales bendiciones derramadas en casa de Zacarías.

Este es el cántico de los cánticos. Por aventajarse á todos los demás se llamó así el que Salomon compuso, bosquejando en la persona de Sunamitis la amorosa ternura de María. Pero el de esta Señora se aventaja á todos los otros cánticos, pues si se considera la persona que lo canta, no es un profeta, ni un patriarca, ni un apóstol, sino la Madre de Dios, por sí sola mas noble que todos los principes y pontífices, mas noble que todos los ángeles y santos. ¡Oír cantar á la que lleva en su seno la eterna Sabiduría! ¡Qué dicha! ¡Qué embeleso! ¡Qué majestad! ¡Qué asombro!

Así principia la Madre de Dios su cántico: *Magnificat anima mea Dominum*. El alma mia canta de lo profundo de su corazon transportada de júbilo y amor, magnifica al Señor el alma mia. ¿Querrá decir que su alma añade algo á la grandeza divina? No por cierto, sino que de ella hace un aprecio infinito, pues el apreciar en gran manera una cosa es magnificarla. Declara que estima y ama tanto á su Dios, que es nada para ella todo lo demás, y por consiguiente solo él merece toda su estimacion y amor. De aquí aquel perfecto desprendimiento de las criaturas para no apegarse mas que á su Dios; de aquí aquel solemne desprecio del mundo, de aquí su profunda humildad que entre todas las criaturas la hizo la mas digna de encumbrarse á la dignidad de madre de Dios. ¡Oh cómo volaria por el camino de la perfeccion un alma, que se empapára en esta sublime filosofia!

Figurémonos que amorosamente nos convida á unirnos con ella: *Magnificate Dominum mecum*; entrad en mis sentimientos, devotos míos, amigos míos, hijos míos; formemos un solo corazon y una sola alma para magnificar al Señor. ¿Y nó corresponderémos á tan amorosa invitacion? Al menos, cuan-

do oigamos ó recemos alguna vez el *Magnificat*, unámonos en espíritu con ella á cantar la gloria de Dios.

El exultavit Spiritus meus in Deo salutari meo. Mi espíritu se sintió dulcemente enajenado con la alegría, que gustaba en Dios mi Salvador. Esta enfática palabra *Exultavit* no solo significa una suma alegría; Alberto el grande dice que espresa un transporte de espíritu, una palpacion de corazon y cierto ímpetu y superabundancia de alegría que no pudiendo contener su exaltacion vehemente, se derrama por fuera. Solo en la meditacion nos será dado columbrar algo del inefable gozo de María.

Quia respexit humilitatem ancillæ suæ: porque vió la humildad de su sierva. Bien puede gloriarse la Reina de los ángeles de que con esta virtud enamoró los ojos de su Dios y le robó el corazon. El abismo de su humildad le atrajo el abismo de su infinita majestad, y dilatando su corazon esta incomprendible maravilla, hacia la esclamar con regocijo inmenso: *Respexit humilitatem ancillæ suæ*.

Conociendo que su júbilo vendria á ser con el tiempo el de toda la tierra, porque llevaba en su seno la suprema felicidad de los mortales, añadió las siguientes palabras: *Ecce enim ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. Por esto me llamarán dichosa todas las generaciones. Leemos en San Bernardo que todas las criaturas racionales tienen en ella fijas sus miradas, honrándola con el glorioso renombre de bienaventurada: las del cielo la bendicen y la miran como á reparadora de la ruina de los ángeles rebeldes; las del purgatorio le tienden las manos, invocándola como á poderosa medianera, en cuya intercesion hay suficiente eficacia para romper sus cadenas: á ella recurren las de este valle de lágrimas como á la caritativa abogada, que ha de reconciliarlas con el Juez divino: así la honran é invocan el cielo, la tierra y el purgatorio. Solo el infierno la aborrece, y moradores de aquella region de tinieblas deben ser todos los enemigos públicos ó secretos de esta Madre admirable, porque en todos tiempos se ha dicho que una de las mas visibles señales de reprobacion es el no serle devoto.

Fecit mihi magna qui potens est: El Omnipotente hizo en mí grandes cosas. No fué admirable hazaña de la divina omnipotencia construir el mundo con una sola palabra, pudiendo sacar de la nada otros muchos mejores; pero el Altísimo ha hecho, en sentir del Angel de las escuelas, tres cosas tan grandes que agotan toda la fuerza de su omnipotente brazo, de manera que no le es posible hacerlas mas nobles ni grandiosas, á saber, un Hombre-Dios, una madre de Dios y un bienaventurado que en la tierra ya goza de la vision de Dios. En la Santísima Virgen ostenta al mismo tiempo estas tres maravillas: el Hijo de Dios se hace hombre en su purísimo seno, ella es constituida madre verdadera de Dios, y en el mismo instante este Hombre-Dios entra á gozar de la vision divina.

¡Silencio, ángeles santos! Admirad, ó cielos, escuchad, ó mortales, á la Reina de los profetas, cómo esclama en el éxtasi de su gratitud: *Fecit mihi magna qui potens est*. El Dios omnipotente que adoro, ha obrado en mí todo lo que puede hacer de mas grande fuera de si mismo. Vedla como es tan verdadera madre de Dios como el Eterno Padre es padre de aquel mismo Dios; y así como tener tal hijo es infinita gloria del Padre, admirad y contemplad sin alcanzar á comprenderla cuál será su gloria por ser madre de aquel mismo Hijo: contemplad y admirad á la Soberana no solo de las criaturas, sino del mismo Criador, que haciéndose hijo suyo se hace inferior suyo; contempladla como primer paraíso, como que en sus adorables entrañas la primer alma racional, que es la de su Hijo, comienza á ver claramente la Esencia divina, y ella es por tanto el paraíso de Dios. ¡Oh Madre admirable! ¡Oh indecible grandeza! ¡Oh compendio de las mayores maravillas divinas! ¡Oh centro de perfecciones! ¡Oh prodigio! ¡Oh prodigio!

Et misericordia ejus à progenie in progenies. Y su misericordia de generacion en generacion. María publica nuestra felicidad despues de haber cantado la suya: vé con tanta alegría como admiracion que la misericordia de su Hijo no está encerrada en su seno, sino para derramarse largamente de

generacion en generacion, esto es, sobre todos los hijos de Adán, sin escluir á ninguno del infinito beneficio de la redencion, pues murió por todos ellos.

Fecit potentiam in brachio suo, dispersit superbos mente cordis sui. El mismo brazo divino y omnipotente que en ella hizo cosas tan grandes para manifestar su misericordia en favor de los que le temen, hace tambien ostentacion de los formidables efectos de su ira para glorificar su justicia con el castigo de aquellos que no le aman. Los mismos ojos que miran con dulce complacencia el abismo de su humildad, vén con indignacion terrible la soberbia de sus enemigos. La misma diestra que ensalza á los humildes, precipita desde la opulencia á la ignominia á los soberbios, cuya mirada estremecia el mundo.

Esurientes implevit bonis. Meditando Maria en la bondad de su Hijo, que con tanta abundancia provee á todas las necesidades de sus criaturas, le alaba y le dá gracias por haberse dignado saciar el hambre de los hombres con espléndida largueza. Él fué quien alimentó al pueblo de Israel por espacio de cuarenta años, sacando de los tesoros de su providencia el delicioso maná. Él quien satisfizo en la soledad el hambre del profeta Elias: la de Daniel en el lago de los leones: en el desierto la del primer ermitaño San Pablo: él quien por siglos de siglos sustenta á todos los animales y á todo el género humano. ¡En qué éxtasis de asombro nos arrebatarian sus continuas maravillas, si no estuviéramos tan familiarizados con los milagros de su bienhechora Providencia!

Sin embargo, como ninguna necesidad mueve tanto sus paternas entrañas cuanto el hambre que tienen de él las almas sus esposas, su mas vivo anhelo es el de saciarlas y ser él mismo su alimento, su delicia y hartura. Ahora bien, nadie tuvo jamás mayor y mas ardiente hambre de Dios que la Santísima Virgen, y á ninguna sació con mayor abundancia, pues la llenó del que forma su sempiterna delicia. Mas no solo á la Madre ¡á nosotros tambien se nos dá esta divina prenda de salud y de vida, este manjar del alma que vivifica y endiosa!

¡Demasiado es, ó Madre, es demasiado para saciaros abundantísimamente tener vos sola aquel Hijo, que hace tan deliciosa la vida de su eterno Padre! ¡Rebosa y sobreabunda en vos! ¡Dadnos alguna gota de ese piélago divino! ¡Oh Madre amabilísima, no tengais vos sola á vuestro Hijo! Dadle, dadle á vuestros pequeñitos hijuelos.

Sí, dulce Madre; nos le dais, y por vos tenemos la dicha de alimentarnos de la misma sustancia de Dios! ¡Cómo la recibiríamos en la santa comunión, si su adorable Divinidad toda espiritual é infinitamente encumbrada sobre nuestros sentidos no se hubiese abatido para acomodarse á la flaqueza nuestra! ¡Cómo lo hubiera hecho si no le hubiéseis vestido de vuestra carne? ¿A quién sino á vos debemos los mortales eterna gratitud por habérsela dado proporcionada á nuestra debilidad? Si solo el Padre nos diera á su Hijo con toda la gloria de su Divinidad, ¿podríamos recibirle? Seria, como dice San Agustín, un manjar demasiado fuerte para la humana flaqueza. Fué menester que pasase por el seno de la Madre, y se hiciese á manera de una leche proporcionada á nuestro enfermo paladar: *Oportuit ut mensa illa lactesceret, et sic ad parvulos perveniret.*

Venid, hijos míos, clama la dulcísima Virgen, venid á la augusta y deliciosa mesa, que el Padre Eterno y yo os hemos preparado: él os dió su divinidad, yo os di su humanidad: la una y la otra las hallaréis juntas en la Eucaristía: venid á comer aquel pan vivo bajado del cielo; pero es menester que tengais hambre: *Esurientes implevit bonis*; pues solo los hambrientos gustan las delicias de este manjar divino, y solo se saborean y satisfacen con él los que suspiran por la comunión santa y la reciben poseidos de respeto y de cordial amor.

La Reina de los profetas concluye su cántico animando á Abraham y á su posteridad, y asegurando que lleva siempre á Israel estrechado en sus brazos como á hijo querido, y que segun sus promesas jamás le abandonará: *Suscepit Israel puerum suum, sicut locutus est ad Patres nostros Abraham, et semini ejus.* Pero esta descendencia no es la carnal, que son los judíos, á los cuales parece que el Señor ha abando-

nado, sino la espiritual, de que habla San Pablo, es decir, los cristianos.

Por esta razon llamó Dios á Abraham el Padre de los creyentes, esto es, el padre de los que tienen la verdadera fe; luego los que poseen la fe son sus hijos legítimos. No lo sois pues vosotros, míseros judíos, que aborreceis la única fe verdadera que el Mesías vino á establecer en el mundo, sino vosotros que la profesais y abrazais de todo corazón, ó cristianos: á vosotros se dirigieron las magníficas promesas que hizo el Señor en el antiguo Testamento, y en el nuevo se cumplen todos los días para salvacion vuestra! Os están aseguradas con juramento solemne hasta la consumacion de los siglos! *Sicut locutus est ad Patres nostros Abraham, et semini ejus in sæcula.* ¡Oh consuelo! ¡Oh felicidad de los cristianos!

CAPÍTULO XVII.

El Evangelio espresa admirablemente el gozo en que se vió inundada Santa Isabel con la visita de su endiosada Prima. En el instante, dice San Lucas, que Isabel oyó el saludo de María, el niño que llevaba en su seno dió saltos de alegría. Eutimio dice que Jesus le habló por boca de su Madre: *Christus locutus est per os Matris.* Y de tal modo le llenó de las gracias del Espíritu Santo, que no siéndole posible contenerlas, dando saltos de gozo las derramó en su Madre, quedando ambos bañados en el torrente de los consuelos divinos.

¡Qué de prodigios se agolpan en el dichoso encuentro de

¡Demasiado es, ó Madre, es demasiado para saciaros abundantísimamente tener vos sola aquel Hijo, que hace tan deliciosa la vida de su eterno Padre! ¡Rebosa y sobreabunda en vos! ¡Dadnos alguna gota de ese piélago divino! ¡Oh Madre amabilísima, no tengais vos sola á vuestro Hijo! Dadle, dadle á vuestros pequeñitos hijuelos.

Sí, dulce Madre; nos le dais, y por vos tenemos la dicha de alimentarnos de la misma sustancia de Dios! ¡Cómo la recibiríamos en la santa comunión, si su adorable Divinidad toda espiritual é infinitamente encumbrada sobre nuestros sentidos no se hubiese abatido para acomodarse á la flaqueza nuestra! ¡Cómo lo hubiera hecho si no le hubiéseis vestido de vuestra carne? ¿A quién sino á vos debemos los mortales eterna gratitud por habérsela dado proporcionada á nuestra debilidad? Si solo el Padre nos diera á su Hijo con toda la gloria de su Divinidad, ¿podríamos recibirle? Seria, como dice San Agustín, un manjar demasiado fuerte para la humana flaqueza. Fué menester que pasase por el seno de la Madre, y se hiciese á manera de una leche proporcionada á nuestro enfermo paladar: *Oportuit ut mensa illa lactesceret, et sic ad parvulos perveniret.*

Venid, hijos míos, clama la dulcísima Virgen, venid á la augusta y deliciosa mesa, que el Padre Eterno y yo os hemos preparado: él os dió su divinidad, yo os di su humanidad: la una y la otra las hallaréis juntas en la Eucaristía: venid á comer aquel pan vivo bajado del cielo; pero es menester que tengais hambre: *Esurientes implevit bonis*; pues solo los hambrientos gustan las delicias de este manjar divino, y solo se saborean y satisfacen con él los que suspiran por la comunión santa y la reciben poseídos de respeto y de cordial amor.

La Reina de los profetas concluye su cántico animando á Abraham y á su posteridad, y asegurando que lleva siempre á Israel estrechado en sus brazos como á hijo querido, y que segun sus promesas jamás le abandonará: *Suscepit Israel puerum suum, sicut locutus est ad Patres nostros Abraham, et semini ejus.* Pero esta descendencia no es la carnal, que son los judíos, á los cuales parece que el Señor ha abando-

nado, sino la espiritual, de que habla San Pablo, es decir, los cristianos.

Por esta razon llamó Dios á Abraham el Padre de los creyentes, esto es, el padre de los que tienen la verdadera fe; luego los que poseen la fe son sus hijos legítimos. No lo sois pues vosotros, míseros judíos, que aborreceis la única fe verdadera que el Mesías vino á establecer en el mundo, sino vosotros que la profesais y abrazais de todo corazón, ó cristianos: á vosotros se dirigieron las magníficas promesas que hizo el Señor en el antiguo Testamento, y en el nuevo se cumplen todos los días para salvacion vuestra! Os están aseguradas con juramento solemne hasta la consumacion de los siglos! *Sicut locutus est ad Patres nostros Abraham, et semini ejus in sæcula.* ¡Oh consuelo! ¡Oh felicidad de los cristianos!

CAPÍTULO XVII.

El Evangelio espresa admirablemente el gozo en que se vió inundada Santa Isabel con la visita de su endiosada Prima. En el instante, dice San Lucas, que Isabel oyó el saludo de María, el niño que llevaba en su seno dió saltos de alegría. Eutimio dice que Jesus le habló por boca de su Madre: *Christus locutus est per os Matris.* Y de tal modo le llenó de las gracias del Espíritu Santo, que no siéndole posible contenerlas, dando saltos de gozo las derramó en su Madre, quedando ambos bañados en el torrente de los consuelos divinos.

¡Qué de prodigios se agolpan en el dichoso encuentro de

estas dos Madres! Una Madre virgen, que lleva á Dios en su seno: una madre estéril, que lleva un ángel en el suyo. María se habia hecho madre de un Dios al oír la voz de un ángel: Isabel se hacia madre de un ángel oyendo la voz de su Prima, pues hasta entonces no habia concebido mas que á un pecador; pero al oír el saludo de María, principia á ser madre del mayor Santo, á quien la Escritura dá muchas veces el dictado de ángel.

Isabel se llenó del Espíritu Santo al saludarla la Reina de los ángeles: *Et repleta est Spiritu Sancto Elisabeth.* Obsérvese sin embargo esta gran diferencia. La Virgen Santísima fué llena no solo de la gracia sino tambien de la persona misma del Espíritu Santo, el cual se dió como el esposo á la esposa, haciéndose divinamente fecunda por su operacion sobrenatural, y para permanecer siempre con ella sin jamás separarse. Mas cuando se dice que Isabel fué llena del Espíritu Santo, entiéndase que lo fué de los dones y gracias de este divino Espíritu; y no solo de una grande abundancia de gracias santificantes comunicadas por la presencia del Salvador y de su dulce Madre, aquel inexhausta fuente de las gracias y esta canal universal de todas ellas, sino tambien de las gracias gratuitas como el don de profecía, el de sabiduría, el de entendimiento y otros muchos, de los cuales se halló tan colmada que apareció al mismo tiempo iluminada como los profetas, sabia como los Padres de la Iglesia, inteligente como los ángeles, encendida en amor santo como los serafines. Enriquecida así de tantos dones del Espíritu Santo y animada por su divino soplo habló con voz tan alta que resonó en todos los siglos siguientes, y aun hoy resuena en el Evangelio: *Exclamavit voce magna: benedicta tu.*

Escuchémosla con atencion y observemos que al mismo tiempo canta los elogios del Hijo y las alabanzas de la Madre; profetiza los misterios mas profundos y ocultos; confunde las herejias, y declara las mas importantes y sublimes verdades de la fe, trasluciéndose en cada una de sus palabras su celestial arrobamiento. Oigamos cómo profetiza los magnificos prodigios del misterio de la Encarnacion: *Benedicta tu in*

mulieribus, et benedictus fructus ventris tui. Bendita tú eres entre todas las mujeres, dice á su amada Prima al verla entrar en su casa con dulzura de ángel y majestad de reina, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Y quién le habia descubierto el misterio obrado en ella de una manera tan invisible y secreta? ¿Quién le habia dicho que era la Madre del Hacedor supremo; y el niño que llevaba en sus virginales entrañas, era aquel fruto de bendicion que repararia los desórdenes del fruto prohibido? «Dichosa porque creiste las palabras del ángel» añade Santa Isabel. ¿Y quién le ha dicho que el Señor le hizo anunciar por un ángel que seria madre de su propio Hijo?

Oigamos cómo establece sólidamente las mas importantes verdades de la fe relativas á la adorable persona de Jesucristo y á la gloria de su inmaculada Madre: *Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?* Se reconoce indigna de ser honrada con aquella visita, porque no merece recibir en su casa á la Madre de su Señor, es decir, de su Dios; luego está firmemente persuadida y á voz en grito declara que la Santísima Virgen es verdadera madre del Altísimo. ¡Calla pues y enmudece, blasfemo Nestorio, porque mientes diciendo que solo es madre de un hombre que se llama Cristo!

Reconoce y dá á conocer que hay dos naturalezas en Jesucristo; la humana, que es la única que María pudo darle; y la divina que es la única que el divino Padre pudo comunicarle de su propia sustancia: pero estas dos naturalezas están unidas en una misma persona, la cual no es una persona humana sino divina, por lo que la Santísima Virgen es verdadera madre de Dios. El que hemos visto morir en una cruz es el Hijo del Eterno Padre; y el que los ángeles ven reinar eternamente en la gloria, es hijo de la Santísima Virgen, porque es el mismo. ¡Oh milagro del don de entendimiento de Isabel que previene la decision de los Concilios universales, que establece la fe de la Iglesia antes de los Apóstoles, que espone las mas sublimes y profundas verdades de la religion antes de los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, confundiendo anticipadamente las herejias, que ha-

bian de levantar en el curso de los siglos su cabeza venenosa. ¿Qué maestro pudo enseñárselo sino el don de entendimiento, que recibió cuando fué llena del Espíritu Santo?

Observemos como agitada y enajenada por los movimientos de aquel divino Espíritu, no se espresa mas que con exclamaciones y transportes de alegría. ¿Venir á mi la Madre del Dios que adoro? ¿De dónde á mi tan inmenso beneficio? Yo no soy mas que la madre del siervo; y hé aquí que la Madre del supremo Monarca viene á visitarme. ¡Oh caridad incomparable! ¡Oh humildad de la Madre y del Hijo de Dios, que tan bondadosos se muestran con su indigna sierva! ¡Oh casa mil y mil veces venturosa, que recibiste del cielo tan sobrehumanos favores! ¡Oh adorable Providencia! ¿de dónde me ha venido este favor insigne? ¿Quién me ha traído este bien incomparable?

Para colmo de gloria quiso el Señor que al nacer fuese recibido Juan Bautista en brazos de Maria, que permaneció tres meses en compañía de su prima Isabel, esperando el tiempo de su alumbramiento para servirla y asistirle como amorosa y caritativa prima y no solo para consuelo de la madre, sino muy particularmente para que el infante precursor fuese aumentando de día en día el tesoro de la gracia, teniendo en su casa el manantial de todo bien.

Este fuego de la caridad y este abismo de la humildad de Maria no solo han de admirarnos, sino tambien ser el tipo y modelo de nuestra conducta, á fin de que cuando comparezcamos en el juicio del Señor no clamemos contra nosotros condenando nuestra altivez á una eternidad de abatimiento, y la dureza de nuestros corazones á ser el blanco perdurable del furor omnipotente.

Aprendamos tambien las reglas de una buena y santa conversacion, que en este misterio nos enseña nuestra benigna Madre. Vemos que no deja la soledad de su casa para ir á perder tiempo de una parte á otra. Si nos es preciso visitar, debemos á ejemplo suyo esmerarnos en escoger las conversaciones. No hay duda en que no siempre es posible evitar el encontrarse con personas depravadas, cuyo trato sea perju-

dicial sobremanera; pero en todo caso está en nuestra mano el evitar una conversacion muy familiar con esa especie de gentes: cuando el encuentro es casual y pasajero no puede hacer en poco tiempo impresiones duraderas; mas cuando la conversacion es deliberada, debe ser con pocas personas, y estas muy escogidas, una entre mil.

Cuando elijamos á alguno para conversar con él familiarmente, tomemos un maestro que nos instruya y un modelo digno de imitacion, porque sin advertirlo nos irémos revisitiendo de su espíritu. ¡Ay del que ha escogido mal! La compañía de los pecadores es mas nociva á la vida del alma que la de los apestados á la del cuerpo. Mas prontamente nos hacemos perversos con los perversos que santos con los santos. Considerémos de qué modo se porta la Reina de los ángeles en su visita: figurémonos hallarnos presentes al encuentro, al saludo, al gozo reciproco de Isabel y Maria: escuchémoslas: no hablan del proceder ajeno para criticarlo: nada de noticias, que solo sirven para satisfacer la curiosidad: nada de negocios del siglo, que distraen y disipan: nada de cosas terrenas, que inclinan el espíritu á la tierra: hablan sus labios de la abundancia de sus corazones, y teniéndolos llenos únicamente de Dios, su conversacion es del cielo y sus discursos de Dios.

CAPÍTULO XVIII.

Siglos antes del parto de la Madre-virgen, dijo Isaiás que una virgen concebiria un hijo y le llamaria Emanuel: esto es, Dios con nosotros. El Altísimo pues nos asegura que

bian de levantar en el curso de los siglos su cabeza venenosa. ¿Qué maestro pudo enseñárselo sino el don de entendimiento, que recibió cuando fué llena del Espíritu Santo?

Observemos como agitada y enajenada por los movimientos de aquel divino Espíritu, no se espresa mas que con exclamaciones y transportes de alegría. ¿Venir á mi la Madre del Dios que adoro? ¿De dónde á mi tan inmenso beneficio? Yo no soy mas que la madre del siervo; y hé aquí que la Madre del supremo Monarca viene á visitarme. ¡Oh caridad incomparable! ¡Oh humildad de la Madre y del Hijo de Dios, que tan bondadosos se muestran con su indigna sierva! ¡Oh casa mil y mil veces venturosa, que recibiste del cielo tan sobrehumanos favores! ¡Oh adorable Providencia! ¿de dónde me ha venido este favor insigne? ¿Quién me ha traído este bien incomparable?

Para colmo de gloria quiso el Señor que al nacer fuese recibido Juan Bautista en brazos de Maria, que permaneció tres meses en compañía de su prima Isabel, esperando el tiempo de su alumbramiento para servirla y asistirle como amorosa y caritativa prima y no solo para consuelo de la madre, sino muy particularmente para que el infante precursor fuese aumentando de día en día el tesoro de la gracia, teniendo en su casa el manantial de todo bien.

Este fuego de la caridad y este abismo de la humildad de Maria no solo han de admirarnos, sino tambien ser el tipo y modelo de nuestra conducta, á fin de que cuando comparezcamos en el juicio del Señor no clamemos contra nosotros condenando nuestra altivez á una eternidad de abatimiento, y la dureza de nuestros corazones á ser el blanco perdurable del furor omnipotente.

Aprendamos tambien las reglas de una buena y santa conversacion, que en este misterio nos enseña nuestra benigna Madre. Vemos que no deja la soledad de su casa para ir á perder tiempo de una parte á otra. Si nos es preciso visitar, debemos á ejemplo suyo esmerarnos en escoger las conversaciones. No hay duda en que no siempre es posible evitar el encontrarse con personas depravadas, cuyo trato sea perju-

dicial sobremanera; pero en todo caso está en nuestra mano el evitar una conversacion muy familiar con esa especie de gentes: cuando el encuentro es casual y pasajero no puede hacer en poco tiempo impresiones duraderas; mas cuando la conversacion es deliberada, debe ser con pocas personas, y estas muy escogidas, una entre mil.

Cuando elijamos á alguno para conversar con él familiarmente, tomemos un maestro que nos instruya y un modelo digno de imitacion, porque sin advertirlo nos irémos revisitiendo de su espíritu. ¡Ay del que ha escogido mal! La compañía de los pecadores es mas nociva á la vida del alma que la de los apestados á la del cuerpo. Mas prontamente nos hacemos perversos con los perversos que santos con los santos. Considerémos de qué modo se porta la Reina de los ángeles en su visita: figurémonos hallarnos presentes al encuentro, al saludo, al gozo reciproco de Isabel y Maria: escuchémoslas: no hablan del proceder ajeno para criticarlo: nada de noticias, que solo sirven para satisfacer la curiosidad: nada de negocios del siglo, que distraen y disipan: nada de cosas terrenas, que inclinan el espíritu á la tierra: hablan sus labios de la abundancia de sus corazones, y teniéndolos llenos únicamente de Dios, su conversacion es del cielo y sus discursos de Dios.

CAPÍTULO XVIII.

Siglos antes del parto de la Madre-virgen, dijo Isaiás que una virgen concebiria un hijo y le llamaria Emanuel: esto es, Dios con nosotros. El Altísimo pues nos asegura que

una virgen debe concebirle y darle á luz permaneciendo virgen. En seguida el mismo profeta como fuera de sí, en vista del prodigio que anteveía, esclama: «¿quién contará su generacion?» ¿Puede darse cosa mas espresa para enseñarnos que una virgen debía ser madre de un niño, que concebiria y daria á luz quedando virgen, y que esta generacion seria admirable é incomprensible á todo entendimiento criado?

Jeremias dice en el capitulo III: *Creavit Dominus novum super terram; femina circumdavit virum.* Oid mortales: Dios hará un nuevo prodigio sobre la tierra: una mujer llevará á un hombre en su seno; no será un niño pequeño (pues esto nada tendria de nuevo), sino un hombre perfecto. ¿Y de quién podrá entenderse sino tan solo del Hijo de Maria? Hombre perfecto desde el instante de su concepcion, tan lleno de sabiduria y santidad aun encerrado en el seno de su Madre como lo estuvo enseñando en las ciudades: *Neque minus sapientiae habuit latens in utero, quam docens in populo.* (San Bernard. hom. *super Missus*). No será por haberle concebido por obra de otro hombre, lo que vendria á ser una generacion ordinaria, sino una obra de creacion, en la cual solo Dios emplea su omnipotencia. *Creavit Dominus*; pero para que no se entendiese que Dios únicamente tenia parte en ella, usa el profeta de la palabra *mujer*. Llámala pues mujer para asegurarnos que es madre y no para negar que es virgen; y este es el nuevo prodigio nunca visto que sea madre y virgen.

Ezequiel bajo la metáfora de un templo nos reveló los secretos del Verbo encarnado, siendo uno de los mas admirables que su madre haya quedado virgen: dice que el ángel del Señor le condujo á la puerta oriental del santuario y la halló cerrada, y el ángel le dijo: «Esta puerta permanecerá cerrada y no se abrirá; y el hombre no pasará por ella, porque ha pasado el Señor, Dios de Israel; estará siempre cerrada aun para el príncipe.» Los santos Padres y todos los doctores católicos que se han dedicado á esclarecer la oscuridad de esta profecia, nos enseñan que el santuario es la Santísima Virgen, por ser ella el tabernáculo donde estuvo la

verdadera Arca de la alianza, que es el Verbo encarnado; por la puerta oriental, entienden su nacimiento temporal y por aquella puerta del santuario, cerrada perpétuamente, la integridad de su Madre.

En términos mas enérgicos pregunta San Agustin: ¿qué significa «que la puerta del santuario está siempre cerrada,» sino que Maria permanecería perpétuamente virgen? ¿Qué significan aquellas palabras: «El hombre no pasará por esta puerta,» sino que su esposo José jamás violó su integridad virginal? ¿Qué significan aquellas palabras: «Solo el Señor ha pasado por esta puerta,» sino que la hizo fecunda el Espíritu Santo con su operacion divina? ¿Y qué significan estas otras: «Estará siempre cerrada aun para el príncipe,» sino que Maria es siempre virgen, antes del parto, en el parto y despues del parto?

Piensa el sublime Areopagita que un exceso de amor hizo entrar en un éstasis á Dios. *Propter amatoriam suae bonitatis magnitudinem extra se factus est*: por amarnos escesivamente se dejó caer en nuestros brazos; y San Pablo dice que se anadó. Por otra parte, San Gregorio magno escribe que un exceso de gracias y merecimientos sacó fuera de sí á la Santísima Virgen, y la encumbró, y como que la arrebató hasta el seno de Dios Padre, para tomar allí á su único Hijo y hacerle suyo: *Maria ut ad conceptionem aeterni Verbi pertingeret, meritorium verticem usque ad solium Deitatis erexit.* (Gregor. lib. 4 in reg.) En todas partes vemos juntas la virginidad y la fecundidad: el Padre, la Madre, el Hijo: el Padre es fecundo, pero es virgen; el Hijo es fecundo, no para producir otro hijo, sino para producir con Dios su Padre al Espíritu Santo; pero es virgen como su Padre, de manera que se afirma con sólido fundamento que Maria es digna madre de Dios, porque es virgen; y porque es madre de Dios, es menester que sea una madre siempre virgen.

Síguese de aquí que no hubo en ella nada de lo que es propio de las otras madres. Concibió á su Hijo divino sin el mas mínimo deleite de los sentidos, sin la mas leve injuria de su virginal pureza: llevóle en su castísimo seno sin peso,

ni incomodidad de ningun género : le formó y alimentó de su propia sustancia sin el mas mínimo menoscabo de su perfecta pureza : finalmente, le dió á luz en el establo de Belen, sin el mas mínimo dolor, sin la mas leve lesion de su virginal integridad, sin ningun auxilio ajeno, sin ningun esfuerzo, porque era una madre siempre virgen, antes del parto, en el parto y despues del parto.

De aquí se deduce que no habiéndola ayudado criatura alguna á producirnos al Salvador, ella sola nos ha dado mas que todos los hombres y ángeles juntos, y por consiguiente estamos obligados á honrarla, amarla y servirla mas, mucho mas que á todos los ángeles y santos.

Si tenemos un Dios salvador, no lo debemos ni á los ángeles ni á los hombres. ¿Pues á quién? Al Padre que nos le produce en la eternidad, y á la Madre-Virgen, que nos le produce en el tiempo. Meditemos sobre el precio infinito de este don, y veremos que no bastarian todos los instantes de nuestra vida, ni toda la eternidad para agradecerles debidamente tan inestimable beneficio, aun cuando poseyéramos los corazones de todos los demás hombres y los celestiales ardores de los espíritus angélicos. ¡Oh María! ¡Oh Madre amabilísima! ¡Cómo no tienen todos los cristianos un corazón de ternura para con vos!

¿Y por qué se nos ha de motejar, si algunas veces sentimos para con la Santísima Virgen una devoción mas sensible que la que al mismo Dios profesamos? ¿Por qué se nos ha de condenar como indiscretos, si recurrimos á ella con mas frecuencia que á Dios? ¿A quién le causa novedad y mucho menos sorpresa ver arrojarse á los niños pequenuelos en el regazo de sus madres, cuando el hambre ó alguna dolencia los aqueja? ¿No es su ordinario refugio el seno de sus madres? ¿Y son por esto dignos de reprehension? ¿Se ha de decirles, sois unos indiscretos? ¿Por qué no correis mas bien al seno de vuestros padres? ¿Ignorais que principalmente dependeis de ellos, que ellos son los dueños de los bienes de la casa, y los que han de labrar vuestra felicidad?

Lo sabemos, podrian responder, sabemos que todo lo debe-

mos á nuestros padres, de ellos lo esperamos todo; y son los que mas respetamos y amamos; pero no nos priveis del consuelo que hallamos en el seno de nuestras madres : á lanzarnos en su regazo, nos sentimos suavísimamente arrebatados por el iman irresistible de su esquisita dulzura y de su amor entrañable : por otra parte sabemos que á nuestros padres gusta mucho vernos enloquecidos de alegría en el seno de nuestras madres, acariciarlas y besarlas y hacerles mil fiestas bulliciosas, y por ello nos acarician y nos regalan, y nos dán dulces besos enajenados de gozo nuestros queridos padres.

En el momento en que el ángel anunció á Maria que iba á ser madre, esta sorprendente palabra la turbó hasta el punto de hacerla esclamar : ¿cómo podrá ser esto si jamás he tenido ni tendré nunca comercio con ningun hombre? ¿Seré madre por mí misma sin el concurso de otra persona? No, le dice el ángel; pero el Espíritu Santo suplirá á todo y os dará la virtud necesaria para ser madre, permaneciendo virgen, y el hijo que produciréis será el Hijo de Dios : *Spiritus Sanctus superveniet in te... et quod nascetur ex te, vocabitur Filius Dei.*

El Espíritu Santo dió á la mas pura sangre de la Santísima Virgen una virtud divina, que naturalmente no tenia, y por ella vino Maria á ser el Padre y la Madre de su único Hijo, y por esta misma virtud maravillosa el adorable cuerpo de su Niño en un momento se formó, se organizó, se animó y unió personalmente al divino Verbo, sin esperar el tiempo que la naturaleza exige en las otras madres. Y ved aquí en lo que se diferencia de estas al concebir y formar perfectamente á su santísimo Hijo.

Dirá el impio que esta es una maravilla sin ejemplo, un misterio incomprensible al entendimiento humano. Y responderemos que si este prodigio no fuese incomprensible al entendimiento humano, no sería un prodigio reservado á la sola virtud del omnipotente brazo del Escelso : que es justo confesar que Dios puede hacer prodigios, que no podamos comprender : que el mismo poder divino que en el principio dió á la tierra virtud para producir yerbas, plantas y frutos

en tan infinito número, tan diferentes y deliciosas sin haber recibido semilla alguna, pudo igualmente dar al virginal cuerpo de María virtud para producir un Hijo lleno de gracias y santidad con solo el fuego purísimo del Espíritu divino. En efecto, el ángel no dió á la Santísima Virgen para asegurarle de la verdad de cuanto le decia, mas razon que la omnipotencia divina: *Quia non erit impossibile apud Deum omne verbum.*

«Parirás con dolor, dijo Dios á Eva y á todas sus descendientes.» Solo la Madre admirable, la bendita entre todas las mujeres, la madre virgen, la Madre de Dios es la única exenta del rigor de aquella ley, y en esto principalmente se diferencia de las otras madres. Todas las demás tienen el alma manchada con la culpa original, y por tanto están condenadas á parir con dolor, creyendo Santo Tomás que si hubiese durado el estado de la inocencia, todas las madres hubieran parido sin dolor. Era pues justo que María pariese sin dolor, puesto que en ella no habia ni sombra de original pecado. Todas las otras madres dán á luz niños pecadores, y por solo esto son muy dignas de padecer los dolores del parto; pero la Santísima Virgen es la única madre que vé nacer de sus immaculadas entrañas al Santo de los Santos, al universal remedio de todas nuestras dolencias y miserias, á la inexhausta fuente de todo bien en el tiempo y en la eternidad, y es por lo mismo merecedora de inefable delicia y regocijo inmenso en el acto sublime de darnos vestido de su carne al que viste á los astros de ardientes resplandores.

Inundábala un océano de alegría al considerar que entre todas las criaturas que han existido y existirán en las edades venideras, ella sola era la escogida para dar á los hombres el tesoro infinito, la felicidad del universo, el deseo de todos los siglos y la esperanza de todos los mortales. Es verdad que por otra parte no podría menos de contristarla ver á su Dios recién nacido llorando y tiritando de frío á media noche y en un establo; pero se le agolparian al mismo tiempo muchas y poderosas consideraciones, que mitigasen su pena. Aquel crudo invierno, aquella estremada pobreza, aquella noche,

aquella hora, aquel pesebre, aquel desamparo, estaban escogidos por la sabiduría de su Hijo, y eran de su mayor gusto. Abrazábalos pues con todo su corazon, complaciase en ellos y se embebecia y deleitaba en unir estrechamente su inflamada voluntad con la de Dios; union, que enagenándola y absorviéndola toda, la hacia como insensible al frio y demás incomodidades de aquella noche tan llena de asombrosos misterios.

Veia á su Niño infinitamente contento, por lo cual ella tambien lo estaba y le diria: Hijo mio, adorado hijo mio, veo tu profundo anonadamiento; pero me complazco en verle, porque sé que es la fuente de la escelsa gloria que ha de coronarte como á Salvador del humano linaje, porque sé que te place mas que si te rodeasen todas las grandezas mundanas.

¡Oh alegría de los ángeles! Te veo llorando y temblando de frio; pero me consuelo, porque sé que estas lágrimas han de lavar los pecados del mundo. Porque sé que este frio, esta pobreza y todo cuanto padeces por las culpas del hombre, te agrada tanto, cuanto te desagradan los placeres de los sentidos y las vanas alegrías del siglo. Te veo reducido á la indigencia, ó supremo Rey del mundo; pero me alegro de ello; porque sé que esta absoluta pobreza es el correctivo de la avaricia de los hombres, y te lisonjea mas que toda la abundancia de los bienes terrenos.

Si la amargura misma le es dulce, y lo que habia de ser causa de tristeza le es causa de alegría, ¡cuál seria el purísimo regocijo de su pecho al ver que Dios la habia escogido, prefiriéndola á todas sus criaturas, para hacerla entrar en el consejo de su eternidad y darle una parte tan principal en la mayor de sus obras!

Veíase constituida plenipotenciaria universal, no solo de todos los seres creados, sino del Criador mismo, para tratar la paz del mundo que el pecado habia roto y Dios queria restablecer. Veia que su castísimo seno, en el cual Dios y el hombre se unian tan cordial é íntimamente que formaban una sola y una misma persona, era el palacio augusto de

esta paz, y que los ojos de todos los séres estaban fijos en ella, esperando ver la felicidad universal que habia de dar al mundo.

«Venid, criaturas, mirad vos mismo, ó Criador omnipotente, ved el milagro de los milagros que ha de hacer el éstasis y el alborozo de la eternidad. Venid, Trinidad sacrosanta. ¡Oh Padre, hé aquí á vuestro único Hijo que me habeis dado para darlo yo al mundo, pues le amais hasta darle á vuestro único Hijo! Adorable Hijo, héos aquí en persona, que todo os habeis entregado á mí para que yo os diese al mundo, pues le amais hasta daros á él enteramente, hasta anonadaros y sacrificaros por él! ¡Espíritu Santo, hé aquí vuestro eterno principio y vuestra obra temporal: él os produce ante todos los siglos en el seno de su Padre, y vos le habeis formado en medio de los tiempos en el seno de su madre!

«Venid, ángeles del cielo, hé aquí á vuestro Criador, á vuestro supremo Señor, á vuestro Dios, al reparador de vuestras ruinas, á la fuente de todo vuestro júbilo.

«Venid, hijos de Adán, hé aquí al omnipotente Criador que os hizo á su semejanza, hélo aquí ahora formado á la vuestra: hé aquí á vuestro hermano, pues es hijo de vuestra madre y de la misma naturaleza que vosotros, pero sobre todo hé aquí á vuestro Redentor, que viene á libraros de la muerte eterna con su muerte y á daros su vida eterna á costa de su sangre.

«Venid, siglos pasados, venid á ver al que solicitaron vuestros suspiros, pidieron vuestros patriarcas, preconizaron tantas veces vuestros profetas, de mil maneras diversas representaron vuestras figuras, y vuestros padres esperaron. Hé aquí cumplidos todos vuestros deseos y realizadas vuestras esperanzas. Venid, siglos futuros, he aquí la fuente de la salud y de la vida; venid y bebed la gracia, la virtud y la santidad; venid y bebed la eterna vida! Ven, tú misma, ó eternidad, eternidad venturosa: hé aquí el tesoro de donde has de sacar los bienes infinitos, que distribuirás á todos los santos por los siglos de los siglos en las mansiones de la gloria.» Ahora

pues, viendo esto la que es causa de nuestra alegría, como la llama la Iglesia, y que á ella tienden todos los séres las manos, y que ella los colma á todos de bendiciones de consuelo y de gloria, ¡qué júbilo inefable no sentiria rebotar en su pecho en la hora dichosa de su alumbramiento divino! Ciertamente que no podia diferenciarse mas de las otras madres, que al llegarles aquella hora de angustia se llenan de tristeza, de afliccion y dolores.

CAPÍTULO XIX.

El que Jesus saliese del seno de su Madre sin la mas mínima lesion de su virginal integridad, es un milagro, pero no lo es tan extraordinario que no se hallen en la Escritura otros que se le parezcan. El mismo Jesucristo, no ya pequenito como al nacer, sino con la estatura de hombre perfectísimo, salió del sepulcro cerrado y sellado, y pocos dias despues entró sin abrir puerta ni ventana en el cenáculo, donde estaban encerrados los Apóstoles. Del mismo modo salió del seno de su Madre-virgen, dejándola siempre virgen.

Santa Brigida en sus *Revelaciones* dice que Nuestra Señora se dignó manifestarle lo que pasó en su divino parto. El corazón de Maria se iba inflamando en un deseo ardentísimo de ver su escondido tesoro á medida que se aproximaba al término de su preñez milagrosa: llegado aquel momento, elevóse su alma á tan sublime grado de contemplacion que le parecia estar arrebatada á la alteza de los consejos divinos. (Algunos santos Padres aseguran que en aquellos instantes de

esta paz, y que los ojos de todos los séres estaban fijos en ella, esperando ver la felicidad universal que habia de dar al mundo.

«Venid, criaturas, mirad vos mismo, ó Criador omnipotente, ved el milagro de los milagros que ha de hacer el éstasis y el alborozo de la eternidad. Venid, Trinidad sacrosanta. ¡Oh Padre, hé aquí á vuestro único Hijo que me habeis dado para darlo yo al mundo, pues le amais hasta darle á vuestro único Hijo! Adorable Hijo, héos aquí en persona, que todo os habeis entregado á mí para que yo os diese al mundo, pues le amais hasta daros á él enteramente, hasta anonadaros y sacrificaros por él! ¡Espíritu Santo, hé aquí vuestro eterno principio y vuestra obra temporal: él os produce ante todos los siglos en el seno de su Padre, y vos le habeis formado en medio de los tiempos en el seno de su madre!

«Venid, ángeles del cielo, hé aquí á vuestro Criador, á vuestro supremo Señor, á vuestro Dios, al reparador de vuestras ruinas, á la fuente de todo vuestro júbilo.

«Venid, hijos de Adán, hé aquí al omnipotente Criador que os hizo á su semejanza, hélo aquí ahora formado á la vuestra: hé aquí á vuestro hermano, pues es hijo de vuestra madre y de la misma naturaleza que vosotros, pero sobre todo hé aquí á vuestro Redentor, que viene á libraros de la muerte eterna con su muerte y á daros su vida eterna á costa de su sangre.

«Venid, siglos pasados, venid á ver al que solicitaron vuestros suspiros, pidieron vuestros patriarcas, preconizaron tantas veces vuestros profetas, de mil maneras diversas representaron vuestras figuras, y vuestros padres esperaron. Hé aquí cumplidos todos vuestros deseos y realizadas vuestras esperanzas. Venid, siglos futuros, he aquí la fuente de la salud y de la vida; venid y bebed la gracia, la virtud y la santidad; venid y bebed la eterna vida! Ven, tú misma, ó eternidad, eternidad venturosa: hé aquí el tesoro de donde has de sacar los bienes infinitos, que distribuirás á todos los santos por los siglos de los siglos en las mansiones de la gloria.» Ahora

pues, viendo esto la que es causa de nuestra alegría, como la llama la Iglesia, y que á ella tienden todos los séres las manos, y que ella los colma á todos de bendiciones de consuelo y de gloria, ¡qué júbilo inefable no sentiria rebotar en su pecho en la hora dichosa de su alumbramiento divino! Ciertamente que no podia diferenciarse mas de las otras madres, que al llegarles aquella hora de angustia se llenan de tristeza, de afliccion y dolores.

CAPÍTULO XIX.

El que Jesus saliese del seno de su Madre sin la mas mínima lesion de su virginal integridad, es un milagro, pero no lo es tan extraordinario que no se hallen en la Escritura otros que se le parezcan. El mismo Jesucristo, no ya pequenito como al nacer, sino con la estatura de hombre perfectísimo, salió del sepulcro cerrado y sellado, y pocos dias despues entró sin abrir puerta ni ventana en el cenáculo, donde estaban encerrados los Apóstoles. Del mismo modo salió del seno de su Madre-virgen, dejándola siempre virgen. ®

Santa Brigida en sus *Revelaciones* dice que Nuestra Señora se dignó manifestarle lo que pasó en su divino parto. El corazón de Maria se iba inflamando en un deseo ardentísimo de ver su escondido tesoro á medida que se aproximaba al término de su preñez milagrosa: llegado aquel momento, elevóse su alma á tan sublime grado de contemplacion que le parecia estar arrebatada á la alteza de los consejos divinos. (Algunos santos Padres aseguran que en aquellos instantes de

inesplicable dicha vió claramente la divina esencia). Tambien estaba San José en un éstasis delicioso, y María, alzando al cielo las manos y los ojos en suavísimo raptó de amor divino, arrodillóse y vió delante de sí nacido á su único Hijo.

No hubo de esta maravilla mas testigos que los ángeles, que admirando lo que allí pasaba, llenaban el establo de Belen. Predicando San Vicente Ferrer sobre la natividad del Salvador, dijo «que al salir del seno de su Madre apareció resplandeciente como el sol cuando sale del seno de la aurora, y que aquella hora de la media noche se tornó en un hermoso dia.» Santa Brigida lo confirma en el libro séptimo de sus *Revelaciones*, de cuyo lugar se han tomado las líneas anteriores. No fué menester que ninguna otra persona cuidase de su Niño : ella misma, como dice San Lucas, le envolvió en pañales pobrecitos, y en el pesebre le acomodó y reclinó con delicada blandura. Pero antes y en el instante mismo en que vieron sus ojos al adorable Niño de celestial belleza y majestad divina, figúrome en contemplacion amorosa una escena bellisima y sublime : Maria quedó por algun tiempo inmóvil y remirándole absorta : por el profundo respeto de que estaba poseida, no se hubiera atrevido ni aun á acercársele para besarle el pié ; pero el Niño volviendo á ella los ojos con una amable sonrisa, y tendiéndole los graciosos bracitos, parecia invitarla á que le tomase en los suyos y le reclinase en su pecho y le pusiese sobre la hoguera de su corazon y le acariciase y le destilase en los labios el suavísimo néctar de su leche!

El amor y el respeto combatian en ella, y la tenian perpleja : el respeto y reverencia á la divina Majestad que veia anonadada sin haber perdido por ello nada de su gloria y grandezas, la retraia y hubiérala impedido tocarle con la mano ; mas por otra parte solicitábala el amor, apremiábala y estrechábala á besarle y abrazarle con toda la efusion de su ternura. ¡Oh Rey del mundo! le dijo : eres el Dios omnipotente que adoro ; y se postró y le adoró con humildad indecible é imponderable veneracion. Mas tambien eres hijo mio, formado con mi sangre y el mismo que he llevado nueve

meses en mis entrañas ! Eres mi amado, mi vida, mi alma ! Y dicho esto, derretida en dulzura, y toda transportada de gozo, y toda inflamada de amor, le cogió respetuosamente, le estrechó á su corazon, y solo Dios sabe lo que entonces pasaria en los corazones del Hijo y de la Madre.

Despues de aquellos primeros transportes de su ternura, le envolvió en los pobres pañales que á este fin tenia preparados, y no hallando lugar mas cómodo ni mas decente, le reclinó en el pesebre de los animales sobre un poco de heno y paja. Fué allí donde considerándole reducido al estado mas pobre y en el lugar mas abyecto que hubiese sobre la tierra, y entre dos animales, siendo el Dios que reina en las alturas entre el Padre y el Espiritu Santo y recibe los homenajes de los ángeles, caía en un tierno desmayo producido por el asombro y la gratitud á aquel exceso de bondad, que la Majestad divina manifestaba á los hombres.

¡Oh Dios eterno ! ¿Eres tú el que veo niño, que aun no tiene una hora de vida ? ¿Eres tú, Dios inmortal é impasible, soberano principio de toda vida ? ¿Y te has hecho pasible y mortal para morir por nosotros ? Omnipotente Criador del universo, ¿cómo te vén mis ojos en un cuerpecito tan pequeño ? Señor de los señores, á quien todo obedece, ¿cómo te sujetas ahora á la última de tus siervas ? ¡Oh Santo de los santos ! ¿cómo te muestras en traje de pecador ? ¡Oh Dios omnipotente, á cuya mirada se estremecen las cumbres de los cielos ! ¿Eres ahora tierno niño y tan débil que no puedes tenerte en pié ? ¡Oh infinita Sabiduria, oh Palabra eterna de Dios ! ¿Cómo te has reducido á tan humilde silencio ? ¡Oh profundidad de los consejos divinos ! ¡Oh exceso incomprendible de bondad, dulzura, amor y misericordia ! ¿Qué entendimiento nó quedará abismado y perdido en la inmensidad de tantas maravillas ?

Todo esto decia la Señora con un fuego tan celestial que parecia que el corazon se le saliese por los labios, y lo que á estos no era dable espresar, significábanlo sus ojos con elocuentes lágrimas de ternura. Y luego callaba como para recogerse á una meditacion profunda ; pero el divino Infante

acariciándola de nuevo la despertaba de aquella especie de sueño misterioso, y con sus lindísimos ojos y su risueña carita solicitábala á seguir solazándole con la melodía de su voz, que le enamoraba y deleitaba mas que toda la música de los ángeles; y proseguía ella diciendo: ¡Oh Rey de los reyes, oh Señor de los señores, oh supremo monarca del mundo, cuán elevados sobre la humana sabiduría son los caminos de tu Providencia!

Los reyes de la tierra nacen de una reina poderosa, y tú, Emperador del cielo y de la tierra, has querido nacer de una pobre doncella, esposa de un carpintero: nacen regularmente los reyes en la capital de su imperio; y tú has escogido una aldeilla: al nacer se recibe á los reyes en un palacio magnífico; y tú eres recibido en un establo: á los reyes en el momento que nacen, se les pone en cunas no menos blandas y regaladas que ricas y suntuosas; y tú, gran Rey de los reyes, tienes por cuna un pesebre y un poco de paja y heno: á los reyes al ver la primera luz del día rodea una pomposa corte compuesta de los señores y principes del reino; y á tí, gran Rey del cielo, no te acompañan en tu nacimiento mas que dos animales, un buey y un asno, ni tienes á tu servicio mas que tu Madre y José. ¡Oh majestad humillada! ¡Oh Niño, cuánto, cuánto hay que admirar en tus humillaciones!...

Pero algun dia se verá postrarse á tus piés á aquellos poderosos reyes de la tierra, se les verá venir á adorar tu infancia; aquellos hijos de emperatrices que nazcan en sus palacios y en sus grandes ciudades, rodeados de una corte brillante y numerosa, recibidos en púrpura, opulencia y grandeza, vendrán algun dia á tus divinas plantas á confesar que su majestad es baja condicion de esclavos comparada con la tuya; que sus palacios suntuosos son viles chozas cotejados con el establo en que naces; que sus muebles preciosos, sus muelles y magníficos lechos, y su corte tan numerosa, augusta y noble son bajeza y miseria en parangon de las grandezas que acompañan tu nacimiento. No, no será posible considerarle sin admirarle; solo él será venerado por todas las generaciones: solo él vivirá eternamente en la memoria

de los ángeles: solo él será celebrado con admirable magnificencia todos los años y en toda la Iglesia y por todos los siglos. ¡Oh divino Infante! ¿Cómo podria ser esto, si verdaderamente no fueras un Dios todopoderoso?

«¡Hermoso Niño recién nacido! Tú eres el omnipotente Dios mio, único hijo mio, fruto bendito de mis entrañas, tú eres mi Dios, eres el Criador de todos los séres. Sí, tú mismo en persona, eres mi hijo, mi propio hijo, salido ahora, ahora mismo de mi seno, eres mi padre, mi señor, mi criador, mi Dios, el Dios omnipotente que adoro.» Al decir esto volvía á postrarse á sus celestiales plantas toda derretida en dulzura, toda abismada en profundo respeto, y toda lánguida de amor, é inclinándose devotamente le repetía: «Yo te adoro, majestad infinita de mi Dios, que por mi amor y por el de toda la naturaleza humana te has dignado reducirte á tan pobre estado.»

Luego alzando algun tanto los ojos para contemplar el hechicero rostro de su Niño, entraba en un éstasis de júbilo. «¡Oh rostro divino todo lleno de gracias! ¡Oh belleza, que los ángeles del cielo desean remirar continuamente, hartos siempre y siempre hambrientos de verte! Te admiro, te adoro, te ofrezco todos los ardores de mi corazón! ¡Oh Dios de amor!» ¿Quién nos diría lo que pasaba entretanto en lo interior del Hijo y de la Madre? En aquella tierna Madre, inclinada sobre el bellissimo cuerpecito de su divino Infante, parecia que todo hablaba; su lengua, sus ojos, sus manos, su rostro, todo parecia animado por un mismo anhelo. El Niño por su parte le manifestaba un vehemente deseo de irse á sus brazos á gozar la dulzura de la leche de sus virginales pechos.

Descubren los Santos Padres tantas maravillas en el privilegio que tuvo Maria de alimentar con su leche al niño Jesus, que no tienen dificultad en compararlo al de su prodigiosa maternidad, teniendo ambos tanta conexión que la misma sangre, que en un principio fué la materia de su adorable cuerpo, vino á ser despues la leche que conservó y acreció su vida humana; y son tan semejantes que cuando se habla

del divino Infante en el seno de su Madre, puede entenderse ó sus purísimas entrañas que le formaron, ó sus virginales pechos que la dicha tuvieron de lactarle.

Aquellas eran veneradas por los ángeles como santuario de Dios; estos son admirados por el celestial Esposo como el objeto de sus divinas complacencias, diciendo en el *Cantar de los Cantares*: *Quam pulchræ sunt mammæ tuæ!* (Cant. 4, v. 10.) ¡Oh cuán bellos son tus pechos, hermana mia, esposa mia! Hermosos eran sus pechos á los ojos de Dios (segun uno de los mas devotos espositores del sagrado cántico), al ver que su Hijo estaba pendiente de ellos, gustando el néctar puro de una virgen madre que se le daba con inefable delicia. Si es un Dios el que con ella se alimenta, es muy justo que sea virginal esta dichosa leche.

¡Cuál no seria el gozo espiritual de la Virgen y qué inmensidad de divino consuelo inundaria su alma cuando tenia en sus brazos y estrechaba á su seno al Hijo del Dios vivo, al Criador del mundo, al que es el regocijo de los ángeles y la felicidad del universo, al que es su amado tesoro, su delicia y su todo! Si los reyes magos, solo por verle y adorarle en el pesebre, rebosaron en tan indecible alegría que no pudo espresarla el Evangelio sino aglomerando muchas palabras que significan lo mismo: *Gavisi sunt gaudio magno valde.* ¡Qué gloria la de la Madre que siempre le poseia, continuamente le veia y tenia el privilegio envidiado por los ángeles de besar su adorabilísimo rostro, y de estrechárselo con tal frecuencia á su abrasado corazón! ¡Ah! ¿Qué decia y qué hacia aquel encendido corazón? Si no espiró de gozo, fué porque le sostuvo la diestra del Escelso.

«¿Qué haceis, Virgen Santisima, qué haceis? Doy mi leche al que me ha dado el sér: le doy la leche que se convierte en su carne, la leche que se convierte en sangre de sus venas: esta carne que yo le doy, padecerá los tormentos de su pasion, y esta sangre que yo le suministro, se derramará en la cruz por la salud de los pecadores.—Señora, segun eso, ¿seréis vos quien pagueis sus deudas, y seréis por consiguiente su salvador?—No, nunca seré yo su salvador, sino quien á

su verdadero Salvador dá la carne y la sangre con que los salva; y por tanto es indudable que tengo una gran parte en la salvacion. Asi podrá decirse con entera verdad que él ha salvado por mí á todos los pecadores, y que yo los he salvado por él. Tambien podrá decirse que yo soy por él, y él por mí, quien alimenta con la santísima Eucaristía á los verdaderos hijos de la Iglesia; pues si de mí no hubiese recibido su cuerpo y su sangre, no los daria en comida y bebida. Y recibiendo el mismo cuerpo y sangre que yo le dí para ellos, puede muy bien decirse que cuando comulgan están como colgados de mis virginales pechos, saboreándose con la esquisita leche que destilan.»

¡Ah! no separemos nunca al Hijo de la Madre, ni á la Madre del Hijo en la grande obra de nuestra salvacion: si separamos al Hijo de la Madre, y le consideramos como si nada tuviese de ella, no tendríamos ni Salvador ni Redentor que pague con su sangre divina las deudas de nuestros pecados, porque no habrá una madre que con la leche de sus virginales pechos le suministre el precio de nuestro rescate. Lo que de ella recibe por la boca, algun dia nos volverán sus llagas, siendo tal la conexion de los pechos de Maria con las llagas de Jesus, que aquellos y estas son los ricos manantiales de nuestra salvacion eterna.

Aliéntate, hombre, esclama un Padre de la Iglesia, acércate confiadamente al trono de Dios, aunque seas culpable, pues tienes tan poderosos medianeros, al Hijo para con el Padre, y la Madre para con el Hijo; el Hijo muestra al Padre su costado abierto con la lanza, y la Madre muestra al Hijo su dulcísimo seno y los pechos que le lactaron: él y ella claman en tu favor con las voces de su sangre y de su leche, salidas de lo íntimo de sus compasivos corazones. ¿Negará el Hijo á la Madre lo que para tí le pida? ¿Negará el Padre á su Hijo lo que le pida en beneficio tuyo? ¿Pues cómo será posible que seas desechado? Y si aun lo temes, mezcla tus propias lágrimas á la sangre de Jesus y á la leche de Maria, y tén por cierto que alcanzarás misericordia.

San Bernardo tuvo el consuelo de verse entre Jesucristo

crucificado, que derramaba de sus llagas los torrentes de su sangre divina, y María que de sus pechos sacratísimos destilaba el precioso néctar de su leche : uno y otro objeto le enamoraba, uno y otro le robaba el corazón. ¿A dónde me volveré? decía. Por un lado me asegura la vida eterna esta sangre adorable, por el otro una leche virginal me hace gustar las dulzuras de un celestial maná. ¡Oh cuán adorables son ambas! ¡Oh cuán amables me parecen ambas! Véome suspenso entre una y otra, y no sé á cuál volverme : *Hinc pascor à vulnere; illinc lactor ab ubere : quo me vertam, nescio.*

CAPÍTULO XX.

Es de fe que esta Madre virgen ha sido siempre purísima, y que su único Hijo fué la misma pureza, por lo cual ni el Hijo ni la Madre tenían necesidad de purificarse; pero Dios habia dado á los judios una ley, que á todas las madres obligaba á tres cosas. 1.^a A presentarse en el templo á los cuarenta dias de dar á luz un hijo. 2.^a A ofrecer á Dios dos tórtolas ó dos palomas en sacrificio, á fin de purificarse con este acto de religion. 3.^a A ofrecer su hijo al Señor como un don, que de él habian recibido.

Es indudable que ni el Hijo ni la Madre habian menester de la purificacion, pues nada tenían de impuro; pero quisieron observar la ley para dar ejemplo á todo Israel, principiar la obra de la salud del mundo, y practicar las esclarecidas virtudes de obediencia, humildad, adoracion suprema á Dios,

sacrificio, oracion, devocion y otros muchos actos de la virtud de la religion, y porque espirando en aquel tiempo la ley antigua, y viniendo el mismo Dios á abolirla, parecia justo que la sepultase honrosamente en su persona.

Tres razones obligaban á todas las otras madres á la observancia de la ley, y las mismas manifiestan la exencion de María. Era la primera el pecado de nuestros primeros padres; y esta misma la esceptúa claramente, pues no ha tenido parte alguna en el pecado de origen, y por consecuencia no es merecedora de su castigo como las otras mujeres. Cuando el Altísimo dijo á Eva : «tú serás madre con muchas incomodidades y al fin parirás con dolor,» no lo dijo por la Madre admirable que concibió á su único Hijo como en el esplendor de los Santos, abismada en un océano de gracia, y por obra del Espíritu Santo le llevó en su castísimo seno sin la mas leve incomodidad, y á los nueve meses le dió á luz, no solo sin dolores, sino antes bien con divino alborozo, conservando siempre intacta su virginal pureza. No estaba, pues, obligada á la ley de la purificacion, ni á permanecer lejos del templo como inmunda, ni á ofrecer á Dios el sacrificio de espiacion por el pecado.

La segunda razon, que sometia á las madres á la ley era el que sus hijos fuesen pecadores. Por consiguiente lo contrario formaba la gloriosa escepcion de María. ¿Pues quién se atreveria á decir que concibió en pecado al divino Jesus? ¿Nó era Dios, no era el Santo de los Santos, no era el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo? ¿Quién se atreveria á decir que la Virgen produjo á un enemigo de Dios, á un objeto de su odio? ¿Nó es él la delicia del Padre y el objeto de su divina complacencia? ¿Quién se atreveria á decir que hubiese quedado inmunda por haber producido al Dios de la pureza, ó que estuviera obligada á ir á purificarse al templo la que era templo vivo de Dios?

La tercera razon que obligaba á las madres á la observancia de esta ley, era el dejar de ser vírgenes al recibir el título de madres. Claro es que esta ley esceptuaba á la Santísima Virgen al obligar á todas las otras, pues por ser madre no

crucificado, que derramaba de sus llagas los torrentes de su sangre divina, y María que de sus pechos sacratísimos destilaba el precioso néctar de su leche : uno y otro objeto le enamoraba, uno y otro le robaba el corazón. ¿A dónde me volveré? decía. Por un lado me asegura la vida eterna esta sangre adorable, por el otro una leche virginal me hace gustar las dulzuras de un celestial maná. ¡Oh cuán adorables son ambas! ¡Oh cuán amables me parecen ambas! Véome suspenso entre una y otra, y no sé á cuál volverme : *Hinc pascor à vulnere; illinc lactor ab ubere : quo me vertam, nescio.*

CAPÍTULO XX.

Es de fe que esta Madre virgen ha sido siempre purísima, y que su único Hijo fué la misma pureza, por lo cual ni el Hijo ni la Madre tenían necesidad de purificarse; pero Dios habia dado á los judios una ley, que á todas las madres obligaba á tres cosas. 1.^a A presentarse en el templo á los cuarenta dias de dar á luz un hijo. 2.^a A ofrecer á Dios dos tórtolas ó dos palomas en sacrificio, á fin de purificarse con este acto de religion. 3.^a A ofrecer su hijo al Señor como un don, que de él habian recibido.

Es indudable que ni el Hijo ni la Madre habian menester de la purificacion, pues nada tenían de impuro; pero quisieron observar la ley para dar ejemplo á todo Israel, principiar la obra de la salud del mundo, y practicar las esclarecidas virtudes de obediencia, humildad, adoracion suprema á Dios,

sacrificio, oracion, devocion y otros muchos actos de la virtud de la religion, y porque espirando en aquel tiempo la ley antigua, y viniendo el mismo Dios á abolirla, parecia justo que la sepultase honrosamente en su persona.

Tres razones obligaban á todas las otras madres á la observancia de la ley, y las mismas manifiestan la exencion de María. Era la primera el pecado de nuestros primeros padres; y esta misma la esceptúa claramente, pues no ha tenido parte alguna en el pecado de origen, y por consecuencia no es merecedora de su castigo como las otras mujeres. Cuando el Altísimo dijo á Eva : «tú serás madre con muchas incomodidades y al fin parirás con dolor,» no lo dijo por la Madre admirable que concibió á su único Hijo como en el esplendor de los Santos, abismada en un océano de gracia, y por obra del Espíritu Santo le llevó en su castísimo seno sin la mas leve incomodidad, y á los nueve meses le dió á luz, no solo sin dolores, sino antes bien con divino alborozo, conservando siempre intacta su virginal pureza. No estaba, pues, obligada á la ley de la purificacion, ni á permanecer lejos del templo como inmunda, ni á ofrecer á Dios el sacrificio de espiacion por el pecado.

La segunda razon, que sometia á las madres á la ley era el que sus hijos fuesen pecadores. Por consiguiente lo contrario formaba la gloriosa escepcion de María. ¿Pues quién se atreveria á decir que concibió en pecado al divino Jesus? ¿Nó era Dios, no era el Santo de los Santos, no era el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo? ¿Quién se atreveria á decir que la Virgen produjo á un enemigo de Dios, á un objeto de su odio? ¿Nó es él la delicia del Padre y el objeto de su divina complacencia? ¿Quién se atreveria á decir que hubiese quedado inmunda por haber producido al Dios de la pureza, ó que estuviera obligada á ir á purificarse al templo la que era templo vivo de Dios?

La tercera razon que obligaba á las madres á la observancia de esta ley, era el dejar de ser vírgenes al recibir el título de madres. Claro es que esta ley esceptuaba á la Santísima Virgen al obligar á todas las otras, pues por ser madre no

dejó de ser virgen, porque recibiendo del Espiritu Santo, y no de un hombre, la fecundidad, nada perdió de su integridad perfecta, antes por el contrario la aumentó y perfeccionó como, segun las palabras de San Agustin, canta la Iglesia en alabanza suya: *Matris integritatem non minuit, sed sacrauit.* (August. serm. 24 de tempore.)

Queda demostrado que esta ley no la obligaba, pero María cumplió con ella por haberse impuesto la misma Señora otra ley muy diversa, cual es la del buen ejemplo, pues jamás habria consentido en dar la mas minima ocasion de que el prójimo se escandalizara con su conducta. Y cierto que hubiera causado escándalo verla dispensarse de una ley, que con tanta puntualidad observaban las demás mujeres. ¿Qué no se hubiera dicho de la omision de una práctica tan santa, ignorándose las razones que para ello tenia la Reina de la santidad? Y no solo por evitar el escándalo, sino tambien porque estaba obligada, como todos lo estamos, á dar buen ejemplo á sus prójimos.

Movióla tambien á ello la virtud de la obediencia, no contentándose con el cumplimiento de sus deberes, y haciendo mucho mas de lo que debia, y así no solo fué tan puntual en las cosas de su obligacion, sino tambien en las que no lo eran por abundancia de buena voluntad y acrecentamiento de fidelidad.

Impelióla por último el deseo de practicar las mas heroicas virtudes, y en toda su perfeccion. Llegó á lo sumo en aquella ocasion su humildad incomparable, pues sacrificó toda su gloria y hasta la de su Hijo, poniéndose en el orden de las mujeres que necesitaban purificarse, como si no fuese una madre-virgen, y á su Hijo en la esfera de los pecadores como si no fuera Dios.

Esponiendo San Agustin aquellas palabras del salmo XVIII: *In sole posuit tabernaculum suum*; puso en el sol su tabernáculo, por este sol entiende la humildad de Nuestra Señora, en la cual el Dios-Hombre se ha sentado como en el trono de su gloria; pues así como el sol eclipsa con su presencia á los demás astros á fin de campear solo, y ni aun consiente

que le mirémos, puesto que se esconde tanto en su propia luz que no hay quien le mire de frente, así la verdadera humildad encubre las demás virtudes, oculta las perfecciones del alma, y luego hace todo lo posible por esconderse á si misma.

¿A dónde están en el misterio de su purificacion las sobrehumanas grandezas de María? No se trasluce ni sombra de tanta gloria, está escondida bajo el velo de su humildad. ¿A dónde está la honra de haber concebido por obra del Espiritu Santo, la de haber parido sin dolor y sin la menor impureza? ¿A dónde la de ser madre de un Dios? Es su humildad el sol, que eclipsa todos estos brillantísimos astros del firmamento. ¿Y osténtase por ventura esta humildad tan profunda, tan esplendorosa y admirable? No aparece, porque se emplea en una accion ordinaria, comun á todas las mujeres, y en la cual nadie á primera vista sospecha que se encierre un acto heroico de esta sublime virtud.

Aunque no se hizo para ella la ley de la purificacion, sin embargo estaba la Señora muy obligada á presentarse en el templo para dar gracias á Dios como las otras madres por el incomparable beneficio de su fecundidad. San Pablo nos advierte que toda paternidad viene de Dios como de su principio, que tiene esta gracia guardada en sus tesoros para concederla á quien le place; y por esto en todos tiempos han ido las madres á presentarse al templo con el fin de dar gracias á Dios por el beneficio de su fecundidad. Por lo cual, aunque María no tuviese mas motivo que ser madre, estaba como las otras obligada á esta santa ceremonia.

Si consideramos que es madre del Verbo encarnado, deducirémos al momento que ella sola debia al Todopoderoso mas que todas las otras madres juntas, y por consiguiente estaba mas obligada á darle gracias por haberla honrado y distinguido con una fecundidad tan rica y prodigiosa. Pero no comparemos sus obligaciones por su divina fecundidad con las de todas las otras madres juntas; menester seria compararlas con las que Dios mismo tendria, si por caso imposible debiese á algun otro su divina fecundidad; pero esto es un absurdo;

toda la obligacion recae sobre la Madre de Jesus, que no teniendo este poder por sí misma, lo recibió del Altísimo por una gracia enteramente gratuita. ¡Y qué beneficio tan escelso, ó Dios de amor! ¡Ser por gracia madre del mismo Hijo, de quien Dios es padre por su divina naturaleza!

¡Ah! ¡cuáles serian por tan imponderable beneficio los sentimientos de su corazón! ¡Cuán obligada se creeria á ir al templo de Jerusalén á dar infinitas gracias á su amoroso Bienhechor!..... Ni podia dárselas debidamente sino ofreciéndole el mismo tesoro infinito, que de él recibió. Llévale por tanto en sus brazos y le entrega al buen anciano Simeon para que le ofrezca á Dios en nombre de la naturaleza humana, y principalmente en el de su Madre. ¡Oh cuánto desearia que todas las criaturas se volvieran lenguas y corazones para dar gracias á Dios por ella! Ni podemos nosotros hacer cosa que le sea mas grata que ayudarle á dar gracias al soberano Autor de todo bien.

Otro de los motivos que la impelian á cumplir con esta ley, era la gloria de Dios, pues le honraba infinitamente con presentarle á su Hijo. Los teólogos consideran en Dios dos especies de gloria: una que llaman interior, y consiste en su propia Divinidad; y otra que denominan exterior, la cual está cifrada en las alabanzas y suprema adoracion, que sus criaturas le tributan. Una y otra gloria hallábase encerrada en aquel divino Infante, que presentára la Doncellita-madre: la gloria interna, porque es verdaderamente Dios, poseyendo todas las infinitas grandezas de Dios; y la esterna, porque las criaturas solo por él glorifican dignamente á la augustísima Trinidad.

¡Oh Virgen santa! ¿Quién dirá el precio de las riquezas que en las manos teneis? ¿Quién comprenderá la alteza y dignidad del sacrificio, que vais á ofrecer en el templo? Vais á presentarle á Dios el homenaje de toda su gloria interior y exterior, porque le presentais un Dios que le es igual en todo, despues de haberle hecho inferior suyo, dándole el sér de hombre. Infinita es la gloria que recibe al verle en vuestros henditos brazos, como en altar de suavísima fragancia. No

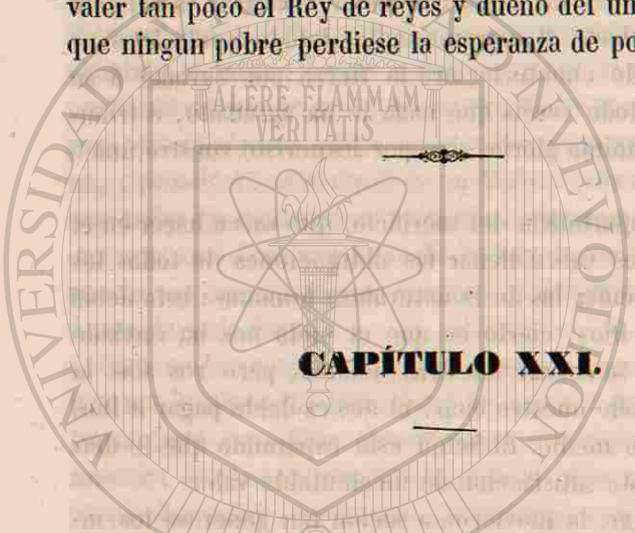
solo vais á ofrecerle toda su gloria interna, sino tambien toda la esterna, porque toda está encerrada en vuestro amado Hijo, como en su principio. Recorred con el pensamiento todos los tiempos desde la creacion del mundo hasta el fin de los siglos: recorred todos los lugares desde un confin á otro del universo: contemplad la innumerable muchedumbre de las generaciones humanas: considerad todas sus buenas obras, y en especial todas las prácticas de la virtud de la religion que tiene por objeto el supremo culto debido á solo Dios, y por último, todo cuanto hiciere la tierra por agradar á su Hacedor; y en todo veréis que nada le ha agradado, ó tributádole la mas mínima gloria, sino por Jesucristo vuestro único hijo.

Hé aquí la importancia del sacrificio, que vais á hacer en el templo: sola vos vais á llenar las obligaciones de todos los séres y en particular las de la naturaleza humana: esta debia infinitamente á Dios; cierto es que el cielo nos ha enviado su tesoro para satisfacer nuestras deudas; pero vos sois la depositaria de todo nuestro bien; ni nos es dable pagar á Dios sino por vuestro medio. El Señor está esperando que le déis en su templo esta satisfaccion de incalculable valor.

En tercer lugar, la movieron á accion tan generosa los intereses de los pobres pecadores, que le estaban confiados. Considerémos donde vá, mirémos lo que hace, observémos sus pasos: vá al templo, lugar destinado para el sacrificio: lleva á un Dios pasible y mortal que el mundo espera desde la creacion como á preciosa victima, única que puede reconciliarle con su Juez indignado; la pone en manos del sacerdote Simeon. ¿Y qué hará una victima en manos del sacrificador sino ser sacrificada? Pero aun no es llegado el tiempo, no es este el sitio del sacrificio eruento. Veo sin embargo una cruz, veo los brazos de la Santísima Virgen estendidos y levantados para presentar su victima: veo al amor divino hacer el oficio de sacrificador, hiriendo con un mismo golpe mortal los corazones del Hijo y de la Madre: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius.*

Mandábase en la ley que los primogénitos de los animales

se consagrasen al Señor y se le sacrificasen en su templo, y que los primogénitos de los hombres, en vez de ser sacrificados, fuesen rescatados por sus padres; según esta ley la Virgen inmaculada, después de haber presentado al Eterno á su primogénito, le rescató viniendo á ser la redentora del que había de redimirnos con los raudales de su sangre; y dió por él dos tortolillas y algunas moneditas de plata, queriendo valer tan poco el Rey de reyes y dueño del universo á fin de que ningún pobre perdiese la esperanza de poseerle.



CAPÍTULO XXI.

Tenia la Virgen Nuestra Señora para con Jesús tres relaciones de todo punto particulares. Considerábase como á su Hijo y le amaba con un amor natural: como amante suya le amaba con un amor sobrenatural, como á su Dios amábase con un amor infuso y enteramente divino. Y lo más notable es que estas tres suertes de amores formaban en ella un mismo y único amor, que podía en algún modo llamarse amor trino y uno, componiendo todos ellos un solo vínculo indisoluble. Mas aunque los consideremos como uno solo en el corazón de María, no dejaremos sin embargo de distinguirlos, contemplándolos sucesivamente para ver mejor su extraordinaria hermosura y admirar el imperio que ejercieron en su maternal corazón. Principiemos por el amor natural.

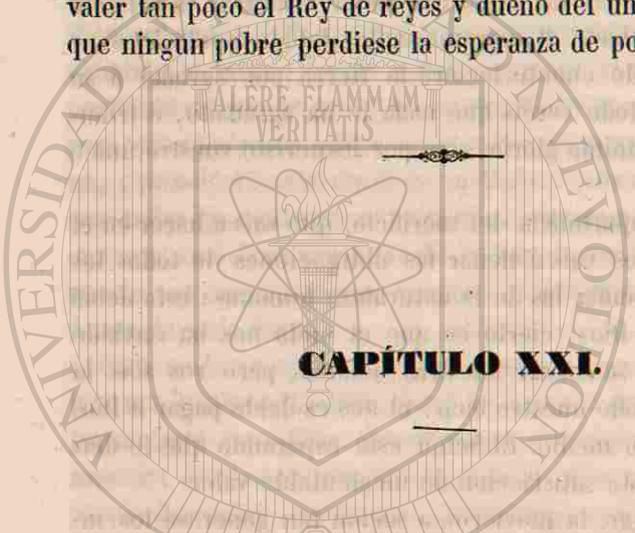
Distínguese el de la Virgen del amor de las otras madres en que ella es en realidad madre de un Hombre-Dios: en

calidad de madre natural de un hombre, su amor natural le es común con todas las otras madres, aunque muchísimo más perfecto; pero en calidad de Madre del Hijo de Dios su amor natural de madre le es común con el de Dios Padre, pues está fundado en la divina maternidad, que los Santos Padres llaman atrevidamente una admirable participación de la fecundidad de Dios: enseñándonos la fe que el Eterno Padre y la Madre Virgen tienen un solo y un mismo Hijo que les es común, podemos también decir que uno y otro tienen un mismo amor para con el Hijo que les es común. ¡Oh amor natural de la Madre de Dios, cuán divino eres! ¡Cuán superior al de las otras madres!

Si cotejamos el de estas con el de la Madre de Jesús, será notabilísima la diferencia que hallemos entre ambos. El de aquellas adolece por lo regular de algunas imperfecciones; en el de María no se hallan: el de aquellas suele estar dividido entre varios hijos, y por lo mismo toca menos á cada uno de estos; en el de María no hay divisiones; á solo Jesús pertenece por entero, y un amor indiviso es sin comparación alguna más ardiente, más constante y perfecto. Las otras madres, aunque solo tengan un hijo, tan solo por mitad pueden llamarse la fuente de su ser, y por tanto la naturaleza ha distribuido entre ellas y los padres el amor natural, que por ordenación de la bondadosa Providencia es el más dulce patrimonio de los hijos. Solo María era el padre y la madre de su Hijo, no habiendo concurrido ninguna otra persona á darle el ser humano; luego ella sola era deudora, y ella sola pagaba al divino Verbo humanado todo el amor natural de que es tan digno.

Las otras madres tienen muchas razones para que en ellas se entibie el amor natural á sus hijos, porque unos son defectuosos en el cuerpo, otros de muy escaso talento, otros de mala índole y perversas inclinaciones; unos son desobedientes, otros se muestran ingratos á los beneficios que de ellas han recibido, después que mucho las hicieron padecer cuando los llevaban en su vientre, y cuando los daban á luz, y cuando los lactaban, y cuando los educaban y alimentaban

se consagrasen al Señor y se le sacrificasen en su templo, y que los primogénitos de los hombres, en vez de ser sacrificados, fuesen rescatados por sus padres; según esta ley la Virgen inmaculada, después de haber presentado al Eterno á su primogénito, le rescató viniendo á ser la redentora del que había de redimirnos con los raudales de su sangre; y dió por él dos tortolillas y algunas moneditas de plata, queriendo valer tan poco el Rey de reyes y dueño del universo á fin de que ningún pobre perdiese la esperanza de poseerle.



CAPÍTULO XXI.

Tenia la Virgen Nuestra Señora para con Jesús tres relaciones de todo punto particulares. Considerábase como á su Hijo y le amaba con un amor natural: como amante suya le amaba con un amor sobrenatural, como á su Dios amábase con un amor infuso y enteramente divino. Y lo más notable es que estas tres suertes de amores formaban en ella un mismo y único amor, que podía en algún modo llamarse amor trino y uno, componiendo todos ellos un solo vínculo indisoluble. Mas aunque los consideremos como uno solo en el corazón de María, no dejaremos sin embargo de distinguirlos, contemplándolos sucesivamente para ver mejor su extraordinaria hermosura y admirar el imperio que ejercieron en su maternal corazón. Principiemos por el amor natural.

Distínguese el de la Virgen del amor de las otras madres en que ella es en realidad madre de un Hombre-Dios: en

calidad de madre natural de un hombre, su amor natural le es común con todas las otras madres, aunque muchísimo más perfecto; pero en calidad de Madre del Hijo de Dios su amor natural de madre le es común con el de Dios Padre, pues está fundado en la divina maternidad, que los Santos Padres llaman atrevidamente una admirable participación de la fecundidad de Dios: enseñándonos la fe que el Eterno Padre y la Madre Virgen tienen un solo y un mismo Hijo que les es común, podemos también decir que uno y otro tienen un mismo amor para con el Hijo que les es común. ¡Oh amor natural de la Madre de Dios, cuán divino eres! ¡Cuán superior al de las otras madres!

Si cotejamos el de estas con el de la Madre de Jesús, será notabilísima la diferencia que hallemos entre ambos. El de aquellas adolece por lo regular de algunas imperfecciones; en el de María no se hallan: el de aquellas suele estar dividido entre varios hijos, y por lo mismo toca menos á cada uno de estos; en el de María no hay divisiones; á solo Jesús pertenece por entero, y un amor indiviso es sin comparación alguna más ardiente, más constante y perfecto. Las otras madres, aunque solo tengan un hijo, tan solo por mitad pueden llamarse la fuente de su ser, y por tanto la naturaleza ha distribuido entre ellas y los padres el amor natural, que por ordenación de la bondadosa Providencia es el más dulce patrimonio de los hijos. Solo María era el padre y la madre de su Hijo, no habiendo concurrido ninguna otra persona á darle el ser humano; luego ella sola era deudora, y ella sola pagaba al divino Verbo humanado todo el amor natural de que es tan digno.

Las otras madres tienen muchas razones para que en ellas se entibie el amor natural á sus hijos, porque unos son defectuosos en el cuerpo, otros de muy escaso talento, otros de mala índole y perversas inclinaciones; unos son desobedientes, otros se muestran ingratos á los beneficios que de ellas han recibido, después que mucho las hicieron padecer cuando los llevaban en su vientre, y cuando los daban á luz, y cuando los lactaban, y cuando los educaban y alimentaban

con el trabajo de sus manos y con el sudor de su rostro, y aun á los buenos no faltan imperfecciones. Para la Madre de Jesus no habia cosa que no acreciese su amor, que no le inflamase y elevase hasta lo infinito.

Si es amable la hermosura del cuerpo, y si tiene grande atractivo para todas las madres, el Hijo de la Virgen era el mas hermoso de los nacidos. Si la belleza del alma hace amable al hombre mas que la del cuerpo, el alma del Hijo de la Virgen era la primera y la mas perfecta de todas las almas de los hijos de Adan. Si el respeto y la obediencia concilian á los hijos el amor de sus padres, jamás se ha visto respeto mas profundo, ni mas fiel y puntual obediencia que la de este Hijo divino: *Et erat subditus illis*. Si la gratitud á los beneficios recibidos hace mas amable al hijo que la demuestra; opinan algunos Santos Padres que Jesus hizo á María madre de todo su cuerpo místico en reconocimiento del cuerpo natural que ella le dió, es decir, que la hizo señora y soberana de todos sus escogidos en recompensa de la sangre que le dió para redimirlos.

Un hijo en suma mas amable que todos los hijos de todas las madres juntas; un hijo rey de reyes y señor de señores; un hijo adorado por los ángeles, temido por los demonios é infinitamente amado por su divino Padre. ¡Ah! ¿Cómo sería posible comprender la grandeza y perfeccion del amor que le tenia? Este amor vehementísimo la obligó á seguirle siempre, por do quiera y en todo.

¡Ay! vióle siempre entre cruces y dolores, y allí fué donde le manifestó de un modo mas espresivo la fuerza y la ternura de su amor. En la cruz le vé comenzar su vida, en la cruz le vé pasarla, en la cruz exhalarla, entendiéndose por cruz toda especie de dolores y acerbos padecimientos: apenas nace, y ya le lleva á presentarle en el templo como á una víctima, y porque esta Madre dolorosa estiende y alza los brazos para ofrecerle á la divina justicia, bien puede decirse con San Epifanio que ella es la cruz primera en la cual se sacrifica el verdadero Isaac.

Toda su vida le vé padecer continuamente una cruz in-

terna por el agudo dolor que le causan los innumerables pecados, con los cuales hacen los hombres una injuria infinita á la majestad de Dios; le vé padecer por el ardiente deseo de morir por ellos, no menos que por el ánsia de reparar la gloria de su divino Padre. Por último, le vé morir en cruz en medio de los dolores é ignominias del mas cruel suplicio. A todas partes le sigue el amor de la Madre ansioso y hambriento de participar de todas sus cruces. ¡De cuán asombroso heroismo la reviste su amor! ¡Cuán amargos sacrificios le impone!

La ignominia de ser madre de un ajusticiado, padecer agudos dolores, ver morir á su hijo á manos de verdugos con una muerte cruelísima é infame; hé aquí lo que ha ganado con ser madre de Dios; pero su amor es infinito y esto le basta: su amor en verdad es su mayor tormento, y al propio tiempo su mas dulce consuelo, pues para ella no hay delicia como verse semejante en un todo al adorado objeto de su amor. Así es que su amor natural la obliga á seguir incesantemente á su amado Jesus. ¿Y qué dirémos de su amor sobrenatural? ¡Oh madres! Ahora os llamo á aprender cómo habeis de amar á vuestros hijos.

Hagan las madres todos los esfuerzos posibles por sublimar el amor, que tienen á sus hijos; trabajen cuanto quieran, porque no sea natural sino racional; y no solo racional sino cristiano; y no solo cristiano sino perfecto, regulándole, segun la divina voluntad, será sin embargo cierto que en él cabe á la naturaleza una parte tan considerable que su amor jamás podrá llamarse absolutamente sobrenatural. Solo María tiene derecho para gloriarse de que el inmaculado fuego con que ama á su Santísimo Hijo, es completamente divino y sobrenatural.

El amor sobrenatural es la caridad, que Dios derrama en nuestras almas por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado, segun las palabras del grande Apóstol: *Charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis*. (Rom. 5, v. 5.)

Sentado pues que del Espíritu Santo recibe el alma el pre-

cioso tesoro de la caridad, siguese que á medida que él por mas tiempo habite y obre con mayor libertad, recibirá mas abundantemente el tesoro de su divina caridad. Ahora bien, es positivo que ninguna otra pura criatura estuvo ni estará jamás tan llena del Espíritu Santo como María; luego ninguna otra le ha igualado en esta especie de amor.

Leed y medita las palabras del sagrado Evangelio. Despues que el ángel la hubo saludado como llena de gracia, añadió que aun sobrevendria en ella el Espíritu Santo y que la virtud del Altísimo haria de ella como una sombra suya, y como una representacion de su augusta Majestad: *Spiritus Sanctus superveniet in te, et virtus Altissimi obumbrabit tibi.* (Luc. 1, v. 35.) Ved como el Espíritu Santo viene á ella dos veces: la primera para llenarla de la gracia santificante, la cual jamás se comunica sin él: la segunda para llenarla de otra suerte de gracia sobreescelente; y esta es la de su divina maternidad, gracia incomparable que con tanta perfeccion hace de esta Madre una sombra, una imágen, y si decirse pudiera, una copia de la Divinidad, que por ella viene á ser la verdadera madre del mismo Hijo, que tiene á Dios por padre, con solo la diferencia de que él es su padre por naturaleza y ella es su madre por gracia. ¡Oh Dios, qué prodigio de gracia!

Gracia, en cuya posesion entra y cuyo fruto percibe por medio de la misma persona del Espíritu Santo, que es el amor infinito, el amor personal y sustancial de Dios; ¿pues cómo concebir la abundancia de gracia y de amor sobrenatural que el Altísimo comunicó á la que entregaba su propio Hijo, y á su Santo Espíritu para que con ella fuese el principio de su sér humano?

Regla general es y recibida comunmente por los Santos Padres, y muy conforme á la razon que todos los privilegios, gracias, prerogativas y perfecciones, que el Señor ha dispensado á alguno de los Santos, los cuales no son mas que fieles siervos suyos, no solamente no las ha negado á su querida Madre, sino que se le ha conferido con mucha mas abundancia que á todos ellos; ¿pues cómo no habia de enri-

quecer tal Hijo á su Madre amabilísima mucho mas que á todos sus siervos?

Vemos que tan liberal fué con muchos Santos de aquel oro puro del fuego de su divino amor, que los tenia tan ardorosos y enajenados que no pensaban mas que en Dios, ni respiraban otra cosa que Dios. ¿Pues cuál seria el incendio del corazon de María? Solo aquellas vehementes y patéticas expresiones, aquella lánguida ternura, aquellos afectos incomparables, aquellos éstasis, aquellos desmayos, aquel santo frenesi de amor divino con que el Espíritu de sabiduría nos le dejó bosquejado en el *Cántico de los Cánticos*, pueden darnos alguna idea de su elevadísimo vuelo y celestiales ardores.

El amor adquirido no es mas en su principio que el amor sobrenatural, que el Espíritu Santo nos infunde; pero como está en nuestra mano aumentarlo con el buen uso que de él hagamos, llámase amor adquirido, en el concepto de que es el presente galardón con que el Todopoderoso corona siempre el mérito de las buenas obras. Ninguna hacemos, que actualmente no la pague con un nuevo grado de amor añadido al que ya poseiamos en recompensa de nuestra buena obra, por lo cual le llamamos amor (1) adquirido, aunque solo nos sea dable adquirir su acrecentamiento, pues el primer grado del amor divino jamás somos capaces de conseguirlo por nosotros mismos. ¡Oh qué idea tan consolatoria la de poder aumentar el precioso tesoro del divino amor en nuestras almas, y esto todos los dias y todas las horas del dia, y en todos los instantes de la vida! ¡Qué consuelo tan dulce y tan íntimo! En efecto, el que es la misma verdad nos asegura en el Evangelio que un vaso de agua con que á su nombre socorramos á un mendigo, no carece de mérito y recompensa, y aquel poco de agua aumenta en un alma el fuego del amor divino.

Partiendo de este principio indudable, ¿qué lengua seria capaz de espresar, ni qué entendimiento seria capaz de com-

(1) El autor hace aquí al amor sinónimo de gracia.

prender la grandeza del amor adquirido de la Santísima Virgen? Si alguien pudiese medir con alguna exactitud la grandeza de sus buenas obras, también alcanzaría á medir la de su galardón, es decir la grandeza de su amor adquirido. ¿Pero quién podrá hacerlo? ¿Dónde hallar una balanza para pesar una sola de aquellas? Por ejemplo, cuando dió el sér á un Dios-Hombre, á un Salvador del humano linaje, ¿habrá quien diga cuánto mereció con esto, habiendo determinado el Escelso que esta obra tan insigne fuera libre y voluntaria á fin de que le fuese meritoria? Y bien se puede asegurar que la Señora en algún modo ha producido solo con esta las buenas obras de todos los Santos, siendo verdad inconcusa que todas son consecuencias del asentimiento de María á la embajada del ángel de la anunciación. Y si cada buena obra que hacemos, ó que somos causa de que se haga, tiene su premio, y este consiste en el correspondiente acrecentamiento del amor adquirido, ¡oh Dios vivo! ¿á dónde no llegará esta grandeza en la nobilísima persona de vuestra Madre? Mientras más lo reflexionemos, más insondable nos parecerá este abismo.

Y nadie alcanzará, ni aun siquiera á imaginar, cuánto merecía la Emperatriz de los serafines cuando lactaba al Hijo de Dios con la leche de sus pechos virginales, y alimentaba con su propia sustancia aquel adorable cuerpo, que tanto había de sufrir por nosotros en su pasión, y cuando llenaba sus venas de aquella preciosa sangre, que había de verter por nosotros en el Calvario. El Cardenal Halgrino compara la leche que le daba de sus castísimos pechos con toda la sangre, que los mártires han derramado por él y por la defensa de su nombre, y concluye que en realidad la Santísima Virgen mereció con su leche más que todos los mártires con su sangre: *Mirabilis prerogativa merendi monstratur in Virgine, quæ non minus meruit fundendo lac de uberibus suis ad Filii nutrimentum quam martyres meruerunt fundendo sanguinem suum in martirio; omnium enim operum merces secundum radicem charitatis pensatur.* Y con razón; pues la sangre de los mártires se derramó en defensa de la fe, y la leche de

María se dió por alimento á la adorable persona de Jesús, objeto de la misma fe.

Y si aun queremos formar una idea más viva del gran tesoro de su amor adquirido, acordémonos de lo que el soberano Juez de vivos y muertos dirá á sus escogidos en el día del juicio: «Venid, benditos de mi Padre, venid á tomar posesión de las eternas coronas, que por su misericordia os ha preparado, y que por justicia se darán á vuestros merecimientos: tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, desnudo estaba y me vestisteis, y peregrino me recibisteis en vuestra casa.»

¿Y á quién en rigor y literalmente dirigirá estas palabras, sino á su Madre Santísima? Solo ella pasó toda su vida en compañía de su amado Jesús, prestándole inmediatamente cuantos servicios y obsequios puede hacer una madre al hijo de sus entrañas, dándole siempre la casa, el vestido, la comida y todo lo demás necesario á la vida. «Ven, pues, bendita de mi Padre, ven, amada de mi corazón, ven y te pondré en las sienes la primer corona de mi gloria, ven á ocupar el trono más encumbrado de mi eterno imperio, porque tuve hambre ¡y cuántas veces me diste de comer! Tuve sed ¡y cuántas veces me diste de beber! Desnudo estaba, y me vestiste; peregrinando no tenía habitación sobre la tierra, y recibíste en tu casa.»

¡Ah! por más que examinásemos y pesásemos una por una todas sus obras buenas, jamás llegaríamos á penetrar lo que mereció con ellas la diligente Madre de la divina gracia. Cuántas fuesen aquellas, y cuán sublimes, no es dable imaginarlo: quedaría abrumado y confuso nuestro entendimiento con semejante empeño; mejor será meditar en el silencio de la oración mental con cuánto fervor y anhelo seguía por doquiera á Jesús la enamorada Madre, á impulsos de este amor adquirido; y siendo cierto que el amor es quien dirige todos los pasos de los que tiene abrasados en su activísimo fuego; ningún alma le ha seguido tan de cerca y con pasos tan agigantados como ella, porque ninguna le ha amado tanto, por lo cual San Epifanio la llama: *Perpetuam Jesu sectatricem.*

CAPÍTULO XXII.

Los teólogos distinguen entre la gracia santificante y la gratisdata, diciendo que todas las gracias que se nos dan por nuestra propia utilidad para que nos hagamos mas gratos á Dios, y nos unamos mas íntimamente con él, se llaman gracias santificantes ó gratificantes: *Gratum facientes*; por lo cual no se cuentan entre las gratis datas; y que estas son las que recibimos para trabajar en la salvacion del prójimo. A todos es necesaria para ser santos la gracia santificante, y será mas santo quien mas la posea. Pero pueden tenerse gracias gratisdatas ó gratuitas, sin ser santo.

Prévia esta dilucidacion, es mas fácil responder á la pregunta de si Maria reunió en su persona todas las gracias gratis datas, además de la inmensidad de su gracia santificante. Hablando absolutamente y sin mas exámen, sobran razones para afirmar que las poseyó todas de un modo mas perfecto que todos los santos, si se exceptua á nuestro divino Salvador. Baste por todas ellas la siguiente. Quien recibe gracias para emplearlas en beneficio espiritual del prójimo, se cree que ha recibido gracias gratuitas; y como nadie las recibió tan abundantes en pro del humano linaje como la Santísima Virgen, pues produciéndonos al Salvador del universo, contribuyó á la salvacion de los mortales mas que todos los ángeles, mas que todos los patriarcas, profetas, apóstoles, confesores, doctores y mártires de la ley antigua y nueva, síguese que en mas abundancia que todos ellos poseyó las gracias gratuitas.

Mas descendamos á algunos pormenores, é indaguemos si realmente poseyó todas las gracias gratuitas, que resplande-

cieron en otros santos. El Apóstol de las naciones en la epístola á los Corintios señala hasta nueve especies, que segun él distribuye el Espiritu Santo á diferentes personas. Unos, dice, reciben el espíritu de sabiduria, otros el espíritu de ciencia, otros el don de fe, otros la gracia de restituir la salud á los enfermos, otros la de obrar milagros, algunos el don de profecía, otros el discernimiento de los espíritus, otros el don de lenguas, y otros la inteligencia para interpretar fácilmente la sagrada Escritura.

Santo Tomás, á quien sigue en esto la mayor parte de los teólogos, tiene por indudable que nuestra divina Madre las tuvo todas, al menos en hábito, y que aun poseia en acto las que no repugnaban á su sexo y condicion, conviniendo al ministerio sublime á que Dios la destinaba. Fijemos la atencion en sus palabras. «No debemos dudar, nos dice, que la Santísima Virgen haya recibido superabundantemente el don de sabiduria y la virtud de obrar milagros, como tambien el espíritu de profecía; sin embargo no recibió el uso de todas las gracias gratuitas, siendo este un privilegio que solo á Jesucristo pertenece: solamente ejerció las que á su condicion convenian: recibió por ejemplo el uso del don de sabiduria para sostenerse y confirmarse en sus contemplaciones sublimes, pero no tuvo facultad para emplearlo en predicar públicamente el Evangelio, porque no era conveniente á su sexo. Poseia la gracia de obrar milagros, mas no hizo uso de ella, principalmente mientras Jesus enseñaba, porque convino que él solo hiciese milagros en confirmacion de su doctrina, y esto debia reservarse á los que él mismo enviaba á predicarla al pueblo como á sus Apóstoles y discípulos.» En efecto, ¿de dónde nace que no hizo ningun milagro el gran precursor San Juan Bautista, y que tampoco hizo ninguno la Santísima Virgen durante la vida de nuestro Señor? A fin de que, responde Santo Tomás, no se dividiere entre varias personas la atencion de los pueblos, y solo para Jesucristo tuviese ojos y oídos.

Tuvo pues la Señora en altísimo grado el don de sabiduria, es decir, un sublime conocimiento de los misterios de la Di-

vinidad y de toda la economía de la redención del mundo, de modo que nadie profundizó tanto como ella en las virtudes divinas.

Después de la Ascension del Señor, fué María el segundo sol de la Iglesia. San Ignacio mártir, San Anselmo y otros varios aseguran que instruía á los Apóstoles y les revelaba muchos misterios que no comprendían: *Multa Apostolis per Mariam revelabantur.* (Anselm. l. de excellentia Virg. c. 7). De todas partes se le consultaba sobre los puntos mas difíciles, y á ella se dirigian para alcanzar la inteligencia de las palabras é intenciones del divino Maestro, como á quien perfectamente las sabia. Era la doctísima maestra de los Apóstoles y de toda la Iglesia católica, como la llama San Anselmo: *Ecclesie et Apostolorum doctricem, et sapientissimam magistram.* (Idem l. de concep. Virg. c. 27).

Aunque María por su sexo no tuvo autoridad para enseñar en público como los Apóstoles, ni para presidir como los preladados en las asambleas; sin embargo, instruía y decidía mas que todos ellos privadamente. Nadie se le acercaba sin que de ella se separara mas instruido en el conocimiento de Dios. Serviale además el don de sabiduría en su continua contemplacion. Era un astro que jamás se eclipsaba, astro siempre iluminado é iluminante, que recibia incesantemente las luces del sol divino y las comunicaba al mundo con sus ejemplos y palabras.

Dice Ruperto Abad que los Apóstoles la miraron siempre como á su oráculo, y que sin embargo de que estaban llenos del Espíritu Santo, consultábanla muchas veces, como si en ella hubiesen hallado un comentario vivo de todas las palabras del Evangelio. Aun hoy vemos que los predicadores ejerciendo el ministerio de los Apóstoles, recurren á ella como á la mas sabia intérprete de los divinos oráculos, que han de esponer al pueblo, rezando el *Ave Maria* al principio de sus sermones, y haciéndola rezar á su auditorio con el mismo fin. ¡Cuántos doctores célebres, cuántos insignes predicadores le debe la Iglesia! Sabido es el prodigio que obró con San Alberto magno, haciéndole admirable por su

sabiduría, y que hizo lo mismo con el Abad Ruperto, que cuando jóven era tan negado que nada aprendia en ciencia alguna, y luego vino á ser el asombro de su siglo. No acabariamos nunca si hubiésemos de señalar las muchas y brillantes lumbreras, que ha encendido en el firmamento de la Iglesia. Digalo San Bernardino de Sena, el cual teniendo un impedimento natural en la lengua, y tal ronquera que no le era posible predicar, llegó á ser oráculo de predicadores y magnífico ornamento del orden seráfico, por favor de María, que no solo le curó instantáneamente, sino que tambien le llenó de los raudales de luz divina, que admiramos en sus escritos.

San Buenaventura la consideraba como esas lámparas, que están ardiendo dia y noche delante del Santísimo Sacramento, las cuales nunca dejan de iluminar nuestros templos; y al modo que ellas suministran la luz cuando se trata de encender los cirios para la celebracion de los divinos misterios, así la Virgen derrama abundancia de luces á toda la Iglesia cristiana; el Señor la tiene espresamente en su casa como antorcha de luz inestinguible para iluminar y abrasar en su purísimo fuego á sus siervos hasta la consumacion de los siglos: *Ipsa est lucerna Ecclesie ad hoc destinata á Deo.*

¿Qué se entiende por don de fe? ¿Es acaso la virtud teológica, que se nos dá para creer todos los misterios de la religion cristiana? No; no es esta una gracia gratuita, porque es absolutamente necesaria para la salvacion de quien la recibe. ¿Será acaso esa fe obradora de milagros, de la cual decia Jesucristo, que si la tuviésemos transportariamos con ella las montañas? No; aunque es cierto que la virtud de obrar milagros es una gracia gratuita, no es precisamente el don de fe. ¿Pues en qué consiste? Santo Tomás enseña que es un talento particular para persuadir fácilmente las verdades de la fe, el cual supone que quien la posee esta firmemente persuadido de ella, y es una gracia que Dios suele derramar en los labios de los predicadores y de la cual proveyó copiosamente á los Apóstoles al enviarles á predicar el Evangelio por la redondez del orbe.

No cabe duda en que María tuvo este don precioso en un grado mas perfecto que los Apóstoles, pues sin hacer gran caso de la piadosa creencia de los que sostienen que convertia instantáneamente á la fe á cuantos hablaba; ¿no tenemos en el Evangelio una prueba evidente cuando alcanzó de Jesus el primer milagro en favor de los convidados á las bodas de Caná? ¿No mostró la firmeza de su fe cuando sufrió aquella aparente repulsa de su santísimo Hijo: *Quid mihi et tibi, mulier*; y esto no obstante creyó firmemente que él obraria el milagro que le pedia? Mas lo que sobre todo dió á conocer que tenia el don de fe y la facilidad de insinuarla en otros, fué que apenas dijo á los sirvientes de la casa que podian esperar el milagro, é hiciesen lo que Jesus les diria, pudo hacerlo creer en el acto, aunque ellos no veian indicio alguno.

¿Y á la Reina de los Santos habia de faltar el don de hacer milagros? No se estrañe la pregunta: sé que toda la Iglesia está llena de sus milagros: sé que no hay reino ni provincia en el mundo cristiano en que no haya muchas iglesias y capillas célebres por el insumable número de milagros, que en ellas ha obrado y obra todos los dias; pero nada de esto prueba que tuviese en vida el don de hacer milagros, pues sus infinitos prodigios son posteriores á su gloriosa asuncion. La cuestion versa sobre si tuvo verdaderamente el don de hacer milagros mientras vivió sobre la tierra.

No hallamos en la sagrada Escritura ningun milagro suyo, ni de San Juan Bautista. Santo Tomás parece que es de opinion que no convenia que hiciese ninguno durante la vida de Nuestro Señor, para que la divina omnipotencia no resplandeciera mas que en él y en los que él mismo enviaba á convertir las naciones. Pero aunque el Santo no conceda que haya tenido el uso del don de hacer milagros, no niega que haya tenido este don ni que usase de él despues de la Ascension del Salvador. San Juan Damasceno la llama un abismo de milagros; y Metafraste escribiendo su *Vida*, dice que en el momento que espiró se obró al rededor de su cuerpo tal multitud de prodigios que no era posible contar.

En cuanto al punto de la cuestion, que es si hizo ó no algun milagro durante su vida, nada podemos asegurar. Algunos creen con mucha probabilidad que los hacia en la infancia de Jesus, principalmente en su viaje á Egipto cuando era necesario para el bien de su divino Infante y despues de su ascension á los cielos para confirmar la fe que los Apóstoles predicaban, y afirmar la Iglesia naciente. Pero todo esto no pasa de una creencia piadosa.

En cuanto al don de profecía, no puede dudarse que lo tuvo Nuestra Señora, pues toda la Iglesia vé y admira la profecía que hizo de sí misma en su cántico *Magnificat*, viendo en espíritu los honores que le tributarían los ángeles y los hombres mientras exista el universo. Esto es lo que propiamente se llama profecía, ver las cosas futuras antes que sucedan. Profetizó que todas las generaciones la llamarían dichosa en vista de su eminente dignidad de madre de Dios: *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes*. Los siglos pasados y el siglo presente son testigos del cumplimiento de esta célebre profecía.

Veamos si igualmente tenia las otras gracias gratuitas, como el don de lenguas, la discrecion ó el discernimiento de los espíritus. Este consiste en una prudencia cristiana, que no está sujeta á ser engañada ni por artificios humanos, ni por la sutileza de las tentaciones, ni por las ilusiones del demonio, ni por la hipocresía de los herejes, ni por las falsas apariencias de una virtud fingida: es una luz que penetra al través del disimulo y de la mentira, como el sol por la nube, y en el fondo del alma descubre las mas ocultas verdades: es una participacion de la infinita sabiduría divina, que conoce perfectamente los secretos de los corazones. Así descubrió San Benito que no era el rey Totila aquel personaje de su corte, que por orden suya iba haciendo papel de monarca.

Siendo regla general aprobada por los teólogos que las gracias que Dios ha concedido á algunos de sus siervos no las ha negado á su propia Madre; bastaria decir: la gracia de la discrecion de los espíritus la han tenido algunos Santos;

luego infaliblemente la tuvo Nuestra Señora. Bien claramente lo mostró cuando el ángel vino á saludarla y anunciarle de parte de Dios que seria madre del Hijo del Altísimo. Otra que no tuviese la gracia del discernimiento de los espíritus, hubiera creído que era un demonio transfigurado en ángel de luz; hubiérale tenido por un tentador al oírle decir que seria madre habiendo ella hecho voto de virginidad, que seria madre de Dios la que se reputaba por vilísima esclava; pero tenia la gracia de la discrecion de los espíritus; y en un momento de reflexion sobre las palabras de aquel embajador conoció que era un ángel del Señor; y lo que es mas, segun la opinion de algunos Santos Padres, vió la esencia y la sustancia espiritual del ángel al través de los velos del cuerpo extraño con que venia encubierto aquel principe de la gloria. Tenia pues la Señora la gracia de la discrecion de los espíritus, y la tenia en el mas alto grado de perfeccion.

Tocante al don de lenguas, parece que no es necesario á su sexo, el cual no está ciertamente destinado á predicar ni á enseñar la fe. El mismo Santo Tomás no se ha explicado acerca de esto, ni ha decidido si tuvo ó dejó de tener el don de lenguas. Por una parte se vé en el Evangelio que habló poquisimo, y no se halla ningun testimonio de que hubiese hablado mas lengua que su idioma nativo. Por otra, como no debemos creer que Dios le haya negado ninguna de aquellas gracias que á otros Santos ha concedido, tambien parece muy creible que la privilegiada Esposa del Espiritu Santo tuviese el don de lenguas igualmente que los Apóstoles, á lo menos en el hábito, y en cuanto á la potencia de hablar todas las lenguas como ellos si le hubiese sido necesario. Esta probabilidad que Santo Tomás y otros, que le han seguido, vén por una y otra parte, los ha mantenido en un modesto silencio sin decidir nada.

Sin embargo el celo de algunos otros como de un Alberto el grande y de un San Antonino les hizo avanzar algunos pasos mas en esta senda, y escribieron ser cosa casi segura que recibió ella el don de lenguas igualmente que los Apóstoles, no solo en cuanto al hábito, sino tambien en cuanto al uso, y

que esta gracia le fué necesaria en muchas ocasiones. Por ejemplo, cuando los Magos fueron desde el Oriente á adorar al niño Jesus en la cueva de Belen, ¿no era preciso que entendiese su idioma y lo hablase para responderles? Cuando fué á Egipto por salvar á su divino Infante de la persecucion de Herodes, y permaneció allí por espacio de siete años, segun la opinion mas seguida, ¿por ventura nó le era necesario entender y hablar el idioma de aquellos paises? Además ¿no es muy probable que despues de la Ascension del Señor, cuando la fe empezaba á dilatarse en las regiones mas remotas, muchos viniesen de lejos á ver y á honrar á la Madre de su Dios? ¿Qué extraño es que los que la reverenciaban como á Madre del Hijo de Dios, sabedores de que aun vivía sobre la tierra y de que era un prodigio celestial, como la llamaban San Ignacio mártir y San Dionisio Areopagita; qué extraño es que muchos de los principales y de los mas espirituales viniesen de lejanos paises á recrear santamente sus ojos con la vista de este gran milagro, y á oír los oráculos de aquella boca divina? Es pues indudable que entonces le era preciso el don de lenguas para entenderles y hablarles.

Sea lo que fuere de esto, menester es no desviarse de aquella doctrina segurísima de que esta Madre admirable es el centro de todos los beneficios divinos; que habiendo Dios elegido su casto seno para depositar en él el tesoro donde están las riquezas todas: *In quo sunt omnes thesauri*, tambien puso en ella el rico depósito de todas sus gracias. Admiramos pues á María como el gran don de los dones de Dios, debiendo hacer de ella un aprecio altísimo sobre todo lo que no es Dios. Preciso es confesar con Gerson que ella sola constituye una gerarquía aparte, inferior á Dios, y superior á todo lo que no es Dios.

¡Oh divina María! ¿Quién concebirá una idea cabal de vuestra grandeza? Ni aun á los querubines es dable comprenderos. ¡Oh Madre de mi Dios! Aunque para amaros formasen un solo corazon todos los hombres y ángeles, ¿serian capaces de amaros cuanto mereceis? Solo Dios, Reina mia, solo Dios os ama segun vuestro merecimiento. ¡Oh Madre

de misericordia, oh refugio de pecadores! ¿Cómo es posible que nos escedamos en amaros? ¿Cómo es posible que se nos tache de tener para con vos excesivo respeto ó excesiva ternura? ¿Cómo es posible que se recurra á vos demasiado y se confie demasiado en vos? ¿Nó sois la Madre de nuestro Salvador, aquella á quien él mismo tuvo tanto respeto y amó con tan dulce ternura? Venid, seráfico San Buenaventura, decidnos y hacednos repetir estas vuestras palabras llenas de unción y de celo ardoroso: ¡Oh grande! ¡Oh piadosa! ¡Oh María dignísima de alabanza! Es imposible pronunciar vuestro nombre sin que se abra el corazón, ni pensar en vos sin que el alma de vuestros amantes rebose de alegría, ni acordarse de vos, sin que el amor de vuestro Hijo venga juntamente con vos (1).

CAPÍTULO XXIII.

¿Os acordais, Virgen Santísima, de la profecía, que Simeon os hizo en el templo de Jerusalén cuando os vió presentar vuestro Hijo al Padre Eterno? Notó aquel anciano que vuestros brazos levantados á lo alto ofrecían á vuestro amado Niño, como si vos misma hubierais querido ser la cruz primera en que la víctima adorable había de inmolarse por la salud de todos los pecadores, y os profetizó lo que os ha sucedido. Os

(1) *Oh magna! Oh pia! Oh multum laudabilis Virgo Maria! Nec nominari potes quin accendas, nec cogitari quin recrees affectus diligentium te, tu nunquam sine dilectione tibi insita memoriae portas ingrederis.* (Bonav. In speculo, c. 8).

veía ya en espíritu donde ahora os veo yo sobre el Calvario al Hijo y á la Madre enclavados en una misma cruz, padeciendo los mismos dolores, ofreciendo á Dios el mismo sacrificio, él con la efusión de la sangre de su cuerpo, y vos con la efusión de la sangre de vuestro corazón, y ambos cooperando juntos y de un modo admirable á nuestra redención.

Aquel santo anciano, que representaba la majestad de Dios reinante en su templo, os notificó desde entonces la sentencia de vuestro sacrificio, el cual despues se ha consumado en el Calvario por el amor y la muerte á este fin reunidos, y por tanto os dijo aquellas palabras tan llenas de misterios: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius*, una misma espada de dolor atravesará vuestra alma que es el alma de Jesus, y esta misma espada de dolor traspasará el alma de Jesus que es la vuestra; una y otra que no son mas que una sola, serán traspasadas por el mismo golpe. En verdad que este discurso parece algo oscuro; pero aquí cabalmente se vé uno de los secretos del amor, los cuales son admirables y casi desconocidos.

Los que con mas detenimiento han estudiado la índole de este rey de todas las pasiones del corazón humano, dicen que no hace mas que robar y restituir, dar la muerte y resucitar, despojar y revestir, atormentar y consolar; pero siempre restituye doble de lo que ha robado, vuelve dos vidas por una que haya quitado, dá doble riqueza al que ha empobrecido, y siempre hace redundar el consuelo donde abundó la tristeza.

Cuando una alma es de tal suerte la misma en dos personas que reciproca y perfectamente se aman, cuando á ambas pertenece por igual, todo les es comun, los bienes y los males, la alegría y la tristeza, los dolores y las satisfacciones, la vida y la muerte: nada hallaréis en la una, que tambien ne lo veais en la otra; ved aquí la índole del amor. Ahora bien, es positivo que si alguna vez se ha visto á dos personas en semejante estado, ha sido á Jesucristo y á su Madre santísima: no tienen mas que una alma: son dos personas, á las cuales la naturaleza dió una alma á cada una; pero el amor

de misericordia, oh refugio de pecadores! ¿Cómo es posible que nos escedamos en amaros? ¿Cómo es posible que se nos tache de tener para con vos excesivo respeto ó excesiva ternura? ¿Cómo es posible que se recurra á vos demasiado y se confie demasiado en vos? ¿Nó sois la Madre de nuestro Salvador, aquella á quien él mismo tuvo tanto respeto y amó con tan dulce ternura? Venid, seráfico San Buenaventura, decidnos y hacednos repetir estas vuestras palabras llenas de unción y de celo ardoroso: ¡Oh grande! ¡Oh piadosa! ¡Oh María dignísima de alabanza! Es imposible pronunciar vuestro nombre sin que se abra el corazón, ni pensar en vos sin que el alma de vuestros amantes rebose de alegría, ni acordarse de vos, sin que el amor de vuestro Hijo venga juntamente con vos (1).

CAPÍTULO XXIII.

¿Os acordais, Virgen Santísima, de la profecía, que Simeon os hizo en el templo de Jerusalén cuando os vió presentar vuestro Hijo al Padre Eterno? Notó aquel anciano que vuestros brazos levantados á lo alto ofrecían á vuestro amado Niño, como si vos misma hubierais querido ser la cruz primera en que la víctima adorable había de inmolarse por la salud de todos los pecadores, y os profetizó lo que os ha sucedido. Os

(1) *Oh magna! Oh pia! Oh multum laudabilis Virgo Maria! Nec nominari potes quin accendas, nec cogitari quin recrees affectus diligentium te, tu nunquam sine dilectione tibi insita memoriae portas ingrederis.* (Bonav. In speculo, c. 8).

veía ya en espíritu donde ahora os veo yo sobre el Calvario al Hijo y á la Madre enclavados en una misma cruz, padeciendo los mismos dolores, ofreciendo á Dios el mismo sacrificio, él con la efusión de la sangre de su cuerpo, y vos con la efusión de la sangre de vuestro corazón, y ambos cooperando juntos y de un modo admirable á nuestra redención.

Aquel santo anciano, que representaba la majestad de Dios reinante en su templo, os notificó desde entonces la sentencia de vuestro sacrificio, el cual despues se ha consumado en el Calvario por el amor y la muerte á este fin reunidos, y por tanto os dijo aquellas palabras tan llenas de misterios: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius*, una misma espada de dolor atravesará vuestra alma que es el alma de Jesus, y esta misma espada de dolor traspasará el alma de Jesus que es la vuestra; una y otra que no son mas que una sola, serán traspasadas por el mismo golpe. En verdad que este discurso parece algo oscuro; pero aquí cabalmente se vé uno de los secretos del amor, los cuales son admirables y casi desconocidos.

Los que con mas detenimiento han estudiado la índole de este rey de todas las pasiones del corazón humano, dicen que no hace mas que robar y restituir, dar la muerte y resucitar, despojar y revestir, atormentar y consolar; pero siempre restituye doble de lo que ha robado, vuelve dos vidas por una que haya quitado, dá doble riqueza al que ha empobrecido, y siempre hace redundar el consuelo donde abundó la tristeza.

Cuando una alma es de tal suerte la misma en dos personas que reciproca y perfectamente se aman, cuando á ambas pertenece por igual, todo les es comun, los bienes y los males, la alegría y la tristeza, los dolores y las satisfacciones, la vida y la muerte: nada hallaréis en la una, que tambien ne lo veais en la otra; ved aquí la índole del amor. Ahora bien, es positivo que si alguna vez se ha visto á dos personas en semejante estado, ha sido á Jesucristo y á su Madre santísima: no tienen mas que una alma: son dos personas, á las cuales la naturaleza dió una alma á cada una; pero el amor

tuvo la habilidad de hacer de las dos una sola, que á la una igualmente que á la otra pertenece sin division alguna. *El Cántico de los cánticos* lo espresa claro: *mi amado es todo para mí y yo soy toda para él*, no dividimos cosa alguna: mios son sus dolores, mias sus ignominias, y la muerte traspasa mi alma con el mismo dardo que traspasa la suya: *Tuam ipsius animam pertransibit gladius*. Por lo cual San Lorenzo Justiniano mira el corazon de la Reina de los mártires como un espejo perfectísimo de la pasion y muerte de su Hijo (1).

Esta bellissima idea del espejo nos hace contemplar á Jesucristo enclavado en la cruz como un gran original, en el cual Dios Padre ha espresado todas sus bellezas desde la eternidad, y sobre el cual en el tiempo tambien el pecado imprimió todos sus horrores; original en que la justicia divina pone de manifesto su odio inmenso al pecado, y en el cual la divina misericordia tambien despliega todo su amor y benevolencia para con los pecadores. Original tan admirable que seria imposible sacar de él una buena copia que le representase tal cual es, si él mismo no se hubiese pintado en un espejo; y no hubiera habido espejo alguno capaz de recibir con bastante limpieza las especies de tal original para representar bien todas sus facciones, si la Santísima Virgen no se hubiese puesto al pié de la cruz para ser un espejo clarísimo, que á maravilla representa la pasion de Jesucristo: *Clarissimum speculum passionis Christi*.

Lo que está delante del espejo y lo que se vé dentro de él no son cosas diversas, sino la misma que se vé dos veces: debemos pues persuadirnos de que los cruellimos dolores de la pasion y muerte de Jesucristo que en él vemos, y los que vemos en el corazon de la dolorosa Madre, que los representa cual perfectísimo espejo, no son dos cosas, sino una misma que se vé dos veces.

Venid los que sois sus verdaderos devotos, venid á ver lo que padece al pié de la cruz de su Amado. En el original y

(1) *Cor Mariæ clarissimum speculum fuit passionis Christi et perfecta mortis ejus imago.* (Justinianus, lib. de triumph. Christi agone).

en el espejo veréis la misma muerte y pasion dolorosísima. Habréis muchas veces contemplado la grandeza de esta pasion en la adorable persona de Jesucristo; pero sin duda jamás la habeis visto tan perfectamente espresada como lo está en el corazon de su Madre. Ella misma os llama á ver este espectáculo: es el mismo que penetró de horror á todas las criaturas, vistió al sol de tinieblas, é hizo que las piedras se despedazasen mientras en el Calvario se estaba ejecutando: oid las tristes palabras que os dirige por boca de Jeremias. *Quoniam amaritudine plena sum: foris interficit gladius: et domi mors similis est*: reflexionad compasivamente cuán llena de amargura estoy: fuera de mí la espada introduce la muerte en el pecho de mi único Hijo, un diluvio de tormentos horribles le inunda sobre la cruz; y en casa hay un estrago semejante: sufro yo en mi corazon todo lo que él padece en su persona.

Si atentamente mirais este vivo espejo de la pasion de Jesucristo, advertiréis en él cuatro clases de dolores tan admirables y agudos, que al entendimiento humano no es dado concebirlos: 1.º los del pecado; 2.º los de la naturaleza; 3.º los de la gracia; 4.º los dolores divinos. Padece ella los del pecado como que su corazon es una misma cosa con el de Jesucristo, que tiene al pecado un odio infinito y muere por destruirlo. Padece los dolores mas sensibles de la naturaleza, como la mas perfecta de las madres. Padece los violentos dolores de la gracia como la mas santa de las criaturas. Padece en fin una especie de dolores incomprendibles, que esceden á todos los demás, como hija del Padre, madre del Hijo y amantísima esposa del Espíritu Santo. Asunto harto sensible y fecundo para que mediteis en el martirio de amor, que padeció al pié de la cruz.

El dolor del pecado se llama propiamente contricion; y para igualarse al mal que llora, debería llegar al infinito y despedazar el corazon hasta hacerle morir de sentimiento; solo Jesucristo concibió este dolor cruellísimo con toda la intensidad, que debe acompañarle. Este fué el que á tal agonía le redujo en el huerto de las olivas que haciéndole sudar

sangre, ó si es permitido decirlo, haciéndole llorar lágrimas de sangre de todo su cuerpo, le hacia confesar que su alma estaba triste hasta la muerte. Ahora bien, el alma de la Madre, que es el alma de su Hijo, se vé en el mismo estado, penetrada del mismo dolor al pié de la cruz.

Por esto el profeta Jeremías lamentando la inmensidad de su angustia, á la cual dá su propio nombre de contricion, la compara al mar en la profundidad, estension y amargura: *Cui comparabo te, Virgo filia Sion? Magna est sicut mare contritio tua* (Hierem. 2). ¿A quién te compararé, Virgen, hija de Sion? Veo que tu contricion, que es el verdadero dolor del pecado, es tan grande como el mar. Y no porque el profeta haya hallado la medida de su dolor; sino que, segun siente Hugo de San Victor, quiere decir, que asi como la mar sobrepuja incomparablemente al resto de las aguas en su estension y profundidad; así los dolores del pecado, que padece la tierna Madre en su corazon al pié de la cruz, sobrepujan en mucho á todos los que el resto de los Santos haya sentido en el mayor exceso de su contricion.

Interpretando San Gerónimo el nombre de Maria dice que significa *Amarum mare*, un mar de amargura. Los nombres se han hecho para espresar la naturaleza de las cosas; ¿y qué nombre mas propio podria dársele padeciendo con su Hijo los dolores del pecado al pié de la cruz que llamarla Maria, es decir, mar de amargura?

Asegura San Bernardino que los dolores del pecado, las amarguras de la contricion fueron tan grandes en el corazon de la Reina de los mártires, que si se hubieran repartido entre todas las criaturas vivientes, á ninguna le hubiese sido posible soportar la pequeña porcion que le tocase y todas hubieran caido muertas en aquel mismo instante. ¿Por qué pues no muere ella mil veces al pié de la cruz? ¡Ah, porque no está allí para morir, sino para sufrir con su Hijo los dolores internos mil veces mas intolerables que la misma muerte!

Imposible es á todo espiritu creado el concebir la grandeza de los dolores de su alma al pié de la cruz si no puede comprender la grandeza de los de Jesucristo, que está pendiente

de ella. No son los dolores que en su cuerpo padece por la crueldad de los verdugos los que mas le atormentan, sino los que le ocasiona esa infinidad de almas condenadas que le despedazan las entrañas, separándose de él para siempre. «¡Oh Dios, perder para siempre un alma que me pertenece por haberla criado á mi imágen! ¡Perder un alma que aun es mas mia por haberla rescatado al precio de mi sangre! ¡Perder un alma que amo mas que á mi vida y perderla por siempre! ¡Por siempre y por toda la eternidad!...»

Reunid la escelencia de un alma inmortal, el valor infinito de la sangre de un Dios, el amor incomprendible que tiene á esta alma, el deseo que le anima de poseerla en la eternidad, el perderla para siempre: añadid luego para colmo de todo que no es una sola el alma que pierde, ni ciento, ni mil, ni cien mil, sino un número insumable que solo él sabe; haced de todo esto una sola meditacion, comprended bien todos sus puntos y podréis columbrar la grandeza de los dolores interiores que el alma de Jesucristo padeció en el Calvario; pero aunque empleaseis en esta profunda meditacion toda la intensidad de vuestro entendimiento por espacio de un siglo, seguramente que no comprenderiais ni una pequeña parte.

Fijad luego los ojos en el espejo, que representa al vivo todo lo de aquel grande original. El corazon de Maria es el espejo: *Cor Mariæ clarissimum fuit speculum passionis Christi*. Veréis los mismos dolores del pecado, que atormentan el corazon de Jesus; pero no veréis toda su gravedad en el espejo como no la pudisteis ver en el original, y os hallaréis en el caso de exclamar admirándola con el Profeta: ¡Este es un océano de amargura, es un abismo, cuyas profundidades no es dado penetrar! ¡Oh Jesus, cuánto habeis sufrido! ¡Oh Maria, cuánto habeis padecido por las almas de los pobres mortales! ¿De qué modo podrán estas manifestaros su gratitud? La única paga que os satisface y que vos exigis es el amor, y los ingratos ¡ay! os lo rehusan. ¡Ay Dios que aun cuando cada uno de ellos os amase tanto cuanto os aman todos los serafines del cielo, aun no bastaria para pagaros lo que

os debe, y ¡oh dolor! la mayor parte de ellos no tienen centella de amor para con vos. ¡Qué abismo de ingratitud! Pero salgamos de él, y pasemos á ver como Maria sufre al pié de la cruz los mas sensibles dolores de la naturaleza.

CAPÍTULO XXIV.

Al hablar de los dolores de la naturaleza, no es mi ánimo decir que Maria los padece naturalmente como lo haria una pagana; hablo si de los dolores, que la naturaleza le causa y que recibe ella de una manera de todo punto divina y sobrenatural. Para concebir algo de su grandeza es menester subir cinco gradas, que nos elevarán tanto cuanto basta para hacernos ver el exceso de estos dolores, ó al menos confesar que no hay lengua humana capaz de explicarlos.

En primer lugar, es mujer, por consiguiente de un natural dulce, tierno y compasivo. Créese que por esta razon dieron los Latinos á las mujeres el nombre de *mulier à molli natura*. Podrá hallarse mayor fuerza, pero tambien mayor dureza en los hombres: las mujeres son por lo comun mas sensibles á la alegría y al dolor, las lágrimas les son mas familiares, y siempre se ha observado que las miserias ajenas escitan en ellas mas compasion que en los hombres: pero entre todas las mujeres ninguna tuvo un corazon tan tierno y compasivo como Maria.

En segundo lugar es madre; no hay amor que iguale al de una madre para con su hijo. Pero es madre de un Hijo único. El dolor de una buena madre en la muerte de su único hijo

no admite consuelo, porque su pérdida es irreparable. Además el Hijo único de quien es madre, vale mas que todos los hijos de todas las madres juntas; por tanto le ama ella mas de lo que todas las madres juntas hayan amado á sus hijos; por consiguiente el dolor natural que la acongoja en su muerte, es tal que todos los dolores de las otras madres jamás igualarian al suyo. Empero lo que debe exacerbar infinitamente su dolor, es que aquel Hijo único de quien se vé privada por la muerte, era para ella todas las cosas, y perdiéndole todo lo pierde.

Por esto llora con ella el devoto San Bernardo, y pone en su boca estas palabras tan llenas de ternura y amor: *Tu mihi pater, tu mihi mater, tu mihi sponsus, tu mihi filius, tu mihi eras omnia*; ó Jesus, hijo único de Dios vivo, é hijo único de tu humildisima esclava que te vé morir en esta cruz, tú solo eres para mí todas las cosas, eres mi padre, eres mi madre, eres mi esposo, eres mi hijo, eres mi Dios, eres mi alma, eres mi vida, eres mi precioso tesoro, tú solo eres para mí todas las cosas, y perdiéndote, lo pierdo todo y nada me queda ya: héme aquí despojada de todo; no tengo ya ni padre, ni madre, ni esposo, ni hijo, ni vida, y con perderte vengo á ser la mas desolada de las madres.

Pero subamos la tercer grada y verémos algo mas. Considerad que está presente á la tragedia sangrienta de la muerte de su único Hijo. Recibir de otro la noticia de alguna terrible desgracia es cosa tan afflictiva, que el infierno esperaba vencer la paciencia de Job haciéndole llegar por diversos criados, que de muy cerca se seguian, las infaustas nuevas de la pérdida de sus hijos y bienes en un mismo dia; pero sin duda hubiera sido mucho mayor su pesadumbre si él mismo hubiese visto los estragos y ruinas, que se le referian. Ahora bien, esta Madre no oye contar la trágica historia de la pasion de su adorado Hijo, sino que ella misma la vé; sus ojos son testigos de la crueldad con que se le maltrata, y todas sus heridas las recibe y las graba en su corazon: *Quot laciones in corpore Christi; tot vulnera in corde Matris*. Ella misma reveló á Santa Brígida que el dolor que sintieron las criaturas

os debe, y ¡oh dolor! la mayor parte de ellos no tienen centella de amor para con vos. ¡Qué abismo de ingratitud! Pero salgamos de él, y pasemos á ver como Maria sufre al pié de la cruz los mas sensibles dolores de la naturaleza.

CAPÍTULO XXIV.

Al hablar de los dolores de la naturaleza, no es mi ánimo decir que Maria los padece naturalmente como lo haria una pagana; hablo si de los dolores, que la naturaleza le causa y que recibe ella de una manera de todo punto divina y sobrenatural. Para concebir algo de su grandeza es menester subir cinco gradas, que nos elevarán tanto cuanto basta para hacernos ver el exceso de estos dolores, ó al menos confesar que no hay lengua humana capaz de explicarlos.

En primer lugar, es mujer, por consiguiente de un natural dulce, tierno y compasivo. Créese que por esta razon dieron los Latinos á las mujeres el nombre de *mulier à molli natura*. Podrá hallarse mayor fuerza, pero tambien mayor dureza en los hombres: las mujeres son por lo comun mas sensibles á la alegría y al dolor, las lágrimas les son mas familiares, y siempre se ha observado que las miserias ajenas escitan en ellas mas compasion que en los hombres: pero entre todas las mujeres ninguna tuvo un corazon tan tierno y compasivo como Maria.

En segundo lugar es madre; no hay amor que iguale al de una madre para con su hijo. Pero es madre de un Hijo único. El dolor de una buena madre en la muerte de su único hijo

no admite consuelo, porque su pérdida es irreparable. Además el Hijo único de quien es madre, vale mas que todos los hijos de todas las madres juntas; por tanto le ama ella mas de lo que todas las madres juntas hayan amado á sus hijos; por consiguiente el dolor natural que la acongoja en su muerte, es tal que todos los dolores de las otras madres jamás igualarian al suyo. Empero lo que debe exacerbar infinitamente su dolor, es que aquel Hijo único de quien se vé privada por la muerte, era para ella todas las cosas, y perdiéndole todo lo pierde.

Por esto llora con ella el devoto San Bernardo, y pone en su boca estas palabras tan llenas de ternura y amor: *Tu mihi pater, tu mihi mater, tu mihi sponsus, tu mihi filius, tu mihi eras omnia*; ó Jesus, hijo único de Dios vivo, é hijo único de tu humildisima esclava que te vé morir en esta cruz, tú solo eres para mí todas las cosas, eres mi padre, eres mi madre, eres mi esposo, eres mi hijo, eres mi Dios, eres mi alma, eres mi vida, eres mi precioso tesoro, tú solo eres para mí todas las cosas, y perdiéndote, lo pierdo todo y nada me queda ya: héme aquí despojada de todo; no tengo ya ni padre, ni madre, ni esposo, ni hijo, ni vida, y con perderte vengo á ser la mas desolada de las madres.

Pero subamos la tercer grada y verémos algo mas. Considerad que está presente á la tragedia sangrienta de la muerte de su único Hijo. Recibir de otro la noticia de alguna terrible desgracia es cosa tan afflictiva, que el infierno esperaba vencer la paciencia de Job haciéndole llegar por diversos criados, que de muy cerca se seguian, las infaustas nuevas de la pérdida de sus hijos y bienes en un mismo dia; pero sin duda hubiera sido mucho mayor su pesadumbre si él mismo hubiese visto los estragos y ruinas, que se le referian. Ahora bien, esta Madre no oye contar la trágica historia de la pasion de su adorado Hijo, sino que ella misma la vé; sus ojos son testigos de la crueldad con que se le maltrata, y todas sus heridas las recibe y las graba en su corazon: *Quot laciones in corpore Christi; tot vulnera in corde Matris*. Ella misma reveló á Santa Brígida que el dolor que sintieron las criaturas

por la pasión y muerte de su Criador fué tan general y violento, que no solo el cielo y la tierra, los astros y los elementos manifestaron su duelo, sino que el corazón de sus propios verdugos estaba turbado hasta el punto de hacerles morir de tristeza mientras ellos le hacían morir de dolor; y que los mismos demonios, aunque enemigos jurados de Dios, experimentaron por ello un aumento de penas mas crueles que su infierno. ¡Oh Dios de bondad! Dios de amor! ¡Qué estrago no haría en el corazón de la propia Madre dolor tan violento!

Cuando se quiere probar una espada y asegurarse de que no faltará á lo mejor del combate, se la prueba sobre las piedras, sobre el hierro, y sobre el bronce; y si corta las piedras, raspa el hierro y penetra hasta en el bronce, se tiene por cierto que cortará fácilmente brazos y cabezas, y que todo lo que sea menos duro que el mármol no será capaz de resistirla: hé aquí, pues, Virgen Santísima, aquella espada hecha á toda prueba, de la cual os habló el santo anciano Simeon en el templo de Jerusalén. Hé aquí aquella espada de dolor que ha partido las piedras, traspasado el corazón de los verdugos y la impenetrable dureza de los mismos demonios, y finalmente se ha hecho sentir hasta de las cosas mas insensibles. ¿Pues quién comprenderá á qué estado redujo el corazón de la mas tierna de las madres?

Pero aquí es menester subir la cuarta grada para descubrir otra estension aun mayor de los dolores de esta Madre al pié de la Cruz: *Ibi dolores ut parturientis*: allí es donde ella sufre los dolores del parto. No los padeció cuando dió á luz á su Hijo en el portal de Belén; pero San Bernardo la contempla al pié de la cruz como pagando con usura en la muerte del Amado de sus entrañas los dolores, de que se vió libre en su nacimiento por su virginal pureza (1).

Réstanos dar el quinto y último paso para subir al mas alto grado de los dolores naturales, que padeció la Señora viendo

(1) *Nunc solvis, Virgo, cum usurá dolorem quem in partu non habuisti, nunc millies replicatum Filio moriente passu fuisti.*

morir á su Hijo sobre el Calvario. Verle espirar con una muerte tan cruel como afrentosa es grande exceso de dolor: empero verle así padecer y morir sin poderle aliviar, antes bien duplicarle y renovarle las penas con su presencia, y no poderse alejar, es dolor incalculable, al cual nada puede añadirse ya. Para una madre que vé morir á su hijo entre sus brazos, es consuelo el auxiliarle segun las inspiraciones de su materno amor. ¡Pero ah! ¡Era preciso que la mas amante de las madres fuese también la mas atribulada y que no le alcanzase ni sombra de consuelo!

Oye á su Hijo clamar desde la cruz que le aqueja una sed cruelísima: *Sitio*; se acuerda de haberle muchas veces refrescado los labios con la leche de sus virginales pechos: querría convertir su corazón y su alma en una bebida cordial y dársela á fin de librarle de aquel tormento; pero no le es posible y tiene además el dolor de verle abrevado de hiel y de vinagre. ¡Quién es capaz de imaginar cuánta amargura derramaría en su corazón aquella hiel!

Vé á su amado Jesus todo cubierto de llagas, y ninguna puede curarle: se derraman por el suelo los torrentes de su sangre, y ni una gota puede recoger. ¡Oh sangre adorable, cuya menor gota es venerada por el cielo! ¡Oh licor precioso, cuya menor parte vale mas que mil mundos! ¡Así sois arrojado en el fango y pisoteado por los pecadores! ¡Y la Madre que conoce todo su valor, está viendo estas profanaciones!

Vé la cabeza de Jesus inclinada hácia ella, como si quisiese hablarle: sus ojos anegados en lágrimas mezcladas con las gotas de sangre que corren de su frente, son dos astros eclipsados, donde ya vé las sombras de la muerte; su boca entreabierta y su alma ya á punto de exhalar no le dicen mas que una sola palabra, que le traspasa el corazón con mortal dolor: «Mujer, he ahí tu hijo;» señalándole á su discípulo San Juan, que está con ella al pié de la cruz. ¡Oh triste despedida, en la cual aun le falta el consuelo de que se le llame madre! No parece sino que con esto se echase un poco de agua en la encendida hoguera de su corazón para mas inflammarla.

San Agustin, el cual dice que el amor no considera lo que

puede hacer, sino siempre se persuade poder llegar al fin que anhela, nos describe los esfuerzos que esta Madre desolada y amante incomparable hace en el último exceso de su dolor por abrazar á su Hijo, á quien vé en el postrer instante de su vida. ¡Ah que al menos quisiera ella recibir en su seno sus últimos suspiros! Levanta los brazos mas bien con el deseo que con la esperanza de poder alcanzarle, pero en vano, que no es para ella tan suspirado consuelo, y sus brazos burlados vuelven á caer sobre ella doloridamente, y el amor la transporta de nuevo haciéndole renovar aquel esfuerzo angustioso. ¡Oh vano empeño de un amor burlado! ¡Cuánto atormentas el corazón de esta Madre!

«¿Tendré pues que veros morir delante de mí, ó preciosa vida de mi alma, sin poder morir con vos, ni dar mi vida por la vuestra? ¡Ah! él espira, ¿y aun vivo yo? Cerraos, ojos míos, vuestra luz se ha apagado; rómpete, corazón mio, pues murió tu Jesús; despedázate, pecho mio, pues tu Jesús no existe; sal, alma mia, ha muerto tu Jesús: ¿qué te queda en el mundo?» ¡Oh Madre desolada! ¡Oh María, mar de inmensa amargura! ¡Que no tenga yo un poco de vuestra ternura para ayudaros á sentir al menos alguna pequeña parte de vuestro sumo dolor! ¡Oh insensibilidad mia, cuán horrible me pareces! ¡Oh dureza mia, cuánto me asombras! ¡Ay! ¡con que soy mas duro que las piedras, mas duro que los verdugos de mi Redentor, mas duro que los demonios mismos! Ellos tiemblan, se penetran de horror y de espanto á vista de semejante espectáculo; mi corazón es de bronce y secos están mis ojos al contemplarle!

¡Oh Virgen! á vos recurro como á madre de misericordia, piedad de mí; no permitais que yo viva y muera insensible como un réprobo; vos sois un mar de amarguras, de amor y de contrición; abundancia de ellas tiene vuestro corazón para repartirlas á los pobres pecadores: permitidme sacar de este gran mar alguna pequeña gota de vuestros divinos sentimientos. ¡Y que no pueda yo sumergir mi corazón en este mar inmenso de vuestras amarguras! *Fac me, Virgo, tecum flere, Crucifixo condolere, donec ego vixero.*

Basta tener sensibilidad para conocer que la naturaleza tiene sus dolores: basta ser racional para creer que estos llegan algunas veces á tal exceso que son mas amargos que la muerte: pero es preciso entender algo de la ciencia del espíritu para saber que la gracia tiene sus dolores del mismo modo que la naturaleza, y es preciso haberlo experimentado por sí mismo para comprender que los dolores de la gracia son mucho mas vivos y mas fuertes que los de la naturaleza.

La gracia tiene sus pasiones, como la naturaleza tiene las suyas; pero como la gracia es superior á la naturaleza, así sus pasiones son sobrenaturales, es decir, mucho mas elevadas y mucho mas fuertes que todas las de la naturaleza. Hay en ella gustos y consuelos sobrenaturales, y no faltan cruces y desolaciones sobrenaturales, que propiamente son los dolores de la gracia, que á las almas donde esta abunda Dios hace padecer algunas veces de un modo tan terrible, que haciéndolas capaces de sufrirlos no las hace capaces de espresarlos. Job, que es uno de los hombres mas elocuentes que nos hayan hablado en la Escritura, los sentia de una manera tan cruel que nunca supo explicarlos sino diciendo que Dios le hacia padecer de un modo admirable: *Mirabiliter me crucias* (Job. 10.) Admira y calla.

La mas fuerte de todas las pasiones de la naturaleza es el amor profano; la mas fuerte tambien de todas las pasiones de la gracia es el amor divino. Se piensa que todo él es dulce y suave, porque se sabe que es la fuente y la medida de la felicidad: pero hay notable diferencia entre el amor fruitivo y el amor paciente; es cierto que en sustancia es el mismo en el cielo y en la tierra, mas es tan diverso en sus operaciones que mientras en el cielo es la paz de las almas bienaventuradas, por el contrario sobre la tierra es el mas cruel perseguidor de las almas virtuosas.

Hablo con el gran apóstol San Pablo, que tenia bien conocida la indole del amor divino: oidle: *Omnes qui pie volunt vivere in Christo Jesu, persecutionem patientur* (2. Timot., c. 3, v. 12.). Todos los que quieren vivir segun las leyes del amor divino, deben prometerse que él mismo será su perse-

guidor. ¿Y qué les hará padecer? En primer lugar les privará de todo lo que podía consolarlos segun la naturaleza, y los alimentará de cruces, de disgustos, de deseos, de mortificaciones tan amargas, que su vida será una larga muerte mientras se vean privados de ver al objeto de su amor. ¡Qué tormento estar siempre forzados á ver lo que no se ama, esto es, el mundo y las criaturas; y no poder ver lo que únicamente se ama, es decir á solo Dios! ¿Nó es esto vivir como en oscuro calabozo, en el cual no hay cosa que no disguste y aflija? Las lágrimas son día y noche el pan de estas almas, cuando se les pregunta: ¿dónde está aquel Dios, que tanto amais?

Esta primer persecucion trae otras muchas en pos de si, porque parece que su amor se complace en crucificarlas de mil modos; él fué quien durante las persecuciones de los tiranos condujo á la muerte á millones de mártires: él quien en medio de la paz de la Iglesia sigue tratando á los suyos como á victimas destinadas al sacrificio: á unos aprisiona en soledades horrendas; á otros reduce á una estremada pobreza; á estos condena á vivir de solo pan y agua; á otros azota hasta derramar su sangre; y á todos los consume con tantas austeridades que en el exceso de sus penas acaba con su vida; y cuanto mayor es el imperio del amor divino sobre las almas, con tanto mas esfuerzo redobra sus rigores. Es preciso haber pasado por sus manos para graduar la intensidad de los dolores de la gracia y confesar que los de la naturaleza son nada en su comparacion.

¿Pero quién los ha experimentado en toda su fuerza como la Santísima Virgen al pié de la cruz? Allí la Madre de la divina gracia es traspasada por los mas vehementes dolores de la gracia; allí es donde verdaderamente se ostenta reina de los mártires, porque su martirio es mas perfecto, mas noble, é infinitamente mas cruel que el de todos los otros mártires. ¡Oh martirio singularísimo é incomparable, en el cual la víctima sacrificada es una Madre de Dios, el sacerdote que sacrifica es el amor divino, el altar es la verdadera cruz, y el fuego que la consume es el fuego del cielo! Un rostro no se

representa en un espejo tan al vivo como los dolores de la pasion y muerte de Jesucristo en el corazon de la Madre lastimosa; y esta era obra del amor, que le hacia sufrir los dolores de la gracia. Jesucristo dijo á uno de sus Apóstoles: *Philippe, qui me videt, videt et Patrem meum*: apóstol mio, tú deseas ver á mi Padre, vele en mi persona; quien me vé, vé tambien á mi Padre, porque en nada somos diferentes. Aquí empero nos dice: *Qui videt me, videt et matrem meam*: miradme en esta cruz, y contemplad bien todos mis dolores, y decid luego que habeis visto á mi Madre y habeis visto lo mas íntimo de su alma, porque ella es un espejo que me representa perfectísimamente. Su cuerpo no os muestra llagas sangrientas, como las veis en el de su único Hijo; ¿pero quién ignora la natural virtud del rayo, que algunas veces rompe y pulveriza una espada en su vaina sin que la vaina reciba daño alguno? A este modo el dolor de aquella cruel pasion como un rayo animado perdonando su cuerpo que dejó sin heridas, pasó á herir su corazon y su alma; ella misma nos lo dice en sus lamentaciones: *Subversum est cor meum in semetipso: quoniam amaritudine plena sum*.

¡Y qué asombro no es verla sobrevivir á todas estas muertes y mantenerse firme é inmoble al pié de la cruz, á vista de un espectáculo que pone en conmocion al universo! ¡Oh amor mas fuerte que la muerte! El sacrificio del Hijo está ya consumado por la muerte, y el de la Madre aun continúa por el amor. Habiendo espirado el Hijo en la cruz ya no es capaz de sentir dolor alguno; y la Madre aun vive al pié de la cruz para sufrir el cruelísimo dolor del golpe de la lanza, con que su corazon fué traspasado: el cuerpo del Hijo recibe la herida, pero no siente el dolor; luego solo el corazon de la Madre lo siente por entero. Y así ella misma lo reveló á Santa Brígida: *Tunc videbatur, quod quasi corpus meum perforabatur, cum vidissem corpus Filii mei perforatum*.

CAPÍTULO XXV.

Estas tres especies de dolores de que hasta ahora hemos hablado, los dolores del pecado, los de la naturaleza, y los de la gracia, pueden ser comunes á la Santísima Virgen y á otros, pero los dolores divinos, de los cuales rara vez se habla, le son tan peculiares y tan propios que á decir verdad, solo su Hijo único y ella son capaces de sufrirlos; y aun este no hubiera podido padecerlos, si ella no le hubiera hecho capaz de inmolarse por amor nuestro. ¡Cuán opuestos son á los del mundo los consejos divinos!

Cuando una persona tiene la dicha de emparentarse con un rey poderoso, ó si es su hija, su madre ó esposa, se juzga que no solo está á cubierto de las miserias de la vida humana, sino también en posesion de toda la felicidad que cabe en este destierro; tales son los juicios de los hombres. De diverso modo juzga la divina Providencia, cuya sabiduría es infinita; pues criatura alguna contrajo ni ha podido contraer un parentesco, una alianza mas augusta que la Santísima Virgen al ser encumbrada á la dignidad de Madre de Dios, siendo tan admirables y estrechos los lazos que la unen con la Divinidad, que es hija, esposa y madre, no ya del mayor monarca del mundo, sino del Rey de reyes, del Señor de los que dominan, del mismo Dios. Es hija de Dios Padre, madre del Hijo encarnado, esposa del Espíritu Santo; por lo cual ni el mismo Dios, con ser omnipotente, puede contraer una alianza mas noble con una criatura.

Sin embargo, lejos de que alianza tan sublime la preserve de los trabajos de este valle de lágrimas, ó la haga gozar de las felicidades de la vida presente, descarga sobre ella el

peso de todas las calamidades y miserias que pueda sufrir la criatura mas infortunada; pues no solo padece los mas sensibles dolores de la naturaleza en la muerte de su único Hijo como la mas tierna de las madres, no solo experimenta los mas violentos dolores de la gracia, como la reina y la mas perfecta de los santos, sino que lleva el inmenso peso de los dolores divinos como la única íntimamente emparentada con las tres Personas divinas, cada una de las cuales le hace sufrir por su parte dolores incomprensibles al entendimiento del hombre. Principiemos por el Padre.

Para concebir en algun modo ó al menos conjeturar cómo Dios Padre le haga tolerar los dolores divinos, conviene considerar que en el orden de la naturaleza el padre y la madre dividen por igual la posesion de un hijo único, y si muere, el dolor de la pérdida entre ellos se divide, de lo que se sigue que cada uno lo siente tan solo por mitad: pero la Santísima Virgen con ningun otro dividia la posesion de su único Hijo, pues ella era su padre y su madre segun su santa humanidad; era pues menester que ella sola sufriese todo el dolor de su muerte.

¡Y qué! ¿Nó tenia Jesucristo un padre igualmente que una madre? ¿Nó es el Padre eterno su verdadero padre, como la Santísima Virgen es su verdadera madre? Hé aquí un padre y una madre de un hijo verdadero; deben pues dividir los dolores de su muerte, puesto que uno y otro pueden decir igualmente: mi hijo único ha muerto; yo le he visto morir en un madero infame. ¡Ah! no hay que dudarle, hé aquí una madre y un padre de un mismo hijo único, pero él es un padre Dios y ella es una madre que no es Dios. Y ved aquí el principio de los incomprensibles dolores, que ella sola padece. Puesto que es indudable que el dolor causado por la muerte de un hijo único toca al padre igualmente que á la madre; y si, lo que es imposible, el Eterno Padre hubiese sido capaz de sentir dolor, viendo á su Hijo único muerto, despedazado y como aniquilado en la cruz, se hubiera penetrado de un dolor infinito proporcionado á la dignidad de la persona y al amor infinito en que por él se abrasa; pero es

un Dios impassible é incapaz de dolor. ¿Pues qué habrá de hacerse? A la muerte de tal hijo débese justísimamente un dolor infinito. Dios Padre no puede pagar esta deuda. ¿Pues quién la pagará?

Será la Madre quien responda por las deudas del Padre; á la Santísima Virgen confiará el Eterno Padre este difícil cargo; y así como la hizo partícipe de su fecundidad dándole á su único Hijo, ahora en pago de tamaño beneficio hace que la Señora supla con su dolor, del modo que es capaz una criatura, el que tal Padre, si fuese capaz de dolor, sentiria en la muerte de este mismo Hijo, de manera que María al pié de la cruz no solo padeció las propias penas, sino tambien las del Eterno Padre. ¡Oh dolor inmenso en su grandeza! ¡Oh dolor infinito en su profundidad! ¿Qué entendimiento humano ó angélico podria comprenderte?

Acaso os sorprenda este razonamiento y me preguntéis: ¿Cómo es posible que María sea capaz de sufrir tan prodigioso dolor, que se estienda hasta lo infinito? Pero respondedme á las preguntas que os haga, y yo responderé á la vuestra: ¿cómo es posible que ella produzca á un Hombre-Dios de su propia sustancia, siendo una pura criatura? ¿Cómo es posible que Dios Padre la haya hecho partícipe de su divina fecundidad de tal manera que es madre natural del mismo Hijo de quien él es padre natural? ¿Cómo es posible que este Padre y esta Madre tengan una sola y una misma relacion con aquel Hijo único que les es comun, y que siendo el término de esta relacion infinito en grandeza porque es Dios, esta sea tambien en su género infinita en dignidad y excelencia, puesto que segun los filósofos las relaciones se miden por su término? En suma decidme: ¿cómo es posible que siendo una pura criatura haya sido encumbrada á tan divina grandeza, empero sin ser Dios?

Me responderéis que todo esto es obra milagrosa del Omnipotente, y tan milagrosa que descuella entre todos los milagros. Y yo os doy la misma respuesta cuando me preguntáis cómo es posible que la Santísima Virgen pueda sufrir en el Calvario los dolores divinos, que hubiera sido justo que el

Padre de Jesucristo padeciese en su muerte. Este es un milagro del Omnipotente, que supera á todos los milagros; pues no podeis dudar que este último sea para Dios tan posible como el primero, aunque no sea mi ánimo tomar aqui lo infinito en todo su rigor, sino tan solo en la estension que puede tener en una criatura. Hemos visto cómo padece Maria los dolores divinos por parte del Eterno Padre. Vengamos ahora al Hijo, y veamos si le dá menos que padecer por su parte.

Propiamente hablando él es quien sufre en el árbol de la cruz los verdaderos dolores divinos, que su Eterno Padre no es capaz de sufrir: pero considerad de dónde le viene esta capacidad: no puede venirle de su divino Padre, quien le dá tan solo su divinidad; luego le viene de su Madre Santísima, la cual le dá su adorable humanidad, que unida con una persona divina es verdadero Dios, y por consecuencia los dolores que padece son verdaderamente divinos. Ahora bien, como á dicho de los Padres, la carne del Hijo es la carne de la Madre, porque solo ella ha suministrado toda la materia de su adorable cuerpo: *Caro Christi, caro Mariae*; así los dolores del Hijo lo son de la Madre; así ella padece en su Hijo y por su Hijo los dolores divinos.

San Buenaventura en aquella obra toda seráfica, intitulada el *Estimulo del divino amor*, discurriendo sobre las lágrimas de Nuestra Señora al pié de la cruz, le habla en estos términos, dignos de su piedad: «¡Oh Virgen Santísima! ¿Dónde estabais cuando vuestro Hijo padecía los crueles dolores de su pasion? No solo estabais inmediata á su cruz, sino en su misma cruz: allí estabais crucificada con él; y la única diferencia que advierto es que vos padeceis en vuestra alma todos los dolores que él sufre en su carne, y todas las llagas de su cuerpo están en vuestro corazón juntas y aglomeradas. Allí pues sentís la agudeza de las espinas; allí estais traspasada por esos clavos, que taladran sus manos y sus piés; allí sufrís los atrocísimos dolores de su flagelacion; allí os embriagais con la amargura de la hiel y del vinagre, allí recibís las injurias, los desprecios é ignominias con que los judíos le

baldonan : en suma , allí el amor mas fuerte que la muerte os hace sufrir todas las crueldades de su pasion ; pues la muerte se dilata por todo el cuerpo , mientras el amor no tiene mas blanco que el corazon , y de mil modos lo abrasa , lo atraviesa , lo despedaza , lo esclaviza y tiraniza . »

Considerando San Bernardo el amor de esta Madre dolorosa , que se mantiene en pié junto á la cruz , espresa con palabras de unción y de ternura un pensamiento ingenioso y piadosísimo : oigámosle : « ¡ Oh dolores inesplicables ! ¡ Oh inefable flujo y reflujo del amor santo ! El Hijo padece por la Madre y por todo el mundo ; pero los dolores de su pasion son á manera de un torrente impetuoso que despues de haberle sumergido á él mismo , rebalsan abundantísimamente sobre la Madre y la sumergen en las mismas aguas de su amargura ; y así como los rios vuelven siempre al lugar de su origen , para correr de nuevo , así los mismos dolores retornan de la Madre al Hijo , y luego del Hijo á la Madre ; y de esta suerte se forma en ambos un flujo y reflujo de pasion y de compasion . »

La naturaleza de la simpatía es admirable . Pero jamás hubo ni habrá mayor ni mas perfecta simpatía que la de esta Madre con su adorable Hijo ; pues no solo se funda en la naturaleza en ambos perfectísima , sino tambien en la gracia , que es la misma en su plenitud en él y en ella como San Gerónimo nos lo asegura : *In Mariam totius gratiæ quæ in Christo est , plenitudo venit* . Y no solo en la gracia sino tambien en cierto modo fúndase sobre la misma divinidad , siendo el uno Hijo de Dios y la otra verdadera Madre de Dios . ¡ Oh simpatía admirable ! ¡ Oh union incomparable que la naturaleza produce , la gracia perfecciona y la divinidad corona !

No podemos , pues , dudar que los mismos golpes que imprimian llagas y dolores en el cuerpo y alma del Hijo , no penetrasen vivamente el corazon y el alma de su Madre : ambos padecian un mismo martirio de dolor y de amor : ambos ofrecian á Dios el mismo sacrificio por la redencion de nuestras almas : ambos derramaban á raudales su preciosísima sangre , Jesus de su divino cuerpo , y María de su corazon :

Ille in sanguine carnis , hæc in sanguine cordis . (Amed. hom. 5 de Virg.) ¡ Oh María , verdadera madre de misericordia ! No basta que sea crucificado el Hijo , si no lo es tambien la Madre ; el amor tierno y ardoroso que nos teneis no se daria por satisfecho si vos misma no cooperaseis con el divino Salvador á la grande obra de nuestra salud , sufriendo los mismos dolores en el Calvario ; pues como él y vos formais un solo corazon y una sola alma , menester era segun la profecía del anciano Simeon , que un mismo golpe de la misma espada de dolor os penetrase , y á ambos sacrificase : *Tuam ipsius animam pertransibit gladius* . Así es como el Hijo igualmente que el Padre le hacen sufrir al pié de la cruz la violencia de los dolores divinos .

Finalmente el Espiritu Santo como esposo suyo corona la obra : él en la divinidad es el lazo del Padre y del Hijo ; y él mismo en la humanidad produce la union admirable del Hijo y de la Madre : pero en la divinidad es causa de que un gozo infinito sea comun al Hijo y al Padre por el mismo amor , que les es comun ; mientras por el contrario en la humanidad hace que los dolores divinos sean los mismos en el Hijo y en la Madre por el mismo amor , que les es comun . Vemos prácticamente que la union , que la naturaleza tiene establecida entre el cuerpo y el alma , es tan íntima y estrecha que todos los dolores que sufre una de las dos partes , los sufre igualmente la otra , de tal modo que se diria que no son dos sino una misma cosa sin division alguna . ¿ Pero qué comparacion hay entre la union natural del alma y del cuerpo con la union sobrenatural y divina entre el Hijo de Dios y su admirable Madre por el Espiritu Santo ?

Consideradlos , si queréis , unidos solamente como el cuerpo y el alma : con todo así como el alma , siendo un espiritu puro , se hace sensible y visible tan solo por su union con el cuerpo , así el eterno Verbo siendo un espiritu purísimo , no se hace visible á nuestros ojos y palpable á nuestras manos , sino porque la Santísima Virgen le revistió de su propia carne : hé aquí su vestido : Hélo aquí visible y sensible por el humano cuerpo que le cubre ; y en semejante estado es

casi como el cuerpo y el alma, los cuales por su union estrechísima sufren los mismos dolores que recíprocamente se hacen sufrir uno al otro; y podrian hacerse las mismas convenciones: el alma podria decir al cuerpo: yo soy quien te hago padecer; porque si yo no te animase, no serias sensible á los dolores; y el cuerpo podria responder al alma: yo tambien te hago padecer, porque si no estuvieses vestida de mi carne, serias incapaz de dolor sensible.

Guardando la debida proporcion, de este modo considera la Santísima Virgen á su querido Hijo en la cruz. «¡Ay! le dice: yo soy quien te hago padecer, porque si yo no te hubiese dado ese cuerpo pasible y mortal, serias impasible é invulnerable como tu Padre lo es; yo pues soy quien te hago padecer; yo, siendo madre tuya, yo, amado mio y Dios mio, te hago sufrir tan acerbos tormentos.» Y el Hijo contemplando á su Madre divina, padeciendo los mismos dolores al pié de la cruz, con inefable ternura y compasion: «¡Ah! responde, yo soy quien te hago padecer, yo soy la causa de tu cruel martirio, porque yo soy el alma que te anima, y de mí pasan á tí todos los dolores, que despedazan tus maternales entrañas.»

El Hijo, dice San Lorenzo Justiniano, gime al ver á su amada Madre presente al doloroso espectáculo de su pasion, y le habla al corazon con una voz sensibilísima: ¿Y por qué habeis venido aqui, Paloma mia, amada mia, para aumentar mis dolores con vuestra presencia? El tormento que padeceis me traspasa el corazon. ¡Ay de mí! ¿dónde vais, Madre mia? A la fuente de las lágrimas, al torrente de las amarguras, al abismo de la tristeza. ¡Ah! retiraos, aliviad mi dolor; esconded á mis ojos: huid de este diluvio de males én que voy á sumergirme: vos no podréis sobrellevar el inmenso peso de los dolores divinos, bajo los cuales vá á ser abismado el mismo Dios omnipotente: no haréis mas que aumentar mis dolores con los vuestros: los verdugos me harán padecer exteriormente menos de lo que vos me hagais padecer interiormente con la ternura de vuestro amor: vos redoblais todas mis angustias con la intensidad de vuestras penas. ¿Habré pues

de ser crucificado dos veces, una por el odio y otra por el amor?

Pero ¡ay! ¿qué responde á esto la Santísima Virgen? Ella misma lo reveló á Santa Brígida diciendo: «Cuando nació mi amadísimo Hijo de mi virginal seno, sentí salir la mitad de mi corazon y nacer con él, y en su pasion sentia yo en mi corazon sus mismos dolores.... Y cuando tan cruelmente fué azotado mi Hijo, yo sentia mi corazon azotado de la misma manera, y sentia el mismo dolor; cuando le veia coronado de espinas, mi corazon estaba traspasado por las puntas de aquellas mismas espinas: cuando miraba sus manos y sus piés atravesados con los clavos que le tenian fijo en la cruz, en mi corazon se abrian aquellas mismas heridas.»

Yo le miraba de hito en hito, y él tambien me miraba, y mis ojos, imitando sus llagas, derramaban á torrentes la sangre de mi corazon como él derramaba á torrentes la sangre de su cuerpo. Yo padecia tanto mirándole, que solo él conocia toda la grandeza de mi pasion; y él padecia tanto viéndome padecer, que todos los dolores que sufría en su persona, como que se adormecian á vista de los míos; y parecíame tambien que todos mis dolores, aunque eran los mas violentos que puede padecer una criatura, eran nada para mí en cotejo de los suyos; por lo cual puedo decir con verdad que su dolor era mi dolor y su muerte ha sido mi muerte, porque su corazon es verdaderamente mi corazon. Medita en esto, hija mia, graba en tu alma profundamente esta verdad, y no te será difícil dejar el mundo y despreciarlo todo, para entregarte únicamente á su servicio y amor; si le amas de todo corazon, si le amas únicamente, si le amas con ardor, conocerás por esperiencia propia lo que jamás podrias concebir no amándole de tal manera.»

¡Pero ay! ¿qué juicio formaremos de la monstruosa insensibilidad que tenemos con nuestro pacientísimo Redentor, y de la frialdad é indiferencia con que miramos los dolores de su angustiada Madre? No nos conmueve el horrendo espectáculo que puso en conmocion los cielos y la tierra, sacó de quicio y despedazó las piedras y horrorizó al mismo in-

fierno : todo esó lo vemos á sangre fria, con ojos enjutos y con un corazon insensible como si fuera de bronce. ¡Oh Dios! ¿Nó basta esto para humillarnos hasta los abismos y hacernos morir de confusion? Si, escondámonos y temblemos de espanto, porque todas las criaturas nos avergüenzan con su ejemplo, echándonos en cara y con mucha justicia nuestra horrible ingratitud.

¿Sois vosotros los que os llamais cristianos? ¿Vosotros los que haceis profesion de observar una ley que os manda amar á vuestro Dios con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma, con todas vuestras fuerzas? ¿Sois vosotros los que os llamais sus hijos, los que todos los dias le llamais padre? ¿Y le tratais con la misma indiferencia que si nada os tocase? Sí, tal es vuestro descuido y tal vuestra frialdad. Habeis visto á su santa Madre, á la mas perfecta de todas las criaturas, y á la que debe ser vuestro modelo : la habeis visto padeciendo al pié de la cruz los mas vehementes dolores del pecado, de la naturaleza y de la gracia, y por último los dolores divinos que le hacia sufrir su amor, y no habeis sentido conmovidas vuestras entrañas.

¿Nó deberias sentir al menos los dolores del pecado al ver que fué el verdugo cruelísimo, que atormentó á Jesucristo en la cruz? Al menos deberiais sentir los dolores de la naturaleza : los demonios mismos los sintieron en la muerte de su Criador, temblando de espanto con solo la vista de la cruz ; y vosotros que sabeis que ha muerto por salvaros, deberiais al menos enterneceros, y conmoveos con algun sentimiento, ó de dolor por los oprobios de una majestad infinita, ó de compasion por las crueldades tan injustamente ejercidas con su inocencia, ó de gratitud al pensar en el esceso incomprensible de su amor, que todo esto le obligó á sufrir por vosotros. ¡Oh cuán espantosa es vuestra insensibilidad!

No sois, no, tan insensibles cuando se trata de cosas humanas por pequeñas que sean, si tienen con vosotros alguna relacion. Se os vé inconsolables por la muerte de un hijo, por la desgracia de un amigo, por la pérdida de cualquier

bien temporal. ¡Oh vergüenza! Se ha visto á muchas mujeres cristianas llorar por la pérdida de un pajarillo, ó por la muerte de un faldero perrillo, mientras Jesus, es decir, aquel Dios á quien hacen profesion de adorar, á quien están obligadas á amar de todo corazon so pena de condenacion eterna, no ha podido escitar en ellas sentimientos de compungida compasion. ¡Oh estúpida, oh ingrata criatura! ¿Con que tu Dios será para tí menos que aquel pajarillo y aquel perrillo? ¿Es posible quo tengas lágrimas y dolor para todas esas bagatelas, y para tu Dios no tengas mas que insensibilidad y desprecio? Merecias tan justas reconvenciones, aun en el caso de que solo tuvieses un conocimiento humano del Evangelio.

Pero brilla para vosotros la divina luz de la fe, profesais la Religion cristiana, y fundais en ella todas las esperanzas de vuestra eterna salud ; os alimentais del cuerpo y sangre adorable de Jesucristo, bebeis en las fuentes de su gracia ¿é ignorais cuánto importa sentir los dolores de la gracia contemplando los dolores de su pasion? No podeis ignorar cuánto se sublima la gracia sobre la naturaleza y que el divino amor que reina como soberano en todos los corazones en que reina la gracia, es sin comparacion mas fuerte que el amor natural ; y por consecuencia si el amor natural hace sentir necesariamente los dolores de la naturaleza al perder el objeto de su cariño ; siendo el amor divino mucho mas fuerte, hace sentir con mayor viveza los dolores de la gracia al corazon amante. ¿Los habeis sentido alguna vez?.....

Imposible es amar ardorosamente, y perder sin dolor aquello que se ama : aun sin haberlo perdido no se puede amar y ver al objeto amado ultrajado y despreciado, cruelmente maltratado, bañado en sangre y padeciendo hasta morir con una muerte violenta, cruel y vergonzosa : no se puede ver esto sin experimentar amargas sensaciones de dolor. Si hay un poco de amor, no hay corazon insensible. Y quien ama con toda el alma, como estamos obligados á amar á Dios, ¿cómo podrá permanecer insensible? Allí donde no hay dolor, es necesario que se confiese que no hay amor.

¡Ah! si no sabeis qué son los dolores de la gracia, mucho menos sabréis qué cosa sean los dolores divinos. Tal vez ni aun idea teneis de ello; pero si no lo sabeis, aprendedlos de la Santísima Virgen, que tan violentos los sufre al pié de la cruz, mereciendo por ellos el glorioso título de reina de los mártires.

CAPÍTULO XXVI.

Los dolores de la enfermedad son los precursores de la muerte; y Dios por un efecto de su misericordia acostumbra enviarlos á los hombres para advertirles que le esperen y se preparen á recibirle: pero la Santísima Virgen no los sintió, porque no tenia necesidad de que se le advirtiese para disponerse á aquel último trance: lo estaba en todos los momentos de su vida por su íntima union con su Dios.

San Juan Damasceno, Galatino, Nicéforo y otros muchos aseguran que siendo su cuerpo el mas perfecto despues del de su Hijo divino, no participó de las enfermedades y flaquezas de los hijos de Adán, así como no había participado de su culpa; y que su muerte fué cual su vida sin enfermedades ni dolor alguno. Mas esto no quiere decir que su alma no haya sido traspasada de dolores, pues la honramos con el insigne título de Reina de los mártires porque padeció mas que todos ellos y en todo el curso de su vida, sino que no sufrió dolores de enfermedad aun acercándosele la muerte, cuando por lo regular son mas agudos.

No tendréis dificultad en creer que se haya concedido á la

Madre de Dios este privilegio, pués su infinita bondad no lo ha negado á algunos de sus mas fieles siervos. San Ambrosio y San Gregorio de Tours escriben que San Juan Evangelista despues de una larguísima vida colmada de merecimientos, entró por sí mismo en su sepulcro, y reclinándose en él como en su propio lecho, se durmió en el Señor sin haber sentido dolor alguno de enfermedad.

Moisés exhaló el alma, no entre las dolorosas agonías de la muerte, sino en el dulcísimo ósculo de su Dios. No es pues creible que Dios haya negado á su Santísima Madre los favores, que algunas veces se dignó hacer á sus siervos.

El abad Guerrico nos la pinta siempre lánguida y desfallecida, pero jamás enferma sino de amor divino: *Beata Virgo languit timore tota vita, dolore in passione, amore in morte.* La bienaventurada Virgen desfallecia de temor durante toda su vida, de dolor en la pasion de su Hijo, y de amor al aproximarse su muerte.

Ruperto, tan sábio como espiritual y devoto pone en su boca estas hermosas palabras: «Os conjuro, hijas de Jerusalem, que si hallais á mi Amado le digais que desfallezco de amor: decidle que mi vida es un suplicio mientras estoy lejos de él: decidle que noche y dia me sirven de pan las lágrimas, mientras á mí misma me pregunto: ¿dónde está tu Amado? ¿Dónde está tu único Hijo? ¿Dónde está tu Dios? Os conjuro, hijas de Jerusalem, almas dichosas, que ya gozais de su presencia en el cielo, os ruego por la reverencia y por el amor que le teneis, contadle los tormentos que acá abajo sufro; decidle que no puede mas mi corazon, que su ausencia me aniquila, que la distancia me dá á todas horas la muerte; suspiro y desfallezco y muero por verle»: *Nunciate dilecto meo, quia amore languo* (Cant. 5.).

¡Oh Amante sacratísima! ¿Qué necesidad hay de que otro se lo diga? ¿Nó lo sabe él mismo? Cuando preguntó por tres veces al príncipe de los Apóstoles si le amaba, este le respondió: «Señor, vos lo sabeis todo: veis el fondo de mi corazon, sabeis con cuánto ardor os amo, pues vos mismo me dais todo el amor con que yo puedo amaros.» Cierto es que

¡Ah! si no sabeis qué son los dolores de la gracia, mucho menos sabréis qué cosa sean los dolores divinos. Tal vez ni aun idea teneis de ello; pero si no lo sabeis, aprendedlos de la Santísima Virgen, que tan violentos los sufre al pié de la cruz, mereciendo por ellos el glorioso título de reina de los mártires.

CAPÍTULO XXVI.

Los dolores de la enfermedad son los precursores de la muerte; y Dios por un efecto de su misericordia acostumbra enviarlos á los hombres para advertirles que le esperen y se preparen á recibirle: pero la Santísima Virgen no los sintió, porque no tenia necesidad de que se le advirtiese para disponerse á aquel último trance: lo estaba en todos los momentos de su vida por su íntima union con su Dios.

San Juan Damasceno, Galatino, Nicéforo y otros muchos aseguran que siendo su cuerpo el mas perfecto despues del de su Hijo divino, no participó de las enfermedades y flaquezas de los hijos de Adán, así como no había participado de su culpa; y que su muerte fué cual su vida sin enfermedades ni dolor alguno. Mas esto no quiere decir que su alma no haya sido traspasada de dolores, pues la honramos con el insigne título de Reina de los mártires porque padeció mas que todos ellos y en todo el curso de su vida, sino que no sufrió dolores de enfermedad aun acercándosele la muerte, cuando por lo regular son mas agudos.

No tendréis dificultad en creer que se haya concedido á la

Madre de Dios este privilegio, pues su infinita bondad no lo ha negado á algunos de sus mas fieles siervos. San Ambrosio y San Gregorio de Tours escriben que San Juan Evangelista despues de una larguísima vida colmada de merecimientos, entró por sí mismo en su sepulcro, y reclinándose en él como en su propio lecho, se durmió en el Señor sin haber sentido dolor alguno de enfermedad.

Moisés exhaló el alma, no entre las dolorosas agonías de la muerte, sino en el dulcísimo ósculo de su Dios. No es pues creible que Dios haya negado á su Santísima Madre los favores, que algunas veces se dignó hacer á sus siervos.

El abad Guerrico nos la pinta siempre lánguida y desfallecida, pero jamás enferma sino de amor divino: *Beata Virgo languit timore tota vita, dolore in passione, amore in morte.* La bienaventurada Virgen desfallecia de temor durante toda su vida, de dolor en la pasion de su Hijo, y de amor al aproximarse su muerte.

Ruperto, tan sábio como espiritual y devoto pone en su boca estas hermosas palabras: «Os conjuro, hijas de Jerusalem, que si hallais á mi Amado le digais que desfallezco de amor: decidle que mi vida es un suplicio mientras estoy lejos de él: decidle que noche y dia me sirven de pan las lágrimas, mientras á mí misma me pregunto: ¿dónde está tu Amado? ¿Dónde está tu único Hijo? ¿Dónde está tu Dios? Os conjuro, hijas de Jerusalem, almas dichosas, que ya gozais de su presencia en el cielo, os ruego por la reverencia y por el amor que le teneis, contadle los tormentos que acá abajo sufro; decidle que no puede mas mi corazon, que su ausencia me aniquila, que la distancia me dá á todas horas la muerte; suspiro y desfallezco y muero por verle»: *Nunciate dilecto meo, quia amore langueo* (Cant. 5.).

¡Oh Amante sacratísima! ¿Qué necesidad hay de que otro se lo diga? ¿Nó lo sabe él mismo? Cuando preguntó por tres veces al príncipe de los Apóstoles si le amaba, este le respondió: «Señor, vos lo sabeis todo: veis el fondo de mi corazon, sabeis con cuánto ardor os amo, pues vos mismo me dais todo el amor con que yo puedo amaros.» Cierto es que

conoce todo el amor que le tenéis. ¿Vuestro mismo corazón nó le habla incesantemente de la grandeza de vuestro amor? Cada vez que respira ¿nó le dice aquellas ardientes palabras, que deberíamos repetir continuamente en lo íntimo de nuestros corazones? *Tu scis, Domine, quia amo te: tu scis, Domine, quia amo te: tu scis, Domine, quia amo te:* ¿Qué necesidad hay de que se lo hagais decir por otros, que no lo saben tan bien como él y vos?

¡Ah! responde esta divina Amante: «Me parece que nunca podré decirselo bastantemente y que él nunca puede saberlo demasiado. No estoy yo satisfecha si no le hablan de mi amor todos los ángeles, todos los hombres, y todos los seres hasta los mas insensibles; y digan lo que dijeren, nunca dirán sobrado.»

San Anselmo asegura que todo otro amor era escaso y tibio en cotejo del de la Santísima Virgen. El de Jacob cuando supo que su hijo José, á quien tenia por muerto, estaba lleno de vida y reinaba en Egipto, cuando el corazón ya no le cabia en el pecho por el ansia de verle, era nada en comparacion del deseo que á la Virgen abrasaba de ver á su Hijo reinando en los cielos despues de haberle visto morir en la cruz; el del santo rey David que su encendido anhelo de poseer á Dios comparaba con la sed del cervatillo, que corre á apagarla en las aguas de cristalina fuente, nada era en comparacion de su ardiente sed de beber en las fuentes del Salvador. ¡Oh alma incomparable! ¡Oh amante mas encendida en el divino amor que todas las demás amantes juntas! ¿Cómo podeis vivir un solo dia en tal estado? No me admira que hayais muerto á su impulso suavísimo; lo que me maravilla es que hayais vivido una sola hora en medio de tal incendio. ¿No es este mayor milagro que el que se cuenta de los tres niños del horno de Babilonia? Sí; porque si toda vuestra vida fué un continuo milagro, lo fué mucho mayor despues de la Ascension del Señor hasta el fin de aquella, pues podiais decir con mas verdad que San Pablo: yo muero todos los dias.

Acercas de la duracion de su santísima vida están muy divididas las opiniones: San Antonino dice que sobrevivió doce años á su querido Hijo y que así terminó su vida á la edad de sesenta. Nicéforo no le dá mas que cincuenta y nueve, Pedro de Aquileya cuarenta y nueve años, cinco meses y veinte y un dias y Baronio setenta y dos años; pero la opinion mas seguida es que su dichoso tránsito ocurrió á los sesenta y tres años; es de Eusebio en su *Crónica*; y Santa Brigida asegura que la misma Señora se lo reveló á ella. Parece que nuestra madre la Iglesia ha confirmado esta creencia, aprobando la corona de sesenta y tres *Ave Marias* en honra de los años que la Santísima Virgen vivió sobre la tierra, y segun esta opinion es preciso que hubiesen transcurrido quince años desde la ascension de nuestro divino Salvador. Segun el testimonio mas comun de los historiadores y de los Santos Padres, María permaneció algun tiempo cerca del sepulcro de nuestro Señor en el valle de Josafat: Sofronio, Dionisio el cartujo y el abate Guerrico nos lo aseguran. El Concilio de Efeso dice que residió algunos años en esta ciudad con San Juan Evangelista, á quien recibió por hijo al pié de la cruz; pero su mas ordinaria y larga estancia fué en Jerusalén; y su casa particular el cenáculo, aquel santuario divino en que Jesucristo se dignó obrar milagros asombrosos; allí instituyó el Santísimo Sacramento; allí celebró la primera misa con los Apóstoles; allí los recogió é hizo orar diez dias para disponerse á recibir la virtud de lo alto; allí les envió al Espíritu Santo y les dió la mision para ir á predicar el Evangelio por toda la tierra; allí finalmente quiso que su divina Madre pasase los postrimeros años de su vida. Es, pues, creible que en lugar tan santo los terminase.

En cuanto al tiempo, parece que la Iglesia nos induce á pensar que murió y resucitó en el mes de agosto celebrando en él la fiesta de su Asuncion. Para asemejarse aun en esto á su Santísimo Hijo pasó á la gloria el viernes, y como él resucitó el domingo, y subió como él á los cielos en cuerpo y alma.

Tres son los sacramentos de nuestra madre la Iglesia, que todos los fieles deben recibir para prepararse á una muerte dichosa; el de la Penitencia, el del Cuerpo y Sangre de nuestro Salvador y la Estremauncion. En cuanto al primero es indudable que no lo recibió la Virgen sin mancilla en todo el curso de su vida ni en artículo de muerte, porque jamás cometió ni el mas leve pecado venial. ¿Pues cómo habria podido confesarse? ¿De qué se hubiera acusado si de nada era culpable? ¿Sobre qué recaeria la absolucion, no concordando con su perfectísima inocencia ni la materia ni la forma del Sacramento de la Penitencia? Luego no lo recibió, ni pudo recibirlo.

En orden al segundo, es evidéntísimo que aquel maná del cielo era el cotidiano sustento de su alma y que lo fué especialmente en el término de su vida como celestial Viático, que debia conducirla á la casa de su bienaventurada eternidad. ¿Y quién lo duda?

Si criatura alguna ha sido capaz de sustentarse con aquel pan divino, lo fué la Reina de los ángeles; si ha habido alguna digna de recibir al Hijo de Dios en el augusto sacramento de su amor, fué aquella que colmó el Omnipotente de todas las riquezas de su gracia para hacerla dignísima de recibirle: si alguna le ha deseado con ardor, ha sido aquella que le amaba mucho mas que todas las criaturas juntas; si alguna tuvo derecho para poseer aquel tesoro preciosísimo, fué aquella que le recibió del cielo, primero para sí misma, y luego para comunicarlo al mundo, el cual le obtuvo tan solo por su medio. ¿Quién hay que plante una viña y no coma de su fruto? Pregunta el apóstol San Pablo. Si alguien conoció su valor y dignidad infinita, fué aquella que mas que todos los Apóstoles y mas que todos los Doctores de la Iglesia penetró en los misterios de la Divinidad.

Pues si fué tan capaz y tan digna de recibir este Sacramento divino; si lo deseó con tanta viveza; si para poseerlo tenia particular derecho; si tan bien sabia las intenciones y el ánsia de Jesus acerca de su frecuente uso, y en un todo se conformaba con ellas fidelísimamente, ¿por qué se dudaria de que

despues de su institucion le haya recibido todos ó casi todos los dias de su vida?

Recibióle especialmente al acercarse la hora de su dichoso tránsito; pues esta es antiquísima costumbre de la Iglesia, en cuya práctica pone el mayor empeño, viendo con sumo dolor que alguno de sus hijos pase á la eternidad sin este santísimo Viático, y es tal su conato en la observancia de esta ley de inefable amor, que la ha recomendado en varios concilios generales, nacionales y provinciales, en el de Nicea, en el undécimo de Toledo, en los de Agata, de Ancira, de Arlés, de Orleans, de Cartago y en otros varios; siendo esta costumbre tan antigua en la Iglesia, que no hallándosele principio, estamos en el caso de creer que fué entablada por Jesucristo y sus Apóstoles. Es pues innegable que Maria recibió con suma frecuencia el soberano Sacramento de la Eucaristía, y el Viático antes de dormirse plácidamente en el ósculo de su Dios.

Opinan algunos autores que recibió el Sacramento de la Estremauncion; pero sus razones se vén obligadas á ceder el campo á las siguientes, que se les oponen con una fuerza irresistible. En efecto, ¿á qué fin se instituyó la Estremauncion? ¿Nó fué con el mismo objeto con que Jesucristo estableció en su Iglesia el Sacramento de la Penitencia, es decir, para la remision de los pecados? Verdad es que la confesion perdona el pecado mortal y la Estremauncion el venial: la confesion borra la culpa y la Estremauncion acaba de estirpar los restos del pecado; por lo cual dicen los teólogos que la Estremauncion es el complemento y la última perfeccion de la Penitencia, y que el fin de ambos sacramentos es la remision de los pecados. Pues si Maria jamás tuvo culpa y por esta razon no fué capaz de recibir el sacramento de la penitencia, ¿cómo hubiese recibido el de la Estremauncion? ¿Qué efecto produjera este último sacramento en Maria? ¿El de darle fortaleza para luchar con los enemigos de su salvacion en su agonía? ¿Pero qué agonía padeció en su muerte sino la de su amor perfecto, al cual se abandonaba de todo corazon? ¿Y qué enemigos de su salud se atreverian á presentársele

para asaltarla en aquella hora? ¡Ah! jamás tuvo el demonio libertad para acercarse á este divino santuario siempre honrado con la presencia del Arca, siempre lleno de la plenitud de las gracias, siempre rodeado de legiones de ángeles. ¿Tal vez la acometerian los enemigos domésticos del hombre, las pasiones rebeldes, los deseos inquietos, el amor á las criaturas? ¡Ah no! Para ella no había mas pasión que la de amar á su Dios, ni mas deseo que el de volar á poseerle en la gloria.

¿A qué fin, pues, hubiera recibido el sacramento de la Estremauncion? ¿Acaso para consagrar su cuerpo con el óleo santo? Pero por esta última unción no se hubiera santificado mas de lo que ya lo estaba por la gracia de su divina maternidad. Como Jesus el santo de los santos es llamado el ungido del Señor por excelencia, el Rey de los reyes, el soberano Pontífice de la religion sin que los hombres le ungieran ni consagraran, porque estaba admirablemente ungido y consagrado por su propia divinidad: *Christus unctus divinitate*; así su Madre santísima era la reina de los ángeles y de los hombres empleándose en un ministerio, que escede en alteza y santidad á cuanto han podido hacer todas las criaturas sin necesitar mas unción ni consagración que la de la gracia de su divina maternidad.

Los sacerdotes, que se consideran como personas sagradas porque tienen la honra de participar de la sagrada unción del sumo sacerdote Jesucristo por el carácter sacerdotal, tambien deben tener las manos consagradas para tocar su adorable Cuerpo con solo la estremidad de los dedos; pero todo era tan santo y tan consagrado en la persona de María, que gozaba de absoluta libertad para tocarle con sus manos, besarle con su boca y aplicársele á sus virginales pechos sin menester mas unción que la de la gracia de su divina maternidad; no se diga, pues, que debió recibir el sacramento de la Estremauncion como el resto de los fieles á fin de que su cuerpo adquiriese una nueva dignidad con ella.

Si el Señor se dignó revelar á muchos siervos suyos la hora de su muerte, ¿cómo no habia de hacerlo con su querida Madre? Nicéforo en el segundo libro de su *Historia*, c. 21, dice que viéndola su amado Jesus padecer tanto por el ardiente deseo, que tenia de salir del amargo destierro de este mundo, mandó á un ángel que le avisara el dia y la hora de su muerte, y añade que por las coronas que habia de recibir en el cielo, el ángel de parte de su divino Hijo le presentó una palma, cuyos ramos resplandecian á par de las estrellas, mandándole que la hiciera llevar delante de si en la ceremonia de su funeral.

Muchos autores dignísimos de fe refieren lo siguiente acerca de las maravillas de su fallecimiento y de la magnificencia majestuosa de su pompa fúnebre.

Los Apóstoles que se hallaban dispersos en todo el orbe predicando el Evangelio, supieron por revelación divina el dia de su fallecimiento y todos fueron al mismo tiempo arrebatados por los ángeles y transportados á Jerusalem para hallarse juntos al rededor del lecho de su Reina, y darle el último á Dios, para recibir su bendición y asistir á su entierro. Todos se hallaron allí por milagro, escepto Santiago, hermano de San Juan, á quien ya habia martirizado Herodes, y Santo Tomás que llegó tres dias despues de aquel sueño de amor, con que María pasó á su dichosa eternidad. Y de esto no es posible dudar, atestiguándolo tantos y tan acreditados autores como un San Juan Damasceno, Gregorio de Tours y otros y antes que ellos San Dionisio Areopagita, quien dice haber asistido él mismo á la muerte de la Santísima Virgen con todos los Apóstoles, con San Timoteo primer obispo de Efeso, Santiago y San Pedro, á quien llama la suprema y antiquísima cabeza de los teólogos. Y á la verdad, si Habacuc fué transportado por un ángel desde Judea á Babilonia, á fin de socorrer á Daniel, que moria de hambre en el lago de los leones, bien podemos creer que Dios por ministerio de sus ángeles transportaria á los Apóstoles á Jerusalem para honra, consuelo y servicio de su Madre.

Glicas asegura que no solo los Apóstoles, sino tambien los

discipulos se hallaron presentes; y Metafraste añade que siendo tanta la veneracion que en todas partes se tenia á la Santísima Virgen que era imposible verla sin acatarla profundamente, y amarla con la mas encendida ternura, infinitas gentes, hombres y mujeres de toda condicion, que le eran afectísimas, acorrieron en tropel á pedirle su bendicion y honrar su muerte con la abundancia de sus lágrimas. Aun adelanta mas San Juan Damasceno al decir que Jesucristo mismo bajó en persona acompañado de muchas legiones de ángeles á recibir en sus manos el alma de su divina Madre. Lo cual es sumamente creíble, pues si estando para volver al cielo, consolándoles prometió á los Apóstoles, que viniendo de nuevo á ellos, los recibiría en su seno: *Iterum veniam, et accipiam vos ad me ipsum*; ¿dudariamos de que bajó al encuentro de su Madre, y recibió en su corazon á la que le hubo acogido en su castísimo seno? ¿Dudariamos de que con toda claridad no le viese cerca de sí como San Estéban le vió en el cielo á la diestra de su Padre, durante su martirio? ¡Ah! no alcanza el entendimiento humano, no alcanza á concebir el júbilo, que la inundaria al ver llegado el momento deseadisimo de entregar su alma en las manos de su Dios, en las de su Hijo, en las de su Amado!

No se vió eclipsarse el sol, ni retemblar la tierra, ni conmoverse todo el universo en la muerte de la Santísima Virgen, porque nada habia en ella de funesto; por el contrario rebosaban de gozo los cielos y la tierra, como lo describen San Juan Damasceno, Metafraste y Nicéforo. Los ángeles por parte del cielo llenaban los aires de altisona armonía: y por parte de la tierra los Apóstoles que representaban á toda la Iglesia y circundaban el preciosísimo cuerpo á manera de brillante corona, cantaban sus alabanzas y cada uno pronunciaba aquel elogio, que le salia de la abundancia de su corazon: todos le besaron los piés y las manos con afectuoso respeto; todos admiraban la belleza de aquel tabernáculo del Verbo encarnado, tan resplandeciente de gloria, tan embalsamado de celestial fragancia. Aquel no parecia el dia de su muerte sino el de su resurreccion.

Despues de haberlo venerado y permitido á todos los circunstantes que se le acercasen y santificasen sus labios con el contacto de aquella preciosísima reliquia, se dispuso el santo entierro como refieren antiguos autores, segun lo habian aprendido de la tradicion. Iba San Juan por delante llevando aquella palma, que el ángel le trajo del cielo cuando vino á anunciarle su muerte: San Pedro y los otros Apóstoles llevaban su cuerpo y muchas personas piadosas le rodeaban y seguian, unas cantando himnos y otras honrándole con su profundo acatamiento. Depusieronle por fin en un sepulcro nuevo; pobre y sencillo en verdad, pero mas precioso y augusto que los ricos y soberbios mausoleos de los reyes de la tierra.

Conviene casi todos los autores en que dicho sepulcro estaba en el valle de Josafat, en Getsemani, inmediato al de nuestro Salvador, y entero subsistió por algunos años hasta el tiempo de Tito y Vespasiano, cuando Jerusalem fué completamente destruida, y quedó tan sepultado bajo aquellas ruinas, que nadie sabia de él hasta el imperio de Marciano y Pulqueria, en cuyo tiempo se descubrió á fuerza de buscarlo, pero tan escondido bajo las ruinas de la antigua Jerusalem que era preciso bajar sesenta escalones: ahora le visitan los viajeros que van á la tierra santa, y aun exhala un no sé qué de la celestial fragancia de que estuvo embalsamado por haber recibido y conservado algunos dias el preciosísimo cuerpo de la Reina de nuestros corazones.

CAPÍTULO XXVII.

Vació está el sepulcro de la Santísima Virgen; su cuerpo no se halla en la tierra, ni país alguno se ha gloriado de poseer tan preciosa reliquia; luego es fuerza confesar que está en el cielo; tal es la creencia de la Iglesia Católica, que celebra todos los años la fiesta de su Asuncion con magnificencia tanta que para espresar su alborozo principia exprofesamente la misa de aquel día con estas palabras de regocijo: *Gaudemus omnes in Domino.*

Pruébalo el testimonio de la Sagrada Escritura, la cual aunque espresamente no diga que resucitó y subió á los cielos en cuerpo y alma, abunda en sentencias y pasajes, que los Santos Padres interpretan en este sentido.

Pruébalo el comun sentimiento de todos los Doctores católicos, que nos lo enseñan y persuaden con las palabras mas vigorosas, plausibles y evidentes.

Pruébanlo en fin las razones mas claras, piadosas y seguras, que puedan alegarse para probar una verdad.

Sabemos que bajarán del cielo cuatro sonoras trompetas en el último día de los siglos, y resonarán en las cuatro partes del mundo, y darán por do quiera la señal de la resurreccion general: hé aquí pues cuatro muy poderosas, la Iglesia, la Escritura, los Santos Padres y la razon, que publican por todo el universo que la Santísima Virgen resucitó y subió al cielo en cuerpo y alma.

Oigamos resonar la primera, que es la Iglesia: ella es quien hace oír su voz en todo el orbe cristiano el día del triunfo de la Señora: ella quien celebra los divinos misterios con las ceremonias mas augustas, engalanada con sus mas ricos orna-

mentos: ella quien habla á todos sus hijos por boca de los predicadores, anunciándoles las grandezas de esta Madre admirable, y exaltando su gloria, que acompaña con los cánticos de su alegría mientras los ángeles la llevan en cuerpo y alma á los cielos. ¡Ah! los transportes de gozo y la magnificencia con que nuestra madre la Iglesia celebra su Asuncion, predicán altamente la verdad de este glorioso misterio.

Ponderóse mucho en la antigüedad la gloria de la reina Semiramis, que por espacio de cuarenta años gobernó la monarquía de los Asirios con tanta sabiduria, tal fortaleza de ánimo y éxito tan feliz que venció generosamente á los Etiopes, desbarató el poderoso ejército del rey de las Indias, y prodigando con magnífica largueza sus tesoros echó por tierra los montes á fin de abrir caminos, dió á los rios nuevo rumbo para fecundar la tierra, y despues de otras muchas hazañas dignas de inmortal memoria, mandó que en su sepulcro se pusiese este epitafio: «Mujer me hizo la naturaleza; pero mis acciones me han hecho igualarme en gloria á los mas grandes hombres.» Podia haber añadido: la naturaleza me hizo mortal, y mi virtud y proezas me han resucitado é immortalizado en la memoria de los siglos.

Esto en verdad parece grande y sublime, ¿pero qué viene á ser en parangon de la gloria de María? La Reina del universo no solo gobernó un imperio particular como Semiramis, sino que dirigió toda la monarquía del mundo cristiano con su autoridad y consejos despues de la Ascension de nuestro Señor; no venció á los bárbaros de la Etiopía, pero en toda la tierra vence y estermina herejias y herejes: *Cunctas haereses sola interemisti in universo mundo*: no deshizo el ejército del rey de las Indias, pero quebrantó con su divina planta la cabeza del principe de las tinieblas: no abrió caminos sobre la tierra; pero allana y hace facilísimo el camino del cielo con su poderosa intercesion; no llevó por donde quiera las corrientes de las aguas para fecundizar la tierra; pero nos procura y obtiene de Dios torrentes de gracia, los cuales han hecho tan fecunda á la santa Iglesia que desde entonces no cesa de producir abundancia de frutos de vida eterna,

muchedumbre de mártires, de confesores y de vírgenes é innumerable suma de espirituales riquezas.

¡Oh, y qué glorioso epitafio no deberia grabarse sobre su tumba! Seria demasiado poco esculpir el de la reina Semiramis : la naturaleza me hizo mujer, pero mi virtud me aventajó á los hombres : era preciso decir : he sobrepujado la escelencia de todos los ángeles. Poco era decir : me he inmortalizado en la memoria de los hombres : menester era que se dijese : Soy efectivamente inmortal, y toda llena de gloria en cuerpo y alma, y soy reconocida por tal en toda la Iglesia triunfante y militante. Era necesario escribir sobre su tumba aquellas mismas palabras, que los ángeles pronunciaron sobre el sepulcro de nuestro Redentor : *Surrexit, non est hic*; ha resucitado; no está aqui ya : ved el lecho en que la habiais puesto ; védle, védle vacío, porque su cuerpo no está ya en la tierra sino en el cielo sobre el trono de la gloria. Habeis oido la trompeta de la Iglesia, que á voz en grito publica su resurreccion. Oid ahora la de la Escritura divina.

¿Qué significan estas palabras hablando á Dios en el Salmo ciento treinta y uno : «Levántate, Señor, á tu reposo, tú y el Arca de tu santificacion?» ¿Quién dudaria que se habla con Jesucristo dormido en su sepulcro despues de haber perdido la vida en el combate de su pasion? Levántate, Señor, resucitate á ti mismo y entra en el reino de tu reposo : *Surge, Domine, in requiem tuam*. Ved aqui cómo clarisimamente se dirige á Jesucristo.

¿Qué quieren decir empero estas otras que le siguen : *Tu et arca santificationis tue?* ¿Quién es esta Arca para la cual pide igualmente la resurreccion, profetizando que tambien la obtendrá, sino la Santísima Vírgen? ¿Nó es ella la verdadera Arca, que encerró el maná del cielo y las tablas de la ley de Dios en la persona de su divino Hijo, cuando le llevó en su seno? Y como el maná y las tablas de la ley eran figura de Jesucristo, así el Arca del antiguo Testamento, que las encerraba, era figura de Maria. ¿Mas para qué mandó Dios que se la hiciese de madera incorruptible, sino para simbolizar la incorruptibilidad del cuerpo de la Vírgen in-

maculada? De ella pues habla la divina Escritura en este famoso testo, que encierra dos resurrecciones, la de Jesus y la de su Madre Santísima. Así lo entienden San Juan Damasceno y otros, que se valen de este respetabilísimo testimonio de la Escritura para probar la resurreccion de la Reina del cielo.

¿Qué quiere decir la Escritura al hacer esta oracion á Dios en el Salmo ciento veinte : *Dominus custodiat introitum tuum, et exitum tuum?* Pide á Dios que guarde con especial cuidado su entrada y su salida del mundo ; por que estos son los dos pasos mas peligrosos, el uno á la entrada, y el otro á la salida : dos redes que se nos tienden y no es posible evitar : la del pecado original cuando entramos en el mundo, y la de la muerte cuando salimos de él. Por el pecado perecen las almas y por la muerte los cuerpos ; tal es la desdichada suerte de los hijos de Adan.

Pero la Madre de Dios goza de un privilegio singularísimo, aunque verdadera hija de Adan : al entrar en el mundo triunfó del pecado original, y al salir de él, la muerte no se atrevió á corromper su precioso cuerpo : siempre fué inocente y santa en su concepcion y nacimiento : siempre entera é incorruptible en su muerte y sepulcro. Así los dos términos de su vida, el principio y el fin, tienen su respectivo é inseparable privilegio. Donde entra el pecado lleva en pos de si la muerte y la corrupcion ; pero la muerte no tiene derecho ni poder para dañar á quien no ha sido presa del pecado. Así pues no habiendo entrado en Maria la culpa original, no pudo la muerte hacer daño á su cuerpo immaculado. ¿Por qué habiamos de creer que Dios le hubiese concedido el primer privilegio que es mayor, sin concederle igualmente el otro, que es mucho menor y no es mas que una consecuencia del primero?

¿Quereis oír de nuevo á la Sagrada Escritura publicar su resurreccion? Oid como se espresa en el capitulo quinto del *Cantar de los cantares* en la persona de nuestro Señor, que dirigiéndose á su Madre Santísima le dice estas palabras : *Veni in hortum meum, soror, sponsa, messui myrrham meam cum aromatibus* : Venid á mi jardin, hermana mia, venid, esposa mia ; he cosechado mi mirra con aromas y perfumes.

¿A qué fin la convida á su jardín no para coger flores ó saborearse con sus frutos, sino para obsequiarla con su mirra y aromas? Sabido es que la mirra y el aroma sirven para embalsamar los cuerpos muertos y hacerlos incorruptibles.

Así pues quería decir: Tomado he posesion de un huerto en Getsemaní, en el valle de Josafat, entre la montaña de Sion y el monte de las olivas, cuya mansion formaba mis delicias cuando vivia en el mundo. Allí me escogí habitacion para despues de mi muerte: allí quise tener un sepulcro; allí encontré la incorruptibilidad representada por la mirra; allí á los tres dias de sepultura hallé la resurreccion á una vida inmortal representada por el aroma y perfumes de suavisima fragancia, que se remontan á lo alto: *Veni in hortum meum*: venid, Madre mia, á mi huerto; que vuestra tumba esté junto á la mia, y os daré de mi mirra y mis perfumes, y como yo hallaréis la incorruptibilidad, la resurreccion y la inmortalidad: *Non dabis sanctum tuum videre corruptionem*: Menester era que Maria imitase á su único Hijo en su vida, en su muerte, en su sepultura y en su resurreccion. Visto ya el testimonio de la Sagrada Escritura, pasemos á ver el de los Santos Padres.

Esta insigne trompa vá á resonar en un tono mas claro y con voz mas inteligible, proclamando la incorruptibilidad del cuerpo de Maria en su sepulcro, su resurreccion y su inmortalidad. San Agustin dice que debemos creer que habiendo Jesucristo honrado el cuerpo de su Madre hasta el extremo de tomar una parte de su carne purisima para formar con ella un cuerpo para si mismo, no le habrá seguramente abandonado al último oprobio de la naturaleza humana, cual es la corrupcion y podredumbre; que habiendo nacido de su seno, y alimentándose con la leche de sus sacratissimos pechos, no habrá consentido que viniese á ser pasto de gusanos. Pudo, dice este Doctor sublime, preservar su cuerpo de la podredumbre de la muerte del mismo modo que preservó su alma de la corrupcion del pecado; ambas cosas pudo, porque es omnipotente; y si no es dable dudar que lo pudo, tampoco debemos dudar que lo quiso, porque es infinitamente bueno, y

ama á ella sola mas que á todo el resto de sus criaturas. Pero siendo manifiesto que lo pudo y lo quiso, ¿qué duda cabe en que verdaderamente lo hizo? Pues está escrito: *Omnia quaecumque voluit fecit*; hace cuanto quiere.

A lo cual añade el Santo estas palabras: «Si Dios quiso conservar no solo los cuerpos de los tres niños del horno de Babilonia, sino hasta sus vestidos en medio de un fuego devorador que consumia á cuantos se acercaban, ¿por qué ha de creerse que haya cuidado mas de los vestidos de sus siervos que del cuerpo de su propia Madre? Si en el vientre de una ballena conservó la vida á un Jonás desobediente, ¿cómo es posible dudar que haya preservado de la corrupcion de la muerte el cuerpo de su querida Madre tan inocente y sumisa? ¡Ah! ¡Se le libraria al profeta Daniel de los dientes de los leones hambrientos, que debian devorarle, y á la Madre de Dios se la abandonaria á los dientes de la muerte para que la redujese á polvo! ¡Ah! Si creemos que su alma fué preservada de todo pecado porque ella habia de ser Madre de Dios, es necesario que tambien creamos que su cuerpo se vió libre de toda especie de corrupcion despues de haber sido Madre de Dios.

»¿Nó considerais que ha ejercido su inefable oficio de Madre de Dios mas segun su cuerpo que segun su alma, puesto que aquel suministró un cuerpo al Hijo de Dios y esta no le dió un alma? ¿Pues quién no confesará que este precioso cuerpo, que ha revestido á su Dios de la sustancia humana, que le ha nutrido con la leche de sus pechos, y héchole tantos otros relevantísimos servicios, merecia no ser pasto de gusanos? Bien era menester que en pago de la carne, que le habia dado, fuese Maria coronada de gloriosa inmortalidad; pues nadie podría pensar que aquel cuerpo virginal tan digno del acatamiento de los ángeles, quedase abandonado en su sepulcro á ser pasto de gusanos.» Confiesa San Agustin que le estremecia esta ominosa idea (1).

(1) *Illud sacratissimum corpus, de quo Christus carnem assumpsit, escam vermibus traditum, consentire non valeo, dicere pertimesco.*

Nicéforo cita á Juvenal, obispo de Jerusalem, quien dice haber sabido por una tradicion muy antigua que los tres dias, que el cuerpo de la Santisima Virgen reposó en el sepulcro, estuvieron junto á él los Apóstoles cantando himnos y escuchando respetuosamente la celestial armonía, que hacian resonar los ángeles sobre su tumba; pero que cesando aquella al cabo de los tres dias, juzgaron que ya no estaba allí aquel precioso depósito; abrieron el sepulcro, y no hallaron su cuerpo, sino tan solo los lienzos que lo envolvian como habia sucedido en el sepulcro de nuestro Salvador; y todos transportados de alegría dieron gracias á Dios, dirigieron á la Señora sus mas ardientes votos y volviéronse á los lugares de sus misiones á publicar por todo el orbe tan venturosa nueva.

Consultad á Sofronio en el sermón de la Asuncion de la Santisima Virgen, en el cual habla largamente de su resurreccion. Consultad á San Juan Damasceno en el sermón del sueño de la Virgen. Consultad á San Atanasio, cuya autoridad es en toda la Iglesia tan respetable. Escuchad á casi todos los Santos Padres, los cuales se espresan del mismo modo. ¿Pero á qué esa nube de testigos para esclarecer una verdad, que á manera de un astro luminoso resplandece en la Iglesia? Réstanos pues oír los dictámenes de la razon.

No hay razon para creer que esta Madre admirable no haya sido privilegiada en su muerte como lo fué en su concepcion, en la encarnacion de su único Hijo, en su purisimo parto y en tantas otras cosas, en las cuales no estuvo sujeta á la ley comun de toda naturaleza humana, sino siempre exenta por un privilegio conveniente á su dignidad de Madre de Dios.

La ley comun, condenando á la muerte á todos los hijos de Adan, les intima que serán reducidos á cenizas: *Pulvis es, et in pulverem reverteris.* ¿Y para esto solo no tendrá Maria un privilegio, teniéndolo para ser concebida sin pecado, para ser virgen y madre al propio tiempo, para dar á luz á su divino Hijo sin dolores? La que no tuvo parte en las culpas de la descendencia de Adan, ¿por qué habia de tenerla en su castigo?

En segundo lugar, si su cuerpo no hubiese permanecido incorruptible despues de su muerte, si no hubiese resucitado, si no hubiese sido transportado á los cielos, seria forzoso confesar que el Hijo de Dios que estableció la ley de honrar al padre y á la madre, tenia tan escaso miramiento con su querida Madre que honraba su cuerpo menos que el de sus siervos. Porque es verdad que poseemos cuerpos santos, los cuales se honran como preciosas reliquias, se veneran sobre nuestros altares, se encierran en cajas de oro y de ricas joyas, á donde los pueblos, los principes, los sacerdotes corren á presentarles su rendido homenaje. Mas nada de esto vemos que suceda con el cuerpo de la immaculada Virgen; ¿pues en qué lugar del mundo se ha conservado? ¿A dónde se vá en peregrinacion á verle y honrarle? ¿Dónde está la preciosa caja que le encierra? ¿Dónde las lámparas de oro y plata, que día y noche están ardiendo delante de él?

No; el sagrado cuerpo de Maria no está en la tierra. No es digna de poseerlo. Está en el cielo, que es el único templo digno de su gloria: solo los ángeles pueden acatarle debidamente.

Habéis dicho, ó Jesus, que adonde vos esteis quereis que esté vuestro siervo: *Ut ubi ego sum, illic sit minister meus.* ¿Y quién ha sido nunca mas siervo vuestro que el virginal cuerpo de vuestra Madre? Él os produjo de su propia sustancia y mas dichoso que el cielo empero, os llevó nueve meses en sus entrañas, formando vuestros miembros divinos; él os alimentó con la leche de sus pechos, llenando vuestras venas de la sangre con que habéis redimido al humano linaje; él os prodigó durante vuestra infancia el cariño y la ternura, el afan y el desvelo, todo el cuidado y solicitud, que una buena madre tiene con su hijo; él os cargó tantas veces en sus brazos. Por sus piés andabais, con sus manos obrabais, por su boca hablabais. Él finalmente fué todo para vos mientras estábais en el mundo!

Decidle pues, Señor: *Ut ubi ego sum, illic sic et minister meus.* Hablad al cuerpo y alma de esta Madre amorosa, decidle: *vén, siervo mio; sigueme al cielo como me seguiste en*

la tierra; quiero que donde esté yo, esté también mi siervo. Y en verdad, si esta gracia se ha concedido á tantos santos, que en cuerpo y alma están en el reino de la gloria, pues sabido es que muchos resucitaron y acompañaron al Señor cuando volvió á sentarse á la diestra de su Padre; ¿cómo habia de negarse despues de su muerte tan glorioso privilegio á la que no solo es reina y señora de todos los santos, sino Madre querida del principe de la celestial Jerusalem? Nada mas conforme al amor de tal Hijo, y á la dignidad de tal Madre. Sí; Maria le ha seguido en cuerpo y alma á los cielos.

¿Y qué dice á esto nuestro corazon? ¿No se transporta de gozo al oír tan plácidas verdades? ¿Qué consolacion para nosotros miseros mortales saber que nuestro Padre y nuestra Madre están juntos en el cielo en cuerpo y alma! ¿Que ambos se afanan con toda la ternura de su corazon en hacernos felices por toda la eternidad! ¿Que ambos toman á pechos nuestros intereses, patrocinan nuestra causa y tratan con ardiente solicitud el importante negocio de nuestra salvacion! El querido discípulo San Juan nos asegura como artículo de fe que tenemos en Jesucristo un fiel y poderoso abogado, que habla incesantemente á su eterno Padre en favor nuestro. *Advocatum habemus apud Patrem Jesum Christum justum* (Joan. c. 2.). Su sangre y sus llagas abiertas por nuestro amor dán gritos en favor nuestro. ¡Oh qué dicha y consuelo!

Y San Bernardo nos asegura que también tenemos una abogada, toda caridad y ternura en la persona de nuestra divina Madre. Era pues menester que estuviese en los cielos en cuerpo y alma para tener muchas bocas, que habláran en favor nuestro. Tiene efectivamente su seno purísimo y sus sacratísimos pechos, que hablan con voz de celestial dulzura; ellos alimentaron al mismo Rey de la gloria en su delicada infancia; tiene la voz de su leche, voz sobremanera poderosa, que aboga por nosotros; las llagas del Hijo con la voz de su leche peroran en favor nuestro y forman una armonía deliciosa, que arrebató enamoradamente el corazon de Dios y lo conquista para nosotros. ¿Qué inefable consuelo es el estar

seguros de que tal Padre y tal Madre tenemos en la gloria! ¿Y que no solo sus almas sino también sus cuerpos se emplean sin cesar en el negocio de nuestra eterna salud! No, no por sus intereses particulares han hecho y padecido tanto hasta sentarse en el trono de los cielos, sino y muy principalmente por nosotros, que miserables aun peregrinamos en este valle de lágrimas, inciertos de nuestra suerte, prisioneros en este cuerpo mortal como en oscura cárcel, abrumados con el peso de la culpa; por nosotros, sí, por nosotros clamamos y ruegan incesantemente.

Alentémonos pues; porque si todo podemos temerlo de nuestra parte, y no tenemos nada con que justificarnos, todo debemos esperarlo de nuestros poderosos abogados por el inmenso valimiento que tienen con el supremo Juez, segurísimos de que hacen suya nuestra causa. ¿Y qué podrá desalentarnos aun en medio de las mayores desgracias?

¡Ah! levantemos con frecuencia nuestros corazones, esclamando con ternura y confianza: *Pater noster qui es in cælis*. ¡Padre mio, hablen por mí en el cielo vuestras sagradas llagas! *Adveniat regnum tuum*: alcáncenme vuestro reino! Y luego dirigiéndonos á Maria, digámosle fervorosos: *Mater nostra quæ es in cælis*: ¡Amable Madre mia, que en el cielo estais en cuerpo y alma, tened piedad del mas pobre y débil de vuestros hijos, hable por mí vuestro corazon, hable por mí vuestro seno, hablen por mí vuestros pechos, vuestras entrañas! Toda sois dulzura, ni conoce límites vuestra misericordia; derramadla pues en mí, acordándoos que sois la madre de la misericordia y del amor hermoso: *Mater pulchræ dilectionis*.

CAPÍTULO XXVIII.

No cabiendo duda en que María recibió en esta vida toda la abundancia de las gracias del estado de la inocencia, que distribuidas en Adán y en todos sus hijos hubieran hecho otros tantos santos, cada uno de los cuales hubiese poseído su grado de gloria en la eternidad; siendo además cierto que todo lo que se perdió en Adán hallólo Nuestra Señora concentrándose todo en su persona, síguese que ella posee toda la gloria que hubiesen ellos recibido de Dios, si conserváran su gracia. ¡Oh qué asombro! Consideradlo bien; pesadlo en su estension, duracion y grandeza, y veréis que un siglo de meditacion no seria bastante para comprenderlo.

La gracia de la Santísima Virgen es la medida de su gloria: habiendo estado enriquecida con todos los tesoros de la gracia de la redencion, y hallándose en ella toda la plenitud que residia en el Redentor; dedúcese que toda la gloria correspondiente á esta gracia se halla tambien reunida en su persona para coronarla en el cielo; siendo cierto que la gracia es la medida de la gloria. ¡Qué maravilla! ¡Qué prodigio! ¡Qué inmensidad! Medid todas las porciones de gloria de aquella multitud innumerable y casi infinita de los santos del cielo y de la tierra; contempladlas reunidas formando una sola corona de gloria para las sienas de la Señora y empeñaos en comprenderlas: pero antes que hayais gastado un solo cuarto de hora en tal empeño, vuestra mente se verá sorprendida, arrebatada, enajenada, estasiada, sin poder formar mas pensamiento ni decir mas que: ¡oh gloria de María, cuán admirable sois! ¡Oh gloria de la Madre de Dios, cuán incomprendible sois!

Acostumbrado vuestro entendimiento á concebir las cosas conforme á su flaqueza humana, tendrá tal vez por casi imposible que tantas grandezas se junten en una sola criatura; pero alentadlo con esta verdad de fe, á saber, que se trata de la Madre de Dios, y que siendo cierto que Dios Padre le comunicó realmente su divina fecundidad, no podemos idear cosa alguna que llegue ni con mucho á la grandeza y elevacion de los dones con que la enriqueciera el Escelso.

¿Mas cuál será vuestro asombro si aun haceis otro esfuerzo para medir la grandeza de su gloria con el último colmo de su gracia, que es la gracia divina, gracia tan particular que ninguna otra criatura ha participado de ella, gracia tan elevada sobre las demás que no tiene medida alguna? ¿Qué será si por último aplicais esta regla y decís: la gracia de la Santísima Virgen es la medida de su gloria? Ahora bien, esta medida es Dios mismo, ó al menos su divina maternidad; pues su hijo es su Dios, y gracia para ella. ¡Oh maravilla! Cerrad los ojos, atajad el pensamiento, enmudeced de asombro, admirad, humillaos, adorad profundamente lo que ni vos ni entendimiento criado comprenderá jamás. Pero lo que principalmente os encargo es que no olvidéis que las cosas de Dios y de su Madre Santísima no se han de medir por la pequeñez de nuestro entendimiento.

Para conocer la magnitud del galardón es preciso tener algun conocimiento de la grandeza del mérito, porque aquella debe igualar al mérito si se ajusta á las leyes de la justicia. Y para juzgar de la grandeza del mérito, dice Santo Tomás que se ha de atender especialmente á dos cosas, á la dignidad de la persona que obra, y á la escelencia de la misma obra.

Si considerais la dignidad de la persona que obra, es la Madre de Dios. ¿Y qué pensais decir al pronunciar madre de Dios? ¿Sabeis cuál es su dignidad? Es la persona mas digna despues de las tres divinas. ¿Sabeis cuál sea el mérito de la persona de Jesucristo? Es tal que están de acuerdo todos los doctores católicos en que merecia infinitamente en todas sus acciones, aun en la mas pequeña, de manera que en él todo

era de un valor y de un mérito infinito, porque era una persona de un mérito infinito.

Ahora bien; á Jesucristo sigue inmediatamente la Santísima Virgen. Esta en verdad no es tan digna, por lo cual ni su mérito es tan grande como el de Jesus; pero se le asemeja y aproxima tanto cuanto puede acercársele una criatura: debemos pues decir que comunicaba un mérito eminente á todas y aun á la mas mínima de sus acciones, porque todas ellas procedian de la persona mas digna y de mayor mérito que haya habido en el mundo despues de Jesucristo.

Mas para conocer mejor la escelencia y valor de sus merecimientos, observad que Santo Tomás dice espresamente que el fruto de los méritos procede de la raiz de la caridad: *Ex radice charitatis*. Buscad esta raiz en su corazon y ved cuán ardiente, fecundo y vigoroso era el amor divino que la abrasaba: ved la abundante copia de sus gracias, que escedia á la de todos los santos y á la de todos los ángeles; y como el amor es la mas fuerte y la mas activa de las pasiones del corazon, el suyo jamás estuvo ocioso y jamás se dedicó sino á obras de grandísimo mérito; pues velando ó durmiendo, solitaria ó acompañada no hubo en toda su vida ni dia, ni hora, ni momento que la Señora no llenase de nuevos merecimientos, de manera que aun dormida atendia incesantemente á su Dios, contemplábale y amábale con tanta perfeccion aun en medio del sueño, que San Bernardino nos asegura que ella durmiendo aventajaba en amor á todos los demás Santos en medio de sus viglias: *Magis in contemplatione Dei excessit dormiendo, quam aliquis alius vigilando*. (Bern. Serm. 61). Y parece que ella misma lo haya dicho en los cánticos sagrados: *Ego dormio, et cor meum vigilat*: mientras yo duermo vela mi corazon.

¡Ah! seria preciso pesar todos sus pensamientos, todas sus palabras, todos sus afectos y hacer de ellos una suma total para graduar la grandeza de sus merecimientos, y calcular la medida de su gloria, que es el galardón de aquellos. ¿Y quién es capaz de hacerlo? Ni á todos los hombres juntos,

ni á los mismos ángeles es dado. Solo á Dios están patentes. En cuanto á mí, bástame saber que al mas agigantado entendimiento humano faltan alas para subir á investigar su merecimiento y galardón, su gracia y gloria inefable.

No hagamos mención de la innumerable multitud de obras buenas de que está llena su vida, pues todo su esplendor quedaria eclipsado con la maravilla de habernos dado á un Dios-hombre, al Salvador de los hombres, el mas rico tesoro del cielo y de la tierra, á su unigénito Hijo Jesucristo: tal es su obra: dejemos todo lo demás, fijando nuestra atención tan solo en ella, ponderando su valor y midiendo por ella su mérito para conocer la grandeza de su galardón ó la gloria, que la corona en el cielo.

Dios Padre le produce solo de su propia sustancia, y María le produce tambien ella sola de su propia sustancia: pero Dios Padre le produce sin ningun mérito, y María le produce con un merecimiento inmenso. El Padre nada merece al producirle, porque Dios es incapaz de recompensa; porque le produce natural y necesariamente: por lo cual digo que le produce sin ningun mérito; pero si por imposible fuese capaz de merecer, es cierto que mereceria infinitamente, porque hacia una obra de un precio infinito; pero ella puede merecer, porque no es Dios y por consiguiente es capaz de recompensa. Produciendo pues á su propio Hijo, que es el objeto de todas sus divinas complacencias, agrada á Dios mas y por consecuencia merece mas delante de él que si crease cien mil mundos, porque todo esto es nada á sus ojos en comparación de su Hijo único, que la Santísima Virgen le produce. ¿Y cuánto juzgarémos que merece con solo esta buena obra? Mereció cuanto aquella vale: ahora bien, él vale infinito porque es verdadero Dios.

Lo asombroso es que para que mereciese en esta buena obra, Dios quebrantó espresamente todas las leyes de la naturaleza, y quiso que dependiese de su libre voluntad, lo cual es un privilegio incomparable que goza sobre todas las madres, pues para hacerse hijo suyo le pidió y esperó su

consentimiento, á fin de que siendo voluntaria su divina maternidad, le fuese infinitamente meritoria.

Es axioma filosófico que quien produce una causa, produce tambien sus efectos: *Quod est causa causæ est causa causati*: así por ejemplo el padre de mi padre lo es tambien mio. Según esta máxima, con haber producido la Santísima Virgen á nuestro Salvador, que es la causa universal de todos los bienes de los predestinados, es tambien la verdadera causa de todos aquellos bienes, cuya estension, escelencia y muchedumbre innumerable en todos los predestinados no alcanza el vuelo del entendimiento humano. ¡Cuántas gracias! ¡Cuántas buenas obras! ¡Cuán copiosos frutos de santidad! ¡Cuán insumables merecimientos! ¡Cuánta gloria rebosa en esas generaciones de santos, que pasarán por la tierra hasta el último dia de los tiempos! ¡Cuántos bienes llenan el cielo y la tierra! ¡Y de dónde nace todo esto? ¡Jesus es la causa universal de todos estos admirables efectos! Y siendo la Santísima Virgen la causa de esta causa, no cabe duda en que ella es igualmente la causa de todos estos efectos: *Quod est causa causæ est causa causati*. ¡Oh Dios! ¡Quién contará sus riquezas!

Volvamos á la máxima de Santo Tomás, quien dice que el mérito ha de medirse: *Ex radice charitatis et ex claritate operis*: por la dignidad de la persona y la escelencia de la obra. La persona es la Madre de Dios, y su principal obra es Dios mismo. Si supiésemos apreciar lo que vale la Madre de Dios y lo que vale un Dios encarnado, columbraríamos la grandeza de sus merecimientos; pero uno y otro nos es imposible, y habemos de confesar que no es dable saber cuál sea la grandeza de su gloria, que se mide por sus merecimientos.

CAPÍTULO XXIX.

Levantad los ojos para contemplar las bellezas del triunfo de María en su asuncion. Veréis su gloria, su grandeza y sus coronas. Si preguntais á quién debe tanta magnificencia, se os dirá que á Jesus, adorabilísimo fruto de sus entrañas, que la exalta infinitamente como en pago de lo mucho que le humilló dándole el sér humano; pero esta fué una obra de amor, y el amor de cualquier manera que obre agrada, deleita, enamora y se roba el corazon de Dios. Por eso esclama San Bernardo: *¡O amoris vim! ¡Quid violentius! De Deo triumphat amor*: ¡Oh amor divino! ¡Cuán inmenso es tu poder! ¡Triunfas del mismo Omnipotente, le bajas de los cielos y le reduces á niño! ¡Y en esto mismo le agradas, le colmas de honor y de alegría, y le engrandesces y glorificas tanto que nunca ha sido tan glorificado en el mundo como por las humillaciones de los misterios de la Encarnacion y de la Cruz! ¡Cuán incomprensibles son las máximas de tu conducta! Tus violencias son dulzuras, tus ultrajes son beneficios, tus humillaciones son resplandores de gloria, tus despojos riquezas, y magníficos premios tus venganzas. *Sic amor vindicat*.

Considerando San Pedro Crisólogo el modo con que al hijo pródigo recibió su padre, *Sic amor vindicat*, esclama: así se venga el amor. Pongamos pues estas palabras en boca de Jesucristo. Aquella divina Majestad anonadada en el seno de la Santísima Virgen, y vestida de una carne pasible y mortal, «he sido maltratada, diria, es mucho, es mucho lo que me ha hecho sufrir el amor; quiero pues tomar venganza de mi

consentimiento, á fin de que siendo voluntaria su divina maternidad, le fuese infinitamente meritoria.

Es axioma filosófico que quien produce una causa, produce tambien sus efectos: *Quod est causa causæ est causa causati*: así por ejemplo el padre de mi padre lo es tambien mio. Según esta máxima, con haber producido la Santísima Virgen á nuestro Salvador, que es la causa universal de todos los bienes de los predestinados, es tambien la verdadera causa de todos aquellos bienes, cuya estension, escelencia y muchedumbre innumerable en todos los predestinados no alcanza el vuelo del entendimiento humano. ¡Cuántas gracias! ¡Cuántas buenas obras! ¡Cuán copiosos frutos de santidad! ¡Cuán insumables merecimientos! ¡Cuánta gloria rebosa en esas generaciones de santos, que pasarán por la tierra hasta el último dia de los tiempos! ¡Cuántos bienes llenan el cielo y la tierra! ¡Y de dónde nace todo esto? ¡Jesus es la causa universal de todos estos admirables efectos! Y siendo la Santísima Virgen la causa de esta causa, no cabe duda en que ella es igualmente la causa de todos estos efectos: *Quod est causa causæ est causa causati*. ¡Oh Dios! ¡Quién contará sus riquezas!

Volvamos á la máxima de Santo Tomás, quien dice que el mérito ha de medirse: *Ex radice charitatis et ex claritate operis*: por la dignidad de la persona y la escelencia de la obra. La persona es la Madre de Dios, y su principal obra es Dios mismo. Si supiésemos apreciar lo que vale la Madre de Dios y lo que vale un Dios encarnado, columbraríamos la grandeza de sus merecimientos; pero uno y otro nos es imposible, y habemos de confesar que no es dable saber cuál sea la grandeza de su gloria, que se mide por sus merecimientos.

CAPÍTULO XXIX.

Levantad los ojos para contemplar las bellezas del triunfo de María en su asuncion. Veréis su gloria, su grandeza y sus coronas. Si preguntais á quién debe tanta magnificencia, se os dirá que á Jesus, adorabilísimo fruto de sus entrañas, que la exalta infinitamente como en pago de lo mucho que le humilló dándole el sér humano; pero esta fué una obra de amor, y el amor de cualquier manera que obre agrada, deleita, enamora y se roba el corazon de Dios. Por eso esclama San Bernardo: *¡O amoris vim! ¡Quid violentius! De Deo triumphat amor*: ¡Oh amor divino! ¡Cuán inmenso es tu poder! ¡Triunfas del mismo Omnipotente, le bajas de los cielos y le reduces á niño! ¡Y en esto mismo le agradas, le colmas de honor y de alegría, y le engrandesces y glorificas tanto que nunca ha sido tan glorificado en el mundo como por las humillaciones de los misterios de la Encarnacion y de la Cruz! ¡Cuán incomprensibles son las máximas de tu conducta! Tus violencias son dulzuras, tus ultrajes son beneficios, tus humillaciones son resplandores de gloria, tus despojos riquezas, y magníficos premios tus venganzas. *Sic amor vindicat*.

Considerando San Pedro Crisólogo el modo con que al hijo pródigo recibió su padre, *Sic amor vindicat*, esclama: así se venga el amor. Pongamos pues estas palabras en boca de Jesucristo. Aquella divina Majestad anonadada en el seno de la Santísima Virgen, y vestida de una carne pasible y mortal, «he sido maltratada, diria, es mucho, es mucho lo que me ha hecho sufrir el amor; quiero pues tomar venganza de mi

Madre, que me puso en estado de padecer tanto; porque sin ella era yo impasible; quiero pues vengarme, pero de la manera que el amor se venga.

Por haberme humillado y encerrádome en la prision de su seno oloroso, quiero levantarla al trono mas alto de la gloria. Así se venga el amor. Por haberme despojado de los esplendores de mi gloria, cubriéndome con un saco despreciable que me hacia parecido á los pecadores, quiero que sea vestida del sol, y resplandezca eternamente con los fulgores de mi Divinidad. Así se venga el amor. Por haberme puesto en el caso de hacer tantas cosas, que tuvieron por locura los vanos sabios del mundo, quiero introducirla en los tesoros de mi sabiduria infinita. Así se venga el amor. Por haber reducido mi omnipotencia á la pequeñez y debilidad de un tierno niño, quiero vengarme revistiéndola de tan plena autoridad en mi imperio, que á su arbitrio pueda disponer de todo y todo se rinda á su poderio desde lo mas alto de los cielos hasta lo mas profundo de los abismos. Así se venga el amor. Por haberme despojado de todas mis riquezas, y reducidome á extrema pobreza, quiero ponerla en posesion de todos mis tesoros, quiero que sean suyas todas mis coronas, y que pueda disponer no solo de todos mis bienes, sino hasta de mí mismo. Así se venga el amor. Por haberme alimentado con el pan de dolores y con las amarguras de la vida mortal, quiero que guste las dulzuras de la vida eterna con abundancia tal, que siempre la tengan embriagada las delicias de la casa de Dios. Así se venga el amor. Mi Madre me hizo mortal y yo la haré inmortal; mi Madre me puso en estado de que los hombres me despreciáran, y yo la pondré en estado de que la honren eternamente los ángeles: lo que me dió mi Madre fué presa de la muerte, lo que de mí reciba será la fuente de la vida inmortal, de la vida divina, de la vida dichosa en la eternidad. Así se venga el amor.»

Las elevaciones del cielo son espirituales y divinas, y de naturaleza diversa de las de los cuerpos; subliman á las almas sobre toda la circunferencia de los lugares hasta la inmensidad divina, que no conoce término. Es tanto mayor la eleva-

cion de un alma, cuanto mayor es su semejanza con la Majestad divina: la mas encumbrada es la que mas se aproxima á sus perfecciones y á su divina grandeza. Así pues cuando decimos que la Santísima Virgen es el trono de Dios en el cielo empireo, queremos decir que se acerca mas que ninguna otra á la santidad y á todas las perfecciones divinas, haciendo resplandecer mas altamente su gloria. ¿Mas cómo formaremos alguna idea de esta sublime elevacion? He aquí un medio, que nos dará bastante luz.

La Iglesia canta en su triunfo que ha sido exaltada en los cielos sobre todos los coros de los ángeles; palabras que abisman el entendimiento en un piélago de inefables grandezas, pues por una parte es sabido que el número de los ángeles supera al de todos los individuos de la naturaleza corpórea, y esto es maravilloso; por otra parte no es una multitud confusa cual lo seria una montaña de arena, sino que todos están dispuestos con tan bello orden que se vén sublimados los unos sobre los otros en escelencia y gloria, formando una escala, cuyas gradas se elevan al infinito: sin embargo hasta subirlas todas no hallaremos la elevacion del trono de Dios, es decir, la sublimidad de la gloria de la Santísima Virgen, siendo indudable que ha sido exaltada sobre todos los coros de los ángeles.

¡Oh Dios! ¡A qué prodigiosa elevacion nos conducirá esta escala si la seguimos con atrevido vuelo! Principiemos por el ángel mas infimo y pensemos que posee un grado de gloria digno de un ángel bienaventurado; subamos al segundo y veremos que tiene dos grados mas de gloria, subamos al tercero y hallaremos que goza tres grados mas, y así sucesivamente tendremos que ir aumentando los grados de gloria del cuarto, del quinto, del sexto, del séptimo y de todos los demás. ¿Comprenderemos cuál sea la elevacion del cien milésimo? Detengámonos aquí algun tanto, y preguntemos á nuestro entendimiento si concibe bien esto; seguro es que se hallará abismado en un piélago de admiracion y abrumado con el peso de tanta gloria sin alcanzar á concebirla: y no obstante, esto es aun muy poco, pues el número de los án-

geles es tal, que supera al de todos los individuos de la naturaleza corpórea.

Hagamos un nuevo esfuerzo, y contándolos siempre uno en pos de otro, veamos si podemos llegar á comprender la elevacion del cien mil milésimo, no olvidando que esta doctrina acerca de la gloria y número de los espíritus angélicos está fundada en San Dionisio Areopagita, San Cirilo, Santo Tomás y otros gravísimos Padres de la Iglesia y teólogos insignes. ¡El cien mil milésimo! ¿Será posible? Pues aun no habremos pasado la infima de las tres gerarquías, porque su número es mucho mayor. ¿Y á dónde habremos de elevarnos cuando sea menester contar uno en pos de otro todos los ángeles de la segunda, cuyo número es aun mucho mayor que el de la infima, segun doctrina de Santo Tomás? Si contamos desde el infimo hasta el primero, esforzándonos á concebir la sublimidad de su gloria, ¿podremos ver su término? ¡Oh Dios, qué abismo! Solo el pensamiento de semejante empresa nos asombra y confunde la mente humana, y sin embargo aun estamos muy lejos de haber hallado la sublime elevacion del trono de María, que reina mas arriba, exaltada sobre todos los coros de los ángeles.

¡Qué maravilla si recorremos la gerarquía mas alta, compuesta de un número insumable de tronos, de querubines y serafines contándolos á todos uno en pos de otro, y viendo crecer su gloria á proporcion de su número! ¡Cuánto, cuánto no sería preciso remontarnos antes de hallar el grado de elevacion del primero de los serafines! Imposible es alcanzarla, aunque de todos los entendimientos humanos se formase uno solo; pues el primero de los serafines encierra en sí solo mas gloria y mas grandeza que todos los demás ángeles juntos, como el mayor número encierra en sí todas las unidades de los otros números y las escede en alguno como el número ciento encierra él solo todas las unidades que forman el número noventa y nueve, y las escede en uno.

Pero aun cuando hubiésemos comprendido la elevacion del primer serafin, no por esto habríamos llegado al trono de la divina Madre, pues aun nos diria la Iglesia á voz en grito:

Exaltata est sancta Dei genitrix super choros angelorum ad caelestia regna. Encúmbrase sobre la mas alta gerarquía de los ángeles. Y no es extraño, porque todos los ángeles son siervos, y solo ella es Madre de Dios. ¿Y qué tiene de singular que la Madre del Príncipe esté mas encumbrada y sea mas honrada y condecorada que toda junta la muchedumbre de los vasallos? ¡Oh María! ¡Oh Madre sublimisima, cuya gloria es tan superior á la de los ángeles como incomprendible es para nosotros la gloria de estos espíritus celestiales! ¡Vuestra gloria es la de vuestro Hijo! *Filii gloriam cum Matre non tam communem judico, quam eandem.* Dice Arnolfo Carnotense.

Aquí podemos decir con respecto á la gloria lo que San Gerónimo dijo de la gracia. *Cæteris per partes, in Mariam vero totius gloriæ, quæ in Christo est, plenitudo venit.* Todos los demás bienaventurados tienen su porcion; pero toda la plenitud que se halla en Jesucristo, se ha dado sin reserva alguna á la Virgen Nuestra Señora, porque la gloria corresponde á la gracia, y al asegurarnos que toda ella está vestida de luz, se nos quiere dar á entender que ella es en el cielo de la gloria lo que el sol en el cielo de este mundo visible.

Vemos un gran número de estrellas, cada una de las cuales tiene un pequeño punto de luz proporcionado á su grandeza; pero al sol toca únicamente ser inexhausta fuente de luz y tenerla en abundancia tanta que todos los demás astros juntos no podrian igualarle. De esta suerte la Santísima Virgen es el sol en el gran dia de la eternidad, y todos los ángeles y santos no son mas que estrellas, que aunque todas tienen su porcion competente de luz, no igualarian á la del sol con toda su muchedumbre junta.

No decimos que ella misma sea el sol, que resplandezca con su propia luz, no, porque no es Dios; pero decimos que está toda vestida del sol. ¡Oh María, oh admirable Princesa! Toda la gloria de vuestro Hijo os circunda y os cubre á manera de magnifico manto, y os embellece con sus mas ricos ornatos. ¡Oh majestad! ¡Oh grandeza! ¡Oh inmensidad de gloria!

Cuando estemos en el cielo seremos como Dioses : *Ego dixi, Dii estis.* (Psal. LXXX). ¡Ah! los hombres que son un puñado de polvo, ¿cómo llegarán á deificarse tanto? Elévalos á tal grandeza la luz de gloria, hácese dioses cuando vén claramente la esencia divina, porque se abisman en la inmensidad de su gloria que los sumerge, los absorbe, los deifica y los transforma en sí misma : no pueden estar mas inmediatos á la infinita divina grandeza porque están en el mismo puesto de Dios, como si fuesen Dios mismo.

Así efectivamente se espresa el oráculo divino : *Similes ei erimus, quia videbimus eum sicut est.* (Joan. c. 3). Hé aqui otra promesa sobremanera consolatoria consignada por San Lucas en el capitulo duodécimo de su Evangelio : *No temais, grey pequeñuela, porque á vuestro Padre celestial plugo daros un reino.* La eterna verdad es quien lo promete. ¿Puede darse cosa mas segura? Dios promete un reino. ¿Qué raudal de consuelo! Nos promete su propio reino. ¿Hay poderío comparable con el de estar en posesion de la soberanía del mismo Dios? *Nolite timere, pusillus grex, quia placuit Patri vestro dare vobis regnum.*

Si de esta manera se porta Dios con el menor de sus siervos, ¿qué no hará con su Madre? ¿Cuál no será el tesoro de gloria, el poder absoluto sobre todo su reino y la autoridad suprema, que le haya dado sobre el cielo, la tierra y el infierno? Arrebata el pensar en esa córte celestial, cuyos alegres ciudadanos son otros tantos reyes. ¿Qué piélagos de esplendores! ¿Qué riqueza! ¿Qué gloria! ¿Qué magnificencia! Pero lo que mas encanta es ver á la Madre del amor hermoso reinar sobre esa innumerable y augusta muchedumbre de reyes. San Pedro Damian afirma que María ofusca tanto la gloria y poderío de todos los ángeles y santos, que ante sus resplandores desaparecen los de todos ellos : *Sic utrorumque spiritum, hebetat dignitatem, ut in comparatione Virginis, nec possint, nec debeant apparere.*

Oigamos las palabras que Guerrico abad pone en boca de Jesucristo, hablando con su Santísima Madre en el triunfo de su Asuncion : «Vén, amada mia, y pondré en tí mi trono :

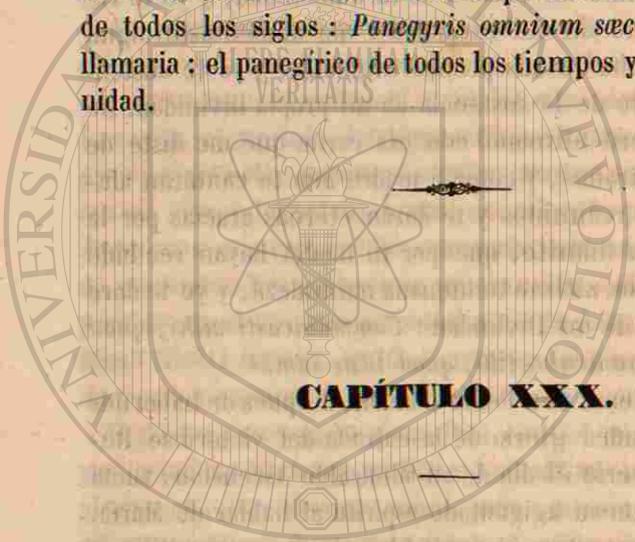
ninguna otra me ha dado tanto como tú en el estado de mi humanidad; y á ninguna otra daré tanto en la gloria de mi Divinidad. Tú me has vestido de la sustancia de tu carne, y yo te vestiré de las grandezas de mi poder divino : tú escondiste bajo un velo de tierra el sol de la Divinidad, y yo te haré brillar con los resplandores de aquel mismo sol sobre el trono mas sublime de la eternidad. *Sic amor vindicat : asi se venga el amor.*

«Me recibiste niño en el seno de tu humanidad, y yo te recibiré en el seno de mi Divinidad : me alimentaste algun tiempo con la leche de tus pechos virginales, y yo te sustentaré eternamente de la sustancia de mi propia Divinidad. He redimido al género humano con esa carne que me diste de tus purisimas entrañas, y como á madre mia te cantarán alabanzas todos los redimidos y te darán eternas gracias por la posesion del bien infinito, que por tu medio hayan recibido de mí. Disteme por último tu humana naturaleza, y yo te daré lo que es propio de mi Divinidad : *Communicasti mihi, quod homo sum, communicabo tibi, quod Deus sum.*»

El insigne cardenal San Pedro Damian, despues de habernos descrito la magnífica gloria de la entrada del victorioso Redentor en su imperio el dia de su admirable Ascension, vuela á mayor altura con su agigantado espíritu al hablar de Maria. Levantad ahora, nos dice, levantad los ojos y contemplad con cuánta magnificencia se recibe en el cielo á la Santísima Virgen : en la Ascension solo los ángeles salieron á recibir al Rey de gloria, pero la Madre en su Asuncion vé salirle al encuentro al mismo Dios de los ángeles acompañado de todos los principes de su córte celestial, y recibirla con todo el amor, alegría y acatamiento que debia á su Madre. Solo el Hijo y la Madre pueden decirnos cuál fué en aquel venturoso instante el júbilo, el transporte y suavísimo enajenamiento de sus abrasados corazones : los ángeles lo admiraron, celebrando su gloria y sus amores con estáticos himnos.

No solamente los moradores del cielo, sino tambien todas las generaciones cristianas han aplaudido y aplaudirán su triunfo : todos los siglos han cantado la gloria de su triunfo :

todas las naciones compiten en celebrar con extraordinaria pompa y regocijo el aniversario de su triunfo. No hay año, no hay mes, no hay día, no hay hora, no hay momento en el cual sobre la tierra muchísimas personas no piensen en ella, ó hablen de ella, ó lean ó publiquen sus alabanzas é imploren su misericordia, ó la sirvan y obsequien de cualquier otra manera; lo que hizo decir á San Bernardo que ella es la ocupacion de todos los siglos : *Negotium omnium sæculorum*. Por eso mismo la llamó el emperador Leon el panegirico de todos los siglos : *Panegyris omnium sæculorum*. Y yo la llamaria : el panegirico de todos los tiempos y de toda la eternidad.



CAPÍTULO XXX.

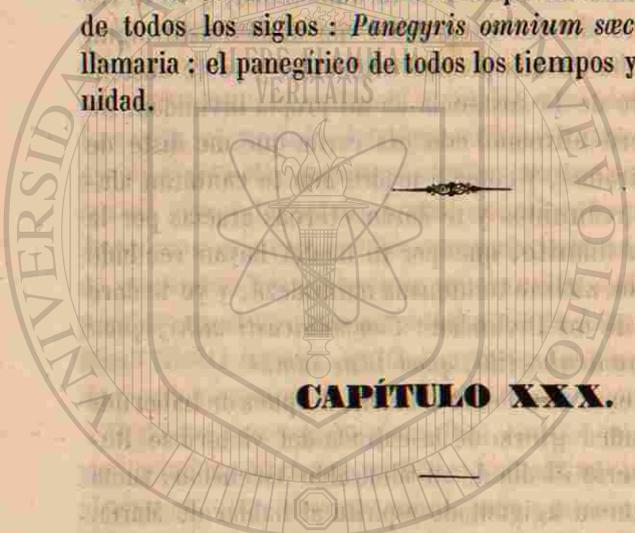
El mas ardiente deseo del corazon humano es conservar su sér y su vida y conservarla por siempre. A nada tiene tanto miedo como á la muerte, y nada desea mas vivamente que la inmortalidad : por esta razon es sobremanera consolatoria la promesa que Dios nos hace de darnos la vida eterna : esta esperanza es lo mas dulce que tenemos en la vida presente; y su posesion colma de regocijo á todos los bienaventurados, que gozan de la vida y están seguros de que es eterna y de que jamás la perderán. Todos la poseen, pero con cierta medida que no es igual en todos. El gran océano de esta vida es Dios mismo, quien la derrama á torrentes para comunicarla á sus criaturas : y San Juan en su Apocalipsis dice que se le

manifestó un rio de agua de esta vida que como de su fuente procedia del trono del Altísimo, y que á las dos orillas del rio habia plantados árboles, los cuales bebian de aquella agua y vivian de su propia vida; pero ninguno en particular agotaba el rio, ni todos juntos podian beberlo todo, y mucho menos hubieran podido beber el inmenso océano de la vida eterna de que procedia. Y bien, ¿no os parece esta una escelente pintura de la vida inmortal, de que gozan todos los bienaventurados á las orillas de aquel rio de vida divina? Bebe de él cada uno segun su capacidad, y allí veréis á todos los bienaventurados desde el primero hasta el último plantados á lo largo de aquel delicioso rio de vida, unos mas próximos, y otros algo mas distantes del manantial.

Pero no busquéis entre ellos á la augusta Madre de Dios; no se halla en el orden de los siervos, debiéndose á la Madre un lugar incomparablemente mas noble y elevado. Remontad el vuelo, y la veréis plantada en medio del gran océano de la vida divina : lo que los otros poseen todos juntos es un rio; empero lo que ella sola posee es todo el océano. ¡Oh grandeza! ¡Oh inmensidad admirable! No digo que todo lo encierre en sí igualmente que Dios, pero sí afirmo que solo este Señor conoce su inmensa capacidad. Lo único que sabemos nosotros es que encerró en su seno al que no cabe en los cielos. Partiendo de tan luminoso principio meditemos cuál será la infinita capacidad, que le haya dado el Escelso para gozar y poseer larga y amplisimamente la vida eterna y bienaventurada; pero aunque todos los dias de nuestra existencia los empleásemos en esta meditacion sublime, por último habríamos de confesar que nos es absolutamente incomprendible : *Ne laboretis, non enim comprehendetis.* (Eccl. 45).

Alguna luz nos dá sobre esto la soberana belleza de su corona. Dicese que los griegos en otro tiempo devotísimos de Nuestra Señora no ponian á sus imágenes corona alguna ni de oro, ni de plata, ni de perlas, ni de piedras preciosas, sino que escribian en su frente con letras de oro esta palabra : *Teotochos*, que quiere decir, la *Madre de Dios*. Ahora bien : si el mismo Dios es su corona, si el único Hijo del

todas las naciones compiten en celebrar con extraordinaria pompa y regocijo el aniversario de su triunfo. No hay año, no hay mes, no hay día, no hay hora, no hay momento en el cual sobre la tierra muchísimas personas no piensen en ella, ó hablen de ella, ó lean ó publiquen sus alabanzas é imploren su misericordia, ó la sirvan y obsequien de cualquier otra manera; lo que hizo decir á San Bernardo que ella es la ocupacion de todos los siglos : *Negotium omnium sæculorum*. Por eso mismo la llamó el emperador Leon el panegirico de todos los siglos : *Panegyris omnium sæculorum*. Y yo la llamaria : el panegirico de todos los tiempos y de toda la eternidad.



CAPÍTULO XXX.

El mas ardiente deseo del corazon humano es conservar su sér y su vida y conservarla por siempre. A nada tiene tanto miedo como á la muerte, y nada desea mas vivamente que la inmortalidad : por esta razon es sobremanera consolatoria la promesa que Dios nos hace de darnos la vida eterna : esta esperanza es lo mas dulce que tenemos en la vida presente ; y su posesion colma de regocijo á todos los bienaventurados, que gozan de la vida y están seguros de que es eterna y de que jamás la perderán. Todos la poseen , pero con cierta medida que no es igual en todos. El gran océano de esta vida es Dios mismo , quien la derrama á torrentes para comunicarla á sus criaturas : y San Juan en su Apocalipsis dice que se le

manifestó un rio de agua de esta vida que como de su fuente procedia del trono del Altísimo , y que á las dos orillas del rio habia plantados árboles, los cuales bebian de aquella agua y vivian de su propia vida ; pero ninguno en particular agotaba el rio, ni todos juntos podian beberlo todo, y mucho menos hubieran podido beber el inmenso océano de la vida eterna de que procedia. Y bien, ¿no os parece esta una escelente pintura de la vida inmortal, de que gozan todos los bienaventurados á las orillas de aquel rio de vida divina ? Bebe de él cada uno segun su capacidad, y allí veréis á todos los bienaventurados desde el primero hasta el último plantados á lo largo de aquel delicioso rio de vida , unos mas próximos , y otros algo mas distantes del manantial.

Pero no busquéis entre ellos á la augusta Madre de Dios ; no se halla en el orden de los siervos , debiéndose á la Madre un lugar incomparablemente mas noble y elevado. Remontad el vuelo , y la veréis plantada en medio del gran océano de la vida divina : lo que los otros poseen todos juntos es un rio ; empero lo que ella sola posee es todo el océano. ¡Oh grandeza ! ¡Oh inmensidad admirable ! No digo que todo lo encierre en sí igualmente que Dios , pero sí afirmo que solo este Señor conoce su inmensa capacidad. Lo único que sabemos nosotros es que encerró en su seno al que no cabe en los cielos. Partiendo de tan luminoso principio meditemos cuál será la infinita capacidad , que le haya dado el Escelso para gozar y poseer larga y amplisimamente la vida eterna y bienaventurada ; pero aunque todos los dias de nuestra existencia los empleásemos en esta meditacion sublime , por último habríamos de confesar que nos es absolutamente incomprendible : *Ne laboretis , non enim comprehendetis.* (Eccl. 45).

Alguna luz nos dá sobre esto la soberana belleza de su corona. Dicese que los griegos en otro tiempo devotísimos de Nuestra Señora no ponian á sus imágenes corona alguna ni de oro , ni de plata , ni de perlas , ni de piedras preciosas , sino que escribian en su frente con letras de oro esta palabra : *Teotochos*, que quiere decir, la *Madre de Dios*. Ahora bien : si el mismo Dios es su corona , si el único Hijo del

Eterno Padre, á quien San Pablo llama esplendor de la gloria del Padre, es la verdadera corona de su madre, como en realidad lo es; ¿cuál no será la grandeza de su corona? ¡Cuál la gloria de la Madre coronada! ¡Cuánta su majestad! ¡Cuánto su imperio! Aquí se anonada la mente, y no sabe expresar su admiracion sino con un silencio estático.

En el Apocalipsis leemos que en su corona resplandecian doce estrellas. ¿Qué estrellas serán estas? Segun el profeta Daniel son aquellas grandes lumbreras del firmamento de la Iglesia que iluminaron todo el mundo, llevando por do quiera el gran día del conocimiento de Dios: *Qui ad justitiam erudiunt multos, fulgebunt sicut stella in perpetuas aternitates.* Las estrellas son los doctores católicos: las estrellas son los pastores que apacientan con escelente doctrina á su rebaño: las estrellas son los predicadores del Evangelio, cuyo número es mayor que el de las estrellas del cielo, y cuya luz es sin comparacion mas brillante, pues el Espíritu divino les promete que resplandecerá por toda la eternidad. ¡Predicadores, que sois la luz del mundo! Si consideraseis bien la grandeza de vuestro ministerio, ¡de cuán ardiente celo no os sentiriais animados!

Mas entre esta prodigiosa muchedumbre de estrellas sobresalen doce principales, privilegiadas, mas brillantes que las otras, y son los doce Apóstoles que el Salvador fijó con su propia mano en el firmamento de su Iglesia como los principales astros, con los cuales queria iluminar la redondez de la tierra. Estas son pues las doce estrellas de primera magnitud que componen, ó mejor dicho, hermocean la corona de la Santísima Virgen.

San Bernardo dice que los Apóstoles acudian á ella con frecuencia en sus dudas cuando querian asegurarse de las intenciones de nuestro Señor sobre algun punto de religion. A ella se le confiaron todos los secretos del corazon de su Hijo, recibió con sumo respeto y conservó con el mas afectuoso cuidado dentro del pecho cuantas palabras oyó de su boca; debió pues saber mas que todos los Apóstoles juntos; y Zacarias Crissopolitano la hace tan sábia que nos asegura

que nada ignoraba de cuanto Jesus habia enseñado y obrado; que de todo esto formó un precioso tesoro que conservaba en la memoria, para poder referir con orden cuando fuese menester cuanto habia ocurrido, y atestiguar la verdad á los que quisiesen saberla.

Eusebio Emisseno le dá gracias en nombre de toda la Iglesia, y nosotros estamos muy obligados á agradecerle el habernos conservado en su corazon tantas y tan importantes verdades, que si no es por su medio no habrian llegado hasta nosotros: *Nisi enim ipsa conservasset, non ea haberemus.*

Pero si llegára á preguntarse si los dueños de tantos millones de coronas como almas conquistaron para el cielo, son ellos mismos las doce estrellas de la preciosa corona de María; responderiamos que sí con la misma razon que tuvo San Pablo para decir que los Filipenses eran su gloria y su corona, porque los habia instruido en la fe y ganado para Dios. Muchos son de parecer que los Apóstoles le deben la gracia de su vocacion al apostolado, siendo esta por sí sola una razon suficiente para llamarlos corona suya; pero aun cuando esta no subsistiera, no hay duda, segun el comun sentir de los Santos Padres, en que los instruyó en muchas cosas que no sabian, les aconsejó y les sirvió de guia con su sabiduría celestial y su admirable ejemplo, y animándolos y fortaleciéndolos con su celo divino; pudiendo decirse que habiendo ella contribuido sobremanera á la redencion de los hombres, tambien por medio de los Apóstoles trabajó eficazmente en la conversion maravillosa del mundo. Santa Brígida en sus *Revelaciones* como que le atribuye el universal bien de la Iglesia, porque la llama maestra de los Apóstoles, fortaleza y constancia de los mártires, directora de los confesores, resplandeciente espejo de las vírgenes, consuelo de las viudas, apoyo y sosten firmísimo de todos los fieles: *Omnium in fide catholica perfectissima roboratrix.* Con sobrada razon puede decir la Señora á todos los bienaventurados: «Vosotros sois mi corona, mi gloria, mi alegría.»

A Maria despues de Jesucristo son deudores de su felicidad todos los bienaventurados. Los nueve coros de los ángeles le

entonan cánticos de gracias por haber contribuido tan poderosamente á la reparacion de las ruinas causadas por la soberbia de Luzbel, viendo que por su medio se llenan todos los dias de innumerables almas angélicas y seráficas los tronos, que abandonaron los espíritus rebeldes.

A ella se reconocen deudores por todas las bendiciones, que recibieron de Dios en calidad de progenitores suyos los Patriarcas del antiguo Testamento. Los Apóstoles, los Doctores y todos los pastores de la Iglesia le dán las mas rendidas gracias por haberles dado en el portal de Belen la luz del mundo, de la cual sacaron la celestial doctrina con que resplandecieron. A ella los santos mártires se reconocen deudores de aquella invencible fortaleza, con que triunfaron de los tiranos. Todos los bienaventurados la miran con el mas profundo acatamiento como á fuente de su eterna felicidad, despues del único Salvador que ella misma les diera, y á impulsos de su gratitud vivisima todos le rinden sus coronas confesando que ella es verdaderamente su reina y la de todo el universo.

La Iglesia militante no cede á la triunfante en reconocerla por soberana y señora, pues incesantemente la llama á voz en grito reina de los ángeles, reina de los patriarcas, reina de los profetas, reina de los apóstoles, reina de los mártires, reina de los confesores, reina de las virgenes; y reuniendo luego los mencionados títulos, concluye con uno que los abraza todos: *Regina Sanctorum omnium*: Reina de todos los santos.

Sí; todos ellos la veneran y la aman como á reina adorada de sus corazones: registrense sus vidas, y se verá cuál fué su encendido y filial afecto para con Maria: ábranse sus obras y se admirará el fuego divino con que hablan de su amor y de sus grandezas, y el sublime vuelo que toman para ensalzarla y elogiarla con la elocuencia mas tierna y mas patética. Oigamos á un San Pedro Damian, quien despues de haberse escedido á si mismo esponiendo las grandezas de la Santísima

Virgen en el cielo, dice, volviéndose á nosotros: «Hermanos míos, una alegría de todo punto celestial debiera rebosar en nuestros corazones al hablar de aquella gran Señora, que reinando en el divino imperio con tanta gloria se digna ser aun en este bajo mundo la reina de nuestros corazones: *Quae singularem in cordibus nostris sibi vindicat principatum*. ¡Qué gloria tener una Reina tan dulce y tan escelsa! ¡Qué inestimable dicha el que se digne tomar posesion de este imperio para conservarlo, defenderlo y gobernarlo! ¿Quién con solo ser uno de sus fieles vasallos no se tendrá por mas dichoso y honrado que con empuñar el primer cetro de la tierra? ¡Ah! ¡No sea que por nuestras ingratitudes venga á ser una desgracia para nosotros este favor insigne! No nos hagamos indignos de su patrocinio, abandonando su devocion y servicio: no provoquemos su indignacion, pasándonos traidoramente á las filas de sus enemigos; perdamos antes la vida que la fidelidad que le debemos. ¡Vale mas que todas las grandezas y felicidades mundanas la dicha de servir y pertenecer á una Reina tan poderosa, bienhechora y amable! ¡Empeñémonos en amarla mas y mas de dia en dia: hagamos nuestros todos sus intereses: alegrémonos por verla tan colmada de grandezas, mas que si nosotros mismos las poseyésemos; y las eternas delicias con que su Dios la anega, sean á nuestros ojos tan preciosas y amables que verdaderamente se consuelen, se regalen, se deleiten y se estasién con ellas nuestros apasionados corazones!...

CAPÍTULO XXXI.

Todo el poderío y autoridad que vemos sobre la tierra y que tan grande nos parece en los que ejercen imperio sobre los demás hombres, es casi nada en parangon con el poder y autoridad de un solo santo del cielo, pues participando del supremo dominio del Rey del universo, quedan ante él eclipsados los resplandores de las mas formidables potencias de este mundo.

Si comparamos el poder de un solo santo con el de todos los reyes, será como si comparásemos el grandor de una estrella con el de todo el cielo. Pero reunido todo el poder de los Santos ¿igualará al de la Madre de Dios? No; porque el poderío de todos los súbditos de un imperio no iguala al del Soberano. Ahora bien, María está reconocida en el cielo por reina de todos los santos, de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los apóstoles, mártires, confesores, y virgenes, y en una palabra, de todos los bienaventurados, y la Iglesia todos los días la honra con estos gloriosos títulos, concluyendo con el de reina de todos los santos: *Regina Sanctorum omnium, ora pro nobis.* ¡Oh admirable autoridad de María, que impera en las alturas del cielo sobre tan poderosos é innumerables reyes!

El imperio de Dios no es como el de los príncipes de la tierra, que no pueden reinar sobre los reyes sin hacerlos súbditos y miserables: tal es la pequeñez de las grandezas terrenas, que no pueden dividirse entre dos sin menoscabo; para hacer á un solo hombre poderoso es preciso suponer una

multitud de subordinados menos ricos y menos felices segun el mundo; pero el imperio de Dios es tan magnifico que cuantos le componen son reyes prepotentes; pues solo él hace reyes á todos sus vasallos: *Solus Deus de servis suis decrevit facere reges.*

Mas si los Santos son reyes del imperio divino, solo á la Madre de Dios toca con él y por él reinar cual soberana sobre todos los reyes de la eternidad: ella tiene derecho para mandarles, y ellos están obligados á obedecerla y á tributarle todos los homenajes que los súbditos deben á su soberana; dáles ella sus órdenes y dispone de ellos como mejor le place; y así cuando le oigo decir: *Gyrum cæli circuivi sola*: Circundo y sola yo encierro todas las grandezas del cielo: sola yo doy vuelta al cielo; figúrome á un general que recorre todas las filas de su ejército, reuniendo y escuadronando sus huestes y comunicando sus órdenes á todas ellas; así María dispone soberanamente de todos los reinantes bienaventurados, que resplandecen en poderío y majestad sentados en los tronos del inmortal imperio de la gloria.

Si el socorro de los ángeles nos es preciso, mándales que nos asistan en nuestras necesidades, porque es Reina de los ángeles. Si hemos menester de la intercesion de los santos, hace que la interpongan por nosotros, porque es Reina de los santos. Recurramos á ella en cualquier urgencia, en cualquier peligro, porque en su arbitrio está enviar en nuestro auxilio á cualquiera de los muchos príncipes, que la obedecen en el cielo. Tal es el poder y autoridad de María que cuantos favores recibimos de Dios los alcanzamos por su medio. Empero su dominio no se limita al cielo, sino que se estiende á lo mas profundo del infierno: *Profundum abyssi penetravi.*

Desde el principio del mundo declaró Dios la guerra entre su Madre querida y el príncipe de las tinieblas: *Inimicitias ponam inter te et mulierem.* Ella como escuadron bien ordenado le combate y le vence: *Terribilis ut castrorum acies ordinata.* En todo lugar, en todo tiempo, en todo encuentro, desbarata las protervas maquinaciones del infierno. Solo su nombre llena de espanto y pone en fuga á todos los demonios,

que tiemblan al oírlo; de suerte que bien pudiera decir como su divino Hijo: *In nomine meo demonia ejicient, serpentes tollent, super ægros manus imponent, et bene habebunt.* Decir pudiera que la majestad de su nombre es un rayo, que hiere y derriba su cerviz orgullosa: que su virtud cura las mordeduras de la antigua serpiente, restituye la salud á los enfermos, fortalece nuestra flaqueza, disipa las tempestades del alma y las tentaciones diabólicas. En efecto ¿por qué se pronuncian en todo peligro y particularmente á la hora de la muerte los adorables nombres de Jesus y María, sino porque una esperiencia de muchos siglos enseña que son nombres de salvacion? Repitámoslos pues frecuentemente, y en especial euando nos hallemos abocados á la eternidad; no olvidando que la misma Señora reveló á Santa Brigida que su nombre ahuyenta á los demonios: *Omnes demones audito nomine meo aufugiunt.*

Desde el principio del cristianismo la Iglesia los ha hecho estremecer con los augustos nombres de Jesus y María; lástima nos darian si de ella fuesen dignos al verlos temblar, gemir, dar alaridos, y desesperarse euando en los obsesos se vén acometidos y estrechados con el poder de estos divinos nombres, sin que hayan podido acostumbrarse á oírlos sin espanto. El infierno por su parte le hace la guerra con todas las herejias que suscita, las cuales se declaran todas enconosamente contra la Reina del cielo; pero ella las postra á todas como lo espresa la Iglesia en estas bellas palabras: *Gaude Maria virgo, cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo.*

Tan terrible es su poderio para el infierno como dulce y benigno para las almas del purgatorio: *In fluctibus maris ambulavi*: dice la Reina de los ángeles: «Anduve sobre las ondas del mar.» En estas palabras se espresa bien la idea del purgatorio, pues sus penas no son mas que ondas que pasan, porque no son eternas; no obstante, son ondas del mar porque tienen inmensas amarguras.

Es artículo de fe que aquellas almas pacientes pueden ser aliviadas por los sufragios de los vivos, es decir, por interce-

sion de los justos, que oran ó hacen alguna penitencia por ellas. Y si pueden hacerlo los santos que aun peregrinan por las espinosas sendas de este mundo, ¿cuánto mas los que ya reinan en la triunfante Jerusalem? Pero especialmente la Reina de la córte celestial puede aliviar á aquellas pobres almas con mucha mas eficacia y poder que todos los justos y santos de la tierra y del cielo, pues ama entrañablemente á todas las almas del purgatorio, porque las ama infinito su adorable Hijo que las redimió con su sangre, las adornó y enriqueció con su gracia, les preparó su reino, y las destina á cantar eternamente sus alabanzas en el cielo, donde las aguarda con los brazos abiertos para estrecharlas á su seno amoroso y embriagarlas con el ósculo de sus labios divinos. ¿Pues quién dudará que su Madre amabilísima, cuya caridad es inmensa, emplee todo el valimiento que tiene con su Hijo para abreviar las horas de su dolorosa espiacion? Asi como es muy natural y muy justo que su primer cuidado y su mas viva solicitud sea favorecer especialmente á aquellas que mas devotas le hayan sido; á aquellas que hayan hecho particular profesion de honrarla, que se hayan alistado espresamente en alguna de sus principales cofradias como la del Rosario ó la del Cármen, que son las mayores y mas universalmente recibidas en toda la Iglesia.

Con respecto á la del Cármen ¿hay en la Iglesia alguna cofradia mas autorizada? ¿Hay cosa mas auténtica que la bula del Pontífice Juan XXII, llamada la Sabatina, en la cual declara á toda la Iglesia las verdaderas intenciones de esta Madre amorosa, por espreso mandato de la misma? En ella dice este célebre Papa que estando un dia en oracion se le apareció y le dijo que asi como ella misma le habia dado la tiara pidiéndolo á su divino Hijo por vicario suyo en la tierra, del mismo modo queria que él confirmase en la tierra las gracias é indulgencias que su Hijo concediera en el cielo al órden del Carmelo, y que si otros se asociaban á aquel órden sagrado, llevando el escapulario, si á su fallecimiento eran sentenciados á las penas del purgatorio, el sábado despues de su muerte bajaria ella á libertar sus almas y llevarlas con-

sigo al monte de la vida eterna. Por cuyo beneficio quiero que los hermanos y hermanas recen las horas canónicas, y los que no sepan leer, ayunen todos los dias que la Iglesia lo ordena, si no están exentos por algun impedimento legitimo, y guarden abstinencia el miércoles y el sábado, excepto el dia de la Natividad de mi único Hijo.»

Habiéndome dicho esto, continúa el Papa, desapareció, añadiendo estas palabras: *Yo pues recibo, ratifico y confirmo en la tierra aquella indulgencia como Jesucristo la ha concedido en el cielo por los méritos é intercesion de la Santísima Virgen; por tanto no sea licito á nadie atreverse á contravenir á esta ordenacion.* Tal es el tenor y autoridad de la bula del Papa Juan XXII.

Y aunque como á dada por un sumo Pontífice deban tenerla por un oráculo del cielo todos los buenos católicos, sin embargo para quitar aun la mas mínima duda á los mas desconfiados acerca de una gracia tan extraordinaria, dispuso la Santísima Virgen que añadiesen nuevo peso á su autoridad otros Papas sucesores de Juan XXII; pues la han confirmado Alejandro V, Pablo III, Gregorio XIII, Clemente VII, y San Pio V.

CAPÍTULO XXXII.

María es abogada general de todos los pecadores; pero lo entenderia muy mal quien pensase que se opone á Dios patrocinando la causa de sus enemigos, ó sosteniendo los intereses de estos contra los suyos; pues muy al contrario,

patrocinando la causa de los pecadores defiende la del Salvador de los pecadores, que es la misma, y sosteniendo sus intereses, coopera á la obra en que mas empeño tiene el divino Jesus, cual es la de usar misericordia con ellos y salvarlos.

Si un Moisés se opuso á Dios á fin de que no castigara á su pueblo, y lo obtuvo con sus fervientes ruegos; ¿qué no alcanzará María con su autoridad de madre, que le dá legitimo derecho para obtener de Dios cuanto le pida?

San Metodio le dice en un discurso sobre su purificacion: *Euge, euge, quæ debitorem illum habes, qui omnibus mutatur.* ¡Oh qué dicha la vuestra, Virgen Santísima! Pedid á Dios sin reparo cuanto querais; pues teneis razon para pedirle siendo él vuestro deudor, porque le disteis su preciosa humanidad, que vale mas que cuanto podais pedirle en favor nuestro; y aun cuando os diera todos los pecadores del mundo, no seria este un don, un cambio ó pago que igualara al que le disteis, pues solo su sacratísima humanidad que de vos ha recibido, vale mas que todos los pecadores del mundo: *Vicem reddens assumptæ humanitatis.*

Aun se espresa en términos mas enérgicos San Pedro Damian, pues asegura que se le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra; habiéndose entregado y sometido á ella el mismo Omnipotente, y dádole ella un poder, que no habia recibido de Dios su padre, de morir para redimir á los pecadores con el precio de su sangre, tiene la Señora tan gran derecho para pedir cuanto quiera para nuestra salud, que cuando se presenta ante el altar de la humana reconciliacion, no tanto vá á rogar como á mandar: no se presenta como sierva, sino como señora, no vá como un súbdito, sino como una madre; hé aquí sus palabras: *Accedis non solum rogans, sed imperans, non ancilla, sed domina.*

San Bernardo despues de haber dicho cosas admirables del absoluto poder de esta Madre de misericordia con su Hijo en un sermon de su Natividad, despues de haber dicho que Dios ha puesto espresamente en ella la plenitud de todo bien, á fin de que todo lo recibiésemos de su abundancia, y que si

sigo al monte de la vida eterna. Por cuyo beneficio quiero que los hermanos y hermanas recen las horas canónicas, y los que no sepan leer, ayunen todos los dias que la Iglesia lo ordena, si no están exentos por algun impedimento legitimo, y guarden abstinencia el miércoles y el sábado, excepto el dia de la Natividad de mi único Hijo.»

Habiéndome dicho esto, continúa el Papa, desapareció, añadiendo estas palabras: *Yo pues recibo, ratifico y confirmo en la tierra aquella indulgencia como Jesucristo la ha concedido en el cielo por los méritos é intercesion de la Santísima Virgen; por tanto no sea licito á nadie atreverse á contravenir á esta ordenacion.* Tal es el tenor y autoridad de la bula del Papa Juan XXII.

Y aunque como á dada por un sumo Pontífice deban tenerla por un oráculo del cielo todos los buenos católicos, sin embargo para quitar aun la mas mínima duda á los mas desconfiados acerca de una gracia tan extraordinaria, dispuso la Santísima Virgen que añadiesen nuevo peso á su autoridad otros Papas sucesores de Juan XXII; pues la han confirmado Alejandro V, Pablo III, Gregorio XIII, Clemente VII, y San Pio V.

CAPÍTULO XXXII.

María es abogada general de todos los pecadores; pero lo entenderia muy mal quien pensase que se opone á Dios patrocinando la causa de sus enemigos, ó sosteniendo los intereses de estos contra los suyos; pues muy al contrario,

patrocinando la causa de los pecadores defiende la del Salvador de los pecadores, que es la misma, y sosteniendo sus intereses, coopera á la obra en que mas empeño tiene el divino Jesus, cual es la de usar misericordia con ellos y salvarlos.

Si un Moisés se opuso á Dios á fin de que no castigara á su pueblo, y lo obtuvo con sus fervientes ruegos; ¿qué no alcanzará María con su autoridad de madre, que le dá legitimo derecho para obtener de Dios cuanto le pida?

San Metodio le dice en un discurso sobre su purificacion: *Euge, euge, quæ debitorem illum habes, qui omnibus mutatur.* ¡Oh qué dicha la vuestra, Virgen Santísima! Pedid á Dios sin reparo cuanto querais; pues teneis razon para pedirle siendo él vuestro deudor, porque le disteis su preciosa humanidad, que vale mas que cuanto podais pedirle en favor nuestro; y aun cuando os diera todos los pecadores del mundo, no seria este un don, un cambio ó pago que igualara al que le disteis, pues solo su sacratísima humanidad que de vos ha recibido, vale mas que todos los pecadores del mundo: *Vicem reddens assumptæ humanitatis.*

Aun se espresa en términos mas enérgicos San Pedro Damian, pues asegura que se le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra; habiéndose entregado y sometido á ella el mismo Omnipotente, y dádole ella un poder, que no habia recibido de Dios su padre, de morir para redimir á los pecadores con el precio de su sangre, tiene la Señora tan gran derecho para pedir cuanto quiera para nuestra salud, que cuando se presenta ante el altar de la humana reconciliacion, no tanto vá á rogar como á mandar: no se presenta como sierva, sino como señora, no vá como un súbdito, sino como una madre; hé aquí sus palabras: *Accedis non solum rogans, sed imperans, non ancilla, sed domina.*

San Bernardo despues de haber dicho cosas admirables del absoluto poder de esta Madre de misericordia con su Hijo en un sermon de su Natividad, despues de haber dicho que Dios ha puesto espresamente en ella la plenitud de todo bien, á fin de que todo lo recibiésemos de su abundancia, y que si

teniamos alguna esperanza de salud, alguna gracia del Redentor, algun derecho á la gloria eterna, reconociésemos que todo esto nos viene del Salvador por ella como un desborde de la superabundancia de sus divinas riquezas; despues de haber producido muchos otros nobilísimos sentimientos que arrancaban de su pecho su devocion y su celo, continúa en estos términos con una unción divina: «Ea pues, hermanos míos, dirijámosle nuestros votos, empleemos en amarla los mas tiernos afectos de nuestros corazones, porque tal es la voluntad de Dios, que quiso que todo lo tuviésemos por ella: temiais dirigiros á la infinita Majestad del Padre, y él os ha dado por mediador á su Hijo, en el cual hallais la humanidad unida á la divinidad: aun temeis acaso aproximaros á él, porque veis con la dulzura de su humanidad la majestad augusta de su divinidad: ahora bien, á vosotros se os ofrece Maria para ser vuestra abogada; en ella no hallaréis mas que humanidad y dulzura: estad seguros de que os recibirá bien, será oída por su Hijo y este lo será por su Padre. ¿Sería posible que tal Hijo no oyese á su amabilísima Madre, ó que el Padre omnipotente dejase de oír á un Hijo á quien ama infinito? No; ni lo uno ni lo otro es posible.»

Luego este devotísimo Padre, como si su santo celo subiera de punto y se elevára sobre si mismo, continúa: «Si, amados hijos míos, la divina Maria es la escala de los pobres pecadores; por ella pueden esperar subir al cielo; y en cuanto á mí, confieso que en ella tengo puesta toda mi confianza, en ella toda mi esperanza, pues si yo la rogáre, seguro estoy de que ha de oírme, y si ruega por mí, estoy cierto que será oída. ¿Qué habré pues de temer sino el que en mí haya falta de confianza ó devocion, ú olvido de recurrir á su maternal patrocinio?»

Finalmente así como no quiso Dios dar al mundo el Salvador sino por ella, tampoco quiere que ningun hombre se salve sino por ella, ni que recibamos gracia alguna del cielo, que no pase por manos de su Madre Santísima: *Nihil nos Deus habere voluit, quod per Mariæ manus non transiret.*

San Bernardino de Sena, hablando de las estrellas que for-

man la corona de Maria, escribe estas palabras dignas de su piedad: «Desde que la Santísima Virgen concibió al Hijo de Dios en su casto seno, obtuvo cierta jurisdiccion ó particular autoridad sobre la mision temporal del Espiritu Santo, de manera que ninguna criatura ha recibido de Dios ni gracias ni virtud, sino segun las disposiciones de esta piadosa Madre; y por esto dice el devotísimo San Bernardo que no baja del cielo á la tierra gracia alguna que no pase por mano de Maria.» Mucho tiempo antes habia dicho San Gerónimo que la plenitud de todas las gracias que reside en Jesucristo como en la cabeza que es su propia fuente, tambien se halla en la Santísima Virgen como en el cuello que es el canal por donde deben pasar para distribuirse á todo el cuerpo de la Iglesia; pues así como el cuerpo humano no recibe influencia alguna natural de la cabeza, que no pase por el cuello; así el cuerpo místico de Jesucristo que es la Iglesia, no recibe influencia alguna de sus gracias que no pase por la Santísima Virgen.

Poco despues añade: Hallo dos admirables nacimientos en Jesucristo: uno por el cual es un Dios eterno engendrado del Padre ante todos los siglos, el otro por el cual sin dejar de ser Dios es engendrado por una Madre Virgen en medio de los tiempos; y estos dos nacimientos concuerdan tanto que es tan verdadero hijo del Padre como lo es de la Madre: no es un Dios mas escelso ó mas adorable en el trono Augusto del seno de su Padre que en un establo, en donde estaba envuelto en pobrecitos pañales, y teniendo por cama el heno de un pesebre: por último tan verdaderamente produce al Espiritu Santo en union con su Padre estando en el seno de Maria, como le produce en el seno de Dios Padre.

¿Qué estupendo prodigio poder decir con toda verdad que al mismo tiempo que Maria dá el sér humano al Hijo de Dios en su seno, el Hijo de Dios dá su sér divino al Espiritu Santo en el mismo seno! Sentado pues que Maria es madre del que produce al Espiritu Santo, ¿no podré decir que son enteramente suyos los frutos del árbol, cuya raiz se halla en sus propias entrañas? Es decir que todos los dones, todas las virtudes, todas las gracias del Espiritu Santo están á su dispo-

sicion para que las distribuya á quien quiera, cuando quiera, del modo que quiera y en la porcion que ella quiera. Son palabras de San Bernardino.

¡Oh María! ¡Oh Madre admirable! Pues sois la madre de nuestro Salvador, sed tambien la madre de nuestra salud: sois un océano de gracias, del cual salen perpétuamente todos los arroyuelos, las fuentes y los ríos que riegan y fecundan el seno de la Iglesia: sois el refugio de los pecadores, y en toda la redondez de la tierra se implora vuestro auxilio, y sois verdadera madre de misericordia, que de todos teneis compasion, y á ninguno la negais.

Consultemos á nuestra propia esperiencia. Todos los dias vemos que en todas partes se implora el socorro de la Santisima Virgen; y ciertamente no en valde, pues si fuese vanamente, tiempo tenia el mundo para haber advertido el engaño, y una esperanza siempre burlada no habria durado tanto, los hombres y las mujeres se hubieran cansado de pedir un socorro que jamás se obtenia. Pero en todos tiempos se ha visto y se vé que no es vano el invocarla. Esta práctica continúa y se aumenta todos los dias, lo cual es evidentísima prueba de la verdad y notoria conveniencia que entraña; menester es que el mundo esté bien persuadido de que ella escucha y atiende á las súplicas que se le dirigen, supuesto que de rogarla no cesa.

Por otra parte, llenos están los libros de las gracias prodigiosas, que en todos los siglos derrama su mano bienhechora; aun hoy mismo lo acreditan sus santuarios célebres, adonde se agolpan con viva fe y confianza ejércitos enteros de dolientes, que buscan la curacion de las antiguas llagas de sus almas, de menesterosos desvalidos, que esperan alcanzar de la piadosa tesorera de Dios el pan que niega á sus tristes gemidos la sórdida avaricia del rico, de enfermos desesperanzados, cuyo único remedio es un milagro debido á la maternal intercesion de Maria.

Preciso es indicarlo: entre los innumerables prodigios que se cuentan, puede haber algunos que en realidad no lo sean, porque no á todas las personas que los refieren, es dado te-

ner una idea exacta de los requisitos necesarios para acreditar de verdadero milagro un suceso sorprendente, nuevo y extraordinario. Pero dedíquese la mas escrupulosa filosofia á examinar esa innumerable multitud de prodigios referidos por gravísimos autores, y de los cuales están llenas las obras de muchos santos Padres, la Historia de la Iglesia, las de los reinos católicos y las venerables Crónicas de tantas órdenes religiosas; ¿qué hallará en todas sus circunstancias sino rayos de luz, en los cuales no cabe duda, no cabe engaño, no cabe la menor supercheria? ¿Es creible que mientan descaradamente, inventando patrañas hombres de alto saber é immaculada conciencia? ¿Es posible que mientan esos santos, que hubieran preferido mil muertes á la vileza de ofender á su Dios con el feo pecado de la mentira? Han de creerse sin dificultad, porque lo dice este ó aquel historiador profano, las cosas mas raras, los sucesos mas extraordinarios, las proezas mas inauditas, las victorias mas estupendas, los hechos mas heróicos de los grandes guerreros y conquistadores de la antigüedad; y cuando se trata de prodigios obrados por la Madre del Dios de la omnipotencia, de prodigios narrados por autores sin tacha, de prodigios no contradichos por los contemporáneos, de prodigios, cuya verdad pregonan monumentos aun existentes, de prodigios, cuyo resultado se palpa aun en la historia de las naciones, y sin cuya intervencion serian increíbles los hechos mas auténticos, ¿se ha de dudar neciamente? ¿Se han de apurar los recursos del ingenio, pretendiendo negar lo que de suyo es innegable? ¿Han de olvidarse de propósito todas las reglas de la lógica? ¡Oh contradiccion monstruosa! ¡Oh ignominia de una critica falsa y pedantesca! Está mal dicho critica, irracional sistema de incredulidad.

Sí, María vé todas nuestras necesidades; y las remedia por lo comun sin trastornar las leyes de la naturaleza, y algunas veces ostentándose árbitra de la omnipotencia de su Hijo, cuya divina esencia es el espejo brillantísimo en que vé todo lo que necesitamos y hacemos en su obsequio. Allí se vé asociada con su Hijo en la grande obra de la redencion del

mundo, y contribuye á la salvacion de los pecadores; y como esta grande obra no está aun terminada, adelantándose mas y mas todos los dias, ella concurre asimismo todos los dias con su Hijo á la salud eterna de todos los escogidos, pues siendo evidente por testimonio de los Santos Padres que aquellos no reciben del Hijo gracia alguna que no pase por mano de la Madre, es clarísima consecuencia que ella en todo se interesa, pudiendo decirse que su solicitud es en cierto modo tan activa y estensa como la de su Hijo en lo tocante á la salud de los infelices pecadores; y así como á ninguno excluyó Jesus del beneficio de la redencion, así á ninguno se escasea el benéfico y maternal influjo de su poderosa intercesion.

Jamás separemos á la Madre del Hijo, ni al Hijo de la Madre, pues ambos son las fuentes universales de todo nuestro bien, con la diferencia de que el Hijo es la primera y la Madre la segunda; el Hijo es la verdadera causa de nuestra salud, y la Madre es la mediadora: el Hijo dá el precio de nuestra redencion, paga con su propio tesoro nuestras deudas; porque es un Dios de misericordia; y la Madre es la repartidora de las preciosas riquezas del tesoro de su Hijo, porque es la Madre de la misericordia.

De aquí la consecuencia de que estamos mas seguros de nuestra salvacion si ella la toma por su cuenta, que si todos los bienaventurados empleasen en favor nuestro todo su valimiento y todas sus oraciones. San Anselmo nos dice que si ella calla, ningun bienaventurado pedirá por nosotros, y si ella ruega, rogarán todos con ella: *Te, Domina, tacente, nullus orabit: te autem orante, omnes orabunt, et adjuvabunt.* (Lib. de oration. Eccless). ¡Dichosa, mil veces dichosa el alma, que sin reserva alguna se entrega á su devocion! ¡Dichoso quien la honra! ¡Dichoso quien la sirve fielmente! ¡Ah! No es maravilla que este santo doctor diga en otra parte, que si ella protege á un alma, es imposible que perezca; pero si la abandona, no alcanzará á salvarse.

CAPÍTULO XXXIII.

El único negocio, que nos es absolutamente necesario es el de nuestra eterna salvacion. Dios no nos ha dado mas que una sola alma; si la perdemos, lo hemos perdido todo por una eternidad. Hagamos pues todo lo posible por salvarla. Pero nada es capaz de asegurar tanto nuestra eterna salud como la devocion de la Santísima Virgen. Sabido es que no es ella nuestro Dios, ni nuestro criador, ni nuestro salvador; sabido es que no es ella quien nos perdona los pecados, y nos dá el precioso don de la gracia santificante. Solo á Jesucristo se debe el supremo culto de latria y el sumo amor de nuestros corazones; todo esto lo sabemos y lo creemos firmemente.

Pero tambien sabemos que solo por María tendríamos entrada con Jesucristo: que la salud que él nos ha merecido, no nos será aplicada y otorgada sino por ella: que la Iglesia regida por el Espiritu Santo, no se engaña dirigiéndose todos los dias á ella en todos los ángulos de la tierra y enseñando á sus hijos á invocarla como á refugio de pecadores, puerta del cielo y madre de misericordia, como á su esperanza, su vida y su dulzura. Tenemos estas palabras por oráculos del cielo, que el Espiritu Santo pone en boca de nuestra madre la Iglesia. Nos regocijamos con ellas, porque si nos fuera vedado tal lenguaje, no tendríamos tanta seguridad de nuestra salvacion; si este refugio de los pecadores no nos tendiera los brazos, si se nos cerrára esta puerta del cielo; si no se franqueára para nosotros esta misericordia, si

esta vida, esta dulzura, esta esperanza se nos quitase; ¿á dónde se hallaría este consuelo, esta dulzura, este refugio, esta placidísima esperanza?

Se nos dirá que en Jesucristo tenemos el verdadero refugio de los pecadores, la verdadera puerta del cielo, la verdadera misericordia, la vida, la dulzura y la esperanza. Si, lo creemos y lo confesamos; Jesucristo es todas las cosas, él es el tesoro en que están encerradas las riquezas del tiempo y de la eternidad. ¿Pero de qué nos servirá todo esto si con él no tenemos entrada? ¿Y cómo podremos tenerla sino por su Madre Santísima? Pues viendo manifestamente que no tenemos al Salvador sino por su medio, y que ella es quien nos le ha producido de su propia sustancia; ¿cómo podemos esperar coger los frutos de la salud sino por su mediación? Razon pues tenemos para decir que su devoción á todos nos es necesaria para salvarnos, y que cuanto mas ardiente y mas tierno sea nuestro amor y devoción á la Madre de los predestinados, estaremos tanto mas seguros de que la divina misericordia coronará nuestros débiles esfuerzos con la gloria de una inmortal bienaventuranza.

En la ley antigua señaló Dios algunas ciudades de refugio, en las cuales todos los que hubiesen merecido la muerte por cualquier homicidio impensadamente cometido, estaban seguros de su vida si en ellas se guarecian. Era esta una figura, dicen los Santos Padres, que nos prometia en la ley de gracia una gran ciudad de refugio, siempre abierta para recibir á los pobres pecadores, y siempre dispuesta á asegurarles salvacion. Esta ciudad de refugio es Maria, como lo afirma San Juan Damasceno, y como ella misma lo reveló á Santa Brígida diciendo: «No hay pecador alguno, por malo que sea, que se vea privado del auxilio de mi maternal misericordia, y que habiendo recurrido á mi no vuelva á Dios por mi intercesion, y no obtenga por último el reino de los cielos.»

¡Oh pecador! ¿Entiendes este lenguaje? ¿Lo crees firmemente? ¿Por qué pues te desanimas con tanta villanía? ¿Por qué propendes á la desesperacion? ¿Por qué te dejas oprimir por el peso de tus delitos? Levántate, camina, corre, sál-

vate en esa ciudad de refugio, seguro de que no perecerás: estiende tus manos á la Madre de la misericordia, clama de lo profundo del alma: *Refugium peccatorum! Refugium peccatorum!* ¡Oh asilo de los pobres pecadores! ¡Amable ciudad de refugio, en la cual hallan seguridad los culpables arrepentidos! Defendedme de mis enemigos, ponedme á cubierto de los rigores de la divina justicia.

Si; este es el privilegio de aquella ciudad de refugio: si entras en ella, nada tienes que temer. Nadie puede echarte de ella, con tal que al pecado arrojes de tu corazón.

Hállanse en nuestro siglo depravado algunos miserables hipócritas, que con el disfraz de una piedad aparente que hace gala de un mentido celo por la gloria de Jesucristo, se oponen á la de Maria, como si el Hijo y la Madre no tuviesen un interés reciproco en la gloria de ambos, como si en sus corazones pudiese tener cabida la vergonzosa flaqueza de los celos humanos.

¡Impios enmascarados, que haceis una guerra de asechanzas y emboscadas mezquinas á una devoción tan santa y tan autorizada por los hombres, por los ángeles y por el Altísimo! ¿Quién sois vosotros para oscurecer con la nube de vuestro aliento pestífero ese sol, de cuyos resplandores están llenos los cielos y la tierra? ¡Mensajeros de Satanás! ¡Ved lo que han conseguido vuestros predecesores, los Nestorios, los Jovinianos, los Elvidios, los Luteros! ¡Miradlos en el infierno cubiertos de ignominia, heridos por el rayo de la venganza divina, y devorados por un fuego terrible, que no se acabará cuando se acaben los siglos! ¡Ved ahí el galardón de sus afanes! ¡Ved ahí la gloria y el triunfo con que espera premiaros el príncipe de las tinieblas!

Nosotros entre tanto contemplaremos con regocijo y embeleso la dichosa suerte de un Bernardo, de un Ildefonso, de un Buenaventura, de un Bernardino de Sena y tantos otros esclarecidos Santos devotísimos de la Reina del cielo: nos congratularemos con ellos por la gloria que gozan en las

alturas, y por la que rodea sus nombres y sus altares en esta morada de infortunio; les rogarémos que nos alcancen de Dios el entrañable amor que tenían á la Santísima Virgen; propondrémos imitarlos en las prácticas de su devocion ferviente, y dedicarnos con particularidad á la imitacion de las virtudes de la misma Señora, que es digno objeto del dulcísimo culto de hiperdulia.

Para lograrlo con mas facilidad nos servirá de modelo el siguiente método, que seguia con mucho fruto de su alma una persona de santa vida. Principiaba su ejercicio el sábado como dia mas particularmente dedicado á la devocion de Maria, proponiéndose en él la imitacion de su profunda humildad, que consideraba como necesario fundamento, sin el cual no puede fabricarse en el alma el edificio de una verdadera virtud, y en este dia todas sus prácticas tendian al desprecio de si misma.

El domingo, que siempre era para ella dia de comunión, consideraba su admirable maternidad identificada con su virginal pureza, que se esforzaba en imitar recibiendo con la mayor pureza posible al mismo Señor, que la Santísima Virgen llevó en su seno virginal.

El lunes consideraba aquella ardorosa hoguera de amor divino, que abrasaba su corazon mientras le tuvo en sus purísimas entrañas; y en tal dia eran continuas sus aspiraciones á Jesus y á Maria, á quien suplicaba con encendida ternura que le hiciese participante de su amor á Dios, que amase á Dios por ella.

El martes se proponia aquel inefable ejemplo de caridad, que tenia para con todos los hombres, y comparándola con el infinito amor de Dios Padre, le decia: «¡Oh Madre! tanto habeis amado al mundo y á mí en particular, que me habeis dado á vuestro único Hijo, y muchas veces he tenido la dicha de recibirle sacramentado.» Y para imitarla no desperdiciaba ninguna coyuntura de hacer bien al prójimo.

El miércoles la consideraba como caminando sobre la tierra y conversando siempre con el cielo, su recogimiento, su modestia, su dulzura, su silencio, su aplicacion continua á

la presencia de Dios, y se esforzaba igualmente en imitarla en un todo como si siempre la tuviese delante de los ojos.

El jueves pensaba en los continuos servicios que hizo á su querido Hijo durante todo el curso de su vida, y admirando su dichosa suerte y envidiándola ardorosamente: «Alma mia, decíase á si misma, en esta fiel imitacion debe consistir tu principal devocion; dejémoslo todo y seamos de Jesus únicamente. ¿Qué nos importa todo lo demás? Todo pasa, todo se disipa como el humo.»

El viernes seguia al Calvario á la Reina de los mártires, aplicándose á contemplar su pasion en un todo semejante á la de su Hijo adorado; y viendo el martirio de amor que ella padecia en su corazon, esforzabase por entrar en los mismos sentimientos, muriendo por amor del Hijo y de la Madre al mundo, á sus vanidades, á sus pasiones, á si misma, y á todo lo que no es Dios, á fin de vivir solamente para su Dios. Considerábase como en lugar de San Juan, á quien Jesus encomendó desde la cruz á su Madre afligidísima, recibíendola él por tal: con estas reflexiones renovaba y multiplicaba sus votos de vivir siempre enteramente consagrada al servicio de Maria, tenerla siempre por madre, é imitarla en todo lo posible.

Concluyendo tan felizmente su semanal ejercicio, volvia á principiarlo de la misma manera, pero con un fervor nuevo y con mayor fidelidad, animándose mas y mas cada dia con el aprovechamiento que notaba en si.

Inspice, et fac: Miraos en este espejo; y si verdaderamente sois devotos de vuestra celestial Madre, seguid el ejemplo y eternamente bendeciréis á Dios por haber emprendido y guardado con fidelidad una práctica tan recomendable y santa.

CAPÍTULO XXXIV.

El Espíritu Santo representa á su divina Esposa como un ejército ordenado en batalla, ejército, cuyo solo nombre hace temblar de espanto á todas las potestades del infierno, ejército tan invencible que combatido en todos los siglos por innumerables legiones de herejias salidas de los abismos para hacerle la guerra de mil modos diferentes, siempre con planta victoriosa les ha quebrantado la cabeza como si fueran insectos. Sus combates y victorias son espectáculo digno de las miradas de Dios y de la admiracion de los ángeles.

Traigamos á la memoria todos los siglos pasados, remontémonos hasta el origen del mundo, y verémos que emprendiendo el demonio la ruina de la naturaleza humana, vencióla por medio de una mujer que precipitó consigo á su débil esposo: y el Señor en el momento hizo ostencion de su misericordia y justicia, oponiendo una mujer bendita entre todas las mujeres á la mas desgraciada de todas ellas, y condenando á la infernal serpiente á la enemistad y venganza de aquella, mostrándola desde entonces á sus melancolicos ojos cual poderoso ejército que le hacia la guerra: *Inimicitias ponam inter te et mulierem*. Suplicio terrible, que la Justicia divina ordenó para castigo del mayor de los delitos. «Te condeno, ó maldita serpiente, á llevar eternamente todo el peso del odio de María, tan intolerable para tí como los suplicios del infierno.—¿Y María qué me hará con su odio?—Te quebrantará la cabeza: *Ipsa conteret caput tuum.*»

La cabeza de la maligna sierpe es lo primero que ella pro-

cura introducir donde quiera que intenta derramar su mortífero veneno, cuya primera gota arrojada y filtrada; ay dolor! en todo el linaje humano fué el pecado original. Hé aquí la cabeza de la serpiente; pero será quebrantada por el divino pié de la Doncella, que nunca ha de contaminarse con la culpa de origen.

La cabeza de la infernal serpiente es la soberbia, que aun en el cielo fué principio de su infame apostasia y arrastró en pos de sí la tercera parte de las estrellas. Pero esta cabeza altiva será quebrantada por la humildad de María: *Ipsa conteret caput tuum*. Multiforme y magnifico es el triunfo de esta Señora; y á Santa Brigida le fué revelado que mas temen los demonios una mirada suya que todos los tormentos del infierno.

Aun hay mas; á la declaracion de guerra, que hizo el Altísimo con aquellas palabras: «Pondré enemistades entre tí y la mujer»; siguiéronse estas otras, que manifiestan su perpetuidad: *Semen tuum et semen ipsius*: para darnos á entender que no es aquel un odio particular de una persona con otra, sino un fuego inextinguible de aborrecimiento universal y continuo, que arde en los iracundos pechos de dos diversas posteridades encarnizadamente enemigas. La Santísima Virgen tiene por hijos á todos los predestinados, que habitan los cielos y la tierra; y son hijos del principe de las tinieblas los réprobos, que pueblan el mundo y el infierno: *Vos ex patre diabolo estis*, dice el Evangelio á los impíos. Todos los buenos militan á favor de María: del ejército contrario son los inicuos.

Horrorizóse el cielo cuando antes de los siglos se vió hecho teatro de una furiosa guerra: *Factum est prælium magnum in celo*: Espiritus contra spiritus, ángeles contra ángeles, combatian unos en contra y otros en pro de la gloria del Escelso; pero bien pronto se conoció la diferencia que habia entre los unos y los otros: uno de los dos bandos era de ángeles santos; y el premio de su lealtad fué una corona inmarcesible: el otro se componia de foragidos rebeldes, y el castigo de su alevosa conspiracion fué una eternidad de dolor

y de ignominia. Asimismo vé la Iglesia con horror que siempre ha sido y aun es en el día un campo, en el cual cristianos con cristianos guerrean acerca de la gloria de la escelsa Maria: opónense los unos al honor que se le tributa, poniendo coto á su grandeza y alabanzas, desacreditando la piedad de sus devotos hasta llamarlos indiscretos, despreciando y burlándose de las prácticas de su devoción: los otros sosteniendo que despues de Dios se le debe hacer el mayor honor posible religioso y sobrenatural, que nuestra devoción jamás llegará á igualar su merecimiento, y que el dedicarse á su servicio es piedad discretísima, juiciosísima y santísima. ¿Pero entre quiénes se lucha? En la Iglesia sucede lo mismo que en el cielo: ángeles buenos y malos son los combatientes: esta guerra es la ejecucion de la sentencia pronunciada desde el principio del mundo: entre tí y la mujer encenderé odio y guerra, cuya implacable llama no se estinga y se dilate de generacion en generacion en tu posteridad y en la suya: tendrá ella perpétuamente fidelísimos hijos, que le den continuas pruebas de una acendrada devoción; tampoco á tí, sierpe envenenadora, tampoco te faltarán hijos, que con todas sus fuerzas la combatan; mas no será dudoso el éxito de la batalla; será el mismo que en el principio de los tiempos: serás vencida y hollada tu cabeza por la planta divina de la Reina del cielo, y tus miseros hijos, que tengan el atrevimiento de hacerle guerra, como tú se verán humillados, aterrorizados y pisados á manera de viles sierpecillas.

Así, pues, cuando se vea que alguien habla de la Santísima Virgen desfavorablemente, ó de cualquier modo se opone á su devoción, á su alabanza y gloria, no se dude que es una de las muchas cabezas de la antigua serpiente, y de la progenie del infernal enemigo. Y por el contrario cuando se observe que alguien se muestra defensor de sus sagrados derechos y celestiales prerogativas, ó se dedica fervorosa y francamente á honrarla y alabarla con el corazón y con los labios, téngase por cierto que es de la descendencia de aquella Mujer bendita, que venció y quebrantó la cerviz orgullosa de

la serpiente. ¿Y á qué partido pertenecemos nosotros? ¿A cuál queremos pertenecer? ¿Queremos combatir en contra ó á favor de Maria? ¿Queremos declararnos devotos suyos y llevar una de las mas seguras señales de predestinacion, ó alistarnos en las filas del dragon y llevar una divisa vergonzosa de reprobacion final? Si nos decidimos á ser del bando de Maria, mostrémoslo con las obras.

Empeñado el infierno en continuar la guerra impía, que precipitó á la naturaleza humana en un abismo de culpa y degradacion horrorosa, levanta sobre la haz de la tierra altares á una infinidad de ídolos, que haciendo olvidar á los mortales el culto del verdadero Dios, difunde una densa sombra sobre el temido misterio de la Encarnacion, del cual pendia el reparo de la descendencia de Adán. Llénase la tierra de vicios divinizados: corre en nefando sacrificio la sangre de los humanos: humea incienso impuro en las aras de Venus prostituta, de Mercurio ladron, de Marte sanguinario; el mundo todo es semillero de falsas divinidades: el imperio de las tinieblas se estiende de polo á polo, escepto la nacion de los ascendientes de Maria. Nace esta Señora anunciada por los Profetas, y de sus purísimas entrañas nos dá la luz del mundo, al suspirado Mesías, al admirable, al fuerte, al principe de los siglos futuros, al dominador de las naciones, al victorioso rey de la eternidad. Marchan el Hijo y la Madre á la conquista del universo para libertarlo del yugo de la idolatría: llegan á Egipto y derriban á sus ídolos: suben juntos al Calvario, y consuman la obra de la redencion de los hombres. Un ejército de mártires capitaneados por Jesus y Maria, regando con su propia sangre el ámbito de la tierra, arrojan del capitolio á Júpiter tonante, y del famoso panteon de Roma ó congreso de los falsos dioses, los lanzan ignominiosamente á todos ellos y en su lugar se coloca triunfante la soberana Reina de los Santos.

Vencido y despechado el infierno, para proseguir la antigua lid implacable, suscita las herejías del hipócrita Arrio y del no menos blasfemo y abominable Nestorio. Maria triunfa en Nicea, donde es solemnemente vindicada la divinidad de su

Hijo, y con muerte improvisa el alma de Arrio descende á la eternidad de fuego, arrojando las entrañas de una manera horrible al par que milagrosa el mismo día y en el acto mismo de su vanísimo triunfo al ir á apoderarse á viva fuerza de la patriarcal Iglesia de Constantinopla. Triunfa en Efeso María; y al impio Nestorio, anatematizado y desterrado en el desierto de Oasis, se le pudre llenándose de asquerosos gusanos aquella inicua lengua de blasfemias, y la muerte sepulta en las mansiones del horror sempiterno aquella alma réproba y pestilente para formidable ejemplo de la venganza, que Dios toma de los enemigos de su Madre.

El emperador de Oriente, Constantino Coprónimo, en el año de setecientos quince, según refiere el cardenal Baronio, tuvo el impio atrevimiento de prohibir que en su imperio se honrase á la Santísima Virgen, mintiendo heréticamente en menoscabo de la gloria de su divina maternidad; y no tardó en bajar el castigo de lo alto sobre aquel insensato príncipe: un fuego sulfúreo le devoró hasta las entrañas, abrasándole vivo, y haciéndole pedir misericordia con desafortunados alaridos, y en vano, en vano, pues sus dolores cruelísimos le dieron rabiosa muerte.

¡Y qué fruto has sacado, ó padre de la mentira, ó príncipe de las tinieblas! di, ¿qué fruto has sacado de tu guerra contra María? Ignominia y vergüenza, y ruina y descalabro. ¿A dónde están tus caudillos Ebion y Cerinto? ¿A dónde están tus legiones de helvidianos, de jovinianos y apolinaristas? ¿Qué has conseguido con su impotente esfuerzo? Que respandezca con mas alto brillo la gloria de su virginidad; que todos los fieles asegurados por las decisiones de los Concilios y por la condenacion de los herejes que la combatian, repitan con mas enérgico grito que es virgen antes del parto, virgen en el parto, y virgen despues del parto. ¿De qué te sirvió hacer entrar en campaña los numerosos ejércitos de los albigenses para resucitar las ya condenadas herejías? Unos se convertían por la maravillosa eficacia del rosario, que predicaba Santo Domingo; otros morían por la violencia de una enfermedad desconocida á los médicos y para la cual no había

remedio humano; y millares de millares que formaban ejércitos aguerridos y prepotentes, cayeron al filo de la espada de Simon, conde de Monfort, el defensor y el héroe de María.

Tanto ejemplar castigo, tanto desastre milagroso debiera haber escarmentado á los enemigos de Jesucristo y de su inmaculada Madre; pero vemos con dolor que en estos últimos siglos se han reproducido, si cabe, con mas audacia y desenfreno que en los pasados. Tuvo Lutero el increíble descaro de compararla y aun posponerla á su infame concubina. ¡Oh cielo! Lo oíste y lo toleraste por breve tiempo; pero tu ira omnipotente nunca, nunca cesará de vengar tan execrable impiedad en lo profundo del infierno. Los discípulos de este apóstata, los de Ecolampadio, Bucero, Calvino y otros maestros de herejía, unos disimulando sus pérfidos intentos, y otros públicamente hacen á la Reina del cielo una guerra obstinada, oponiéndose á su gloria, á su servicio y devocion; mas al entrar despues de una corta vida de cincuenta, sesenta ó pocos mas años amargos y fugitivos, al entrar, digo, en la insondable eternidad, conocerán bajo el peso de la divina venganza por cuán errado camino se dirigieron á los umbrales de su eterno sepulcro, ofendiendo á la Madre del terrible Juez de vivos y de muertos.

CAPÍTULO XXXV.

No hay persona mas ocupada que una madre, que tenga un niño en sus brazos; lo está tanto como si estuviese á su cargo el gobierno de un gran imperio; sin embargo todos sus cuidados se reducen á tres cosas, á alimentarle, vestirle é instruirle; y todo esto lo hace Maria con sus verdaderos devotos. Aliméntalos deliciosamente, cumpliéndose en ella la magnífica promesa hecha por boca de Isaias: *Mamilla Regum lactaberis.* (Is. LX). Despues de haber dado sus pechos al Rey de los reyes, tambien nos los dá á nosotros que tenemos la honra de ser sus hermanos, pero de una manera muy diversa, aunque no menos deliciosa. Ella es quien al Verbo adorable, que es el pan de los ángeles, le puso en estado de que podamos comerle: *Panem angelorum manducavit homo.* (Ps. LXXVII). ¿Cómo la Palabra divina que es toda espiritual, pudiera alimentar á los hombres que son corpóreos si no se hubiese hecho sensible tomando un cuerpo como ellos? Esto es lo que la Madre admirable hizo en favor nuestro, como lo explica San Agustín con su acostumbrada sublimidad: «En el principio existía el Verbo eterno, manjar eterno, mas solo para los ángeles; ¿pues qué hombre podría tomar ni digerir aquel alimento divino? Era preciso que este manjar demasiado fuerte é inaccesible para nosotros se convirtiera en una leche propia para alimentar niños. ¿Pero á quién se debe el que un manjar sólido se convierta en leche? Este es el oficio de las madres, comer el pan y convertirlo en leche para darlo á sus niños: *Ipsum panem mater incarnat; et per humilitatem mamillæ, et lactis succum de pane pascit infantem.*

La madre encarna el pan, Maria viste de una carne mortal al Verbo del Padre, que es el verdadero pan de los ángeles, y por la humildad de sus pechos le convierte en leche, para que sus hijos pequeños puedan alimentarse del pan de los fuertes y el hombre coma del pan de los ángeles, como lo dice el rey profeta en sus Salmos.

Los hijos mayores se alimentan de diferente modo que los menores. El Padre celestial sustenta deliciosamente á sus hijos mayores en el festin de su gloria, alimentándolos del mismo Verbo que es su propia vida: tal es el pan eterno de los ángeles. Tambien la Madre-Virgen alimenta deliciosamente á sus hijos pequenuelos en el banquete de la gracia, nutriéndolos con el mismo Verbo, á quien ella revistió de su carne. No podriamos comer este pan divino, ni nutrirnos con las purísimas delicias del Verbo como los ángeles que le vén claramente en los resplandores de su gloria, no podriamos recibir su propia sustancia en la santa comunión, si Maria no le hubiese dado su carne nobilísima.

Asi es como el hombre come el pan de los ángeles por medio de la Madre, que hace de él una leche proporcionada á la debilidad de sus hijos.

¡Ah! si supiésemos cuál es sobre este punto la solicitud y ternura de su amoroso corazón, quedariamos penetrados de que no puede hallarse madre alguna, que tanto afán tenga por regalar á su hijo idolatrado con el néctar de sus pechos. Con ternura de verdadera madre nos convida diciendo: *Venite, comedite panem meum, et bibite vinum quod miscui vobis.* Venid, queridos hijos míos, venid al seno de vuestra Madre, venid á comer el pan de los ángeles; venid á gustar el maná delicioso, que yo tengo preparado para los que se acercan á la mesa eucarística, venid á beber el vino que embriaga dulcemente á los moradores de la casa de Dios, que yo misma he convertido en una leche exquisita y muy á propósito para nutrir vuestra infancia de un modo no menos admirable que regalado y suave: venid y ved si no es muy cierto que mis pechos son para vosotros mucho mejores que el vino.

Vestirlos es el segundo deber de las madres para con sus hijos. La Iglesia por piadosa tradicion cree que la Santísima Virgen hizo con su propia mano los vestidos que gastó su adorable Hijo, no solo en la infancia sino toda su vida, y en especial aquella túnica inconsútil de que se habla en el Evangelio; y la historia eclesiástica nos refiere un crecido número de ejemplos del particular cuidado que tiene de vestir á sus hijos, no solamente con el esplendoroso atavío de celestiales virtudes, sino aun con ropas de infinito precio por venir de sus manos divinas y por ser un vivo testimonio de su maternal solicitud y ternura.

Dió á San Idefonso una casulla magnífica, que el Santo se ponía para celebrar misa en las festividades mas solemnes. Hizo igual favor á San Bonito, obispo de Clermont en la Alvernia, al cual regaló tambien con su propia mano un precioso vestido, que aun conserva la ciudad de Clermont cual riquísimo don de la Reina del cielo, admirándolo cuantos lo ven, sin que hasta ahora se haya podido conocer de que materia sea y de que fábrica haya salido, aventajando su finura y delicadeza á cuanto puedan hacer los mas diestros artifices (1).

Asegúrase tambien que dió á San Norberto el hábito de su orden Premostratense, que Dios por la poderosa intercesion de Maria habiale hecho la gracia de fundar. Al beato Simon Stock, general del orden del Carmelo, dió el santo escapulario hácia el año 1245, diciéndole estas palabras de inefable dulzura: «Recibe, carísimo hijo, este escapulario de tu orden, insignia de mi cofradía y privilegio para tí y para todos los Carmelitas.» Y cuántas otras órdenes religiosas se glorian de haber recibido de ella su nombre, ó su hábito, ó ambas cosas juntas! Hacen gala de semejante beneficio la de la Redencion de cautivos, la de los Servitas, la del Monte Olivete, la de la Inmaculada Concepcion, la de la Anunciacion, la de la Visitacion y tantras otras que seria prolijo enumerar.

(1) Esto era en tiempo del P. D'Argentan: ahora no sabemos si se conserva esta vestidura preciosa despues de la asoladora borrasca de la revolucion francesa.

La Santísima Virgen instruye admirablemente á sus hijos, Ella es quien encierra en sus entrañas á aquel en quien están encerrados todos los tesoros de la ciencia y sabiduria de Dios. ¿Podríamos dudar de que no los comunica abundantemente á sus siervos? Ella es quien en sus manos lleva la luz del mundo. Pintala San Juan en su Apocalipsis toda vestida del sol, llevando la luna por calzado y coronada de doce estrellas, sobre lo cual el devoto Padre San Bernardo dijo estas bellas palabras: *Jure Maria sole perhibetur amicta, quæ profundissimam divinæ sapientiæ, ultra quam credi valeat, penetravit abyssum.* Es justo que Maria esté vestida de tanta luz, puesto que penetró en el abismo de la divina sabiduria de un modo que no está al alcance de nuestra poca fe.

No llega hasta nosotros mas luz sensible que la del sol, la de la luna y estrellas, y todo esto se halla reunido en la Virgen Nuestra Señora, para darnos á entender que cuanta luz verdadera tengamos de las cosas del cielo, la recibimos por su medio, por lo cual los Santos Padres la colman de los mas encarecidos elogios en agradecimiento de las divinas luces, que nos comunica. San Vicente Ferrer dice que ella entendia la sagrada Escritura mejor que todos los Profetas, mejor que todos los Apóstoles. Ruperto la llama *Archiprofetisa*. San Gerónimo le dá el titulo de *Profeta de los profetas*. Andrés Cretense la denomina *el compendio de todos los oráculos divinos*: San Anselmo la *sapientísima maestra de los doctores*.

Y cuántos ejemplos no tenemos de varones, á los cuales, porque la amaban, llenó de ciencia prodigiosa! ¿Quién ignora que á San Alberto el grande, de estúpido que era hizo una de las refulgentes lumbreras de la sagrada Teología? El célebre Ruberto que tenia á las ciencias una estremada aficion, y al mismo tiempo era incapaz de adquirirlas por mucho que estudiase, recurrió á esta Madre de gracia con oraciones tan fervorosas que alcanzaron cuanto deseaba. La Reina de la misericordia se le apareció y le dijo: «Me han sido gratas tus súplicas, y quiero que seas tan sabio que no te iguale nadie en tu siglo.»

El nobilísimo y famoso conde Herman, llamado el *Contra-hecho* por la deforme estructura de su cuerpo, era absolutamente negado para las letras, pero poseía el inestimable tesoro del temor de Dios y amaba con ternura filial á Nuestra Señora, rogándole sin cesar que se compadeciese de él como una madre de su hijo; hasta que la Consoladora de los afligidos se le apareció un día y disipó de tal suerte las tinieblas de su entendimiento que le hizo admirable por su portentosa sabiduría, dándole para mayor lustre el don de lenguas con tanta perfección que hablaba el griego, el hebreo y el latín del mismo modo que si fueran su idioma nativo.

Sería no acabar nunca el hacer mención de todos los que se han hecho milagrosamente sabios por acudir con amorosa y rendida confianza á este brillantísimo trono de la sabiduría divina: *Sædes Sapientiæ*. Acudamos también nosotros á tan buena Madre, despreciando las invectivas solapadamente heréticas de los astutos censores de nuestra devoción; gloriándose estos hipócritas del nombre de cristianos, confiesan á Jesucristo con la boca, fingen reconocerle y adorarle como á su Dios, y no se horrorizan de hacer guerra encubierta á su Madre Santísima, á aquella madre admirable que él mismo quiso colmar de extraordinarios honores. ¿Y se figuran agrada- darle con semejante proceder? ¿Quién duda que se dará por muy ofendido de ellos?

Diráles en su enojo: indignos del nombre de cristianos, esa Señora que menospreciáis es mi propia madre: la he ensalzado hasta sujetarme á ella en calidad de hijo suyo; la he enriquecido de tantas y tan soberanas perfecciones, que (en cuanto es posible á una criatura) se acercan á las perfecciones infinitas de mi divino Padre, para que fuese digna de ser mi madre; la he colmado de tantas gracias, que cuantas he deramado en los ángeles y en los hombres están muy lejos de aproximarse á la gracia de su divina maternidad: ella por último es á mis ojos mas grande y mas cara á mi corazón que todas juntas las demás criaturas mías. Mirad cuanto la honro yo que soy su Dios igualmente que su hijo; ¿y aun temeréis honrarla demasiado, oh vosotros vilísimos gusanos de

la tierra? ¿Os atreveréis á tachar de indiscretos á sus fieles devotos porque la obsequian mas que á mis santos, siendo así que aunque el mundo entero se esforzara en tributarle todos los honores posibles, estos aun distarian infinito de los que ha recibido de mi que soy un Dios de gloria y de omnipotencia? ¡Ah! si por ventura veis que la adoran como á Dios, que la prefieren ó la igualan á Dios, no los llameis indiscretos sino impíos é idólatras. Pero si nada de esto veis, sea cual fuere su devoción á mi dulce Madre, el llamarlos indiscretos y cortar el vuelo de su amor con el pretexto de regularizar su devoción, no solo es indiscreción, es impiedad horrible. ¡Ay de vosotros en el día de mi juicio! ¡Ay de vosotros si ahora no correis á llorar vuestros pecados bajo el manto de esa Madre de misericordia! ¡Ay de vosotros si ella no desarma el brazo de mi justicia! ¡Ay de vosotros en la muerte! ¡Ay de vosotros en la eternidad si ahora rehusais tenerla por abogada! ¿Habeis olvidado las últimas palabras, que pronuncié cuando por vuestro amor estaba moribundo en el doloroso leño de la cruz? ¿No os la dejé por madre? ¿Así cumplís la postrimera voluntad del que murió por vuestro amor? ¿Es este el pago de mi pasión y de mi muerte? Encomendé á vuestro cuidado y á vuestra filial ternura la persona á quien mas amaba sobre la tierra, y me fué preciso morir para que entraseis en lugar mio á ser sus hijos! ¿Y me sois ingratos? ¿Y os oponéis á su gloria? ¿Y le haceis cruda guerra? ¿Y no teméis tomar mi nombre en vuestros labios impuros para mejor difrazar vuestra alevé perfidia? ¡Pues temblad y sabed que las ardientes iras de mi venganza anhelan devoraros!

CAPÍTULO XXXVI.

Para beber el agua mas pura menester es sacarla de la misma fuente. Transportémonos á los primeros siglos del cristianismo y veamos qué razon tienen los insidiosos censores de la devocion á Maria para decir que esta agua de salud y de vida ya no corre tan cristalina como en su fuente, habiéndose enturbiado y convirtiéndose en un rio demasiado caudaloso, incorporándosele raudales de otras aguas inmundas. Remontémonos hasta la fuente, y comparando los principios con el proseguimiento, veamos si esta devocion se ha alterado, si ha degenerado en alguna supersticion viciosa, si merced al indiscreto celo de algunos fanáticos devotos ha ido tomando un excesivo ensanche. ¿Acaso es ahora mayor que en tiempo de los primeros cristianos, que bebían en la fuente? Este exámen nos hará ver una disminucion harto notable en la devocion á Maria, y habrémos de confesar para vergüenza nuestra que los mas vehementes arranques de nuestro amor para con ella no son mas que tibieza y frialdad en parangon con el celo de los primeros cristianos. La devocion á Maria nació el mismo dia que la Religion cristiana, y jamás se ha venerado en el mundo al divino Salvador sin que al propio tiempo se haya amado á su querida Madre. El mismo Jesus que instituyó la Religion cristiana, fué el maestro de la devocion á Maria, él fué el primero que la practicó. Sé que no debe llamarse devocion la natural ternura de los niños para con sus madres; pero cuando se habla de un Dios-niño, cuyas acciones eran divinas y humanas, ¿no me será permitido decir que siempre practicaba la devocion para con Dios su

Padre y para con su Madre dulcísima y de una manera tan escelente y sublime, tan respetuosa y afectiva, tan fervorosa y tan tierna, tan eficaz y perfecta que confiadamente aseguro que no ha existido ni existirá otra persona tan devota de Maria?

Esta devocion nace entre los dulces abrazos del Hijo y de la Madre. ¡Oh Jesus niño, cuán devoto sois! Vuestro Padre y vuestra Madre son el blanco de vuestra afectuosa y ejemplar devocion. Solo vos sabeis la devocion que teniais para con vuestro Padre, porque los hombres no somos capaces de comprenderla; mas para darnos ejemplo habeis querido manifestarnos la devocion que teniais á vuestra Madre. ¡Oh Dios de amor, cuán tierna y cordial era! ¡Qué gloria, qué delicia para quien ama á vuestra Madre, veros pendiente de su cuello, acariciarla tiernamente, ó correr á ella con los bracitos abiertos, precipitaros festivo entre los suyos, é imprimirle en la celestial mejilla mil de esos regaladisimos besos de vuestros labios divinos! ¡Qué gloria, qué delicia para quien ama á vuestra Madre veros tan enamorado de su angelical hermosura que parece que no teneis corazon sino para ella! ¡Qué gloria, qué delicia para quien ama á vuestra Madre el ver que esas caricias y ese amor tan volcánico son de un niño Dios, que en todo se gobierna con infinita sabiduría!

Cuando dejasteis de ser niño, quisisteis mostrar que esa vuestra devocion crecia con los años; siempre estabais con ella, á todas horas le pediais lo que os hacia falta, á ella sola recurriais, despues de vuestro divino Padre, toda vuestra confianza estaba puesta en ella: despues de los supremos honores que aquel os exigia, no teniais tiempo, no teniais hora, no teniais momento, no teniais alma ni corazon sino para amarla, obedecerla y servirla, gastando treinta años enteros en tan santo ejercicio.

Si en los tres que empleasteis en la grande obra de la redencion del mundo, no estuvisteis tan asido de ella; si no le disteis tan sensibles pruebas de vuestra devocion, si alguna vez no le hablasteis con demasiada ternura, tratándose de la gloria y del servicio de vuestro eterno Padre, para instruir.

nos con vuestro ejemplo que por mucho que amemos á María, Dios le ha de ser antepuesto; para manifestarnos que vuestra devoción á la Señora estaba profundamente arraigada en lo íntimo de vuestra alma, y que la conservabais hasta el último suspiro, estando próximo á exhalarlo en la cruz, en aquel momento en que tan altamente haciais resplandecer vuestro amor para con toda la Iglesia, también quisisteis poner de manifiesto vuestra particular devoción á vuestra Madre; la igualasteis por tanto y aun la preferisteis á toda la Iglesia, pues si el cuidado de toda vuestra Iglesia lo encomendais á un apóstol, exigís para sola vuestra Madre la solicitud y la ternura del mas querido de vuestros apóstoles, empeñándole á que la honre y la sirva como á verdadera madre. ¡Oh adorado Jesus! ¿Por qué todos los cristianos no os toman por modelo, habiéndoseos dignado ser particularmente en esto nuestro divino prototipo? ¿No nos dejasteis en lugar vuestro dándonos el mismo nombre que teniais vos respecto á ella, con el fin de que siguiésemos desempeñando las funciones de hijo, que tan perfectamente desempeñabais vos? ¡Ay dolor! ¡Cuán mal cumplimos vuestro último precepto, el último encargo que nos hicisteis muriendo por nuestro amor en el lecho del tormento!

Jesucristo estableció esta devoción en su Iglesia al mismo tiempo que establecía la religion cristiana en el mundo, queriendo que ambas sean inseparables y se perpetúen hasta el fin de los siglos: él fué quien la inspiró á los Apóstoles para que la estendiesen donde quiera llegáran á predicar el Evangelio. San Pedro, príncipe de los Apóstoles, fué el primero que hizo particular memoria de la Reina del cielo, cual lo manifiesta la liturgia que dejó á la Iglesia Romana, como lo atestigua Leon III, y despues de él Santo Tomás; el mismo Apóstol consagró la primera iglesia en Tripoli á honra de la Santísima Virgen, antes de que esta Señora se remontase á los cielos, como lo asegura Volaterrano en el libro segundo de su geografia.

El apóstol Santiago en la misa que compuso, hace varias veces mencion muy honorífica de la Virgen, á quien llama

mas preciosa que los querubines, mas gloriosa que los serafines, y despues de prodigarle otras muchas alabanzas, añade estas palabras: *Hagamos memoria de la Santísima, inmaculada, gloriosísima, bendita, Señora nuestra, Madre de Dios.* En España edificó el mismo Apóstol en su honra una iglesia, que aun hoy se llama Nuestra Señora del Pilar.

Ya se deja entender que á todos sus compañeros escederia en el amor de María el Benjamin de Jesucristo, San Juan Evangelista, que tuvo la dicha de recibirla muy particularmente por madre. Leed las actas del Concilio general de Efeso, y veréis que este grande Apóstol hizo edificar otra iglesia en honra de la Virgen; y se cree que los demás Apóstoles hiciesen otro tanto, cumpliendo con lo que exigia de ellos el deber de fieles misioneros de Jesucristo para estender por do quiera su santa devoción según las instrucciones que todos ellos recibieron de su divino Maestro.

Hemos visto que esta devoción dulcísima cuenta la misma antigüedad que la Iglesia, que fué establecida por el mismo Jesus y propagada por los Apóstoles. La Iglesia heredera del espíritu de su adorable Fundador, siempre la ha predicado, profesado, practicado y defendido con aquel celo con que defiende las cosas mas esenciales de la religion: ha compuesto un oficio para cantar todos los dias sus alabanzas: ha instituido muchas fiestas solemnes para honrar los principales misterios de su vida, su Concepcion, su Natividad, su Presentacion al templo, su Anunciacion, su Visitacion, su Asuncion y coronacion en el cielo: ha congregado Concilios generales para defender su divina maternidad contra los herejes, que pretendian arrebatarle esta gloria: por último ha fabricado magníficos templos en su honra, dedicándoseles especialmente y consagrándolos á su culto y poniendo en práctica todos los medios posibles para encender en los fieles el sacratísimo fuego de su amor.

Si tratásemos de investigar cuán ardiente y operativa fué la devoción de los primeros cristianos á la Santísima Virgen y el celo de sus sucesores; no teniamos mas que tender la vista sobre esa innumerable multitud de iglesias fabricadas

bajo su advocacion en toda la cristiandad, admirando su amplitud y su magnificencia, contar el número de los obispados, de las catedrales, de las colegiadas y grandes abadías que le están consagradas. ¡Qué no dicen tan augustos monumentos, qué no dicen de la extraordinaria devoción de nuestros padres para con la Emperatriz de la gloria! Veamos si esta devoción se ha aumentado en nuestros tiempos, y si deberémos quejarnos de que ha llegado á rayar en lamentable esceso: digasenos si sus devotos toman á su cargo el edificar ahora iglesias en honra suya, tan magnificas como aquellas que nuestros antepasados fabricaron en los cuatro ángulos del mundo, ó el fundar abadías ó el dotar cabildos de catedrales. ¡Ah cuán lejos estamos de amar á esta Señora como la amaban nuestros mayores!

No haré mencion de los innumerables oratorios y capillas dedicadas al culto de María Santísima, que tan famosas se han hecho por la multitud de sus milagros; pasaré en silencio el prodigioso número de cofradías erigidas con el fin santo de venerarla muy particularmente, algunas universales como la del Rosario y la del Cármen y otras en ciertos lugares célebres por su devoción; nada diré de las muchísimas órdenes religiosas de uno y otro sexo, espresamente instituidas para honrarla en especial manera, pues solo para enumerarlas sería menester dilatado tiempo.

Y sería preciso un libro entero para anotar solamente los nombres de todos los Santos que se han distinguido por su afecto á María, porque no debería dejarse ninguno. Quien intentase transcribir tan solo algunas de las palabras que han escrito para espresar sus sentimientos de estimacion, de respeto, de amor, de ternura, de celo inflamado por el divino fuego que tenían para con ella, jamás acabaría. De esta suerte se cumple la profecía, que hizo ella misma en su cántico: «todas las naciones me llamarán bienaventurada: *Ex hoc enim beatam me dicent omnes generationes.*»

CAPÍTULO XXXVII.

Distinguense dos especies de devociones, la perfecta y la imperfecta. La devoción perfecta, inseparable de un verdadero amor de Dios, practicándose y conservándose hasta el fin, es una prenda segura de salvacion, aunque solo se dirija á un Santo particular; pero mucho mas si se encamina á la Santísima Virgen, porque en este caso tiene un objeto incomparablemente mas noble que todos los Santos de la corte celestial.

La devoción imperfecta, que no encierra el perfecto amor de Dios y que fuera de muy poco valor si solamente se dirigiese á algun Santo, es muy poderosa cuando se endereza á la Reina del cielo; poderosa no para dar una seguridad de salvacion, sino para que se conciban buenas esperanzas por ella, en especial cuando vá acompañada de un sincero deseo de convertirse. Hé aqui las razones en que me fundo para pensar de esta manera.

Primera: nuestra santa madre la católica Iglesia, gobernada por el Espíritu Santo, no la invoca en vano como á refugio de pecadores: *Refugium peccatorum, ora pro nobis.* Sé que el divino Jesus es el remedio primero y omnipotente de los pecadores, pero el segundo es María, la cual abrigando para con ellos en su amoroso corazón los mismos sentimientos que su celestial Hijo, los ama, se compadece de su miseria y desea y procura su salud con mas empeño y eficacia que todos los otros Santos aunque se coligasen en la gloria para formar un poderoso ejército de oraciones.

Fúndase mi segunda razon en la incomparable dignidad de Madre de Dios, y digo que este Señor no quiso que ella fuese madre del Salvador de los pecadores sin hacerla al mismo tiempo la madre de su salvacion, siendo aquellos los *Benoni*, los hijos de su dolor, que ella dió á luz en medio del océano de su tribulacion. San Juan en su *Apocalipsis* espresa esta verdad de una manera grandiosa. Despues de haberla representado como un gran signo que apareció en el cielo, á saber, una mujer vestida del sol, con la luna bajo sus piés y en la cabeza una corona de doce estrellas, añade que estaba en cinta y que padecia los agudisimos dolores del parto, quejándose á voz en grito : *Et in utero habens clamabat parturiens, et cruciabatur ut pariat.* ¿Mas cómo puede ser esto? No son ciertamente los dolores del divino parto, del cual nació Jesus, porque toda la Iglesia cree con Santo Tomás que no solo le dió á luz sin dolor, sino que experimentaba en aquel acto un gozo purisimo y sensible. Debe pues entenderse de los malos hijos que lleva en sus entrañas, por la compasion que le causan sus lastimosas miserias. Los pecadores en efecto son los que con sus culpas la atormentan haciéndole sentir los cruelisimos dolores de acerbo parto hasta que con su poderosa intercesion les dá la vida de la gracia, formando en ellos una preciosa imágen de su Hijo : *Donec formetur in vobis Christus.*

La tercera razon es que la Señora está en algun modo obligada á amar á los pecadores, porque estos son por lo menos una ocasion de que el Altísimo la haya ensalzado soberanamente haciéndola su madre, como quiera que si no hubiese habido pecadores que salvar, no hubiese habido un Salvador, ni era posible que hubiera una madre del Salvador que no existia. Ella suministró de su propia sustancia esa materia deificada con que habian de redimirse, la carne adorable que padeció los tormentos de la pasion, la preciosísima sangre que regó la montaña del Gólgota. Por lo cual todos los Santos Padres dicen á una voz que Maria contribuyó con Jesucristo á la redencion de los pecadores, que reparó lo que Eva destruyera, que ella es la redentora de los cautivos

y la salud de todos, que es la reparadora del siglo y la luz del mundo. Asi es que manifestó ella misma á Santa Brigida cuáles eran al pié de la cruz sus sentimientos, y cuánto contribuyó con su amado Hijo á la redencion de los pecadores. Hé aquí sus palabras de dolor y ternura : *El dolor de Jesucristo era el dolor mio, porque su corazon era mi corazon.*

Añádase á esto, y sirva por cuarta razon, la multitud de experiencias y auténticos ejemplos, de que está lleno el mundo, de la proteccion particular que dispensa esta Madre de misericordia á los mas grandes pecadores cuando recurren á su patrocinio. Son infinitos los que ha librado de la perdicion eterna, en que se iban lanzando desatentadamente. Pedro Damian le atribuye la maravillosa conversion del buen ladron : ¿cómo es, dice, que no se convirtió cuando acompañaba á Jesucristo desde Jerusalem hasta el Calvario, llevando al hombro su dolorosa cruz? ¿Por qué esperar que estuviese enclavado en aquel leño de muerte para pedirle su bendicion? Por dicha suya se halló la Santísima Virgen al pié de la cruz del Salvador, y al lado de la de aquel infeliz : las miradas que Jesus le dirigia, y las que él dirigia á Jesus, pasaban por la Madre de misericordia, y ella intercediendo por él cuando ya iba á pasar del suplicio temporal al eterno suplicio, obtuvo la gracia de subir á coronarse en el reino de la gloria : *Tunc ex latrone factus est martyr, cum pro eo Maria deprecabatur.*

¿Quién ignora la admirable conversion de Santa Maria Egipciaca debida á la abogada y refugio de los pecadores? ¿Quién no sabe la historia de aquel famoso Teófilo, á quien Maria arrancó de las mismas puertas del infierno, como refiere San Antonino y cuentan otros autores? Quien pretendiese narrar los ejemplos de esta naturaleza, habria de componer muchos y muy abultados volúmenes : dejando la tarea de leerlos en otros autores á los que gusten de ello, pasemos á presentar las dulces y amorosas palabras, que dijo ella misma á Santa Brigida : «Yo soy la Reina del cielo, la Madre de la misericordia, el júbilo de los justos, la abogada de los pecadores para con Dios : no hay en el purgatorio pena alguna

que no se temple y suavice por mi intercesion : no hay hombre tan maldito de Dios que enteramente se vea privado de mi misericordia mientras vive, porque yo impido que los demonios le tienten con mas impetu y rudeza, como lo harian si no fuera por mí. No hay nadie que tan lejos esté de Dios (si ya no está irremisiblemente sentenciado al infierno), el cual si me invocáre, no vuelva á Dios y alcance su misericordia.

De aquí concluyo ser infalible que la devocion á María aun cuando fuere imperfectísima, será siempre sumamente ventajosa á toda clase de pecadores, y que deberá darles no pequeña esperanza de salvacion cuando la practiquen con deseo de convertirse y con el fin de lograrlo por tan buena Mediana.

Pero á los que confían salvarse aunque perseveren en sus culpas por tenerle alguna devocion, no me cansaré de gritarles que se engañan miserablemente, que su pretendida devocion no es una señal de predestinacion, si la toman para abandonarse con mas sosiego al pecado.

De todo lo dicho resultan tres verdades. 1.ª Que la verdadera y perfecta devocion á la Santísima Virgen, que encierra un grande amor de Dios, asegura la salvacion de cuantos perseveran en su práctica hasta el fin de la vida. 2.ª Que la devocion imperfecta, la cual no tiene este perfecto amor, pero que lo desea y se toma como un medio de alcanzar de Dios por intercesion de María la gracia de la conversion, dá muchísima esperanza, aunque no seguridad de salvacion eterna. 3.ª Que la devocion sin amor y sin deseo de amor, mientras se persuade que para tener seguridad de ir al cielo bastan algunas señales exteriores de una tibia devocion á la Reina del empireo, es engañosa, es falsa, es sobrado temeraria.

CAPÍTULO XXXVIII.

Para que la devocion á María sea verdadera es preciso que viva y reluzca dentro y fuera del hombre, que esté en el corazon y se ostente en las obras, que los pensamientos sean piadosos y santas las acciones. Así como es positivo que el cuerpo humano es una parte integrante y esencial del hombre, del mismo modo es indudable que las prácticas exteriores son necesarias á la integridad y esencia de la devocion. Si alguno con el pretexto de honrar al hombre quisiese quitarle el cuerpo diciendo que no es de su esencia, que es una materia corruptible y un cuerpo animal como el de las bestias; que el hombre consiste todo él en lo interno, donde tiene un alma espiritual y eterna; con razon se le responderia: destruis al hombre quitándole el cuerpo, como lo hariais si le quitaseis el alma, porque ni el cuerpo ni el alma son el hombre cada uno de por sí. Si quereis tener un verdadero hombre es preciso que unais el alma con el cuerpo. De la misma suerte si dijere alguno: la verdadera devocion no consiste en lo externo, lo cual no es mas que un conjunto de acciones corporales; en lo interno ha de estar la devocion, allí donde el alma practica los actos sobrenaturales de la religion, se le responderia: destruis la devocion quitándole las ceremonias exteriores, del mismo modo que la destruiriais quitándole los sentimientos internos.

Para que la devocion á María sea verdadera y perfecta, es menester, vuelvo á decir, unir lo interno con lo externo, los sentimientos del alma con las acciones del cuerpo; porque

que no se temple y suavice por mi intercesion : no hay hombre tan maldito de Dios que enteramente se vea privado de mi misericordia mientras vive, porque yo impido que los demonios le tienten con mas impetu y rudeza, como lo harian si no fuera por mí. No hay nadie que tan lejos esté de Dios (si ya no está irremisiblemente sentenciado al infierno), el cual si me invocáre, no vuelva á Dios y alcance su misericordia.

De aquí concluyo ser infalible que la devocion á María aun cuando fuere imperfectísima, será siempre sumamente ventajosa á toda clase de pecadores, y que deberá darles no pequeña esperanza de salvacion cuando la practiquen con deseo de convertirse y con el fin de lograrlo por tan buena Mediana.

Pero á los que confían salvarse aunque perseveren en sus culpas por tenerle alguna devocion, no me cansaré de gritarles que se engañan miserablemente, que su pretendida devocion no es una señal de predestinacion, si la toman para abandonarse con mas sosiego al pecado.

De todo lo dicho resultan tres verdades. 1.ª Que la verdadera y perfecta devocion á la Santísima Virgen, que encierra un grande amor de Dios, asegura la salvacion de cuantos perseveran en su práctica hasta el fin de la vida. 2.ª Que la devocion imperfecta, la cual no tiene este perfecto amor, pero que lo desea y se toma como un medio de alcanzar de Dios por intercesion de María la gracia de la conversion, dá muchísima esperanza, aunque no seguridad de salvacion eterna. 3.ª Que la devocion sin amor y sin deseo de amor, mientras se persuade que para tener seguridad de ir al cielo bastan algunas señales exteriores de una tibia devocion á la Reina del empireo, es engañosa, es falsa, es sobrado temeraria.

CAPÍTULO XXXVIII.

Para que la devocion á María sea verdadera es preciso que viva y reluzca dentro y fuera del hombre, que esté en el corazon y se ostente en las obras, que los pensamientos sean piadosos y santas las acciones. Así como es positivo que el cuerpo humano es una parte integrante y esencial del hombre, del mismo modo es indudable que las prácticas exteriores son necesarias á la integridad y esencia de la devocion. Si alguno con el pretesto de honrar al hombre quisiese quitarle el cuerpo diciendo que no es de su esencia, que es una materia corruptible y un cuerpo animal como el de las bestias; que el hombre consiste todo él en lo interno, donde tiene un alma espiritual y eterna; con razon se le responderia: destruis al hombre quitándole el cuerpo, como lo hariais si le quitaseis el alma, porque ni el cuerpo ni el alma son el hombre cada uno de por sí. Si quereis tener un verdadero hombre es preciso que unais el alma con el cuerpo. De la misma suerte si dijere alguno: la verdadera devocion no consiste en lo externo, lo cual no es mas que un conjunto de acciones corporales; en lo interno ha de estar la devocion, allí donde el alma practica los actos sobrenaturales de la religion, se le responderia: destruis la devocion quitándole las ceremonias exteriores, del mismo modo que la destruiriais quitándole los sentimientos internos.

Para que la devocion á María sea verdadera y perfecta, es menester, vuelvo á decir, unir lo interno con lo externo, los sentimientos del alma con las acciones del cuerpo; porque

á la manera que no es posible quitarle todo lo esterno sin despojarla de lo que es mas sensible y hacer un alma sin cuerpo; del propio modo si absolutamente se quitase todo lo interno, quedaria un cuerpo sin alma, una devocion muerta y una pura apariencia é hipocresia.

Adelantando algo mas en la materia, veamos cuales son los principales requisitos de la devocion á María. Los reducirémos á cuatro. 1.º Honrarla. 2.º Amarla. 3.º Servirla. 4.º Imitarla. Honrándola se acatan y veneran las grandezas que Dios puso en ella, y se le hace un sacrificio del entendimiento. Amándola se agradecen los bienes de que nos ha colmado, es decir, las gracias que nos ha procurado y nos procura incessantemente y se le hace un sacrificio del corazon: hé aquí lo que directamente atañe á la devocion interna. Sirviéndola procuramos su honra, estendemos su gloria con nuestro celo y buenos ejemplos, y de esta suerte le presentamos un sacrificio de nuestras buenas obras. En esto está cifrada la devocion esterna. Finalmente imitándola cogemos el principal fruto de tan dulce devocion, y nos santificamos para ser dignos de contemplarla embriagados en su amor y enajenados de júbilo en la eternidad.

La primera de las razones, por las cuales estamos obligados á honrarla, es su propia escelencia, porque toda dignidad, toda perfeccion y escelencia merece que se la honre á proporcion de su grandeza, y en esto no pone duda ningun hombre de buen sentido. Empero como hay dos clases de perfeccion y escelencia, la una natural y la otra sobrenatural, hay tambien dos suertes de honra y veneracion, civil la una y religiosa la otra. Tribútase el honor civil á la escelencia natural á proporcion de su grandeza. ¿Nó es verdad que se honra al caballero mas que al plebeyo, al principe mas que al noble, al rey mas que á los principes, al sábio mas que al ignorante, al virtuoso mas que al vicioso? Asimismo es justo honrar religiosa y sobrenaturalmente á la escelencia sobrenatural y divina, que consiste en la virtud, la gracia y la gloria, y como se la reconoce en todos los Santos, á todos ellos se les tributa un homenaje religioso, que es de otra

naturaleza y de un orden muy superior al que reciben los reyes de la tierra.

Pero como este mérito sobrenatural no es igual en todos, los teólogos distinguen tres especies de honores ó cultos religiosos, llamando al de los Santos dulia, y al de la Reina del cielo hiperdulia, por ser sin comparacion alguna mucho mas sublime que el primero, y debido únicamente á la que tanto se aventaja en dignidad, alteza, santidad y poderio á todos los ángeles y santos. Por lo cual es de justicia que á ella sola la honremos mucho mas que á todos los otros bienaventurados juntos.

La segunda razon de honrarla es agradecer al supremo Hacedor, conformándonos con él. Efectivamente ¿cómo no honrarla viendo que él mismo la honra tanto y de una manera tan sublime que en su comparacion es nada cuanto pudiesen honrarla todas las criaturas, que han existido y existirán hasta la última hora del tiempo? Ciertamente que haberla levantado á la dignidad de madre suya, haber querido someterse á ella, haberse impuesto á si mismo una indispensable obligacion de acatarla, honrarla, obedecerla y cumplir con ella todos los deberes que un hijo está obligado á desempeñar con su madre, es un honor que sobrepuja á cuanto puede hacer la criatura y como que agota la fuerza del omnipotente brazo del Criador, como dice Santo Tomás.

En vista de esto, si alguno rehusase acatarla como es debido, si tuviese la osadía de oponerse al homenaje que otros le rinden; ¿qué concepto debía merecernos? ¿Ah cuán culpables son los que le niegan el debido tributo de humilde adoracion y preces afectuosas, viendo que el mismo Dios la honra infinitamente coronándola por reina de los hombres y de los ángeles, dándole el cetro de su inmenso imperio y sobre todo haciéndola su madre, viendo que la ensalza en todas partes incessantemente por boca de mil y mil celosos predicadores y con la pluma ilustre de tantos esclarecidos doctores y tantos otros sábios de la Iglesia católica, viendo, digo, que el Señor quiere que se la honre á fuer de madre suya! ¿Por ventura es dudoso que se interesa en la honra ó

menosprecio con que se trata á su divina Madre, considerando como hecho á sí mismo el agasajo ó la ofensa?

Tambien debemos honrar á la Santisima Virgen, y es la tercera razon, para uniformarnos á toda la Iglesia triunfante y militante y para ser causa de alborozo á todos los ángeles y hombres justos, los cuales siendo siervos de Dios lo son asimismo de su virginal Madre. Los buenos siervos no solo por sí mismos sirven solicitamente á su Señora, sino que se complacen en verla honrada por otros. Si el Evangelio nos asegura que en los cielos se hace gran fiesta y los coros de los ángeles rebosan de alegría por la conversion de un pecador; ¿cuánto deberán regocijarse por la devocion de los buenos que le glorifican, honrando su infinita majestad, ya sea en su persona, ya en la de su augusta Madre?

Los demonios solamente y los réprobos sienten que sea venerada la Virgen sin mancilla, porque siendo enemigos de Dios es imposible que no lo sean de su Madre. Y esta es una de las principales razones, que obliga á los santos Doctores á decir que la devocion á Maria es señal de predestinacion. De donde tambien podemos deducir que el no tenerla es signo muy siniestro.

El respeto y el amor ván siempre unidos en la devocion á Maria, porque su escelencia y su bondad son inseparables. El mérito donde quiera que se halle infunde respeto y veneracion, la bondad siempre escita el amor y la confianza. En Maria sobresalen estas dos cualidades de tal modo que despues de la misma Divinidad, despues del Verbo humanado, no hay persona mas escelente y perfecta, mas bondadosa y amable.

Esponiendo San Bernardo las palabras del ángel que la saludó llena de gracia, dice que la gracia hace agradable á quien la posee. Este es su propio efecto, y es claro que se ama aquello que nos agrada. Así la plenitud de su gracia hace á nuestra soberana Reina gratisima y amable á los ojos de Dios, de los ángeles y de los hombres: *Deo per humilitatem, Angelis per virginitatem, hominibus per fecunditatem*; á Dios por su humildad profunda, á los ángeles por su

pureza incomparable, á los hombres por su fecundidad maravillosa. Dios, los ángeles y los hombres la hacen el dulce blanco de su amor y ternura.

Amala Dios con un amor tan perfecto que todo él se ha entregado á ella para que le posea como á su único Hijo, y á fin de estrecharse y emparentarse con ella con tan íntimos y fuertes lazos que á ninguna pura criatura le es posible unirse con su Dios con tan perfecto vinculo. La causa de ello nos la dice ella misma en su admirable cántico: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ*: en donde nos asegura que el Señor la ama por su humildad especialmente.

Es amada de todos los ángeles bienaventurados, á los cuales encanta con su incomparable pureza de tal suerte que á todos ellos los tiene por siervos y devotos. Decia San Bernardino predicando en público que ella estaba siempre circundada de una innumerable multitud de ángeles, que formaban su magnífica corte, que le componian un poderoso cuerpo de guardia y la servian con la mayor fidelidad como á su señora, princesa y reina. Y en seguida añade estas palabras, que denotan la alta idea que tenia de la que robado le habia el corazon. *Pie credo quod plurimas legiones Angelorum habuit in custodiam, et protectionem suam*: yo creo piadosamente que no solo tenia un ángel custodio como nosotros, sino que muchas legiones de ángeles estaban destinadas á su custodia y servicio. Si la Escritura santa nos enseña que Dios envió gran multitud de aquellos celestiales espíritus á custodiar y proteger al profeta Eliseo, razon hay para creer que mucho mas haya hecho con su propia Madre.

Pero aun es mas amable á los hombres á causa de su admirable fecundidad: pues además de que las mismas razones que la hacen amable á Dios y á los ángeles, la hacen dignísima de toda nuestra ternura, empenáanos en consagrarle nuestros mas tiernos afectos su divina fecundidad. Nos produjo un Salvador, y por él nos libertó del pecado, de la ira divina y del infierno, males infinitos que nos eran inevitables. Esto se dice pronto, pero esplicarlo no seria posible. Con darnos un Salvador, nos puso en posesion de bienes infinitos é in-

comprensibles, que nunca, nunca hubiéramos alcanzado sino por este medio. Es muy fácil decirlo, pero la eternidad no bastaría para comprender lo que significan estas pocas palabras. ¡Oh divina María! Si conociésemos á fondo cuánto nos ha valido vuestra admirable fecundidad, pediríamos prestado su amor á los abrasados serafines para amarnos con mas viveza y ardentia, y aun entonces nos veríamos obligados á confesar que nuestro amor era frio y escaso en comparacion de lo infinito que os debemos.

Cuando veo el fruto de sus entrañas enclavado en el leño de la cruz para salud de mi alma, me pregunto á mi mismo: ¿alma mia, á quién debes estar agradecida por tamaño beneficio? Sé que Dios Padre es quien me ha dado á su único Hijo; pero tambien sé que la Santísima Virgen me lo ha dado igualmente: fué preciso que ambos contribuyesen con su propia sustancia para regalarme este Salvador y Redentor. No trato ya de investigar cual de los dos me haya dado mas, ni á cual deba mayor agradecimiento, sabiendo que la Divinidad que le viene del Padre, es infinitamente mas preciosa que la humanidad, que le viene de la Madre.

Paréceme, no obstante, que el regalo de la Madre es mas sensible que el del Padre. No veo manifestamente lo que la Divinidad contribuye á mi salvacion, como veo sensiblemente lo que la humanidad santísima hace y padece por mi amor. Cuando contemplo el cuerpo de mi adorable Redentor bañado en sangre y taladrado en la cruz, digo: Este es el fruto de las entrañas de María sacrificado por mí y padeciendo las penas que yo y no otro debia padecer. Cuando veo salir á torrentes aquella preciosa sangre de sus profundas llagas, digo: Esto es lo que de su propia sustancia suministró la Santísima Virgen, lo que le dió para mi salvacion. No pongo duda en que es rico por parte de su Padre y de su Madre, y paga por mí con los bienes recibidos de esta y de aquel; mas no veo con tanta claridad lo que dá de los bienes que posee por parte de su Padre, si bien la fe me asegura que de ahí toma con que dar una dignidad y un valor infinito á todos sus merecimientos. Y veo de un modo claro y sensible que

paga omnímodamente con los bienes que le diera su Madre, veo que todo lo gasta y lo prodiga sin reservar lo mas mínimo, el cuerpo, la sangre y los sudores, las lágrimas y los trabajos, las oraciones y los ayunos y dolores sin reservarse ni aun la vida. Esto no es tan perfecto, pero al menos es mucho mas conocido y sensible que aquello que me dá mi Salvador por parte de su divinidad.

¡Ah, de Dios no tendria cosa alguna que pudiesen percibir mis sentidos, si Jesus nada hubiese recibido de su divina Madre! No tendria sacramentos, ni predicacion del Evangelio, ni los ejemplos de la vida de un Dios que se dignó dárseme por modelo, ni la inefable dicha de alimentarme con el pan de los ángeles; no viviria de la propia sustancia del Dios que adoro (el cual no solo me permite comerle, sino que me manda recibirle en su augustísimo sacramento), si la Santísima Virgen no le hubiese dado de su propia sustancia ese divino cuerpo que es el manjar de mi alma. Ved aquí cuán inmenso y amable es el fruto de su seno purísimo; fruto inestimable que no es para los ángeles, sino todo para nosotros. ¡Con cuánta razon decia San Bernardo que si María llena de gracia es graciosa y amabilísima á Dios por su humildad, amabilísima á los ángeles por su pureza, tambien para los hombres es sumamente amable por su admirable fecundidad! ¡Corazon de bronce tiene el ingrato, que no se manifiesta reconocido á tamaños beneficios!

CAPÍTULO XXXIX.

Cuando una persona quiere dedicarse de veras al servicio de otra, no se contenta con decirle palabras humildes y afectuosas, sino que se le adhiere y une con ciertos vínculos, que son señales sensibles de su servidumbre: habita en su casa, lleva su librea, le hace diariamente varios servicios. En vano se dicen las gentes unas á otras al saludarse: estoy para servir á V.; si no hay otras señales para creerlo, todos estamos persuadidos de que esto no pasa de una mera fórmula de cumplimiento. Por el contrario, basta ver que alguien lleva la librea de otro para que se tenga por seguro que aquel es servidor de este, aunque no lo haya declarado con palabras. Del mismo modo nos confesamos siervos y devotos de la Santísima Virgen, principalmente con las obras, que son las señales sensibles é inequívocas de nuestra servidumbre. Hé aquí las tres principales:

1.º Hacerse como de su familia inscribiéndose en el número de sus siervos en alguna de sus cofradías como la del Carmen, la del Rosario y otras. 2.º Llevar su librea, como el Escapulario, el Rosario, ó cualquiera otra señal visible que en cierto modo distingue á sus devotos. 3.º No dejar pasar día sin tributarle algun homenaje particular, ya sea de oraciones, ó de alabanzas, ó cualquier obra buena hecha en su honra, que ponga de manifiesto el celo que tenemos de su gloria.

Tal vez preguntaréis qué necesidad tiene de todo esto la Reina de los cielos, y habré de responderos con las palabras

de San Bernardo: Es cierto, hermanos míos, los santos no necesitan de nuestros servicios: la Santísima Virgen no ha menester de nuestras devociones, ni del culto que le tributamos: por nuestro propio interés, y no por el suyo, quiere que le seamos devotos. Por lo cual servímonos á nosotros mismos cuando nos declaramos por siervos suyos.

En primer lugar, si estais inscrito en la cofradía del santísimo Rosario, participais de todos los bienes que hace aquella santa hermandad en la redondez del orbe. ¡Qué de riquezas no se consiguen por este medio! Si os figurais haber ganado un tesoro encomendándoos en las oraciones de alguna alma buena; ¡qué dicha no es estar seguro de que por vos ruegan incesantemente á Dios y á la Santísima Virgen innumerables almas buenas! Pues dicen á todas horas: Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores ahora y en la hora de nuestra muerte. En lo cual se vé que le ruegan no solo por ellos en particular, sino por todos los de la cofradía; y esta es una de las cosas que facilitan el camino del cielo á los hermanos del santísimo Rosario, pues en la hora de su muerte están actualmente orando por él una infinidad de personas é instando á la Madre de la misericordia que en aquel trance peligroso interponga su maternal valimiento en favor del moribundo: ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte. Además la Iglesia ha prodigado el tesoro de las indulgencias: indulgencia plenaria cuando se entra en estado de gracia en la hermandad: indulgencia plenaria en todas las fiestas de la Santísima Virgen confesando y comulgando en aquel día: indulgencia plenaria en la hora de la muerte pronunciando con fervor los sacratísimos nombres de Jesus y de María. Por consiguiente la devoción á esta Señora es como un purgatorio de amor para sus fieles siervos, preservándolos de las penas de la otra vida. El número de las indulgencias parciales, que es posible ganar en esta cofradía es insumable. Lo mismo sucede en las otras tan preconizadas y autorizadas por nuestra madre la Iglesia.

En segundo lugar, si llevais la librea de esta Princesa soberana, á quien la Iglesia llama por excelencia Nuestra Señora,

como el Rosario, el Escapulario ó cualquiera otra divisa, que sensiblemente declare que teneis la honra de pertenecerle; ¿podreis dudar que os tome bajo su particular proteccion? Si estamos obligados á cuidar de nuestra familia mas que de la estraña, ¿cuánta no será la solicitud con que mira Maria á los que particularmente se dedican á honrarla? ;Oh si viésemos cuánto enflaquece el brio de las potestades infernales, cuánto valor y fortaleza inspira á sus devotos un rosario llevado respetuosamente y rezado con verdadero afecto! ;Cuántas victorias no se le deben contra los enemigos de nuestra salvacion! Léase la historia y se verán los prodigios obrados en favor del héroe Simon, conde de Monfort, armado con la devocion del santísimo Rosario : tráigase á la memoria el triunfo de Lepanto; y dedúzcase cuánto vale esta arma contra el poder del infierno cuando tan airosa ha salido en guerra con los que en este mundo lo representan, cuales fueron los turcos y herejes albigenses.

Una sola *Ave Maria* dicha con devocion tiene admirable fuerza contra el infierno. Oigamos lo que la misma Señora reveló á Santa Matilde, cuando se le apareció trayendo sobre su pecho escrita en caracteres de oro aquella divina salutacion : « Imposible es á la criatura el imaginar un saludo semejante al que oí de la boca de un ángel : nada es capaz de dar mayor contento á mi corazon : cuando se me dice : *Ave Maria*, me acuerdo de la honra que Dios me hizo enviando á saludarme uno de sus ángeles con un saludo de bendiccion : cuando se añade : *Gratia plena*, me acuerdo de la abundancia de gracias con que para disponerme á ser madre de Dios, su infinita bondad dignóse llenar mi alma : cuando en seguida se me dice : *Dominus tecum*, me acuerdo de aquella gran maravilla, que estasió á toda la naturaleza cuando el mismo Hijo de Dios quiso anonadarse hasta tomar mi propia sustancia humana. Cuando se añade : *Benedicta tu in mulieribus*, veo todas las bendiciones y alabanzas que se me dán incessantemente en cielo y tierra á causa de la dignidad de Madre de Dios con que quiso honrarme, y cuando se dice : *Benedictus fructus ventris tui*, se me renueva en el corazon el gozo

que senti al verme tan estrechamente unida con el Hijo de Dios; y reflexiono que eternamente será cierto que yo soy su madre y él es mi hijo, y que así sola yo tengo para poseerle mayor derecho que todas las demás criaturas juntas.

Por último cuando esta salutacion se concluye con la plegaria, que me hizo toda la Iglesia en un Concilio general : *Sancta Maria Mater Dei, ora pro nobis peccatoribus nunc et in hora mortis nostræ* : reconozco la obligacion que tengo de compadecerme de los pobres pecadores, de amarlos y rogar por ellos, porque fueron la ocasion de mi felicidad, pues no hubiera sido madre de su Salvador, si no hubiera sido menester salvarlos; y finalmente no habria recibido esa superabundancia de gracias de que estuve llena, si no fuera preciso que yo sea madre de misericordia y refugio de pecadores.

Ahora bien, si una *Ave Maria* escita en ella tales sentimientos de ternura cuando se la reza con devocion, que la mueve á proteger y defender á quien la reza, de tal manera que para los enemigos de su salvacion se hace como un ejército puesto en batalla : *Terribilis ut castrorum acies ordinata* : si una sola *Ave Maria* tiene tanta virtud, ¿qué no hará el repetirla tantas veces rezando el santísimo Rosario con devocion? ¿Cómo será posible que un alma fiel á esta práctica no salga siempre victoriosa de los asaltos del enemigo?

En tercer lugar, altamente os declararéis siervo de la Santísima Virgen, si no dejais pasar un solo dia de vuestra vida sin hacerle algun particular obsequio, pues el servir todos los dias á una persona es lo que en verdad se llama estar dedicado á su servicio. No pase dia sin que hagais alguna buena obra ó alguna mortificacion por su amor, ó sin emplearos de algun modo en su gloria, ora hablando de sus grandezas con suma reverencia y amor, empenándoos en infundir á otros vuestros sentimientos, ora oponiéndoo con celo á los que se atrevan á desacreditar su devocion, y procurando persuadirla á todos, ora saludando sus imágenes, teniéndolas respetuosamente en vuestra casa como á la Madre y Señora de toda la familia, y cuidando que todos los de la

casa las honren y veneren, ora dando alguna limosna á los pobres exhortándoles á ser devotos de Maria, á rezar su Rosario, á entrar en la cofradía del mismo, ora solemnizando todas sus fiestas, ayunando la vispera, confesando y comulgando en aquellos días y empleándolos santamente, ora ayunando el sábado que es el día de la semana consagrado á su culto.

En todos los siglos se ha practicado esta devocion del ayuno del sábado en honra de la Santísima Virgen por infinitas gentes de toda condicion, y aun hoy es muy crecido el número de las almas buenas que la practican en todas las naciones, porque piadosa y comunmente se cree que quien la observa con fidelidad no morirá sin confesion.

Lo principal, lo esencial, ó mejor dicho, el todo de la verdadera devocion á la divina Madre de Jesus es imitarla. Digo que es lo esencial, porque sin esto es árida, estéril y engañosa. Digo que es el todo de la verdadera devocion, porque comprende las otras tres partes, siendo indudable que nadie se dedica á imitar á quien no profesa amor ni estimacion. Así es que imitándola le hago un servicio señaladísimo y el principal que Dios exige de nosotros, cual es el de formarnos á semejanza suya.

¿Queréis tener una verdadera y sólida devocion á la Santísima Virgen? Poned todo vuestro empeño en imitarla, con la seguridad de que no es posible estraviarse por esta senda. ¿Pero no será presuncion temeraria pretender imitarla y aspirar á ser copia de tan perfecto original? No; pues el mismo Jesucristo nos manda ser perfectos como lo es nuestro Padre celestial. Me parece que la Santísima Virgen nos dirige las mismas palabras, que escribia á los Corintios el apóstol San Pablo: «Imitadme á mi como yo imito á Jesucristo, aunque nunca alcanceis á asemejaros á mi perfectamente, como tampoco yo nunca llegaré á lograr una perfecta semejanza con Jesucristo.» Sabido es que en todas las artes se toman por modelo las obras mas escelentes de aquel género á que uno se dedica: los que principian á predicar toman por modelo las admirables homilias de San Juan Crisóstomo:

los pintores principiantes copian los admirables cuadros del célebre Rafael de Urbino. Del mismo modo proponiéndose imitar las virtudes de Maria, cuya soberana perfeccion es innaccesible, aunque no se llegue á igualarlas, es muchísimo lo que se gana en sacar de ellas un imperfecto bosquejo.

Imitad pues las virtudes de Maria y en este jardin bellissimo en que todas las flores se ostentan con toda su gala y lozania, exhalando suavísima fragancia, coged tres de ellas que segun San Bernardo resaltan sobre todas y embalsaman la casa de Dios: la violeta de la humildad, el lirio de la castidad y la rosa de la caridad: *Viola humilitatis, lilium castitatis, rosa charitatis*. Estudiadlas particularmente en la escuela del Espíritu Santo, que es la oracion, recordando lo que se dice acerca de ellas en el discurso de esta obra.

CAPÍTULO XL.

Supuesto que nuestros sentimientos jamás son mas justos que cuando son mas conformes á los designios de Dios, nunca temamos escedernos en amar, honrar ó servir á la Santísima Virgen. No; no lo dejemos por escrúpulo de hacer demasiado, porque cuanto podamos hacer será siempre mucho menos de lo que debemos. ¿Quién podrá amarla tanto cuanto la amó Jesucristo, si ella sola le era mas cara que toda la Iglesia junta, como lo afirma San Anselmo? ¿Quién puede honrarla

mas que Jesucristo que la eligió por su madre y cumplió con ella todos los deberes, que pueda cumplir el hijo mas perfecto con la mejor de las madres? ¿Quién servirla con mas humildad y fidelidad que él? ¿Qué otra fué su ocupacion por espacio de treinta años, sino la de abrazarse en su amor y obedecerla en un todo? *Et erat subditus illis.* Quien mas se le acerque y asemeje en amar y respetar á su Madre Santísima, aquel sin duda le será mas grato.

Paréceme oír al encubierto enemigo de María decirme : «No avances tanto, guárdate de pasar por un devoto indiscreto, si tanto honras á la Santísima Virgen. No es ella nuestro Salvador, ni la causa de nuestra salud ; solo Jesus es quien nos ha rescatado con su preciosa sangre ; Jesus es la única puerta del cielo. ¿Pues á qué fin implorar tanto el auxilio de María?»

¿Qué decís! Al oírlo se creeria que habiais estudiado mas á los herejes que á los Santos Padres ; porque ¿dónde sino en los libros ó conversaciones de los herejes podeis haber bebido tan indignos sentimientos? ¿Hallais un solo Santo Padre que se espese de esta suerte? ¿Quién os ha dicho que la Santísima Virgen no es la causa de nuestra salud? ¿Tal vez San Ireneo? Oíde : *Maria universo generi humano causa facta est salutis.* María ha sido hecha causa de salvacion para todo el linaje humano. Sabido es que no quiere decir que ella sea la causa primera y principal, esta gloria es solo de Jesucristo ; dice empero que es la causa segunda é instrumental, y que recibiendo las influencias de la primera causa, las derrama sobre todo el humano linaje.

¿Quién os ha dicho que ella no es puerta del cielo, que podemos obrar nuestra salvacion sin ella, y que no hay por qué implorar con frecuencia su patrocinio? ¿Acaso San Agustín? Leed su sermón décimo octavo y veréis que la llama *la puerta del cielo, la celestial escala*, por la cual Dios bajó á la tierra para que los hombres mereciesen subir al cielo. Admirables son los sentimientos, que manifiesta hablando de lo mucho que debemos á la Madre de Dios por haber tan poderosamente contribuido á nuestra salvacion : dice que su hu-

mildad dió la vida á los mortales, renovó los cielos, purificó el mundo, abrió las puertas de la gloria, y libró del infierno las almas de los hombres.

¿De quién habeis aprendido que no es ella quien dá las gracias? Convengo en ello si quereis decir que no es el autor y la causa primitiva de las gracias ; pero si concluís que no las dá, porque ella misma las recibe de Dios ; raciocináis muy mal ; considerad si tenemos los hombres algo que no lo hayamos recibido del Hacedor, y sin embargo seria un absurdo negar que damos y recibimos de otros hombres. ¿Habeis consultado acerca de esto á alguno de los Santos Padres? Si leyeseis á San German, Patriarca de Constantinopla, hallaríais palabras tan llenas de dulzura y unción del Espiritu Santo, que á cuantos las leen enamoran. Dice á María en un bellissimo apóstrofe : «Nadie se libra sino por vos, ó purísima ; nadie recibe gracias sino por vos, ó castísima ; nadie alcanza la salvacion sino por vos.» ¿Por ventura pensaba como vosotros este respetabilísimo Patriarca? ¿Quién os ha dicho que no es ella la reparadora del mundo, y que no quiere que se la honre en calidad de tal? Si hubieseis leído la homilía que San Cirilo pronunció en un Concilio solemne, habríais visto que la saluda con palabras tan magnificas y al mismo tiempo tan respetuosas, que no podían salir sino de un corazón abrasado en su amor y celosísimo por su gloria. Salve, Virgen, le dice, por quien es glorificada en todo el universo la Santísima Trinidad. *Salve, Virgo, per quam sancta Trinitas in universo mundo glorificatur.* Por quien el cielo rebosa de alegría. *Per quam cælum exultat.* Por quien todos los mortales son conducidos y llevados al conocimiento de la verdad : *Per quam universa creatura ad veritatis cognitionem deducta est.* Por quien los pecadores son llamados y atraídos á la penitencia : *Per quam gentes adducuntur ad pœnitentiam.* Por quien los Apóstoles han predicado el Evangelio á las naciones infieles : *Per quam apostoli salutem gentibus prædicarunt.* Cierto que este insigne Santo no desagradaría á la divina Madre honrándola con tan gloriosos títulos y manifestando bien claramente que la tenia por reparadora del universo.

Recorred todas las obras de los Santos Padres y en todas encontraréis maravillosos elogios de esta Reina de los reyes, y aun los hallaréis mucho mas extraordinarios que los que llevo citados. Decir como sus enemigos que los doctores y Santos Padres de la Iglesia católica procedieron al tributarle tan admirables alabanzas, con un celo escesivo y casi indiscreto, que hablaron con hipérboles, y que los pomposos títulos con que la honran son vanas adulaciones que desagradan á la mas humilde de las Virgenes, es no tener idea del juicio prudentísimo, del talento inefable, de la ciencia portentosa y consumada santidad de los doctores y venerandos Padres de la Iglesia; es sobreponerse á su autoridad augusta, es menospreciarlos con un orgullo risible, es tratarlos de mentirosos, pues la hipérbole no es mas que una exageracion, una mentira, que regularmente denota poco peso y madurez en quien la profiere.

No; los Santos Padres no han usado de hipérpoles al hablar de María Santísima, en nada se han escedido, ni han podido menoscabar en lo mas mínimo la gloria del Hijo alabando á la Madre, pues no admiran en ella mas que los dones celestiales de que el Señor la ha colmado; por tanto, cuantas alabanzas le tributan vuelven á Dios como á su primer principio.

¿Mas por qué, se dirá, recurrir á la Señora con mas frecuencia que á Dios? ¿Nó es este un abuso? ¿Nó es una supersticion? ¿Por qué depositar en ella mas confianza que en el mismo Jesucristo? A lo cual respondemos categóricamente que si recurriésemos á ella como á Dios, seria no solo un abuso sino un crimen abominable: que si le dirigiésemos las mismas oraciones que hacemos á Dios, seria no solo una supersticion el rogarla mas que á Dios, sino tambien gravísimo pecado aunque se hiciese una sola vez en la vida: por último, si pusiésemos en ella nuestra confianza del mismo modo que la ponemos en Jesucristo, seria no solo un error sino tambien una execrable blasfemia. Hay empero infinita diferencia entre el modo que tenemos de tratar con Dios y la manera con que á María Santísima nos dirigimos.

Recurro á Dios como á mi Criador, á mi Salvador y á mi Juez, y jamás recurro á la Santísima Virgen de este modo: acudo si á ella como á la querida de mi Criador, que todo lo puede con él; acudo á ella como á la Madre de mi Salvador, á quien nada puede negar; acudo á ella como á una omnipotente abogada cerca de mi Juez, que tiene autoridad para calmar su cólera justamente irritada con mis pecados. ¿Pues qué cosa mas natural que recurrir á ella, sabiendo que es tan grata á los divinos ojos y reconociéndome indigno de presentarme á la augusta majestad de mi Criador y á la imponente severidad de mi Juez? ¿Quién tiene atrevimiento para llamarme supersticioso porque me acojo á la Madre de la misericordia mas bien que al Dios de la justicia, si examinada la cosa, siempre recurro á él mismo aunque por mediacion de su Madre?

Lo mismo digo de las oraciones y de la confianza: si pidiese á María Santísima como pido á Dios, seria un idólatra; mas hay gran diferencia. Pido á Dios que me perdone mis pecados, y ruego á la Santísima Virgen que me alcance de él la remision de mis culpas: pido á Dios que me conceda la gracia de la salvacion, y ruego á la Santísima Virgen que me la obtenga con su intercesion poderosa. No hay razon para reprenderme que continuamente acuda á aquella por cuyo crédito espero alcanzarlo todo, ni que á ella me encomiende con mas frecuencia que al mismo Dios. Estamos todos los dias solicitando á los ministros del monarca para que con su valimiento nos ayuden, y les pedimos mas amenudo que al mismo rey. ¿Y se dá este por ofendido? Nó; porque sabe que á él se pide aunque por medio de su favorito.

Así es como San Bernardo no temió decir á sus religiosos hablando de la Señora: *Hijos míos, esta es mi mayor confianza, es toda la razon de mi esperanza, es decir, en su poderosa intercesion tengo fundada toda mi esperanza.* Y San Anselmo dice: *Nonnunquam velocior est salus invocato nomine Mariæ, cuan invocato nomine Jesu.* Algunas veces lo que pedimos á María lo alcanzamos mas pronto que lo que pedimos al mismo Jesucristo, queriendo decir que alcanzamos de Dios

mas pronto lo que pedimos interponiendo los ruegos de su Madre, que si lo pidiésemos sin valernos de tan poderoso medio.

CAPÍTULO XLI.

Debemos ante todas cosas tributar á Dios este homenaje de lo íntimo de nuestros corazones : Señor, nosotros reconocemos que es vuestro el poderío, que en vuestras manos está la soberanía, que solo vos estais infinitamente encumbrado sobre todos los séres : *Tua est potentia, tuum regnum, Domine : tu es super omnes gentes.* La criatura es nada, nada puede, nada hace por si misma : solo tiene aquella porcion de sér que habeis querido comunicarle. Si hace algo bueno, es porque vos la moveis y la auxiliáis para que lo haga.

Pero donde mas os mostrais admirable es en la persona sacratisima de vuestra Madre, dándole un sér tan noble que sin parangon se sobrepone á todos los otros séres criados, pues no hay cosa que se aproxime á la escelencia de vuestra Madre, en quien depositais un poder tan absoluto que parece imitar en un todo vuestra divina omnipotencia.

Admiramos la omnipotencia de Dios principalmente en tres cosas, en la produccion de las Personas divinas, en la creacion del mundo y en el perdón de los pecados de los hombres. En estas mismas resplandece el poderío de la Virgen Nuestra Señora. 1.º Si la omnipotencia de Dios brilla sobre todo en

la divinidad, esto es, en producir un Dios; María le imita en dar á luz á un Hombre-Dios. 2.º Si la divina omnipotencia triunfa sacando de la nada con solo un *fiat* este inmenso universo; aun es mayor el triunfo de la Santisima Virgen en haber sacado con un *fiat* al mismo Hijo de Dios del abismo de su divinidad, haciéndole un Dios-hombre : cotejad ahora este gran mundo, que es la obra del *fiat* de Dios, con nuestro señor Jesucristo, que es la obra del *fiat* de la Santisima Virgen. ¿Nó es este superior al otro? 3.º Manifiéstase principalmente la divina omnipotencia en usar de misericordia y perdonar una infinidad de enormisimos pecados. Asimismo la omnipotencia de María se manifiesta principalmente en ser ella la madre de la misericordia y el refugio de los pecadores, ninguno de los cuales obtiene gracia sino por su mediacion.

Despues de haber Dios formado al primer Adan, le sacó una costilla para fabricarle una consorte segun los términos de la *Escritura*, y relleno de carne el vacío que dejara aquel hueso : *Et replevit carnem pro ea* : Quiere decir, le quitó la fuerza y le dió la debilidad. Por el contrario en la formacion del segundo Adan toma la debilidad de la mujer, con cuya carne purisima compone el divino cuerpo de Jesus, y tomando la debilidad de la mujer para darla al Hijo, toma la fuerza del Hijo para darla á su virgen Madre. Ella le dá un corazon humano, en el cual siente los afectos y la ternura de la misericordia, que no tenia en el seno de su Padre; y él le dá en cambio la fuerza y el efecto de la misericordia que ha traido del seno de su Padre, queriendo que ella la ejerce en favor de los pobres pecadores : ella le dá la sangre preciosa que derrama á torrentes por la redencion de los pecadores, y él le dá en cambio la aplicacion de este precio infinito y la distribucion de las gracias que manan con la sangre de su amoroso corazon. ¡Oh divina María, cuán admirable es vuestro poder! Parece que no tenga límites como el de Dios, con solo la diferencia de que él lo tiene de si mismo y vos lo habeis recibido de él, conforme lo confesasteis en el cántico de vuestra encendida gratitud : *Fecit mihi magna qui potens est.*

mas pronto lo que pedimos interponiendo los ruegos de su Madre, que si lo pidiésemos sin valernos de tan poderoso medio.

CAPÍTULO XLI.

Debemos ante todas cosas tributar á Dios este homenaje de lo íntimo de nuestros corazones : Señor, nosotros reconocemos que es vuestro el poderío, que en vuestras manos está la soberanía, que solo vos estais infinitamente encumbrado sobre todos los séres : *Tua est potentia, tuum regnum, Domine : tu es super omnes gentes.* La criatura es nada, nada puede, nada hace por si misma : solo tiene aquella porcion de sér que habeis querido comunicarle. Si hace algo bueno, es porque vos la moveis y la auxiliáis para que lo haga.

Pero donde mas os mostrais admirable es en la persona sacratísima de vuestra Madre, dándole un sér tan noble que sin parangon se sobrepone á todos los otros séres criados, pues no hay cosa que se aproxime á la escelencia de vuestra Madre, en quien depositais un poder tan absoluto que parece imitar en un todo vuestra divina omnipotencia.

Admiramos la omnipotencia de Dios principalmente en tres cosas, en la produccion de las Personas divinas, en la creacion del mundo y en el perdón de los pecados de los hombres. En estas mismas resplandece el poderío de la Virgen Nuestra Señora. 1.º Si la omnipotencia de Dios brilla sobre todo en

la divinidad, esto es, en producir un Dios; María le imita en dar á luz á un Hombre-Dios. 2.º Si la divina omnipotencia triunfa sacando de la nada con solo un *fiat* este inmenso universo; aun es mayor el triunfo de la Santísima Virgen en haber sacado con un *fiat* al mismo Hijo de Dios del abismo de su divinidad, haciéndole un Dios-hombre : cotejad ahora este gran mundo, que es la obra del *fiat* de Dios, con nuestro señor Jesucristo, que es la obra del *fiat* de la Santísima Virgen. ¿Nó es este superior al otro? 3.º Manifiéstase principalmente la divina omnipotencia en usar de misericordia y perdonar una infinidad de enormísimos pecados. Asimismo la omnipotencia de María se manifiesta principalmente en ser ella la madre de la misericordia y el refugio de los pecadores, ninguno de los cuales obtiene gracia sino por su mediacion.

Despues de haber Dios formado al primer Adan, le sacó una costilla para fabricarle una consorte segun los términos de la *Escritura*, y relleno de carne el vacío que dejara aquel hueso : *Et replevit carnem pro ea* : Quiere decir, le quitó la fuerza y le dió la debilidad. Por el contrario en la formacion del segundo Adan toma la debilidad de la mujer, con cuya carne purísima compone el divino cuerpo de Jesus, y tomando la debilidad de la mujer para darla al Hijo, toma la fuerza del Hijo para darla á su virgen Madre. Ella le dá un corazon humano, en el cual siente los afectos y la ternura de la misericordia, que no tenia en el seno de su Padre; y él le dá en cambio la fuerza y el efecto de la misericordia que ha traido del seno de su Padre, queriendo que ella la ejerce en favor de los pobres pecadores : ella le dá la sangre preciosa que derrama á torrentes por la redencion de los pecadores, y él le dá en cambio la aplicacion de este precio infinito y la distribucion de las gracias que manan con la sangre de su amoroso corazon. ¡Oh divina María, cuán admirable es vuestro poder! Parece que no tenga límites como el de Dios, con solo la diferencia de que él lo tiene de si mismo y vos lo habeis recibido de él, conforme lo confesasteis en el cántico de vuestra encendida gratitud : *Fecit mihi magna qui potens est.*

¡Ah! ¿por qué puso en vuestras manos tan soberano poderio? No ya para que os sirviéis de él en favor de vos misma, porque cuidó de sublimaros y enriqueceros sin medida; fué pues, para que lo empleaseis en favor de los pecadores, por lo cual quiere que todos recurramos á vos como á la Madre de la misericordia. En vos la misericordia no se halla acompañada del temor de la majestad, porque no sois Dios, ni del terror del juicio, porque no sois nuestro juez. Sois madre y madre de misericordia, que no teneis mas que entrañas de dulzura para compadeceros de nuestras miserias, y poder socorrernos. Hé aquí porque todos corren á postrarse á vuestros piés sin miedo de verse desechados.

Esta consideracion hacia derretirse en dulzura á San Bernardo, llenarse de una confianza suavísima y esclamar que ella era el sólido fundamento de su esperanza: *Ad Mariam recurro; pura siquidem humanitas est in Maria: filii, hæc est caelorum scala, hæc mea maxima fiducia, hæc tota ratio spei meæ.* Con iguales sentimientos no teme decir San Anselmo, como acabamos de verlo en el precedente capitulo, que algunas veces se alcanza lo que pedimos á la Madre mas pronto que si lo pidiésemos á su Hijo: no ya porque ella sea mejor que su Hijo ó mas poderosa que él; sino porque á Dios debemos cantar la misericordia y el juicio: por lo cual si algunas veces nos niega los efectos de su misericordia y usa del rigor de su justicia con nosotros, es porque lo tenemos merecido. Empero, por lo que hace á la Madre de misericordia no se nombra la justicia en tratándose de ella. Así cuando emplea su poderosa intercesion en favor nuestro, no es maravilla que el divino Juez otorgue á sus merecimientos lo que á nuestro demérito negaria con sobrada razon.

San Antonino observa la diferencia que hay entre la intercesion de Maria, que es madre, y la de todos los otros Santos que no son mas que siervos: estos que no tienen derecho, piden la gracia con humildad; y la Madre que tiene un derecho natural sobre su Hijo, la pide con autoridad. Si Salomon decia á su madre Bersabé: madre mia, pídemme cuanto quieras, porque no es lícito que te lo niegue; ¿cómo será posible

que Jesus niegue cosa alguna á los fervientes ruegos de su Madre? ¿Nó es Jesus mas que Salomon? ¿Nó es Maria mas que Bersabé?

¡O Maria! ¡Cuán dichosos los que con particular devocion se emplean en honraros! Si llegan á alcanzar que los protejais ¿qué podrán temer? Si tomais á vuestro cargo el negocio de su salvacion ¿quién podrá impedirla? *O Maria, tantummodo velis salutem nostram, et salvi erimus.*

El poderio de la Emperatriz del cielo no estriba como el de los reyes de la tierra, en el número, fidelidad y valor de sus vasallos, sino que todo lo ha recibido de su único Hijo omnipotente por sí mismo, que crió el mundo con Dios su Padre y lo rescató con su Madre Santísima, puesto que si no hubiera sido hijo suyo, no hubiera podido rescatarle con su sangre, y por esta razon pone en sus manos benditas el inmenso poder que en algun modo recibió de ella, para que todo lo emplee en favor de los desventurados pecadores. Apóyome en la autoridad del seráfico Doctor San Buenaventura, que con el fuego enérgico de su ternura le dice estas palabras: Porque el Señor es omnipotente con vos, tambien vos sois omnipotente con él, sois omnipotente por él, sois omnipotente acerca de él. (*In speculo B. Virginis.*) Y aun se espresa con mayor fuerza el cardenal San Pedro Damian: *Accedit ad thronum Dei non tam rogans, sed imperans, Domina, non ancilla.* Llégase al trono de Dios mas bien como señora que como esclava, mas bien mandando que suplicando.

Y no levanteis la voz, enemigos de Maria, no digais que esto es poner al Criador debajo de la criatura: si lo teneis por blasfemia, decid igualmente que blasfemó el Espíritu Santo cuando dijo en la Escritura que Dios obedeció á la voz de Josué deteniendo al sol en el momento que lo manda el capitán Israelita: *Obediente Deo voci hominis.* (Jos. X). ¿Nó os acordais cuántas veces obedeció Jesucristo á las órdenes de su Madre mientras vivió sobre la tierra? ¿Nó es siempre el mismo Dios? Ella tambien ¿nó es siempre la misma madre de Dios así en el cielo como en la tierra? Ella es la madre

del verdadero Salomon, que le dice con mucha mas ternura y sincera cordialidad que el sabio hijo de David á Bersabé su madre: *Pedid, madre mia, pedid cuanto querais, porque nada puedo negaros.* (3. Reg.)

Las intercesiones de los Santos son poderosas para alcanzarnos gracia y bendicion de Dios. Mas es grande la diferencia entre la Madre y los siervos, y tan grande que un teólogo célebre y virtuoso dejó escrito que si toda la corte celestial, todos los ángeles y santos se juntasen para pedir alguna cosa al Eterno, y solo ella pidiera lo contrario; tendria su oracion mas eficacia y poder que todas las oraciones de los otros santos, porque al fin solo ella es madre, y todos los espíritus angélicos no son mas que vasallos, meros vasallos y siervos.

Comprendan por aqui los fieles amantes de la celestial Abogada cuán cara debe serles su devocion: consideren su omnipotencia, y conocerán que anduvieron sumamente acertados en consagrarse á su servicio y declararse súbditos y fervorosos adoradores suyos: consideren la autoridad suprema de que el Altísimo la ha revestido y el crédito inmenso de que goza y la bienhechora y maternal influencia que ejerce sobre su divina Majestad, y no cesen de pedirle que los tome bajo su proteccion y ruegue por ellos ahora y en la hora de su muerte: crezca incesantemente en sus corazones el amor y la confianza en su bondad y poderio; y ténganse por muy dichosos con ser fidelísimos siervos de tan poderosa y compasiva Señora.

Estrechados por Santo Domingo unos espíritus infernales que atormentaban á un infeliz energúmeno, confesaron entre otras cosas en presencia de numeroso concurso, como se lee en las *Crónicas* de su órden, que la Madre de Dios era para ellos mas temible que todo el cielo, pues sabian por esperiencia que un suspiro de su maternal corazon tiene mas fuerza y eficacia que todas juntas las oraciones de los ángeles y de los santos para mover á dulce misericordia el indignado pecho del Eterno; que ella es quien á su imperio de tinieblas lleva desolacion y espanto; quien trastorna sus pla-

nes y designios, y con su intercesion les arrebató de las manos millones de almas que ya contaban por suyas; que si hubiesen logrado desacreditar su devocion, serian muy poderosos; pero que cuanto mas la combatian, tanto mas se arraigaba y dilataba; que jamás la invocan vanamente los pecadores, y que casi siempre les alcanza la gracia de no morir en pecado, moviéndolos á una conversion verdadera, que les haga confesarse, mudar de vida y exhalar el espíritu en el ósculo de su Redentor.

Recordemos por último aquella meliflua exhortacion de San Bernardo, en la cual nos convida á recurrir confiadamente á María como á refugio de pecadores y abogada dulcísima del hombre, asegurándonos que no serémos desechados por ella, ni ella será desoída por el Hijo de sus entrañas, ni el Hijo por su eterno Padre.

Que María desee con alma y vida nuestra salvacion y que toda ella se emplee en procurárnosla, es cosa muy demostrada. En primer lugar, no hemos tenido un Salvador hasta que ella misma dió su consentimiento para que en sus endiosadas entrañas se obrase el inefable misterio de la Encarnacion. Despues que tuvo á un Dios-hombre por hijo ¿qué es lo que hizo con él? Preparar la victima divina, que habia de sacrificarse por la salud de todos los pecadores. Despues de haberla producido de su propia sustancia, alimentándola con su leche, empleado en ella toda su solicitud y ternura, y por fin conducidola hasta el ara del sacrificio, ella misma se sacrifica con su adorado Jesus padeciendo en su corazon los mismos dolores que él padece en su cuerpo á fin de ofrecer con él un mismo sacrificio por la gloria de Dios y la salud de todos los pecadores. *Omnino una erat Christi, et Mariæ voluntas, unumque holocaustum ambo afferebant Deo, hæc in sanguine cordis, ille in sanguine carnis.* Dice el célebre Arnoldo Carnotense. El Hijo sobre la cruz y la Madre á los piés de la cruz tenian una misma voluntad; ambos ofrecian á Dios un mismo holocausto por la salud del mundo; ambos derramaban su sangre, este la de sus venas, aquella la de su corazon, porque ambos estaban animados de un

mismo celo por la salud de todos los pecadores. Preguntad ahora si desea ella la salvacion de los que le son devotos, preguntad si se afana por conseguir la de todos los pecadores.

Es indubitable que el celo de todos los profetas, apóstoles, santos y predicadores que ha tenido y ha de tener la Iglesia en los siglos futuros, no iguala al que arde en su corazon por la salud de las almas. Si; su corazon es el émulo, el espejo y el eco del corazon de su Hijo. Si emplea ella este gran celo en procurar la salvacion de un alma que le es devota, bien podrá esta alma dichosa estar segura de su salvacion. Adviértase sin embargo que no quisiera inspirar esta firme confianza sino á aquellas personas, que le son verdaderamente devotas conforme á lo que queda explicado.

No os contenteis, dice el Espiritu Santo en la divina Escritura, con amar solamente de boca si no amais en verdad y con las obras. Esto es lo que á todo el mundo debería traer al servicio de la Santísima Virgen: esto es lo que debería ganarle tantos celosos devotos cuantos cristianos hay sobre la tierra: do quiera se vén los efectos de su devocion en los prodigios, que obra en favor de los que á ella recurren. «No la alabe nunca, esclama San Bernardo, quien habiéndola invocado fervorosamente en sus necesidades no hubiese recibido de ella algun socorro; pero seguro estoy de que no se hallará uno solo en todo el mundo.» Seria inútil el empeñarse en persuadir esta verdad, reproduciendo los infinitos ejemplos que la tradicion publica, que se leen en los libros y se vén en todos los lugares particularmente dedicados á la Señora, donde muchos de los que han recibido de Dios algun señalado beneficio por su poderosa intercesion, han dejado memorias de su agradecimiento. Pero sin ir muy lejos, hallaremos en nosotros mismos testigos fieles de esta verdad inconcusa. ¿Cuántas veces no hemos probado en nosotros mismos cuán eficaz remedio es invocar á María de todo corazon en las tribulaciones? Repasemos los años de nuestra vida y escudriñemos los arcanos de nuestros corazones. Y si quien esto leyere aun no ha visto en sí las relevantes pruebas

de su maternal patrocinio, será porque hasta ahora no le haya sido verdaderamente devoto, como su propia conciencia se lo ha de atestiguar.

¡Oh Madre maravillosa! ¡Oh augusta Reina de los ángeles y de los hombres! ¡Oh digna Madre de Dios! Vos siempre seréis el refugio de los miseros pecadores. Vuestra bondad es quien sostiene al mundo, el cual sin vuestra poderosa intercesion pereceria en el diluvio de sus iniquidades. Vos sois el consuelo de los afligidos, vos sois el sosten de los débiles: vos dais ánimo y aliento á los mas abatidos: por vos hallan el remedio de sus males los mas desesperados; por vos los apóstatas se reconcilian milagrosamente con su Dios: vuestro nombre es el remedio de nuestras enfermedades: vuestra memoria endulza nuestras amarguras y vuestro poderio es el terror de los enemigos de nuestra salvacion. Recibidnos bajo vuestra proteccion ¡ó amable Madre de misericordia! Admitidnos en el número de vuestros siervos ¡ó Reina omnipotente del cielo y de la tierra! Inspiradnos una verdadera y perfecta devocion para con vos.

Toda lengua os bendiga y todos los corazones os amen con ardorosa ternura.

FIN.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

CAPÍTULO I.

Pág.

Designios de Dios sobre María. Las tres Personas de la Santísima Trinidad tienen en su creación un interés inmenso. Magnífica alegoría de San Cipriano. Espresiones de San Bernardo. En qué se diferencia de las demás criaturas. Es el mundo de la gracia. El seno de Dios Padre y el de María. Prerogativa de su eterna predestinacion. Otra singular preeminencia de su predestinacion. Cuánta debería ser nuestra gratitud. Errados juicios de los hombres acerca de la felicidad temporal. Las tribulaciones de los justos son signos de predestinacion. A qué fué predestinado Jesucristo en esta vida. A qué María. 7

CAPÍTULO II.

Origen del nombre de María. Las que llevan el nombre de María. Afectuosa exclamacion de San Anselmo. Significacion del nombre de María. Todos los bienaventurados son reyes, María reina de todos ellos, impera sobre los ángeles. Ejemplos de su dominio sobre ángeles y santos: reina sobre la tierra. Quebranta la soberbia de los abismos. Poder y dulzura del nombre de María. Exhortacion. 15

CAPÍTULO III.

Conducta que observó la Providencia con San Joaquín y Santa Ana. Su gloria. Son fecundísimos en buenas obras. Sus lágrimas: poder de estas: la Santísima Virgen es su fruto. Sublime deseo de sus padres. Sus virtudes. 22

CAPÍTULO IV.

Pruébese que María no está comprendida en las leyes generales. Su dignidad de Madre de Dios requiere que fuese concebida sin mancha original. Fué preservada de esta por los merecimientos de su Hijo. Textos de la *Escritura* que favorecen esta creencia. Concilios que la apoyan. 28

CAPÍTULO V.

Las antiguas liturgias comprueban la inmaculada Concepcion de la Santísima Virgen. Autoridades de San Hipólito, de Orígenes, de San Gregorio Taumaturgo, de San Cipriano, de San Epifanio, de San Ambrosio, de San Gerónimo, de San Agustín y otros. — San Bernardo. Santo Tomás y San Buenaventura. Los últimos siglos proclamaban la gloria de la inmaculada Concepcion. Argumento incontestable. 54

CAPÍTULO VI.

Cuán lejos de María debió estar la culpa. La Iglesia autoriza la creencia de la inmaculada Concep-

cion. Cuando principió á celebrarse su fiesta. Concilio de Basilea. Sixto IV. Lutero. Las revelaciones comprueban la inmaculada Concepcion. San Anselmo. Santa Brigida. Milagros que la confirman. Scoto. Otros testimonios. 41

CAPÍTULO VII.

Felicidad que trajo al mundo la Natividad de Nuestra Señora. Reflexiones sobre lo que ha hecho con nosotros la Providencia. Nuestra dicha y nuestra ingratitud. Año y otras circunstancias del nacimiento de la Santísima Virgen. Lo temporal y lo espiritual. Lo que precede y sigue á la Santísima Virgen. Palacio de la Sabiduría divina. Cuánto debía alegrarnos la Natividad de Nuestra Señora. 50

CAPÍTULO VIII.

María tuvo uso de razon desde el instante en que fué concebida. Lo empleó en consagrarse á su Dios. Su presentacion en el templo. Autoridades de Santos Padres que la confirman. Coloquio. Lo que María ofrece al Señor y lo que recibe de él. Cómo describe San German su entrada en el templo. Palabras de Gregorio, Arzobispo de Nicomedia. Mujeres que vivian en el templo de Jerusalem. Ocupaciones de María en él, segun San Gerónimo. San Buenaventura. Es modelo de las almas consagradas á Dios. 58

CAPÍTULO IX.

Belleza de María: ninguna le iguala: en su com-

paracion es como una sombra la de los ángeles. Milagroso suceso referido por San Antonino. Todos podemos ver la hermosura de la Santísima Virgen con los ojos del alma : cuán dulce y provechoso es emplearse en amarla y alabarla. 67

CAPÍTULO X.

María virgen de las vírgenes : María hace gloriosa la virginidad : la suya es incomparable : se aventaja muchísimo á la de los ángeles : imita la del Eterno Padre : la dispone á ser madre de Dios. Lo que de su voto pensarían los sacerdotes. 72

CAPÍTULO XI.

María es fuente de pureza : ejemplo memorable : triunfo de su virginidad : milagro : exclamaciones de San Bernardo. Admirable principio, fin y medio de su virginidad. Cuánta gloria debe María á su sacratísimo cuerpo. 79

CAPÍTULO XII.

San José fué verdadero esposo de María. Su matrimonio compatible con su voto de virginidad. Esencia y bienes del matrimonio. Doble contrato de los santos esposos. Por qué fué menester que María fuese casada. Sublimidad y dulzura de su purísima union con San José. Gloria y riquezas de que la Reina del cielo hace participante á su esposo. 84

CAPÍTULO XIII.

Aparicion del ángel á la Santísima Virgen. Causas de su turbacion. Suma importancia de la mision del ángel : descripcion de la magnificencia de su embajada. El Ave María. Por qué pidió el Señor el consentimiento de María para encarnarse en sus purísimas entrañas. Plegaria á la Santísima Virgen. Dá su consentimiento. 95

CAPÍTULO XIV.

Humildad de María. Compárase el *fiat* de esta Señora con el que pronunció el Hacedor en la creacion del mundo. Prodigios que obra el de María. Inmensidad de gracia con que fué enriquecida : demostracion de su prodigioso aumento. Autoridades de varios Santos Padres. 101

CAPÍTULO XV.

Pruébese que María es verdadera madre de Dios. Concilio de Efeso : castigo de Nestorio. Parentesco sublime de María con el Espíritu Santo. Gloria de su divina maternidad. Cómo pagó á cada una de las Personas de la Santísima Trinidad la honra de ser madre de su Dios. Sobre nosotros reflejan los resplandores de su gloria. Cuanto de Dios recibe, para nosotros lo recibe. 108

CAPÍTULO XVI.

Comentario de las siguientes palabras del Evange-

lio, acerca de la visitacion de Nuestra Señora : *Exurgens Maria abiit in montana cum festinatione*. Comentario del cántico *Magnificat* de la Santísima Virgen. 115

CAPÍTULO XVII.

Lo que la visita de la Santísima Virgen obró en Santa Isabel y en su hijo Juan Bautista. Salutación de Santa Isabel á María. Permanencia de Nuestra Señora en casa de su prima. Lo que de ella debemos aprender. 125

CAPÍTULO XVIII.

Vaticinios de Isaías : idem de Jeremías : vision de Ezequiel. Esplicala enérgicamente San Agustin. Pensamientos sobre la virginidad y la maternidad de la Reina del cielo. Cuán grande es nuestra deuda de gratitud para con ella. Digresion afectuosa. Como se efectuó por obra del Espíritu Santo el misterio de la Encarnacion. Alegría de la Santísima Virgen en su parto divino. 127

CAPÍTULO XIX.

Nacimiento del Salvador. Escena bellisima. Singular privilegio de la Santísima Virgen. Su gloria y su ternura, lactando por sí misma á su divino Infante. Coloquio. Grandes motivos de confianza en Jesus y María. 135

CAPÍTULO XX.

Ley de la purificacion : por qué se sometió á ella la divina Madre : no estaba obligada á su cumplimiento. Virtudes que practicó en su purificacion. Su gratitud la lleva al templo. Cuánto glorifica á Dios presentándole á su Hijo. Su sacrificio : su rescate. 142

CAPÍTULO XXI.

Tres amores con que la Santísima Virgen amaba á su Hijo. Amor natural : cotéjase el de María con el de las otras madres. A cuanto la obliga. Su amor sobrenatural. Su amor adquirido. 148

CAPÍTULO XXII.

Distincion entre la gracia santificante y la *gratis data*. Gracias gratuitas de la Santísima Virgen. Doctrina de Santo Tomás. Tuvo el don de sabiduría : cuánto le debieron los Apóstoles y algunos otros que han sido lumbreras de la Iglesia. Don de fe : don de milagros : don de profecía : don de discrecion de espiritus : don de lenguas. Ferrosas aspiraciones. 156

CAPÍTULO XXIII.

Lúgubre profecía del anciano Simeon. Esplicase uno de los prodigios del amor. María espejo de la pasion de Jesucristo; cuatro clases de dolores que padece la Santísima Virgen. Su do-

lor de contrición por los pecados del género humano. 164

CAPÍTULO XXIV.

María padeció los dolores de la naturaleza : aventá-
jase á todas las mujeres en ternura y compasión.
Es madre y ama á su Hijo mas que todas las
madres : presencia la pasión y la muerte de su
Amado : y no puede aliviarle. Afectos y contem-
placiones devotísimas. También la gracia tiene
sus dolores. El amor divino es la mas vehemente
de las pasiones de la gracia. Cuánto atormentó
á María al pié de la Cruz. 170

CAPÍTULO XXV.

El Eterno Padre hace padecer á la Santísima Virgen
los dolores, que él sufriría en la muerte de su
unigénito Hijo, si no fuera impasible. Jesús es-
tampa sus dolores en el corazón de su amorosa
Madre. Tiernos sentimientos de San Buenaven-
tura. También el Espíritu Santo la apesára. Co-
loquio de la Reina de los mártires con su divino
Hijo. Revelación de Santa Brígida. Exhortación. . . 178

CAPÍTULO XXVI.

María no sufrió dolores de enfermedad. Desfalleció
de amor. Sus vehementes deseos : cuanto tiempo
vivió : pruébase que nunca recibió el Sacramento
de la Penitencia. La Eucaristía fué el cotidiano
sustento de su alma. Se combate la opinión de
los que dicen que recibió el Sacramento de la

Estremaunción. Le fué revelado el día y la hora
de su muerte. Los Apóstoles concurren á ella :
su divino Hijo bajó á recibir su último aliento.
Pompa fúnebre : noticias acerca de su sepulcro. . . 188

CAPÍTULO XXVII.

Pruebas de la resurrección de María : lo que hace la
Iglesia en la fiesta de su Asunción : hazañas de
la Reina del cielo ; epitafio que debería ponerse
en su gloriosa tumba. La sagrada Escritura con-
firma la resurrección de la Santísima Virgen. Ra-
zonamiento de San Agustín. Autoridades de otros
Santos Padres. Diversas razones comprueban esta
verdad. Extraordinarios motivos de consuelo que
tenemos los cristianos. 198

CAPÍTULO XXVIII.

Esfuerzos para columbrar la gloria de María. Su
gracia es la medida de su gloria. Trátase de
investigar la grandeza de sus merecimientos,
deduciéndola de la dignidad de su persona y de
la excelencia de sus obras. 208

CAPÍTULO XXIX.

Venganzas del amor. Gloriosas consecuencias, que
se deducen de haber sido María exaltada sobre
los nueve coros de los ángeles como canta la
Iglesia. María es un sol de gloria. Ofusca la
de todos los Santos. Lo que Jesucristo dá en el
cielo á su Madre en retorno de lo que recibió
de ella sobre la tierra. Cómo describe su entra-
da en los cielos el elocuente San Pedro Damian. 215

CAPÍTULO XXX.

Rio de la inmortalidad. Corona de María. Cuánto le deben todos los bienaventurados. Reina de todos los santos. Admirables afectos de San Pedro Damian. 220

CAPÍTULO XXXI.

María es la Reina de los reyes de la eternidad. Su poderío estremece al infierno. Es un iris de paz y de consuelo para las almas del purgatorio. Cofradía del Cármen : bula *sabatina*. 226

CAPÍTULO XXXII.

María amparo de los pecadores : testimonios de San Bernardo, de San Bernardino, de San Gerónimo. Por ella nos vienen todas las gracias del Espíritu Santo. Lo que enseña la experiencia de todos los siglos. Falsa crítica. Cuánto se interesa la Santísima Virgen en nuestra salvacion. 250

CAPÍTULO XXXIII.

Cuán necesaria nos es la devocion de la Santísima Virgen. Es ciudad de refugio. Apóstrofe á sus enemigos. Ejercicio de una persona de santa vida. 257

CAPÍTULO XXXIV.

Guerra de María con el infierno : destrona á los ídolos : castigo de Arrio, de Nestorio, del emperador Constantino Coprónimo, y de otros herejes que se oponian á su gloria. 242

CAPÍTULO XXXIV.

Cómo desempeña los oficios de madre para con los hombres : los alimenta con el divino manjar de la Eucaristía. Palabras de San Agustin. Particulares regalos, que ha hecho la Santísima Virgen á varios santos : ha alcanzado para otros muchos el don de una prodigiosa sabiduría. Increpacion de Jesucristo á los enemigos de su divina Madre. 248

CAPÍTULO XXXV.

Jesús niño se nos propone á sí mismo por modelo en nuestra devocion á María. Cuán devotos le fueron los Apóstoles. La Iglesia predica, profesa y defiende con particular celo la devocion á la Reina del cielo : cuán activa, ardiente y generosa fué la de los primeros cristianos y la de nuestros antepasados. 254

CAPÍTULO XXXVI.

Distinguese la devocion en perfecta é imperfecta. Razones en que se funda la esperanza de salvarse por medio de la devocion á la Santísima Virgen. San Pedro Damian le atribuye la conversion del buen ladron. Revelacion de Santa Brígida. . . 259

CAPÍTULO XXXVII.

La devocion debe ser interna y esterna. Cuatro requisitos de la verdadera devocion á María. Razones que nos obligan á honrarla. Cuán amable es á Dios, á los ángeles y á los hombres. . 265

CAPÍTULO XXXVIII.

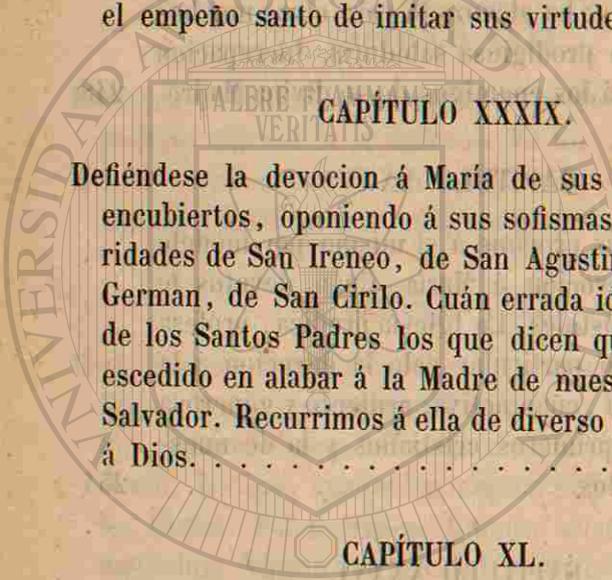
En nuestras obras ha de verse nuestra devoción á María. Cofradía del Rosario. Revelación de Santa Matilde acerca del *Ave Maria*. Lo esencial de la devoción á la Santísima Virgen está cifrado en el empeño santo de imitar sus virtudes. 270

CAPÍTULO XXXIX.

Defiéndese la devoción á María de sus enemigos encubiertos, oponiendo á sus sofismas las autoridades de San Ireneo, de San Agustín, de San German, de San Cirilo. Cuán errada idea tienen de los Santos Padres los que dicen que se han escedido en alabar á la Madre de nuestro divino Salvador. Recurrimos á ella de diverso modo que á Dios. 275

CAPÍTULO XL.

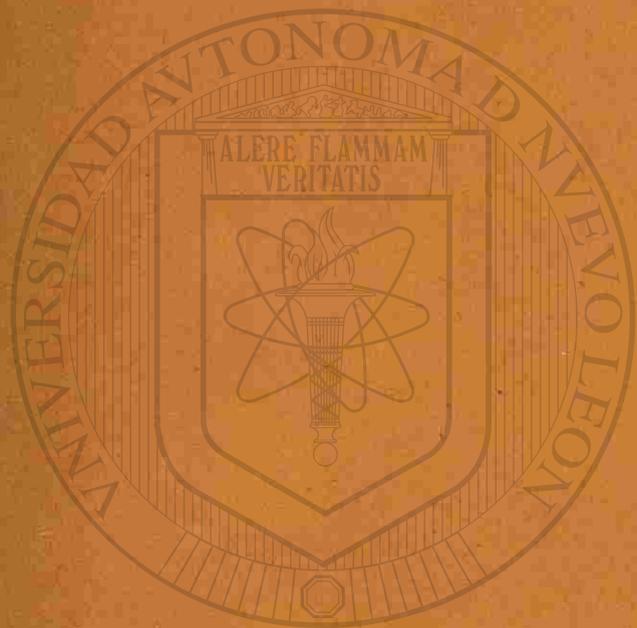
Tres cosas en que resplandece el poderio de la Santísima Virgen : maternal influencia, que ejerce sobre la Majestad divina en favor de los hombres. Observación de San Antonino. Confesión de unos espíritus infernales. Celo de María por nuestra eterna salvación. Deprecación afectuosa. 280



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



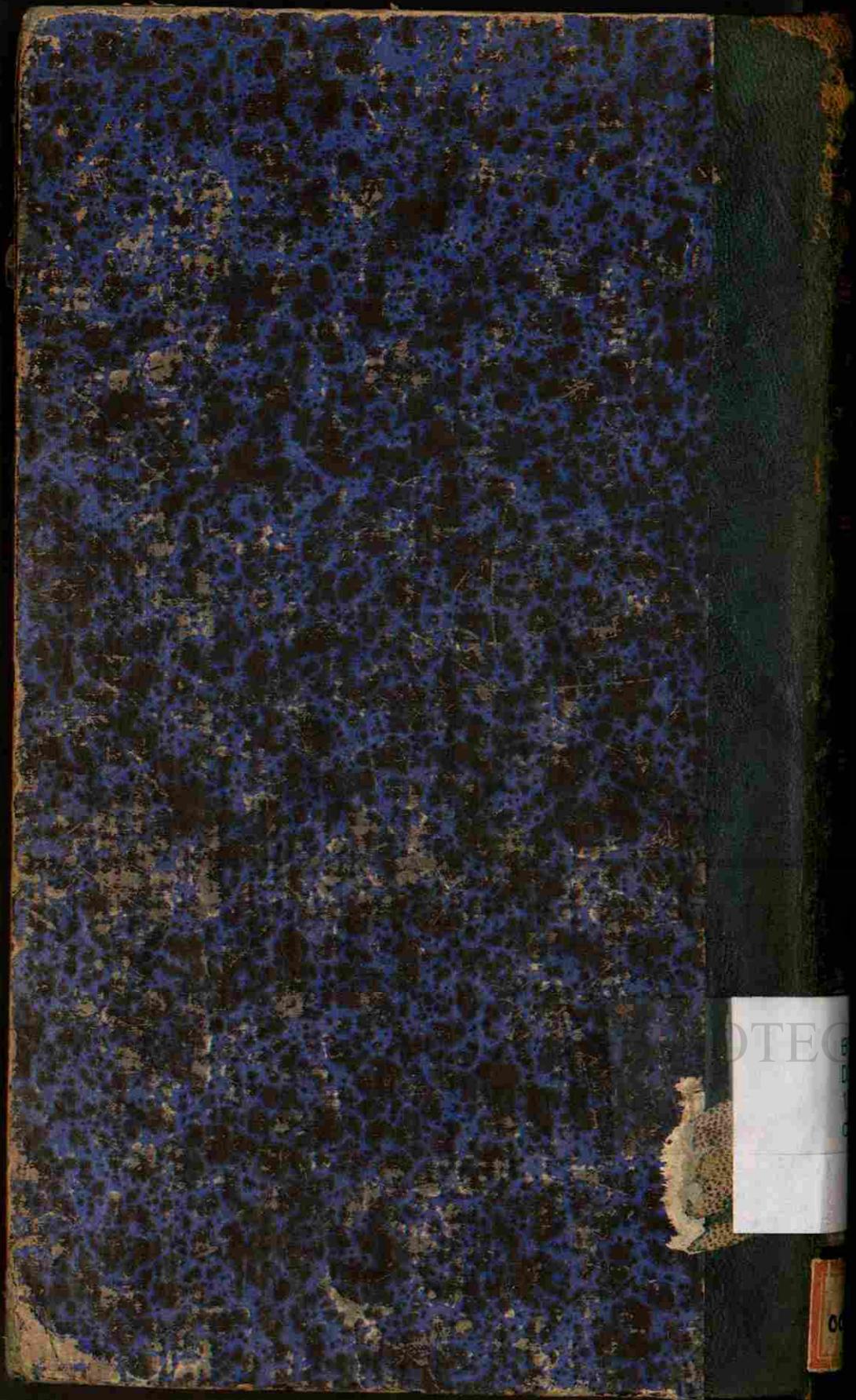


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA
D
C

00